



Descubre los secretos
de la familia Sorani.

DARIA BIGNARDI
El amor que te mereces

NOVELA

DUOMO
NEFELIBATA



El amor que te mereces

Daria Bignardi

Traducción de Montse Triviño



Duomo ediciones

Barcelona, 2017

Índice

El amor que te mereces

Un año más tarde

Agradecimientos

Créditos

Notas

Para Severino. Y para Toni.

«La existencia de un mal se fundamenta siempre en la carencia culpable de amor, por parte de todos, hacia el portador del mal. El resultado es el principio de la solidaridad de todos los seres morales.»

MAX SCHELER

Alma

«Aal-maa-Maa-ioo, Aal-maa-Maa-ioo.»

Desde que le he confesado a Toni lo que sucedió hace treinta años, sueño que mi madre nos llama con su voz profunda, modulando las repeticiones musicales del «ma». Almamaio es el sonido de mi primera vida, de mi vida feliz.

Lo vi, pronuncié «Ma-io» y se quedó en Maio para siempre: cuando los periódicos publicaron su verdadero nombre, pocos comprendieron que aquel Marco era mi hermano.

Era una tarde de junio que olía a tilo.

Maio me llevaba en la barra de la bici y pedaleaba pegado a los muros que el sol calentaba. Yo le pasaba los dedos por los labios y él trataba de mordérmelos. Cuanto más reía y me entusiasmaba yo, más fingía él que derrapábamos para hacerme gritar.

Mi bicicleta tenía una rueda pinchada y habíamos cogido la suya: conducía con una sola mano y con la otra sostenía un porro de marihuana de mala calidad, cultivada en el dique del Po.

Esa tarde habíamos ido a ver una película de Antonioni y, mientras volvíamos a casa, habíamos repetido hasta el infinito la escena en la que ella le pregunta a él de qué huye. «Da la espalda a lo que tienes delante», había respondido él.

Antes de cenar, mientras la pizza se hacía en el horno y yo fumaba en el balcón, observando el vuelo de las golondrinas, Maio había salido de la ducha con el albornoz azul de nuestro padre y se había asomado a la ventana con los ojos cerrados y el pelo chorreante. Tras alzar la barbilla y abrir los brazos, había declamado:

—¿De qué huyes, Alma?

Cuando una peli nos gustaba, repetíamos durante días las frases más memorables.

La bicicleta traqueteaba por las calles empedradas y la barra del cuadro se

me clavaba en el trasero. Maio, a propósito, pasaba por todos los baches.

–Me he puesto unos vaqueros muy gruesos, me hacen de cojín – canturreaba yo.

–Culito, culín, ya te daré yo el cojín –respondía él, en el mismo tono de voz.

Era delgadísimo y tan alto como yo. Hasta hacía apenas tres años, nos cambiábamos la ropa, pero luego a mí me habían crecido los pechos y se me habían ensanchado las caderas. Mi padre se alegraba de que por fin me hubiera desarrollado, pues mi retraso hormonal le hacía presagiar graves disfunciones. Se basaba en los pequeños detalles para pronosticar desde enfermedades, accidentes, quiebras financieras, suspensos y derrotas, hasta absurdos contratiempos cotidianos, como restaurantes cerrados, entradas agotadas y aparcamientos completos. Vivía siempre atemorizado ante la inminencia del desastre. Había previsto hasta el último accidente, luto y dolor... excepto el que nos destruyó.

Nuestros padres ya se habían marchado al campo y nosotros esperábamos las notas antes de reunirnos con ellos, aunque en realidad ya conocíamos los resultados: yo aprobaba todo, Maio suspendía.

Nuestro padre no se había enfadado, él sólo temía la proximidad de los problemas. Nuestra madre se había encogido de hombros: ella ya había dicho que mi instituto no era para Maio. Pero yo había insistido.

Maio era divertido, acomodaticio, un poco vago. No como yo.

Nos quedaríamos en la casa del campo para las clases de repaso, antes del viaje en tren a Bucarest. El mes de agosto, como siempre, lo pasábamos en la playa.

Nos hacían felices aquellas últimas noches sin padres y estábamos nerviosos porque se acercaban las vacaciones. Iba todo bien.

En la plaza, ante el grifo de mármol –nuestro punto de encuentro–, sólo estaba Benetti. Era domingo, algunos se habían ido a la playa y aún no habían vuelto. Michela, tostada por el sol y reluciente de crema, no tardaría mucho en llegar y entonces iríamos juntos a tomar una cerveza en el Mago. Aquella tarde, el crepúsculo no tenía fin.

Tenía diecisiete años y no sabía que éramos felices.

Antonia

Me tumbo de espaldas. Sobre el costado izquierdo, luego de espaldas y otra vez sobre el costado derecho. Hace dos meses que sólo puedo dormir así. La barriga es esférica, como una pelota, y he engordado cinco kilos. Los justos, según mi ginecóloga. Pocos, según Leo.

Leo duerme bocabajo, el muy afortunado, con un brazo colgando fuera de la cama. Me tumbo de nuevo sobre un costado y lo observo fijamente para ver si se despierta. El lunes me marchó y aún no le he dicho nada. Tengo que hablar con él ahora. Le soplo en una mejilla.

–Hum... ¿qué pasa?

–Hola, buenos días.

–Buenos días... ¿Hora? –farfulla.

–Las nueve pasadas.

–¡Es pronto! No seas mala, Toni –se lamenta, mientras se da la vuelta y se tapa la cabeza con la sábana.

Sólo puede levantarse tarde el sábado porque el domingo siempre surge alguna emergencia: atracos del sábado por la noche, llegada masiva de aficionados al fútbol... Hasta los homicidios son más frecuentes durante la madrugada del domingo. El resto de los días se levanta a las siete, mucho antes que yo.

–Tengo que hablar contigo –le digo.

Lo veo asomarse muy despacio bajo la sábana, como si fuera una tortuga que sale de su caparazón. Levanta un párpado y me observa con un ojo saltón y ya nítido.

–¿Qué pasa?

–El lunes me voy a Ferrara y me quedaré allí unos días.

–¿A Ferrara? ¿Por qué?

Ahora ha abierto los dos ojos, pero los deja entornados, como si la luz le molestara, y me observa desde debajo de la almohada. Estoy apoyada sobre un codo y mi pelo le roza la nariz. Pero no se mueve, parece un gato paralizado por los faros de un coche, con el pelo tieso y las orejas gachas.

–Tengo que investigar sobre un asunto de familia.

Poco a poco, se incorpora hasta sentarse con la espalda apoyada en el cabecero de la cama. Ahora sí tiene los ojos abiertos como platos y me observa con perplejidad.

–¿Qué es lo que tienes que hacer?

–Te lo acabo de decir.

–¿Embarazada de seis meses?

Está acostumbrado a mis viajes y a mis investigaciones. Una pequeña editorial de Bolonia me ha publicado tres novelas policíacas y, de vez en cuando, voy a documentarme al escenario del crimen. De hecho, así es como nos conocimos. Pero desde que espero a Ada, no he ido a ninguna parte.

–Precisamente por eso, tengo que ir ahora que aún puedo.

–¿Y adónde vas?

–¿Estás despierto o no? A Ferrara, la ciudad de mi madre. Aquí al lado.

–¿Y por qué no vuelves a casa a dormir?

Ferrara está a menos de una hora en tren desde Bolonia, pero para mí es como si estuviera en la luna. Cuando era pequeña, íbamos de vez en cuando – al cementerio–, pero ya hace como veinte años que no hemos vuelto a ir.

Hasta hace tres días, mi madre no hablaba nunca de Ferrara ni de su familia. Lo único que sabía yo era que estaban todos muertos. Creía que los recuerdos la entristecían y, en un momento dado, dejé de preguntar.

–Necesitaré tiempo, mejor que duerma allí.

Ahora ya está totalmente despierto.

–Enseguida vuelvo –dice, al tiempo que saca las piernas de la cama– y me lo explicas.

Mientras está en el baño, corro las cortinas y abro los postigos. Nuestra habitación da a un balcón y es muy luminosa. Estamos a principios de marzo, aún hace frío y las plantas de las macetas están heladas. Me pongo un jersey encima del camisón y noto que Ada se mueve. La ginecóloga me dijo ayer que ahora mismo es como un plátano grande. «Como un plátano gigante», matizó.

Vuelvo a taparme con las mantas, estoy helada. Me gusta hablar en la cama, es como estar flotando en una nube, o en una barca. Es una zona franca. Me viene a la mente un poema de Stevenson que dice así: «Mi cama es una barquita». Quién sabe si a Ada le gustará leer. De niña, yo leía un libro al día, hasta el punto de que Alma me decía que parara un poco, que saliera a

jugar, que no fuera compulsiva. Yo no sabía qué significaba «compulsiva», porque esa palabra no salía en mis libros.

Ahora que me ha contado la historia de su hermano, he entendido ese pánico suyo a las dependencias. Nunca entendí por qué yo era la única de mi clase a la que en casa reñían por leer demasiado.

Vuelve Leo. Con su pijama azul de popelina, que parece de abuelo. Ni mi padre, que le lleva más de treinta años a Leo, tiene un pijama como ése.

Leo es mayor que yo y ya había estado casado antes, pero no había tenido hijos. Cuando nos conocimos, se estaba separando de su mujer, Cristina.

–Menos mal que te lo llevas tú, no me hubiera gustado nada que se quedara solo –me dijo ella la primera vez que nos vimos.

Cristina es jueza. Es una mujer expeditiva, siempre muy ocupada, inteligente. Me cayó bien enseguida.

–A Cristina sólo le importa su trabajo –me había contado Leo–. No le interesaba formar una familia, así que no sé por qué se casó conmigo.

–¿Y tú? ¿Por qué te casaste con ella? –le había preguntado yo.

–No sé nada de lo que hice antes de conocerte, así que no me lo preguntes. Hacía las cosas por hacerlas, como todo el mundo. Eres tú la que es especial.

Amo a Leo aunque no haya leído a Stevenson. Y por eso él no lo entendía, le dije. Si no lees no entiendes. «No si trabajas en la Policía –me había contestado él–. Cuando eres policía, ves de cerca todo lo que se lee en las novelas: amor, traición, muerte...»

–¿De qué va esa historia de Ferrara? –me pregunta cuando vuelve a la cama, mientras se tumba de lado y me apoya en la barriga una de sus enormes manos.

–Es una historia que tiene que ver con mi madre. ¿Te la cuento? –contesto, al tiempo que apoyo una mano sobre la suya.

–Adelante –dice Leo.

Se ha puesto las gafas y me observa con la misma expresión curiosa y atenta que tenía la primera vez que entré en su despacho de comisaría, hace cuatro años. En aquella ocasión, pensé que nunca había visto a un hombre con una mirada tan curiosa como la suya. Normalmente, son las mujeres las que miran así.

Alma

Benetti llevaba botas sin tacón y desprendía un olor ácido. Parecía saber algo que nosotros ignorábamos, me atraía y al mismo tiempo me producía rechazo. Aparecía muy poco, en horarios extraños, cuando nadie salía. Un domingo había llamado al timbre a las dos de la tarde para pedir una rodaja de limón y mi madre, que era farmacéutica, había entendido enseguida para qué la quería. Había movido la cabeza de un lado a otro, disgustada.

–Pobrecillo –había murmurado.

No nos había pedido que no saliéramos con él, pues confiaba en nosotros.

No sé qué es lo que me pasó por la cabeza aquella noche. Eran las nueve, pero recuerdo que aún era de día y que el mármol blanco de la catedral resplandecía entre los muros de los palacios, arrebolados por el sol. A aquellas horas era difícil que apareciera Michela. Seguramente había tenido que ayudar a sus padres en el bar.

–¿Y si nosotros también lo probásemos, sólo una vez? –le propuse a Maio de repente, al tiempo que señalaba a Benetti con la cabeza.

Hasta ese momento, no se me había ocurrido jamás.

E imagino que a Maio tampoco.

Sin embargo, captó de inmediato lo que quería decir. Separó los brazos, alzó la barbilla, bizqueó y dijo:

–¿De qué huyes?

Y nos echamos a reír.

Siempre he creído que existen secretos que no se pueden revelar. Y nunca había hablado de todo esto con Antonia, por miedo a contaminarla con mi dolor.

Ni siquiera Franco, mi marido, conoce los detalles de lo ocurrido. Sabe que mi padre se suicidó, pero no cómo. Que mi madre se puso enferma, que nuestra familia se hizo añicos y que la culpa fue mía.

Él me ha cuidado, pero quien me ha salvado es Antonia: la tuve a los veinte años. Y ahora que ella también espera un hijo, ha llegado el momento de contárselo todo.

No le he dicho cómo desapareció su tío porque ni siquiera yo lo sé.

Corría el mes de enero. Un domingo por la mañana, nuestra madre entró en mi habitación. Se sentó en la cama y me puso una mano en la espalda.

La noche anterior yo había ido a una fiesta, pero no me había divertido: había vuelto a la una de la madrugada, en bicicleta, a través de una niebla espesa y húmeda. Antes de acostarme había terminado de leer *El gran Gatsby*, para consolarme tras una velada inútil. Desde que ya no salía con Maio, todos los demás me parecían aburridos.

Había apagado la luz a las dos de la madrugada, después de haber leído y releído la última frase del libro: «De esta manera seguimos avanzando con laboriosidad, barcos contra la corriente, en regresión sin pausa hacia el pasado». Luego había dejado el libro en el suelo, junto a la cama, eufórica e infeliz. No podía ni imaginar que, a partir del día siguiente, también mi vida sería así.

Los domingos, Maio y yo solíamos dormir hasta tarde. Aquel año yo tenía el examen de Maturità,¹ por lo que sólo salía el sábado por la noche. Maio, en cambio, había empezado a salir todas las tardes y a regresar pasada la medianoche. Mi padre, siempre preocupado por todo, no parecía haberse dado cuenta. Tal vez le pareciera normal en un chico de una ciudad pequeña. Mi madre sospechaba, pero no decía nada, pues quien más le preocupaba era mi padre.

Los altibajos financieros de mi padre la habían obligado a conservar el trabajo en la farmacia que había conseguido en su época universitaria, cuando aún no se había licenciado. Si durante alguno de nuestros viajes alguien le preguntaba a qué se dedicaba, siempre respondía lo mismo: «Dependiente».

–¡Pero di que eres farmacéutica, Francesca! –la animaba mi padre.

–¿Y qué diferencia hay? –contestaba ella–. Vendo caramelos, compresas, tiritas... En el mejor de los casos, le tomo la presión a alguien.

No lo decía en tono de reproche. Había elegido aquella farmacia, la más grande de la ciudad, porque allí le permitían trabajar sólo media jornada. Tenía dos hijos y un marido que, en realidad, era como un tercer hijo. Pero ella lo amaba. En la época de mi madre, por otro lado, cuando una mujer se casaba no se pasaba la vida preguntándose si había elegido al hombre adecuado.

Yo creo que no era el adecuado.

Mi padre era un hombre muy absorbente: era aprensivo, inconstante e impredecible en todo excepto en su pesimismo. Ahora sé que sufría una

depresión, aunque por entonces no me daba cuenta. Se mostraba lento, pasivo y silencioso en invierno, pero eufórico durante el verano. Se apagaba a principios de noviembre y se reactivaba en mayo. Su padre le había dejado en herencia una finca en el campo y, si bien pasaba mucho tiempo en aquella casa situada bajo el dique del Po, era un pésimo administrador. Pescaba, paseaba con el perro y trataba de ocuparse de las tierras, aunque en realidad era el masovero quien tomaba todas las decisiones.

Si estaba de buen humor, decía que eran los cultivos de cáñamo los que lo habían hecho enloquecer. Que en su familia estaban todos chalados. Cuando se lo conté a la psicóloga a la que me enviaron tras la desaparición de Maio, ella intentó hacerme creer que el hecho de que Maio fuera propenso a las dependencias era hereditario y que lo había adquirido de nuestro padre.

Pero nadie podrá convencerme jamás de que si aquella noche de junio yo no le hubiese propuesto probar la heroína, él habría acabado haciéndolo de todos modos.

De no haber sido por mi insensata ocurrencia, mi hermano seguiría vivo y, probablemente, también mis padres. Mi padre chocheando y mi madre llena de achaques, pero vivos. Se habrían ido a vivir al campo y nosotros iríamos a verlos de vez en cuando. Comeríamos al sol y pasearíamos por el dique con los perros. Antonia habría tenido abuelos y primos, y yo una vida distinta.

Maio jamás habría reunido el valor necesario para pincharse si yo no se lo hubiera propuesto, de eso estoy segura. No es una obsesión, es una constatación. Él no decidía nada, me imitaba en todo lo que yo hacía, confiaba en mí. Todos confiaban en mí.

Pero lo estropeé todo, y me merezco el infierno que he vivido día tras día.

Me giré hacia ella y le toqué la mano que me acariciaba la mejilla. Reconocí por el tacto el anillo que llevaba sobre la alianza, un pequeño zafiro circundado de brillantes, el mismo que yo le he regalado a Antonia.

La mano helada y la piedra me alarmaron. No era mi padre, que era quien normalmente nos despertaba. Algo estaba pasando.

—¿Qué pasa?

—¿Viste a Maio anoche? Aún no ha vuelto y ya son las nueve de la mañana.

—Yo estaba en casa de Laura Trentini, sabes que él ya no sale con nosotros. A aquellas alturas, ya llevábamos vidas distintas. Tras sus interminables

rituales de compraventa, Maio solía terminar la noche en una miserable cervecería que respondía al pretencioso nombre de Paul Verlaine.

–Se habrá quedado dormido en algún lado, en casa de alguien –dije.

No me costaba imaginar la escena. Colocado hasta las cejas, podía haberse desplomado en cualquier parte: en un coche, en unos lavabos públicos... Luego volvería a casa sucio y descompuesto, o indiferente y pacífico, según lo que hubiera conseguido meterse.

–Sí, yo también lo pienso. Pero le he dicho a tu padre que pasaría la noche fuera, para que no se preocupe.

–Entonces, ¿por qué me has despertado?

Era insólito que mi madre hiciese algo sin tener un motivo, pues no era una persona impulsiva.

–Es que acabo de escuchar una noticia en la radio. Esta noche... –empezó a decir, pero enseguida se interrumpió y me cogió la mano.

–Dime.

Me senté en la cama y encendí la lámpara de la mesita de noche. Mi madre se había puesto encima del camión una chaqueta de lana blanca con botones de nácar. Siempre iba muy elegante, incluso cuando se acababa de levantar. Me gustaba aquella chaquetita. Se la había hecho ella misma a ganchillo.

Me avergoncé de mi ropa de la noche anterior, tirada sobre la silla, de las bragas aún en las perneras de los pantalones, de los calcetines tirados por ahí, del libro que había leído antes de dormir aún en el suelo, del aire viciado de la habitación... Quería abrir la ventana, ordenar, poner cada cosa en su sitio. No quería saber qué habían dicho en la radio.

–Esta noche han muerto dos chicos de sobredosis, los han encontrado dentro de un coche en Pontelagoscuro –dijo, al tiempo que me apretaba la mano.

Noté la vibración de una cuerda en el estómago. Una nota baja, grave.

–¿Han dicho los nombres?

–Renato Orsatti y Sandro Putinati, de veinte años. ¿Los conoces?

–No me suenan de nada.

–Eran de fuera, de Massafiscaglia. Pobrecillos.

El hecho de que fueran de un pueblo alejado de Ferrara me tranquilizó, no tenían nada que ver con Maio.

Mi madre, sin embargo, había sacado la conclusión lógica. Dos muertos por sobredosis significaba que estaba circulando una partida de heroína

demasiado pura. Durante los meses siguientes, mientras se investigaba a los amigos de Maio y a los traficantes de la zona, se descubrió que muchos yonquis habían realizado un maravilloso viaje aquel mismo sábado por la noche.

Todos habían vuelto, excepto Renato y Sandro. Y Maio.

La diferencia era que Maio había desaparecido.

Antonia

La mano de Leo es muy cálida. Adoro esas manos grandotas, esas muñecas fuertes cubiertas de vello rubio y de pecas. El día que nos conocimos, mientras me explicaba pacientemente los pasos de una investigación por homicidio, yo le miraba las muñecas, que sobresalían de una camisa de color azul desteñido, el mismo tono de sus ojos. El mismo color del pijama que lleva esta mañana, un pijama de viejo aunque él sólo tenga cuarenta años.

Aparenta más, tal vez porque tiene un poco de barriga, porque lleva gafas y porque luce una calvicie rara, de fraile: una tonsura grande como una taza de té entre el abundante pelo cobrizo, salpicado ya por alguna que otra cana. Supe cómo era Leo por sus muñecas. Me enamoré de sus muñecas.

—¿Te acuerdas de que el miércoles fui a cenar a casa de mis padres? Mi madre estaba nerviosa. Estaba tan rara que hasta pensé que tenía fiebre. Franco había ido a cenar a casa del rector y estábamos las dos solas. Mientras preparaba la cena, me dijo que había decidido contarme algo muy importante. Me hizo sentar, se sirvió una copa de vino, ella que no bebe nunca, y me contó una historia increíble.

Leo está muy atento ahora. Ha dejado de acariciarme la barriga y ha cruzado los brazos sobre el pecho, como si en lugar de estar en la cama se hallara en el sillón que tiene ante su mesa, en comisaría.

—Te la resumo, porque jamás conseguiré contártela exactamente igual que ella. ¿Sabes su hermano?

—¿Qué hermano?

—Ya te lo dije que tenía un hermano un año más pequeño, que se llamaba Marco. Lo llamaban Maio. Yo creía que había muerto de alguna enfermedad, pues Alma no hablaba nunca de él.

—¿Pero...?

—Desapareció cuando aún no había cumplido los diecisiete. Creen que está muerto, pero nunca se encontró el cadáver.

Leo separa los brazos y se quita las gafas, como cuando algo no le cuadra. Se inclina hacia mí.

—¿Cómo es posible?

—¿Entiendes ahora por qué quiero investigar? Es una historia absurda. Mi madre está convencida de que fue culpa suya.

—¿Culpa suya? —repite, con una expresión de incredulidad.

—Me ha contado que una noche le propuso probar la heroína a su hermano y que, a partir de aquel momento, Maio empezó a pincharse, hasta que una noche desapareció.

—¿Tu madre se drogaba? ¿Qué me estás contando?

Se pone de nuevo las gafas y me observa como si le estuviera tomando el pelo.

—No te pongas en plan policía. Te estoy hablando de finales de los setenta. Eran unos críos y quisieron probarlo una vez. Mi madre no volvió a hacerlo jamás, pero él siguió. La noche en que Maio desapareció, murieron dos chicos de sobredosis, así que pensaron que probablemente él también había muerto y que alguien había escondido el cadáver por miedo a meterse en un lío. Mi abuelo se suicidó al cabo de seis meses. Y a mi abuela le detectaron un cáncer —digo de un tirón.

—¡Hostia puta!

—Hostia puta, sí.

—¿Dices que tu tío desapareció hace treinta y cuatro años?

—Por ahí, sí.

—¿Y tú qué te propones hacer?

—Ir allí, hablar con las personas que los conocían... Hacerme una idea.

—¿Por qué?

—Para ayudar a mi madre. Después de todos estos años, sigue convencida de que fue culpa suya, ¿te das cuenta? Pero también quiero hacerlo por mí.

—Cariño, que no es una de tus novelas policíacas. Sin contar con el hecho de que estás embarazada, nadie tendrá nada que contar sobre una historia ocurrida hace tanto tiempo. La Policía debió de investigar: ¿crees que puedes averiguar algo que no descubrieran en su día?

—Eres tú quien dice que a veces la Policía no trabaja bien, que desde fuera es imposible imaginar lo cutres que son algunas investigaciones. Eres tú quien habla de pruebas que desaparecen, de investigaciones encargadas al azar...

—Estás loca, yo nunca te he dicho que... —protesta, pero enseguida se interrumpe porque sabe que sí me lo ha dicho—. Antonia...

—Dime, cariño.

–Te quiero...

–Y yo a ti.

–¿Puedo ayudarte?

–Puedes decirle a tu colega de Ferrara que iré a hablar con él. ¿Conservan los expedientes?

–Más o menos, depende. Puedo pedirle que busque algo. Dame la fecha de su desaparición. Si no se han mudado, si no han perdido el informe... Los que dirigieron la investigación ya estarán muertos.

–A lo mejor no. A lo mejor sólo están jubilados.

–A lo mejor. ¿Seguro que no quieres que me ocupe yo? Para mí sería muy sencillo.

–Prefiero hacerlo yo. Ir en persona. Quiero comprender lo que ocurrió. Mi tío yonqui, mi abuelo suicida... Es cierto que no llegué a conocerlos nunca, pero...

–Caramba con tu madre... Mira que contarte una historia así justo cuando esperas un hijo –dice Leo, compungido.

–Dice que precisamente por eso lo ha hecho. Porque las mujeres embarazadas son invulnerables.

–Será eso...

Leo suspira. Está loco por mi madre. De vez en cuando, para tomarme el pelo, dice que es más guapa que yo y que es de ella de quien está enamorado en realidad. Es cierto que mi madre es muy guapa: siempre lo ha sido, aunque ella no lo sepa.

Alma es una persona extraña. Parece insegura, pero en realidad es muy fuerte. Y también imprevisible y contradictoria. Tiene que decidirlo siempre todo. Es tan sensible que resulta imposible no quererla, aunque ella esté totalmente convencida de ser insoportable, cosa que a menudo es, la verdad. Cuando yo era adolescente, no nos llevábamos precisamente bien: más bien parecía ella la adolescente y, a veces, sigue pareciéndolo.

–¿Cuánto tiempo piensas quedarte en Ferrara?

–Una semana como máximo. Tengo visita de control el lunes que viene. Intentaré hablar con las personas a las que frecuentaba mi tío, además de con la Policía. Tengo que hacerlo antes de que nazca Ada. Nunca he sabido nada de la familia de mi madre y ahora entiendo por qué.

–¿Se lo has dicho a ella?

–No puedo. Se sentiría fatal. Es más, tienes que cubrirme. No atiende a

razones cuando se trata de esta cuestión. No sabes lo que... Está convencida de que fue ella quien destruyó a su familia.

—¿Y tu padre?

—Aún no le he dicho nada. He quedado mañana con él, tengo que preguntarle un montón de cosas. Alma se ha ido a Roma para visitar una muestra de Ghirri, así que le he preguntado a mi padre si podemos comer juntos.

—¿Y qué dice la doctora Marchetti?

—Que estoy la mar de bien y que no me preocupe, que en Ferrara tienen un servicio de obstetricia buenísimo.

—¿Estás segura de que eso es lo que te ha dicho?

—No, cariño, ¿tú crees que le iba a contar a mi ginecóloga una historia tan personal? Venga ya. Pero estoy la mar de bien, en serio. Tu madre me ha dicho que trabajó hasta el día antes de tenerte y mira lo bien que has salido.

—Pero si mi madre no... Vale, Toni, haz lo que quieras. Total, lo harás igualmente.

—Vuelvo el domingo, como muy tarde. No te preocupes.

Alma

Fuimos con Benetti a casa de un tipo que la vendía. Era un adulto, con patillas. No lo había visto jamás. No parecía un drogadicto y tampoco nos pidió dinero. En aquel momento, nos consideramos afortunados. El tipo parecía estarse divirtiendo, fue muy amable. Lo hizo todo él y fue como si nos inyectase en el brazo una borrachera muy potente, instantánea y violenta. Nos pasamos la noche vomitando y cuando nos despertamos al día siguiente, con la cara verde, era tardísimo.

Nos fuimos al instituto en bicicleta para ver las notas, sin hablar. Maio había suspendido Latín y tenía que presentarse en septiembre, como ya esperábamos. Yo lo había aprobado todo con una media de ocho, más de lo previsto. No estábamos ni contentos ni tristes, sólo nos sentíamos vacíos y cansados, como si por descuido hubiéramos perdido algo muy querido para nosotros pero nos diera vergüenza y no estuviésemos dispuestos a admitirlo. En el autobús que nos llevaba al campo sólo dijimos «Nunca más», sin mirarnos a los ojos.

Yo cumplí mi palabra. Tan mal lo había pasado que hasta dejé de fumar porros. Pero Maio volvió a probarlo después de las vacaciones. Una noche, sin decirme nada, fue a buscar droga. Era como si algo lo hubiera mordido, como si le hubieran inoculado un veneno. Quién sabe cómo funcionan estas cosas, es todo un misterio. Yo tenía el antídoto y él no.

Durante un mes, lo hizo una vez por semana, el sábado por la noche. Me lo contó Michela.

No quería creérmelo. No podía creérmelo. Estaba asustada, pero sobre todo enfadada. Intenté hablar con él, pero minimizaba el asunto, decía que tampoco era para tanto, que no me preocupara. Luego empezó a drogarse a diario. Mi madre se dio cuenta y lo obligó a tomar metadona. No se dejó llevar por el pánico. Estaba familiarizada con el tema de la droga porque eran muchos los jóvenes que acudían a su farmacia a comprar jeringuillas y eso, paradójicamente, empeoró la situación. No se hundió, no dramatizó. Pero mi hermano tomaba metadona por la mañana y por la tarde se pinchaba. Se enganchó aún más rápido.

No sabíamos cómo decírselo a mi padre. Él creía que Maio estaba cansado por los estudios. Yo estudiaba para la Maturità y salía con mis amigos, pero era como si se hubiera apagado una luz. Cuando entra un problema en una familia, se produce una especie de silencio, un vacío que encoge el estómago, un malestar constante.

Estaba enfadada con él, con mis padres, con todo el mundo. Creía que era injusto. Aquella noche de principios de verano, sólo quería bromear. No tenía más que diecisiete años. Había sido una estupidez, como cuando nos habíamos emborrachado con grapa de frutas en la montaña. Maio no podía hacerme algo así, si de verdad me quería. Era injusto. Mi madre decía que se curaría, que conocía a muchos que se habían curado. Lo envió a un psicólogo, pero nada más salir de la sesión, Maio corría a pincharse. «Ese imbécil aún me hace sentir peor», me dijo una vez.

Había cambiado. Si estaba colocado, decía tonterías y gilipolleces; si no, guardaba silencio y abría unos ojos como platos. Creo que vendía para poder pagarse la droga. Salía de casa justo después de comer, a las dos de la tarde, y volvía a las ocho de la tarde. Ya no estudiaba y solía saltarse las clases. Yo estaba tan enfadada con él que ni siquiera le hablaba. No lo reconocía. No lo soportaba. No soportaba su traición, ni tampoco mis sentimientos de culpa.

Una noche teníamos escalopines al vino de marsala para cenar. Mi padre, que ya se había servido dos veces, miró el plato intacto de Maio y dijo:

–¿No comes? ¿No tienes hambre? Si los escalopines te encantan.

Yo ya no podía más y exploté.

–¡Papá, hace meses que no come! ¿Cómo es posible que no te hayas dado cuenta?

Mi padre me miró a mí, después a Maio y, por último, a mi madre.

–¿Qué pasa? ¿Estás enfermo, Maio? Francesca, dime la verdad.

Y mi madre, finalmente, habló:

–Giacomo... Maio tiene un problema de dependencia, pero lo resolveremos. Estoy buscando un centro de desintoxicación.

Maio intentó sonreír.

–Perdonadme, lo siento –dijo–. No es tan grave, es sólo que no tengo mucha hambre.

Se rascaba. Olía a sudor agrio y a tabaco. Estaba colocado y yo sabía que

lo sentía, pero no tanto como yo.

A él ya no le importaba nadie.

Mi padre se levantó de la mesa y se le acercó por detrás para abrazarlo. Maio permaneció sentado, con la espalda rígida y el rostro inmóvil.

Mi padre lloraba y lo abrazaba.

–Perdonadme –dijo también él. Y luego fue a echarse en la cama de su habitación.

No entendí qué era lo que teníamos que perdonarle, pero lo odié. Los odié a todos. A mi madre por no decidir nada y a mi padre por ser tan débil. ¿Por qué no se enfadaban? Nadie nos protegía. Nadie me protegía.

Fue la última vez que estuvimos los cuatro juntos.

No sé de qué hablaron mis padres aquella noche, pero la luz se filtró por debajo de su puerta hasta muy tarde. Me imaginé a mi madre consolando a mi padre.

Al día siguiente era sábado: yo fui al instituto por la mañana, mi madre a la farmacia y mi padre a una reunión en la cooperativa agraria. Maio durmió hasta la hora de comer. La señora de la limpieza dijo que al despertarse había tomado un té con galletas y que luego había salido a pie. No volvimos a verlo jamás.

Antonia

–¿Te lo ha dicho? –pregunta mi padre.

Acabamos de sentarnos en su restaurante favorito, el Diana de *via* Indipendenza.

–Sí. ¿Lo sabías?

–Tu madre llevaba pensándolo desde que sabe que estás embarazada. Siempre ha mantenido que no podía contártelo antes.

El camarero de la nariz larga y el pelo gris nos trae un platillo de virutas de parmesano y dados de mortadela. Trabaja aquí desde que yo nací y siempre lo he visto igual –un hombre guapo de sonrisa cordial–, aunque jamás he sabido cómo se llama. Se lo pregunto a mi padre.

–No tengo ni idea –responde–, ¿por qué?

–No sé, por nada. ¿Por qué Alma no podía hablarme antes de su hermano y de todo lo demás? ¿De qué tenía miedo?

Suelo llamar a mis padres por su nombre: Alma y Franco, como los oía llamarse entre ellos cuando aprendí a hablar. Me he dado cuenta de que hay otros hijos únicos que también lo hacen.

–De muchas cosas. Descubrir que tu abuelo se suicidó y que tu tío desapareció no es poco.

–¿Y tú no has pensado nunca que yo debía saberlo?

–Sí lo he pensado. Pero he respetado las decisiones de tu madre, como siempre.

–¿Crees que ella tuvo la culpa?

Me sirve un dedo de lambrusco.

–¿Puedes beber?

–Medio vasito sí.

Él se llena hasta arriba la pequeña copa redonda. Es un vino con burbujas, agradable, ligero.

–Naturalmente que no. Fue una casualidad. Todo sucede por casualidad. Pero es imposible convencerla porque jamás tendremos la prueba irrefutable. Sólo existe una cosa capaz de tranquilizarla –dice. Una sonrisa imperceptible

le ilumina la mirada—. ¿Se te ocurre? ¿Sabes cuál es? —pregunta, observándome fijamente.

Mi padre no renunciaría a hacer de profesor ni siquiera en pleno cataclismo. «¿Sabrías decirme cuál, de entre los objetos que nos rodean, está hecho con material ignífugo?», me lo imagino preguntándome en mitad de una explosión, mientras las llamas nos rodean.

Pero sí se me ha ocurrido y tengo la respuesta.

—Que yo descubra cómo desapareció.

Me observa, complacido.

—¿Lo intentarás? —pregunta.

El camarero de la nariz larga nos trae los *tortellini*. Sonríe más que de costumbre y tengo la sensación de que no tardará en preguntar sobre mi embarazo, pues lo he pillado desviando la mirada hacia mi barriga.

Bebo una cucharada de apetitoso caldo caliente. Está riquísimo. Desde que estoy embarazada, saboreo cada bocado como jamás había hecho hasta ahora.

—Desde luego que sí.

Franco deja la cuchara y me contempla, satisfecho.

—Cuando era joven, yo también quise hacerlo.

—¿Y qué te lo impidió?

Me observa atentamente mientras hace girar, con los dedos índice y pulgar de la mano derecha, la alianza que lleva en el anular de la mano izquierda. Es una antigua alianza de oro rojo. Sé que en el interior lleva grabado el nombre de mi abuela, Francesca, y que en la que lleva mi madre está grabado el nombre de mi abuelo, Giacomo. Son las alianzas de mis abuelos, que figuran entre las pocas cosas que mi madre conserva de sus padres. El anillo de prometida de mi abuela, un pequeño zafiro circundado de brillantes, me lo regaló a mí. Siempre lo llevo, también ahora. Y pensándolo bien, es muy raro que mis padres no me hayan hablado nunca de los abuelos muertos y, sin embargo, lleven en el dedo sus alianzas.

—Si te ofreciera una respuesta sin sentido, ¿creerías que tu padre es un viejo chocho? —dice, bajando un poco la mirada.

—Ojalá te oyera decir alguna insensatez de vez en cuando.

Ahora sonrío abiertamente.

Mis padres siempre muestran entusiasmo ante todo lo que digo, como cuando tenía cuatro años y empezaba a escribir alguna palabra en la pizarra que me habían regalado. «Uva.» «Sol.» «¡Muy bien!»

De adolescente, empecé a sospechar que el rol de padres tenía tan poco que ver con ellos que se habían visto obligados a aprender a representar ese papel del modo más adecuado y correcto, aunque sin la menor vocación. Quise marcharme de casa antes de empezar a odiarlos precisamente por eso.

Franco se limpia los labios ya limpios con la enorme servilleta blanca del Diana.

–Estaba convencido de que sólo tú podías hacerlo, como si fuera una empresa reservada para ti. Era una convicción irracional, lo sé, pero no consigo avergonzarme.

Por mucho que diga que no consigue avergonzarse, tiene las mejillas arboladas. Será el caldo, o el vino.

–*Semel in anno licet insanire*. Tú eres mi vez al año. Siempre lo has sido – dice.

Estoy a punto de decirle que no me parece una locura esperar que yo descubra algo relacionado con nuestra familia, pero en ese momento se me adelanta el camarero.

–¿De segundo qué les traigo? –pregunta–. ¿Verduras al horno, como de costumbre? ¿O les traigo el carro de las carnes?

Tal y como imaginaba, se ha percatado de mi barriga y ya estamos con las indirectas sobre mujeres embarazadas que comen el doble de lo normal. La cuestión es que el tópico es cierto, al menos en mi caso: como más que de costumbre y soy más golosa.

Franco me hace un gesto, como si quisiera decir: «Yo estoy lleno, pero tú come lo que quieras».

–Tomaré la fritura mixta de carne y verduras con doble ración de croquetas de crema, gracias –respondo, convencida de que al pedir el plato más contundente de la carta haré feliz al camarero.

Es mi manera de compensarlo por el hecho de que hace más de treinta años que lo conozco y ni siquiera sé cómo se llama, aunque no sea culpa mía sino de la reserva patológica de mis padres. Y, efectivamente, parece tan complacido que ya no resiste más.

–¡Estupendo! A su salud. ¿Cuándo nace la criatura? ¿Puedo felicitar al profesor, que va a ser abuelo? –estalla, mientras observa a mi padre.

Franco, que no tiene ni idea de lo que debe responder, se limita a asentir con una amable sonrisa. Hoy al profesor le toca aprender a representar el papel de abuelo.

Alma

He vuelto a pensar en cuando éramos niños. En los viajes familiares en coche, en los juegos. En los murciélagos.

Durante los veranos en el campo, si dejábamos las ventanas abiertas y las luces encendidas no tardaba en entrar algún murciélago, el único acontecimiento que conseguía poner nerviosa a nuestra madre.

—¡Giacomoo, Giacomoo, ven, ha entrado!

Entonces llegaba mi padre y se adueñaba de la habitación amenazada por el vuelo ciego del murciélago, al cual expulsaba por la ventana a golpes de escoba. A nosotros nos encantaba ver a nuestra madre aterrorizada y a nuestro padre socorrerla cual caballero que derrota al dragón, así que a veces dejábamos la ventana abierta de par en par y las luces encendidas a propósito. Al día siguiente, por la mañana, buscábamos el cadáver en el patio: era tan pequeño como un ratoncillo suave y peludo, y nos costaba encontrarlo.

Para expiar nuestra crueldad, yo había decidido que a los murciélagos derrotados había que enterrarlos bajo el nogal, siguiendo un ritual que incluía velas y coronas de flores silvestres.

Mi padre se quitó la vida en aquella casa. Lo encontré yo.

No es del todo exacto decir que lo encontré, es más bien que lo oí. Cuando escuché aquel ruido, sabía perfectamente qué era. Ya hacía días que temía que se pegara un tiro. Sé que es horrible decirlo, pero en aquel momento casi me produjo alivio, porque de ese modo me liberaba del pánico de que pudiera hacerlo. Pero he pagado muy cara esa sensación de alivio.

Las primeras semanas después de la desaparición de Maio, mi padre parecía otra persona. Había querido participar en las investigaciones de la Policía, pero también actuaba por su cuenta, haciendo gala de una resolución y de una imaginación que yo no le había visto ni en sus momentos más brillantes. Los roles de mi padre y de mi madre parecían haberse invertido: ella anulada, él incansable, rebotante de iniciativas. Incluso había ido a Roma, al Ministerio del Interior. Había contratado a un investigador privado, había hablado con los padres de los amigos de Maio, había ido a todos los

bares que él frecuentaba e incluso había interrogado a los dueños, a los traficantes, a los transeúntes...

–Lo encontraré, Francesca, lo encontraré –le repetía una y otra vez a mi madre–. Ya verás como lo encontraré.

No lo encontré.

Maio se había esfumado en la niebla.

Ni siquiera conseguimos averiguar si aquella noche se había pinchado, ni con quién, aunque estábamos convencidos de que se había drogado, pues a aquellas alturas ya no podía pasar ni un solo día sin heroína. Su rastro se perdía la tarde del sábado: lo había reconocido la taquillera del cine al que había ido a ver *La profecía*, una película de terror, en la primera sesión de tarde.

Pensé que había ido al cine sólo para tener un sitio en el que pincharse, refugiarse o dormir. Después de haber empezado a drogarse, había dejado de leer y de ir al cine; era como si estuviera idiotizado. La última persona que lo vio fue la anciana taquillera, cuando Maio salió a las cinco de la tarde del cine de *piazza* Carbone. La mujer lo reconoció por el cinturón de tachuelas que llevaba en la fotografía que se publicó en los periódicos.

En aquella zona había por lo menos dos locales en los que se vendía droga, aunque nadie admitió habérsela proporcionado a Maio. Como tampoco se descubrió nunca quién se la había vendido a Sandro y a Renato, los dos muchachos que murieron aquella noche.

Mi padre fue a visitar a los padres de los dos chicos y les mostró la foto de Maio, pero le dijeron que no lo habían visto nunca. No sabían si envidiarnos o compadecernos, del mismo modo que nosotros no sabíamos si era mejor encontrar su cadáver o seguir ignorando qué le había sucedido.

La antinatural energía de mi padre se fue apagando poco a poco. La noche del día en que me examiné de Maturità –una noche en que, igual que la tarde en que todo había empezado, olía a tilo–, salimos a cenar: fuimos a la terraza de un restaurante en el cual habíamos estado los cuatro en diversas ocasiones.

Mi madre intentaba sonreír, pero le dolía el estómago y no hablaba. Pedimos anguilas a la brasa y vino blanco, pero ninguno de los tres consiguió comer. Mi padre se bebió tres vasos de vino y luego se echó a llorar. Hacía un calor sofocante y las lágrimas le caían en el plato. No me miraba, no se movía. Mi madre apoyó la cabeza entre las manos.

Recuerdo que pensé que mi vida se había acabado. Y también recuerdo que

no me pareció justo, que no creía merecérme lo.

Me he preguntado tantas veces por qué algunas familias se desintegran al enfrentarse a una tragedia y otras no... Por qué algunas personas tienen la fuerza necesaria para aceptar y superar, mientras que otras no consiguen reaccionar.

También los padres de Sandro y de Renato habían perdido a un hijo, y sus hijos a un hermano. Cuando estaba en segundo de bachillerato, la hermana de una amiga mía se mató en un accidente de tráfico. La madre de otra amiga enfermó de cáncer. A un chico se le murió el hermano recién nacido, cuya llegada temía y odiaba al mismo tiempo.

Las desgracias ocurren. ¿Y qué es lo que mantiene a una familia unida cuando pasa una desgracia? ¿La fe? ¿El amor que se profesan? ¿La generosidad, el equilibrio, la casualidad?

Pienso en las familias de los países pobres, donde los hijos mueren por culpa del hambre y de las enfermedades. El mundo está repleto de dolor. ¿Por qué algunas personas lo soportan y otras no?

Nosotros cuatro nos queríamos.

¿Por qué mi madre no obligó nunca a Maio a dejar la droga? ¿Por qué no se preocupó de la depresión de mi padre? Y él, ¿por qué no se dejó ayudar? ¿Es que no se amaban lo suficiente? ¿No me querían a mí lo suficiente? ¿Qué podría haber hecho que no hice?

¿Qué era lo que nos faltaba?

He vivido siempre aterrorizada ante la idea de que mi nueva familia pueda desmoronarse de un momento a otro. He elegido a un hombre sensato y racional para que eso no ocurriera. Un hombre equilibrado.

He luchado, y sigo luchando a diario, con el miedo. Incluso ahora, que paso de los cincuenta y estoy a punto de ser abuela.

Algunas personas no encuentran nunca la paz.

Antonia

Camino bajo los pórticos, relucientes por la lluvia, y me observo en los escaparates de las tiendas. Con este abrigo largo casi no se me ve la barriga.

Alma tiene razón cuando dice que las embarazadas son invulnerables, pues este invierno no he cogido ni un resfriado. Al principio siempre tenía sueño, pero ahora me siento rebotante de energía y no veo la hora de marcharme. Pienso en lo que voy a poner en la bolsa que me llevo a Ferrara: dos pares de pantalones negros, los dos jerséis más grandes que tengo, el ordenador portátil, el iPad, un camisón... A lo mejor me llevo también un paraguas, porque me parece que en Ferrara no tienen pórticos como éstos.

Me gusta la idea de pasar unos días sola en un hotel y de descubrir la ciudad. Mis novelas policíacas están ambientadas en Emilia, pero no conozco Ferrara: la ciudad, precisamente, en la que nació mi madre y en la que están enterrados mis abuelos. No he considerado jamás que fuese un lugar relacionado conmigo; más bien era una ciudad lejana e invisible. Las pocas personas de Ferrara que conozco se vanagloriaban de la belleza de su ciudad como si el mérito fuera suyo, lo cual ha hecho que me parezca un sitio algo antipático. En Bolonia somos más críticos con nuestra ciudad.

Mi padre se ha despedido de mí citándome la *Eneida*. Ha comparado a mi madre con Juturna, ninfa de las aguas y hermana de Turno. Juturna trató de proteger a su hermano en el duelo contra Eneas, pero se vio obligada a abandonarlo a su destino por orden de Júpiter.

–Se siente culpable por estar viva, como Juturna se maldecía por ser inmortal. *Inmortalis ego...* Precisamente yo tenía que ser inmortal. Se desesperaba, pobrecilla Juturna. La condición divina fue para ella una condena, puesto que no le sirvió para impedir la muerte de su hermano.

Luego, a modo de despedida, me ha dado un beso en la sien. Después ha subido al autobús para sumergirse en sus lecturas de sobremesa en el sillón.

Me suena el móvil en el bolsillo del abrigo; es Leo.

–¿Qué ha dicho tu padre? –pregunta, sin saludarme.

–Que soy la única que puede descubrir algo. Y que tengo que leer el duodécimo libro de la *Eneida*.

–Y yo que esperaba que te disuadiese... ¿Qué dice el duodécimo libro de la *Eneida*?

–Luego te lo cuento, no tardaré en llegar a casa. ¿Tú a qué hora llegas? ¿Has hablado con tu colega de Ferrara?

–Llego a la seis. Luego te doy su número, se llama Luigi D’Avalos.

–¿Luigi qué?

–D’Avalos. Ha dicho que buscará el expediente y los datos de contacto de quien llevó el caso en su día, si es que aún vive. Es napolitano, te lo advierto.

–¿Quién?

–Mi colega.

–¿Y qué?

–Que es muy amable. Quería enviar a alguien a buscarte a la estación. Le he dicho que no sabía a qué hora llegabas y que lo llamarás tú cuando te hayas instalado.

–Lástima, me hubiera gustado llegar al hotel con la sirena a todo volumen.

–Tonta. Serás delincuente...

–Yo también te quiero. Nos vemos dentro de un rato.

–¿Toni...?

–Dime.

–No me he visto capaz de decirle que estás embarazada.

–Pues le daremos una sorpresa. Rollo huevo de Pascua.

–Pensará que estamos locos.

–Es que lo estamos.

–Eso, tú riéte. Espero encontrarte cuando llegue a casa.

–¿Y adónde quieres que vaya?

–Me refiero a que... espero encontrarte. Ya me has entendido.

No lo he entiendo, pero bueno, me encontrará.

No le he preguntado nada a mi padre. Y él tampoco me ha explicado nada, como de costumbre. Ni cómo estaba mi madre cuando se conocieron, ni qué le contó acerca de su hermano. No me ha dado nombres de personas a las que buscar en Ferrara, ni de sitios a los que ir. Ni una sola indicación, aparte de la *Eneida*.

Alma

Estaba al teléfono cuando oí el disparo. Miré por la ventana pero el cielo era azul, no se veía ni una nube. Eran las cuatro de la tarde, la luz era deslumbrante.

Desde aquella noche en que se había echado a llorar en la mesa, el día de mi examen de Maturità, esperaba que ocurriese de un momento a otro. Sabía dónde guardaba la escopeta de caza y le había pedido a mi madre que la escondiera, pero ella me había contestado que me dejara de tonterías.

Colgué sin despedirme y empecé a gritar.

–¡Mamá!

Luego me encerré en el baño.

Mi madre ya había echado a correr hacia el dormitorio de ambos, que era la habitación en la que se encontraba mi padre. La oí gritar y luego bajar corriendo a telefonar. Me quedé escuchando desde la puerta. No quería verlo. No, aquello no.

La ambulancia llegó al cabo de diez minutos, desde el pueblo. Nuestra casa está aislada, cerca del dique del Po. Yo esperaba sentada en el suelo, junto al portal, observando las hormigas que entraban y salían de las grietas de la acera.

–Arriba, segunda puerta a la derecha –dije, al tiempo que indicaba la escalera interior con el pulgar.

Me fui detrás del garaje, bajo la marquesina de la glicina donde Maio y yo jugábamos de niños a papás y a mamás. Yo era la madre y él el padre; le servía la cena sobre una caja de madera que había preparado con flores, piedras y hojas.

–Aquí tienes un buen plato de espaguetis, querido. De segundo te he preparado albóndigas –le decía, mientras le ponía delante una hoja repleta de hilos.

–Ñam, ñam, está buenísimo, querida –respondía Maio, acariciándose la barriga.

Después de las albóndigas –piedrecillas de grava con salsa de pétalos de amapola–, le ofrecía un ramita.

—Y aquí tienes tu puro, querido.

El puro era lo que más le gustaba y, si a mí se me olvidaba, me preguntaba:

—¿Y mi puro, querida?

No sé de dónde habíamos sacado que marido y mujer se llamaban entre sí «querido» y «querida» —probablemente, de la *Settimana Enigmistica*—, pero nos divertía y seguimos llamándonos así muchos años, incluso cuando ya no éramos niños.

Empecé a recoger amapolas y ranúnculos en el campo y se me subió al brazo un escarabajo, de esos que según dicen traen suerte. Sentía frío en la nuca y necesitaba ir al lavabo, pero no quería entrar en casa.

Sabía lo que había pasado. Sabía que se había matado, y cómo, y también sabía que mi madre prefería estar sola con él, sin mí. Creía que se amaban, a su manera al menos. Yo, de todas formas, no había conseguido mantenerlo con vida y ya no había nada que pudiera hacer. Ni siquiera por mi madre.

Ya hacía meses que estaba enferma, pero ése no fue el motivo de que mi padre se suicidara. Sé que fue por Maio.

Dejamos de ser una familia el día en que Maio desapareció. No fuimos capaces de salvarnos los unos a los otros. Antes de su desaparición, sólo nos teníamos a nosotros cuatro; y después ya no nos quedó nada.

Antonia

–Querida señora Capasso.

El colega de Leo es más que amable, es envolvente.

–No, no la hago venir hasta aquí, me reuniré con usted en el hotel en un periquete –me ha dicho por teléfono.

¿En un periquete? ¿Cómo habla este hombre?

Nos sentamos en una de las tres mesitas redondas del pequeño bar que da al jardín interior del hotel. Pide dos cafés. No da muestras de haberse fijado en mi barriga. Tendrá uno o dos años más que yo, pero es más joven que Leo. Es guapo, pero de un atractivo banal: ojos muy azules, espesos rizos negros que le caen hasta la nuca, dientes blanquísimos... Si fuera más alto, parecería un actor, uno de esos que se sienten acomplejados por su atractivo y se pasan las entrevistas citando libros y obras de teatro.

–Me ha contado su marido que escribe usted novelas policíacas. Me gustaría leerlas.

Es lo primero que dice después de haberme estrechado la mano.

–Me publica una pequeña editorial de Bolonia, no tienen mucha distribución –admito–, pero supongo que en Ferrara se pueden encontrar. Sólo se venden en Emilia, porque los casos están ambientados aquí –digo. Luego, arrepentida de mi implícito «Si las compra», añado–: No he traído ninguno de mis libros, si no se lo regalaría.

Así que Leo lo ha disfrazado de curiosidad profesional, evitando el turbio drama personal. Ha acertado de pleno, con este tipo.

–No, no, no, los libros hay que comprarlos, no hacérselos regalar por el autor –alardea, para luego añadir–: Por desgracia, debo decirle que el responsable de la investigación que le interesa murió hace dos años. Conozco al entonces subinspector de la Squadra Mobile. Aún vive en Ferrara, porque se casó con una chica de aquí. Puedo pedirle que se entreviste con usted.

–Puedo hacerlo yo directamente, si no le parece fuera de lugar.

–Con usted, nada está fuera de lugar –sonríe.

¿De dónde sale éste?

–¿Le ha echado un vistazo al expediente de la investigación? ¿No le parece

extraño que no se haya vuelto a saber nada? –pregunto con brusquedad.

La sonrisa se le ilumina aún más, si es que es posible. No acabo de decidir si el tipo que tengo delante es un seductor en serie o un payaso.

–¿Sabe usted cuántas personas desaparecen cada año, señora Capasso? – me pregunta despacio, mientras sirve un poco de agua de Seltz en dos vasos minúsculos.

He elegido un hotel céntrico que suponía modesto, pero los muebles y las alfombras son antiguos. Mi habitación da a la avenida principal, una de las pocas calles de paso de la ciudad, y por tanto es un poco ruidosa, pero el techo tiene unos frescos preciosos. Somos los únicos clientes del bar y la camarera nos trata con deferencia. Seguramente conoce al comisario. Es más, puede que en Ferrara lo conozca y lo tema todo el mundo. Antes de empezar a salir con Leo, a mí también me imponían bastante las fuerzas del orden.

–¿Cuántas pueden ser? ¿Cinco al mes? ¿Diez? ¿Más? –pregunto.

–Miles, señora Capasso. Cada año desaparecen como por arte de magia miles de personas –responde, mientras remueve el café con expresión abatida–. Pero la investigación sobre la desaparición de Marco Sorani fue muy exhaustiva, sobre todo porque estaba relacionada con la muerte de dos jóvenes toxicómanos –añade.

–¿Y qué averiguaron?

–Yo nada, porque era un crío –dice, guiñándome el ojo–. Pero ayer por la noche leí el expediente de la investigación y más o menos me he hecho una idea. Si quiere, la acompaño.

–¿Adónde?

–Entenderá mejor lo que quiero decir si ve el lugar con sus propios ojos.

Parece un poco petulante y formal, pero ha leído los documentos relativos a una investigación de hace más de treinta años, se ha hecho una idea y quiere contármela. Se esfuerza por quedar bien. Me pongo de pie.

Llevo un jersey ancho y largo que me tapa hasta medio muslo, pero no puede no haberse fijado en mi barriga. Aun así, no hace comentario alguno. Me ayuda a ponerme el abrigo, deja cinco euros sobre la mesa y me coge por un codo. Cuando ya salimos, la camarera nos alcanza con la bufanda gris que me he dejado sobre la silla. D'Avalos la coge y me la coloca alrededor del cuello.

Me ayuda a subir a un coche oscuro conducido por un policía de paisano, y se sienta en la parte posterior conmigo.

–La señora Capasso es la esposa de un colega de Bolonia, Raffaele. La estamos ayudando con un tema familiar –le dice al policía sentado al volante–. Vamos al puente del Po en Pontelagoscuro.

La familia. Formo parte de la familia, la gran familia de la Policía. Quizá ése es el motivo de que se muestre tan colaborador.

Es un día húmedo y gris, pero desde que he bajado del tren percibo la cercanía de la costa oriental. Como si fuera una zahorí, noto la presencia del agua. Además, he visto en el mapa que el mar queda a cincuenta kilómetros de aquí y, todavía más cerca, el Po, una dársena y los valles de Comacchio. Y luego está el foso que rodea el castillo, en el centro de la ciudad. Hay muchísima agua por aquí. La luz es distinta a la de Bolonia, más fría; clara pero opaca a la vez.

Cuando iba al hotel en taxi, desde la estación, ya me he fijado en el castillo, que se encuentra en el centro de la ciudad, a pocos metros de mi hotel. Ahora pasamos justo por delante para adentrarnos por una espectacular calle adoquinada.

–Bienvenida a la calle más bonita de Europa –dice D’Avalos–, *corso Ercole I d’Este*. Imagino que ya la conoce.

–De pequeña venía de vez en cuando a Ferrara con mi madre, pero sólo íbamos al cementerio. Debimos de venir cuatro o cinco veces.

–Espléndida, la cartuja. ¿Ha leído la novela de Bassani?

–¿Podemos tutearnos? –me decido a preguntar. Me parece ridículo todo ese rollo de señora Capasso y comisario D’Avalos–. Me llamo Antonia. De apellido, Zampa. Leonardo y yo no estamos casados.

–Desde luego que sí, Antonia. Yo me llamo Luigi –dice, mientras me observa con la más sincera de las muchas sonrisas que me ha obsequiado hasta el momento.

–¿Te gusta trabajar aquí? ¿Cuánto tiempo llevas en Ferrara?

–Tres años. Soy de Nápoles, así que ya te puedes imaginar el cambio... Aquí, los misterios pertenecen sobre todo al pasado: Lucrecia Borgia, Hugo y Parisina, Bradamante... La ciudad es tal y como la ves, de una belleza pasional. Aquí, el problema más gordo lo provocamos nosotros mismos.

–¿A qué te refieres? –pregunto.

Me mira las rodillas, como si se avergonzase.

–A Federico Aldrovandi...

Puede que lo haya etiquetado demasiado rápido. Puede que los hombres

guapos tengan que enfrentarse a los mismos prejuicios que las mujeres guapas.

Pasamos frente a un edificio que Luigi llama Palazzo dei Diamanti, al tiempo que me aconseja visitar la muestra que se expone en ese momento. Más que un policía, parece un guía turístico, pero tiene razón: esta calle tengo que recorrerla a pie. Es espléndida: amplia, larguísima, recta, flanqueada de edificios renacentistas... No hay tiendas ni letreros. Tampoco coches aparcados. Si no fuera por las señales de tráfico, tendría la sensación de haber retrocedido quinientos años en el tiempo.

Pocos minutos más tarde, ya hemos salido de la ciudad. Cruzamos una periferia tranquila y ordenada, formada por antiguas viviendas de protección oficial, que se va desdibujando en un paisaje de álamos y campos. Al cabo de unos cuantos kilómetros, llegamos a un gran puente de hierro sobre el río Po.

Raffaele aparca en un claro rodeado de cañas de bambú, a la derecha de la entrada del puente.

–Ven –dice Luigi.

El río es grande y turbulento, de aguas de color fango repletas de remolinos. El puente, gris, es larguísimo y se aguanta gracias a cinco pares de pilares de cemento. En apenas unos minutos se ha levantado una espesa niebla y ya no consigo ver la otra orilla del Po. Mientras veníamos hacia aquí he visto otro puente más estrecho sobre el Po, unos cientos de metros río abajo. Ahora ya no se ve, pero oímos el ruido del tren que lo cruza en ese momento. Este sitio resulta inquietante.

–Aquella noche la niebla aún era más espesa –dice Luigi.

De repente, está muy serio.

–El coche estaba aparcado en este claro. Era un Golf blanco, del padre de Renato. Renato estaba al volante y Sandro en el asiento trasero. Creo que Marco estaba con ellos. Que cuando ellos se encontraron mal, fue a buscar ayuda y cayó al Po. O a lo mejor se arrojó.

–¿Cómo puedes saber todo eso?

–Después de que tu marido... de que el comisario Capasso me llamase, leí los expedientes. En aquella época tampoco había muchos toxicómanos en Ferrara, así que es probable que tu tío hubiese comprado la misma sustancia que se habían inyectado los otros dos. El hecho de que uno de ellos apareciera al volante y el otro en el asiento trasero, me hace pensar que en el asiento del pasajero iba una tercera persona.

—¿Y el cadáver?

—Si cayó al Po, era muy difícil recuperarlo, porque en este punto la corriente es muy fuerte. En cuanto a las huellas, bueno, la policía científica de hace treinta años no era como la de ahora. Era sábado por la noche y se había levantado una niebla muy densa. Los encontró a las cuatro de la madrugada un vigilante nocturno que volvía a casa en moto después del trabajo.

—Ya has hablado con el subinspector, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —se sorprende.

—Escribo novelas policíacas y vivo con un poli. Me parece que tienes las ideas demasiado claras para haber leído sólo unos cuantos expedientes antiguos. ¿No querías decírmelo para no robarme la satisfacción de hablar a solas con él? ¿Qué te ha contado Leo de mí?

Hace un frío intenso. Más que frío, de hecho, es humedad. Se mete en los huesos con la niebla.

Luigi vacila, pero no parece incómodo.

—No estaba seguro de que mi colega quisiera contarte lo mismo que me ha contado a mí. He ido a hablar con él esta mañana. Tiene setenta años y es una persona muy reservada. Además, me ha dado a entender que el responsable de la investigación, el comisario Zanni, que como ya te he dicho murió hace un par de años, podría haberse compadecido de tu abuelo y, dada la ausencia de pruebas, haberle permitido creer que su hijo tal vez estuviera vivo.

—Pues fíjate, mi abuelo acabó suicidándose.

—Razón de más para no revelarte sus sospechas.

—A lo mejor se habría suicidado igualmente.

—Es posible.

Luigi me observa ahora como si lo hubiera sorprendido, aunque su mirada es risueña, casi maternal.

—Dentro de esa bolsa, ¿no llevarás un gorro?

—Me lo he dejado en la habitación.

—Aquí en Ferrara, mejor llevarlo siempre. La niebla es muy húmeda.

—Ya lo veo. Mejor dicho, ya lo noto.

—Te acompaño, pues. ¿Adónde quieres ir?

—Al hotel. Tengo que hacer unas cuantas llamadas. A personas a las que quiero encontrar; amigos de mi madre y de su hermano.

—Si me das los nombres, te las busco yo.

—¿Por qué eres tan amable?

–¿Porque eres la compañera de un colega? ¿Porque eres guapa? Elige el motivo que quieras.

No acabo de entender si me está echando un piropo o me está tomando el pelo.

«Ahora va y me besa», pienso durante un segundo, aunque por suerte no lo hace. Me coge del codo y me guía de nuevo hacia el coche. Está oscureciendo y ya casi no le veo la cara.

–Ayer no sabías si era guapa o no, así que tiene que tratarse del otro motivo. En cualquier caso, gracias –le digo.

Tampoco es que yo sea especialmente guapa, pero me gusta que me lo haya dicho.

–Soy poli, Antonia. Lo sé todo, hasta lo que no imaginas que pueda saber. Ahora habla en un tono distinto. Más cansado.

Me abre la puerta y luego se sienta a mi lado, tras rodear el coche y subir por el otro lado.

–Volvemos al hotel, Raffaele.

En el coche no hablamos y lo veo revisar los mensajes en su teléfono.

–Quería buscar a Laura Trentini –le digo, cuando nos detenemos delante del hotel–. Mi madre estaba en su casa la noche en que desapareció Maio. Y también al chico que los indujo a pincharse por primera vez, un tal Benetti. Y luego había una chica, la novia de Maio. Michela se llamaba, pero no sé el apellido.

–Michela Valenti, la interrogaron en su día –asiente Luigi–. Esta noche te mando sus números al móvil desde el que me has llamado.

Esta vez no baja del coche ni me abre la puerta. Parece repentinamente distraído. Ya en la puerta del hotel, me giro para saludarlo, pero está hablando por teléfono y ni siquiera me mira.

Michela Valenti me ha citado delante de la catedral.

–Delante del grifo de la derecha –me dijo, en un tono alegre y decidido.

No recuerdo cómo es un grifo. Michela, que debe de tener uno o dos años menos que Alma, tiene voz de niña.

Ayer por la noche me llegó un mensaje al teléfono: «Trentini emigrada, Benetti muerto, Valenti 335 5387231. Saludos, Luigi». Estilo de poli, nada de confianzas. Mejor así.

Llamé enseguida a Michela y le conté quién soy y qué quiero. No pareció muy sorprendida.

–¿La hija de Alma Sorani? Hace unos días pensaba en Alma, ¿cómo está? Me alegro de conocerte. Mañana tengo una hora libre entre las diez y las once, si te va bien.

Estuve a punto de decirle que me reconocería por la barriga, pero luego pensé que comprobaría si me encuentra algún parecido con Alma. En el peor de los casos, la reconoceré yo a ella: no creo que haya muchas cincuentonas delante del grifo a las diez de la mañana, sea como sea el grifo de marras.

Dentro de poco descubriré por qué tiene una hora libre entre las diez y las once. ¿Será psicoanalista? ¿Profesora?

Me he tomado un té y me he comido la crema de un gigantesco bollo en el comedor del hotel, desierto a excepción de una pareja de viejecitos alemanes. Luego me he dirigido a mi cita. Hoy luce un sol pálido y velado, insuficiente para iluminar el agua inmóvil y oscura del foso del castillo. La plaza que está junto al castillo está dedicada a Girolamo Savonarola: la estatua de mármol blanco se alza sobre lo que podría ser la pila de leña de la hoguera. Lo único que recuerdo de Savonarola es que no sé qué papa lo condenó a la hoguera en Florencia, pero no sabía que fuese de Ferrara. Con los brazos en alto, tiene un aire arrogante y exaltado.

Qué extraña ciudad, tan lenta y tranquila. A estas horas, el centro de Bolonia es un caos de coches, medios de transporte y peatones en mitad de la calle. Aquí, en cambio, hay pocos coches y pocos peatones. Sólo ciclistas que pasan zumbando, en silencio, y bicicletas aparcadas por todas partes. Hay más bicicletas que personas.

Delante de la catedral hay varias estatuas de leones y, apoyada en una de ellas, veo a una chica con pantalones de pana y chaquetón de marinero. No puede tener cincuenta años: si no aparenta ni cuarenta. Sin embargo, me saluda alegremente.

—¿Antonia? Soy Michela, hola. ¿Vamos a tomar un *capuccino* o prefieres pasear? —dice—. No te pareces a Alma. ¿Sabes que quedábamos justo aquí? Ella, Maio y yo, quiero decir —añade, mientras acaricia el león de mármol rosa, aunque en realidad no es un león, porque tiene pico y alas de águila.

Ya lo sé que no me parezco a Alma, pero entonces... ¿cómo me ha reconocido?

—Paseemos —digo, al tiempo que le estrecho la mano.

Tiene una mano pequeña, de dedos menudos pero fuertes, y un poco amarillentos, de fumadora.

—No estamos lejos del cine en el que vieron a Maio por última vez, ¿quieres que vayamos? —me pregunta.

¿En serio? Vaya, qué colaboradora y directa es.

Creía que iba a ser difícil desenterrar del pasado una historia tan vieja como la de Maio, pero parece que aquí todo el mundo la tiene aún muy presente. Incluso quienes en su día no la vivieron, como Luigi D'Avalos.

—No sabía dónde lo habían visto por última vez. Mi madre no me ha contado casi nada, aparte de que se siente responsable de todo lo que le pasó a su familia.

Mi estrategia en esta vida es decir siempre la verdad. Es la solución más sorprendente y eficaz que existe. La gente reacciona bien ante la verdad; acorta tiempo y distancia, crea intimidad.

—¿Y cómo tendría que sentirme yo, que lo dejé porque se drogaba? —replica Michela.

Me gusta esta mujer. Puede que ella también diga siempre la verdad. Suelo reconocer a las personas como yo.

—¿Te sentiste culpable? —le pregunto.

Camina muy rápido, aunque bajo los pantalones lleva botas de grueso tacón alto. Ahora que estamos tan cerca, le veo pequeñas arrugas en torno a los ojos y una perceptible flojedad en las mejillas. Sí, ahora veo sus cincuenta años.

—Durante cierto tiempo me maldije por no haber acudido a la cita que tenía

con ellos la noche en que todo empezó. Pero luego acabas por entender que nada depende de ti y te resignas –dice, con la mirada fija al frente.

Giramos por una callejuela de aire medieval, estrecha y oscura, que desemboca en una plazoleta rectangular; el cine Apollo está cerrado. Proyectan una película estadounidense que me gustó mucho, la historia de la joven agente de la CIA que propició la captura de Bin Laden.

–¿Qué es lo que querías preguntarme? Dentro de cuarenta minutos tengo que volver al trabajo –me dice.

Michela ha sacado papel y tabaco del bolso en bandolera que lleva y se ha sentado en el bordillo, delante del cine, para liar un cigarrillo.

–¿De qué trabajas? –le pregunto.

–Soy logopeda. Hago hablar a quien no habla. ¿Y tú?

–Digamos que escribo. Novelas policíacas, siempre ambientadas en Emilia.

–Vaya. Te gustan los misterios, entonces.

Me siento yo también en el bordillo. La plazoleta es húmeda y tiene un aire desolado. Seguro que está igual que entonces. Maio pisó esta acera, vio estos muros, paseó por estas callejuelas...

–Quería preguntarte sobre Maio. Cómo eran él y Alma de jóvenes. Y cómo eran sus padres, es decir, mis abuelos. Qué clase de familia era. No sé casi nada.

Michela enciende el cigarrillo y expulsa el humo hacia el otro lado. Guarda silencio durante unos segundos.

–Maio era muy inteligente, aunque hacía todo lo posible para demostrar que no lo era. Era sensible, original, tenía montones de ideas... Pero en algunos aspectos era... pasivo. De los dos, era Alma quien mandaba. Ella iba muy bien en el instituto, era brillante e insufrible. Tal vez un poco prepotente. Lo protegía de todo. Creo que sus padres tenían algún problema, pero no sé si económico o de otro tipo. Se intuía algo. Estaban siempre solos y no muy integrados. No tenían familia en Ferrara. Si no me equivoco, los padres de tus abuelos, es decir, tus bisabuelos, estaban muertos. Alma, Maio y sus padres estaban muy unidos, pero se aislaban del resto del mundo. Yo no iba casi nunca a su casa, siempre eran Maio y Alma los que venían a la mía. Hace algún tiempo, una tía mía que trabajaba en la farmacia con tu abuela me contó algo muy extraño: que muchos años antes de que Maio desapareciera, la madre de Alma había tenido una relación extramatrimonial.

La plazoleta da a una calleja desierta y la calleja a una calle repleta de tiendas, por la que ahora pasea mucha gente. Michela se pone en pie y me tiende una mano para ayudarme. A lo mejor sí que se ha fijado en la barriga. Sin embargo, sigo sentada.

—¿Cómo? ¿Una relación? —digo.

La noticia me sorprende. Ni siquiera me habían contado que Maio fuese tan inteligente. Que mi madre tiende a ser insufrible y manipuladora, ya lo sé. Y ella sufre porque se da cuenta, pero no consigue enmendarse. Siempre ha sido una víctima de su mal carácter.

—Mi tía ya murió, si no le pediría que me diera más detalles. Iba a visitarla casi todos los días y hablábamos del pasado. Me contó un montón de cosas de mi familia que yo ni siquiera sabía. Un día me preguntó si aún hablaba alguna vez con «mi desgraciada amiga». Sabía que se refería a Alma y le contesté que no: «Alguien tendría que decirle a tu amiga que su madre echó alguna que otra canita al aire». Mi tía padecía Alzheimer, así que no le di demasiada importancia. Pero si con esa barriga te has decidido a investigar sobre algo que ocurrió hace treinta y cuatro años, será mejor que te cuente todo lo que sé, aunque no tenga importancia. ¿Quieres tomar un *capuccino* antes de volver?

Michela se sacude con ambas manos la parte posterior del chaquetón y yo le tiendo la mano derecha para que me ayude a levantarme del bordillo.

—En tu opinión, ¿con quién más podría hablar? Mi madre mencionó a una tal Laura Trentini, pero según he sabido ya no vive aquí. Y nosotras, ¿podríamos volver a vernos con más calma? —le pregunto.

O sea, que sí se ha fijado en la barriga. «Esa barriga», la ha llamado. Vamos, que no es una barriga insignificante.

—Laura se casó con un estadounidense. Me parece que tengo su número de teléfono, pero no creo que tenga nada que decirte, ella y Alma tampoco eran muy amigas. Aparte de mí, Alma no tenía muchos amigos íntimos. Claro que podemos volver a vernos, si quieres quedamos para cenar. No te invito a mi casa porque con los niños por allí tampoco podríamos hablar. ¿Mañana?

—Mañana me parece perfecto. ¿Y sobre uno de vuestros amigos de por entonces, un tal Benetti? ¿Aún lo ves?

—No era amigo nuestro. De todas formas, murió de sida hará unos veinte años —responde con brusquedad—. ¿Adónde vas ahora? —pregunta, mientras entramos en un bar de la plaza y pide dos *capuccini* bien calentitos.

–Estoy indecisa entre la hemeroteca y el Palazzo dei Diamanti. Me han dicho que vaya a ver una muestra...

–¿Quién te lo ha dicho?

–El comisario D’Avalos. ¿Lo conoces?

–Me han hablado de él –comenta Michela, con una sonrisita.

¿Le habrá hablado de él alguna paciente? ¿O alguna amiga? Me doy cuenta de que estoy un pelín celosa. Qué locura, si yo no me pongo nunca celosa, ni siquiera con Leo.

–¿No vas a ir a visitar a tus abuelos a la cartuja?

–Sí, tienes razón, podría empezar por ahí.

–Es que me dan mucha pena los muertos abandonados. Paso alguna vez por delante de su tumba, cuando voy a ver a mi tía. Nunca hay flores. Te llamo mañana para decirte dónde cenamos y mientras pienso si se me ocurre alguna otra persona con la que puedas hablar.

–Gracias, Michela. No te he preguntado nada sobre ti, ni siquiera cuántos años tienen tus hijos.

–Mañana te lo cuento. Y gracias por el *capuccino*, nunca llevo dinero...

Hace ademán de marcharse, pero luego se vuelve hacia mí, se queda inmóvil y me mira directamente a los ojos.

–¿Sabes cómo se llama la protagonista de la película que dan esta noche en el Apollo? ¿La has visto?

–¿*La noche más oscura*? La he visto y me gustó, pero no me acuerdo.

–Se llama Maya –responde Michela–. Fíjate tú, qué coincidencia.

Y se marcha, dejándome en el lugar exacto en el que habíamos quedado, junto al grifo de mármol rosa. La estatua tiene un lomo muy brillante. Lo toco: es frío y liso al tacto. Quién sabe cuántas veces se apoyó Maio en él.

Alma

Aunque tenga veinte años más que yo, Franco no ha sido un padre para mí. Más que adoptarme y protegerme, lo que ha hecho ha sido soportarme.

Al principio estábamos enamorados, pero esos pocos meses de pasión no nos convierten en una pareja perfecta. Sólo compartimos la emoción de quien se abandona a la química del amor. Era mi profesor, lo sabía todo y, al parecer, también podía soportarlo todo.

Yo era joven y voraz, y estaba rabiosa. Los efectos del dolor en el amor son devastadores: te conviertes en una persona que sólo piensa en sí misma, crees que el mundo te debe algo, eres incapaz de amar... La gente cree que el dolor nos hace madurar, pero yo creo más bien que quien sufre demasiado de joven, no crece nunca.

Si de entre todos los sentimientos que me arruinaron la juventud trato de elegir el que predomina, no me decido entre la desazón, la rabia y el miedo. Pero lo peor llegó después y aún persiste.

Heredé de mi padre –aunque en forma leve– la enfermedad que yo tanto despreciaba. Lo mío es una tendencia, una predisposición a la depresión.

Me mantengo en equilibrio al borde del abismo, vivo condenada a inventarme cada mañana la forma de luchar contra la angustia. Si me paro, me atenazan los pensamientos más tétricos. Me convengo de que todo saldrá mal, de que Antonia será infeliz, de que sufrirá y de que yo sufriré con ella. Que todos sufriremos, que nos iremos al carajo y que yo moriré enferma y sola.

El miedo a sufrir es incluso peor que el dolor.

Cuando sufres, forcejeas: luchas contra las pesadillas de noche y contra el nudo en el estómago de día, pero sabes que tarde o temprano pasará. El miedo a sufrir, en cambio, es una infección crónica que no desarrolla anticuerpos y, por tanto, no se cura. Sólo se dan algunos momentos de tregua: el centelleo en los ojos de un estudiante, Antonia riendo, una película o un libro que nos emocionan... Instantes.

No tengo un centro, no tengo certidumbres, no tengo equilibrio, no sé

defenderme. Sólo tengo la fuerza que me da todo aquello a lo que he sobrevivido. Y el miedo, siempre el miedo.

Esta mañana, cuando he escuchado por teléfono la voz de Leo, me he asustado. Temía que le hubiera ocurrido algo a Toni o a la niña. Pero no, sólo quería invitarme a comer.

–De momento, no le digas a Antonia que hemos quedado –me ha pedido, después de citarme en un bar cerca de la facultad.

Leo y yo no nos hemos visto nunca a solas, ¿qué es lo que quiere de mí? ¿Decirme algo de Antonia que yo no quiero saber, como cuando me llamaban los padres de sus amigas para quejarse porque Antonia había hecho llorar a sus hijas? Era una niña encantadora cuando estaba a solas con Franco y conmigo. Afectuosa, creativa, sensible... Pero cuando estaba con otros niños, se ponía nerviosa. Al crecer, y contrariamente a todas mis previsiones y temores, se convirtió en una muchacha independiente y solitaria pero equilibrada. Y con Leo parece feliz, aunque yo no consiga verlo como el hombre adecuado para ella. Jamás me he permitido expresar crítica alguna en lo que a Leo respecta, pero no sé si me gusta.

¿Le habrá hablado Antonia de Maio? Temía que lo hiciera, de hecho contaba con ello, pero no podía seguir callando. Ada, por lo menos, tiene derecho a crecer a salvo del misterio de la desaparición de Maio.

Habría podido pedir el certificado de defunción presunta ya hace diez años y no lo he hecho. Tanto la casa en el dique del Po como la casa de Ferrara siguen allí, pero no se lo he dicho a Antonia. No he podido venderlas, al no disponer del certificado de defunción. Hace treinta años que no entro: me he limitado a hacer que las vaciaran, pero ha llegado el momento de arreglar las cosas.

Antonia

No me apetece visitar cementerios, ni conocer a nadie más. Lo que me gustaría es volver a ver el puente desde el cual, según D'Avalos, saltó Maio. Pero... ¿cómo llego hasta allí? Le pregunto al conserje de mi hotel cuánto cuesta un trayecto de ida y vuelta a Pontelagoscuro en taxi y responde:

–Cincuenta euros como mucho. Pero si quiere, hay un autobús que sale de *piazza Travaglio*.

Estoy demasiado embarazada para preferir el autobús como normalmente hubiera hecho. Iré en taxi, pero mañana por la mañana. No quiero que se me trague la niebla en el mejor momento, como ayer.

Pontelagoscuro. Qué nombre tan raro. No me pareció ver ningún lago por allí cerca, sólo el Po. Me siento con mi iPad en el café del hotel, donde me reuní ayer con D'Avalos, y busco en internet. Nada de lagos, ni oscuros ni claros. Pontelagoscuro es un burgo que resultó destruido durante la Segunda Guerra Mundial y por eso lo llaman también «el pueblo que ya no está». El pueblo que ya no está, el lago que ya no está, el chico que ya no está... Maio eligió el lugar perfecto para desaparecer, siempre que las deducciones de D'Avalos sean correctas.

También a mí me parece verosímil que Maio estuviera en aquel coche, con Sandro y con Renato, y me gustaría hablar de ello con mi madre. Quién sabe si se acuerda de la tía de Michela, quién sabe qué pensará de la posibilidad de que su madre tuviera una aventura... A lo mejor ya lo sabía. Eso siempre que la tía enferma de Alzheimer no hubiera confundido a mi abuela con otra persona y, por tanto, le contara a Michela un chismorreo infundado.

Cuando Alma me llame... ¿le diré donde estoy? Ayer le dije que no podía hablar en ese momento, pero la próxima vez no tendré escapatoria.

Leo, en cambio, no me ha llamado desde que me marché. Por lo general, me llama tres veces al día. A lo mejor es que no le gusta la idea de que haya venido aquí. Cuando algo no le gusta, Leo no lo dice, sino que se encierra en sí mismo. Hasta ahora, sólo se lo había visto hacer con su madre o con sus hermanas. Pero a lo mejor es sólo una casualidad que no me haya llamado. Leo no se enfada nunca conmigo.

Esta mañana, antes de acudir a la cita con Michela, le he escrito un mensaje a Leo: «¿Me echas de menos?». Y él me ha contestado: «Mucho». Mucho, punto.

Me decido a llamarlo yo. ¿Por qué tiene que llamar siempre él? ¿Sólo porque me ha acostumbrado así?

–Buenos días, soy la madre de tus hijos, ¿te acuerdas de mí? –contesto, al oír su dócil «¿Diga?».

–Sí, pero estoy en una reunión. Te llamo esta noche, perdona –se apresura a decir.

¿Esta noche? Pero si yo quería invitarlo a cenar esta noche conmigo, aquí. No son ni cuarenta y cinco minutos de autopista.

–Llámame en cuanto puedas, besos, adiós –le contesto alegremente, aunque no es que me sienta muy alegre.

No me había pasado nunca eso de que Leo estuviera en una reunión cuando yo lo llamo. ¿Y con quién, además? No me suena que el ministro del Interior fuera hoy a Bolonia. Y para todos los demás, incluido el jefe de la Policía, no creo que sea un problema que el comisario Capasso responda a una llamada.

Durante un breve segundo, me pregunto si sigo enamorada de él. La respuesta es sí, pero... ¿por qué me lo pregunto? ¿Porque he conocido a Luigi D'Avalos?

No sé si son las hormonas del embarazo las que me provocan estas ideas tan frívolas y tampoco sé si esas ideas me gustan: en parte me divierten, pero en parte me inquietan. Si ésta fuese una de mis novelas policíacas, podría haber sitio para el comisario guapo, pero en la vida real no. Vuelvo a llamar a Leo para ahuyentar estos pensamientos, pero no responde, así que le dejo un mensaje en el contestador: «¿Vienes a cenar aquí esta noche y te cuento cómo van mis investigaciones? Te echo de menos».

Ya casi es hora de comer y estoy pensando en qué comer cuando recibo un largo sms. No es de Leo, es de Luigi D'Avalos: «Si aún no has comido, prueba el pastel de macarrones. En el bar que está delante de tu hotel hacen uno minúsculo. Si, en cambio, te apetece un poco de compañía, te llevo a un restaurante donde preparan el auténtico pastel de macarrones, según una receta de Lucrecia Borgia».

Me apetece un poco de compañía.

Y también me apetece volver a ver a Luigi D'Avalos. Pero contesto:

«¿Lucrecia Borgia la envenenadora? Mejor que no».

Y él: «Leyendas. Era una buena hija. ¿Te recojo en tu hotel dentro de diez minutos y te cuento?».

No le pregunto cómo sabe que estoy en el hotel, porque me diría que es poli y que lo sabe todo, así que me limito a responder: «En otra ocasión, muchas gracias».

No sé por qué le he contestado así. Me remuerde la conciencia. ¿Acaso temo que Leo se ofenda si quedo para comer con D'Avalos? Esta ciudad me provoca una sensación extraña. Desde que espero a Ada, estoy siempre contenta, pero en las últimas horas me ha cambiado el humor. Tengo que definir un plan de acción, acostumbrarme al ritmo de aquí. Es distinto al de Bolonia. Aquí todo parece más lento, pero también más indefinido.

Voy al bar que Luigi me ha aconsejado, una pastelería grande situada en una esquina, y me siento a una mesita cuadrada. Pido pastel de macarrones.

–¿Dulce o salado? –me pregunta la camarera.

–Disculpe, ¿puede esperar un momento? –pregunto. Luego le escribo un mensaje a Luigi: «El pastel minúsculo, ¿dulce o salado?».

Soy consciente de que estoy intentando desdramatizar mi rechazo de antes y restablecer el contacto, hacerle ver que sigo sus consejos.

«Dulce, Antonia, dulce» es su respuesta. ¿Se puede percibir el cansancio en un sms? El suyo parece infinito.

El pastel es delicioso: masa quebrada dulce rellena de macarrones con bechamel, setas y algo que no acierto a reconocer. Me como dos. He decidido que voy a ir al cementerio a ver a mis abuelos. La cajera del bar me explica que la cartuja está a diez minutos de allí y me indica el camino en el mapa de mi iPad. Es una mujer joven y elegante, con una considerable nariz y un elaborado peinado. Parece más bien la directora de una galería de arte. Cuando me da el cambio, me señala la barriga y dice:

–Niña, ¿verdad?

Finalmente, Ada, alguien se ha fijado en ti.

–¿Un café, por lo menos?

El mensaje de D’Avalos me ha llegado mientras caminaba hacia la cartuja y he vuelto atrás.

Al fin y al cabo, he venido a Ferrara para investigar y él puede ayudarme. No dispongo de mucho tiempo, pues salgo de cuentas el próximo 4 de julio. Me alegra que Ada vaya a nacer en verano: tendrá un recibimiento cálido y luminoso. Leo quiere que me vaya a Salento, a casa de su familia, pero yo prefiero estar aquí con él, no allí con su madre. Es una señora alegre y estupenda, que lleva mechadas rubias y se cuida mucho. Muy cariñosa, también, como las hermanas de Leo. Cuando vamos a visitarlas, me encuentro a gusto con ellas, pero no veo la hora de marcharme. No estoy muy acostumbrada a las familias tan extrovertidas.

Alma me ha propuesto alquilar una casa en las colinas, en la zona de Porretta, o en Sant’Arcangelo, que está más cerca del mar. ¿Cómo debe de ser el verano en Ferrara? Tengo que acordarme de preguntárselo a Michela, que tiene hijos.

Pero voy y se lo pregunto a D’Avalos.

Cuando entro en el pequeño bar que da al jardín, D’Avalos se levanta de la mesa que ha ocupado, la que está junto a la ventana. Me sigue pareciendo guapo, pero hoy su aspecto ya no me turba tanto.

–¿Qué tiempo hace en Ferrara durante el verano?

–Mucho bochorno. Un calor sofocante. No corre ni una gota de aire, a diferencia de Bolonia. Pero la ciudad se queda vacía y resulta aún más fascinante. Todo el mundo se va a los baños, aquí cerca. En verano no te los aconsejo, pero si quieres vamos ahora.

–¿Ahora? Pero si oscurecerá dentro de tres horas.

–No tardamos mucho. El mar en invierno: playas desiertas, troncos abandonados... Una maravilla. ¿Te apetece?

–¿Con Raffaele?

–Solos.

–¿No tienes que trabajar?

–Estoy trabajando, tengo que contarte algo.

–De acuerdo, vamos.

No puedo resistirme a la idea de ver el mar. Es el último sitio donde tenía pensado pasar la tarde, pero me gusta cambiar de planes.

Ocupo el asiento del pasajero. El coche no es el mismo de la otra vez. Este es más pequeño y rojo.

–¿Es tuyo este coche? –le pregunto.

–No, es de mi mujer.

Vaya. No contaba con una mujer.

Luigi conduce rápido, como los polis. Salimos de la ciudad por una gran puerta en forma de arco, luego cruzamos la periferia y, por último, entramos en una autopista desierta. A nuestro alrededor, campos hasta donde alcanza la vista e hileras de álamos. La niebla se ha levantado y es un precioso día de marzo, que anuncia ya la llegada de la primavera. De vez en cuando, entre los campos, aparece un caserío, como si fuera una barca solitaria en mitad del mar.

–¿Qué es lo que querías contarme? –le pregunto, cuando ya hace diez minutos que conduce en silencio.

Qué voluble es este hombre. Casi me parece notar en la piel sus cambios de humor. Insiste en verme, propone itinerarios sorprendentes y luego guarda silencio.

–He hablado con un colega de Verona, ya bastante anciano, que recuerda el caso Sorani: de allí, precisamente, parte el rastro de la partida de heroína que mató a Renato y a Sandro. Su muerte fue el primero de una serie de acontecimientos que marcaron la historia del tráfico de drogas en Italia. Como resultado de aquellas muertes, se detuvo a dos capos muy importantes.

–Mi madre me contó que nunca se llegó a saber quién se la había vendido.

–No se identificó a los pequeños traficantes, ni tampoco a quienes les proporcionaban la droga, pero se llevó a cabo una operación de ámbito nacional, supervisada por el jefe de la Policía. Las dos personas arrestadas eran hampones de primera fila. Sicilianos, capos. Las muertes de Sandro y Renato y la desaparición de Marco dieron pie a una espectacular redada antidroga. Después de aquellas detenciones, el control del tráfico de heroína pasó de la mafia a la camorra.

No entiendo qué tiene que ver todo eso con nosotros. Con mi madre, conmigo, con esta inesperada tarde en el coche de la mujer de Luigi D'Avalos para dirigirnos al mar, un mar del mes de marzo.

–Pero... ¿y todo eso qué cambia?

–Se investigó a fondo y se involucró a todas las fuerzas de Policía del país. Si Marco hubiera estado vivo, lo habrían encontrado. Yo creo que lo que ocurrió fue exactamente lo que te conté ayer: que cayó al Po, o se arrojó al Po.

–¿Por qué ese interés de las altas esferas en la muerte por sobredosis de dos muchachos? –se me ocurre preguntar–. ¿Fue por las presiones de mi abuelo?

–Tu abuelo, con todos los respetos, no contaba para nada. La que contaba era tu abuela. Era amiga del prefecto. Muy amiga. Es más, creo que Marco era hijo suyo.

–¿Hijo de quién?

–Del prefecto.

–¿Maio? ¿El hermano de Alma?

–Sí.

–Pero... ¿de qué estás hablando? Maio tenía un año menos que mi madre. Nació quince meses más tarde. Es como si yo, después de haber tenido a Ada, me buscara un amante y a los seis meses me quedara otra vez emba...

Me interrumpo al llegar a «embarazada». El hecho de estar embarazada no me está impidiendo encontrar atractivo al hombre que conduce, a mi lado, y al que conozco tan sólo desde ayer. ¿Puedo jurar, ahora mismo, que no me acostaría con él dentro de tres meses, o nueve o un año? Para ser absolutamente sincera conmigo misma he de reconocer que no, no puedo jurarlo.

Me parece que se me han puesto las orejas coloradas, necesito un poco de aire. Ya hemos salido de la autopista y ahora circulamos por una carretera comarcal bordeada de plátanos.

–¿Dónde estamos? –le pregunto–. ¿Cuánto falta?

–Estamos en la Romea, la carretera que va de Venecia a Rávena. Dentro de cinco minutos llegamos a los baños Spina y podemos pasear por la arena. A ver tus zapatos –dice, al tiempo que baja la mirada hacia mis botas de suela de goma–. Perfecto –admite.

Nos adentramos en una pinada repleta de casitas blancas de dos plantas, con puertas y ventanas cerradas a cal y canto. No se ve a nadie. Las calles están llenas de baches y levantadas en algunos sitios por las raíces de los pinos, que han conseguido romper el asfalto. Los pocos establecimientos que

vemos –una pizzería, un bar– están cerrados. Sólo se ve desolación, una atmósfera de pueblo fantasma. Sin embargo, he bajado la ventanilla y me llega el perfume de los pinos y del mar. Un perfume maravilloso.

–¿Aquí no vive nadie en invierno?

–Puede que unas cincuenta personas, pero no en esta zona.

Llegamos a la playa. De los chiringuitos de obra cuelgan carteles descoloridos con los mismos nombres veraniegos de siempre: «Bagno Faro», «Ancora», «Sabbia d’Oro», «Bussola», «Corallo»...²

Entramos por un pasillo entre los edificios y nos dirigimos a la orilla del mar. No imaginaba una playa tan grande. He estado muchas veces en Rímìni y en Riccione, pero aquí la playa es mucho más ancha, larga hasta donde alcanza la vista y completamente desierta. Echamos a andar hacia el norte, por el rompiente, y nos dirigimos hacia un muelle.

Las olas salpican vapor de salitre. El aire del mar me hace mucho bien; ahora me siento más lúcida.

Si mi abuela tuvo un amante y Marco era hijo de ese amante... ¿qué supone eso para mí y para Alma?

¿Cómo se sentiría mi madre si lo supiese?

Ese detalle... ¿pudo tener algo que ver con lo que sucedió más tarde?

–¿Cómo lo has descubierto? –le pregunto a Luigi.

Caminamos el uno junto al otro, cada uno arrebuñado en su abrigo. El viento sopla del sur y nos da en la espalda.

–Me lo ha contado Porta, que era subinspector en la época en que desapareció Maio. Se jubiló hace tres años con la categoría de comisario. Yo soy su sucesor. Y a él se lo contó el comisario Zanni, que fue el responsable de la investigación. Tu abuela Francesca fue amante del prefecto Cantoni y Marco era hijo de ambos. Y por eso se armó la que se armó tras su desaparición.

–¿Mi abuelo lo sabía?

–Según Porta, cuando nació Maio tu abuela decidió romper la relación con el prefecto y quedarse con su marido. No sabe si el marido estaba al corriente de todo esto. El prefecto, que murió ya hace muchos años, estaba casado y tenía una hija. Él sí sabía que Maio era hijo suyo y se lo contó a Zanni.

Cuando Maio desapareció, tu abuela fue a buscar al prefecto y éste le prometió que lo encontraría, vivo o muerto.

–Por tanto, Maio tiene una hermanastra, aparte de mi madre.

–Dos hermanos y una hermana. Cantoni tuvo otros dos hijos, más tarde.

–¿Y dónde viven?

–En Roma, creo. Y supongo que no saben nada de todo esto ni deben saberlo nunca.

–¿Y por qué me lo has contado a mí? –le pregunto, mientras me agacho para recoger una pequeña concha gris en forma de cono.

Me siento confusa y lúcida al mismo tiempo.

–Porque buscas la verdad. Cuando tu marido me llamó, me dijo que si se te mete una cosa en la cabeza, la haces. Fui a leer el caso Sorani y enseguida me di cuenta de que se trataba de algo gordo. Ni te imaginas la cantidad de información que contiene el expediente del caso. Y también he visto las fotos de los chicos muertos. Y la de Marco. ¿Sabes que se parecía a ti? –dice, al tiempo que se detiene para observarme.

–No. Mi madre no me ha enseñado nunca una foto suya. Hasta hace apenas unos días, su hermano era un tema prohibido.

Luigi abre la boca, como si se dispusiera a decir algo, pero luego echa a andar de nuevo hacia el muelle. En esta playa sólo estamos él y yo.

–Ayer por la mañana, cuando hablé con Porta y me contó lo de tu abuela con el prefecto, pensé que era mejor no decirte nada y encaminarte hacia la verdad, o a lo que yo creo que es la verdad. Pero luego te vi, con esa barriguita, y me... emocionaste. –Se vuelve a observarme y se para–. No sé si eres consciente de tu manera de ser, Antonia. Eres transparente. Es como si fueras por ahí desnuda: se te lee en el rostro quién eres.

Digo una estupidez cualquiera, para esconder la emoción que en mí han despertado sus palabras.

–Entonces, te habías fijado en mi barriga.

Asiente con una sonrisa.

–Y también sé que esperas una niña.

–¿Cómo lo sabes?

–Me lo ha dicho Isabella.

–¿Y quién es?

–La cajera del bar en el que te has comido el pastel de macarrones. Es la novia de un conocido mío. Es actriz, pero ahora mismo está en paro. Me he

pasado por allí para invitarte a un café y hablar contigo, pero ya te habías marchado. Estaba mirando por si te veía e Isabella me ha dicho que si buscaba «a la chica que espera una niña», te habías marchado diez minutos antes para ir a la cartuja. Y entonces te he mandado el mensaje.

–No sé si es una niña.

–¿Cómo?

–Le pedí al médico que no me dijera nada. Yo la llamo Ada porque presiento que es una niña, pero también podría ser un niño. Ya ves, no soy tan transparente.

Luigi se echa a reír y expulsa aire por la nariz.

–Eso no es una mentira, es un juego. ¿Tu marido sabe que a lo mejor no es una niña?

–Claro. Y también lo saben mi madre y mi padre. Pero todos la llaman Ada, así porque sí. Es un juego, como has dicho tú. Pero también nos alegraremos mucho si es un niño. Me gustaría pedirte un favor.

–Dime.

–¿Me acompañarías a la cartuja a visitar a mis abuelos?

Luigi se para, me mira y me abrocha el primer botón del abrigo, justo debajo de la barbilla.

–¿Ahora?

–Sí, ahora.

–Vale –dice.

Damos la vuelta y ahora tenemos el viento de cara, pero es muy débil, apenas una brisa. Las olas se han calmado y el mar se ha vuelto silencioso. Noto la piel reseca debido al salitre. La luz es preciosa, aunque el sol no se oculte tras el mar. No hablamos más.

Caminamos el uno junto al otro, sin tocarnos. De vez en cuando, me agacho a recoger una concha y Luigi hace lo mismo para recoger trozos de madera. Cuántas zapatillas y zapatos desaparejados trae el mar. Y también alguna pierna de muñeca, pala de plástico o botella de cristal. Veo también una tele reventada y medio cubierta de algas. Un sillón destrozado, volcado. Un cepillo de pelo, tamaño grande. Un bidón de plástico apoyado sobre un lado y medio lleno de un líquido amarillento. Esto es todo un mundo.

Cuando llegamos a la altura del Bagno Ancora, cruzamos de nuevo la playa sobre nuestras propias huellas, medio borradas por el viento. Contengo

el impulso de ir a sentarme en un columpio de hierro y sigo andando hasta la plaza, donde el único coche aparcado es el utilitario rojo de la mujer de Luigi.

Me quito el abrigo, antes de subir al coche, y noto una ráfaga de viento salobre en el cuello. A estas alturas, ya me resulta complicado abrocharme el cinturón de seguridad.

–¿Qué dirá tu mujer cuando vea la arena en la alfombrilla?

–Mi mujer es médico de urgencias. Se dedica a salvar personas, no a mirar alfombrillas –responde Luigi.

–¿Tenéis hijos?

–No, Rossana tiene diez años más que yo. Cuando nos casamos, lo intentamos. Ya sé en qué estás pensando.

–¿En qué estoy pensando?

–Este tío, que se comporta como si pudiera tener a cualquier mujer que le apetezca, va y se casa con una diez años mayor que él, que además no puede tener hijos.

–¿Tú has visto a Leo alguna vez? Él también tiene diez años más que yo, y no tiene precisamente cuerpo de modelo. Yo no me fijo en esas cosas ni me hago esas reflexiones.

Mientras hablo, me pregunto si estoy diciendo la verdad. Sí que estoy diciendo la verdad.

Luigi expulsa aire por la nariz.

–Rossana es maravillosa, es una buena persona. Piensa en los demás. Yo me enamoro de las mujeres como ella.

Sus palabras despiertan en mí algo muy profundo. Pienso como él, que el amor hay que merecerlo.

No le digo lo que estoy pensando.

Tenemos que volver.

Alma

«Aal-maa-Maa-ioo.»

Esta noche también he soñado con mi madre.

Cuando íbamos al campo, Maio y yo nos pasábamos todo el día jugando fuera y ella se asomaba a la ventana y nos llamaba cuando estaba lista la comida: «Aal-maa-Maa-ioo, Aal-maa-Maa-ioo».

Entrábamos corriendo en casa, sucios de tierra, sudorosos y muertos de hambre. Con las rodillas peladas de tanto caernos con las bicis mientras nos arrojábamos a toda velocidad por el dique del río, le robábamos fruta al campesino o cazábamos lagartijas, asquerosas culebras y grillos.

«Aal-maa-Maa-ioo, Aal-maa-Maa-ioo, lavaos las manos antes de sentaros a la mesa.» Cuánto tiempo hacía que no escuchaba esas palabras. Cómo las echaba de menos.

En secundaria, durante esa época en que se estudia la propia firma y se experimenta con siglas y acrónimos, Maio se inventó la palabra ALMAIO para firmar notas de los dos dirigidas a nuestros padres y a otros compañeros, pero aquella firma duró poco. En italiano, la palabra «letamaio», que suena un poco como Almaio, y que en ferrarés es «aldamar», significa «estercolero». A Maio, que era bastante más ingenioso que yo, la asonancia le parecía graciosa. Pero yo, seria y aguafiestas como siempre, le prohibí Almaio. Y Maio, también como siempre, cedió sin insistir.

En el sueño me sentía feliz. Mi madre era joven y llevaba el vestido amarillo. Maio sonreía y le faltaban los dientes de delante. Mi padre no estaba, pero en el sueño no tenía sensación de ausencia, así que seguramente dormía. No tenía ninguna preocupación, me sentía feliz como sólo se es feliz de niño.

«Aal-maa-Maa-io. Aal-maa-Maa-ioo.»

Estábamos escondidos bajo la glicina e intentábamos disimular las risas, tan intensas que se me escapaba el pipí.

Me he despertado con la urgente necesidad de ir al lavabo y, durante unos segundos, me he abandonado a la calidez y la alegría de ese sueño. Hacía

muchos años que no veía felices, en sueños, a mi madre y a Maio. Todo lo felices que éramos por entonces.

Me asaltan fragmentos de esas emociones mientras corro bajo los pórticos para reunirme con Leo.

No he estado nunca en el restaurante en el que me ha citado, no he quedado nunca a solas con Leo y nunca había soñado con mi madre y con Maio tan jóvenes. Cuántas cosas ocurren desde que le hablé a Antonia de Maio.

Ayer nos llamamos un momento por teléfono, pero me dijo que no podía hablar y no entendí por qué. Quería contarle lo de las fotos de Luigi Ghirri que he visto en Roma. Y querría llevarla a ver la exposición, para mostrarle la fascinación de los lugares que le he escondido. Esas fotografías me han provocado el mismo efecto que un medicamento homeopático: ver las imágenes de llanuras, diques, canales y valles inundados que me acompañaron durante toda mi infancia, revisadas en un montaje contemporáneo, romano y ajeno a mis recuerdos, ha servido prácticamente para inmunizarme. Hace más de veinte años que no voy a Ferrara, que no vuelvo al Po, que trato de evitar todo contacto con la llanura padana y sus anhelos metafísicos.

Franco lo sabe: cuando salgo de Bolonia en coche, es sólo para ir a las montañas; cojo trenes y aviones que pueden llevarme a cualquier parte, pero lejos de la llanura de la Bassa ferraresa.

Los primeros años después de la muerte de mis padres, cuando ya vivía en Bolonia, cogíamos de vez en cuando el tren y nos íbamos a Ferrara a arreglar algo: reparar tuberías, contratar operarios que vaciasen la casa o tapiaran las puertas... Pero desde que Antonia cumplió tres años, no he vuelto a pisar Ferrara. Sólo para ir alguna que otra vez al cementerio. Y, con el tiempo, hasta eso dejé de hacer.

Al caserío junto al dique, donde murió mi padre, no he vuelto jamás. Administra la finca el campesino que, en el pasado, fue nuestro masovero. Dice que con lo que cultiva le llega justo para pagar los gastos de la casa y a mí ya me parece bien. Ahora se lo venderemos todo a él, que me lo está proponiendo desde hace años.

Ver las fotos de Ghirri no me ha hecho sufrir: una vez más, el arte me socorre.

Tras la muerte de mi madre, me aprendí de memoria libros enteros de la

Eneida. Aquellos destinos dramáticos, peores incluso que el mío, me consolaban.

* * *

Leo me espera de pie delante del bar de la Luna, arrebuado en un loden verde que disimula su físico corpulento. Admito que tiene un rostro atractivo, de aire antiguo. Si se lo mira de frente, no se ve esa tonsura un poco ridícula que asoma entre su pelo aún abundante.

No me apetece encerrarme en un sitio abarrotado. Me invade una repentina sensación de pánico ante la idea de entrar en un local ruidoso, sentarme a una mesa encajonada entre otras mesas, casi sin libertad de movimiento.

Franco y yo vivimos muy cerca de aquí, tendría que haberle propuesto a Leo que viniera a comer a casa cuando me llamó para invitarme. Habría sido muy gentil de mi parte.

–¿Y si comemos en casa? Estaremos más tranquilos –me atrevo a decir.

–Encantado –dice, al tiempo que levanta un brazo como si quisiera decir: «Conduce tú, llévame adonde quieras».

Antonia

Volvemos a casa cuando ya se está poniendo el sol. Luigi ha conducido más despacio, sin hablar, y yo me he dedicado a observar el paisaje que nos rodeaba, el más llano y despoblado que he visto en mi vida. Sólo alteran la geometría del paisaje alguna que otra hilera de álamos altos y ahusados, que proyectan larguísimas sombras, y algún que otro caserío perdido en la nada.

—En otros tiempos, aquí se cultivaba cáñamo —se limita a comentar Luigi, mientras conduce.

En cuanto llegamos a la cartuja y veo el enorme prado en semicírculo que está delante de la entrada del cementerio, recuerdo las veces que había venido aquí con Franco y Alma. Entonces, me parecía inmenso. Es inmenso.

En uno de los lados se encuentra una larga galería de arcos, pegada a un enorme edificio que parece un monasterio. También hay una iglesia. Todo es de ladrillo rojo, como el castillo, pero de un tono mucho más vivo. Las columnas de los arcos, blancas y delicadas, destacan sobre el rojo. Es un lugar impresionante por su inmensidad, elegancia y belleza. En Bolonia no tenemos un cementerio así.

Entramos por la verja que se encuentra en el lado sur de la iglesia.

—¿Dónde está vuestra tumba? —me pregunta Luigi, mientras cruzamos un claustro rodeado de lápidas de finales del xix.

Las inscripciones son tan retóricas como conmovedoras: maridos dedicados a la familia y al trabajo, esposas virtuosas y entregadas a sus maridos... Muchas tumbas son de personas jóvenes, muertas a causa de enfermedades agresivas.

—Al fondo del claustro se iba a la izquierda y luego se pasaba por delante de un monumento extraño, creo que era de un poeta. Una tumba... futurista, ¿puede ser?

—¿Te refieres a la tumba de Boldini, el pintor? Está allí abajo.

—Exacto, ésa es —me entusiasmo—. ¿Cómo es que la conoces?

—Recuerda un poco a la casa de Curzio Malaparte en Capri, con esos escalones. Ya he estado antes aquí. Por aquí están también las tumbas de De

Pisis y de Govoni. Bassani, en cambio, está enterrado en el cementerio hebreo. ¿Hacia dónde, ahora?

–No me acuerdo.

Ni siquiera me acuerdo de quién es Govoni, pero no me apetece preguntárselo. Quién sabe si Luigi conoce a todos los artistas o sólo a los ferrareses. Quién sabe si lo hace a propósito, si se dedica a alardear de su cultura sólo para impresionarme.

–Se lo pregunto a alguien.

–Espera, me acabo de acordar de que la tumba que estaba junto a la nuestra me hacía reír.

–¿Por qué?

–Porque decía «Familia Nanetti». Y yo me imaginaba que dentro había siete enanitos con las capuchas de colores³.

Se ríe y resopla por la nariz.

–No hemos traído flores. Ya voy yo.

Y de un salto, antes de que yo pueda decir nada, se aleja hacia la entrada.

Sigo caminando despacio entre los sepulcros. Hay monumentos bellísimos y otros que resultan casi absurdos: una pirámide egipcia, un león, una acrópolis en miniatura... Y, finalmente, las encuentro.

Primero la familia Nanetti, exactamente igual a como la recordaba: un sarcófago blanco, opaco, una inscripción en letras grandes, sin foto. Y justo al lado, nuestra tumba: una losa de sucio mármol, rectangular, rodeada por una cadena de hierro forjado que se sostiene en las esquinas gracias a cuatro estacas también de mármol.

En la losa se leen dos nombres, con la fecha de nacimiento y la fecha de la muerte.

Y una sola foto en blanco y negro, de los dos.

Él tiene un brazo sobre los hombros de ella. Ella lleva un traje de chaqueta entallado, de color claro; él un abrigo oscuro. Están de pie en una playa, de espaldas al mar. La playa es idéntica a la que acabo de visitar con Luigi. Me sonrío.

Alma

Franco y yo siempre hemos vivido en *via Guerrazzi*, en el segundo piso, muy cerca de la universidad. Tres habitaciones una dentro de la otra: dos dormitorios y un comedor. Es un apartamento pequeño y no muy luminoso, pero no sería capaz de vivir en ningún otro sitio. Doy clase a cuatro pasos de aquí y este barrio es mi casa, mi mundo. Desde que Antonia se fue a vivir sola, Franco se instaló en la habitación que ella había ocupado siempre y no necesitamos más espacio, excepto para los libros. Se amontonan por todas partes: en el pasillo, en las habitaciones... Hasta en la cocina y en el cuarto de baño.

Leo y yo hemos caminado en silencio bajo los pórticos, pero ya no me siento tan incómoda. El hecho de no haber tenido que entrar en aquel local me ha relajado. Cuando llegamos al portal y yo estoy hurgando en mi bolso en busca de la llave, pasa una alumna mía, Viola. Me saluda, mira a Leo y luego otra vez a mí con expresión traviesa, como si quisiera decir «La he pillado, profe».

Leo me sonrío, pues ha captado el malentendido. De hecho, como novio parece más adecuado para mí que para Antonia. Pero yo jamás habría podido enamorarme de un poli. Leo es la clase de persona con la que jamás he tenido relación alguna, por la que no siento ninguna afinidad. Cuando estoy con él, la mayor parte de las veces no sé de qué hablar.

Sube la escalera delante de mí, jadeando un poco. No se puede decir que tenga un físico atlético. Leo parece haber envejecido precozmente, como los hombres de otras épocas a su edad: un poco barrigón, un poco calvo, gafas de montura de oro, siempre vestido con americana y corbata...

Por suerte, hoy ha venido Maria y la casa está un poco más ordenada que de costumbre; por lo menos, las camas están hechas y los platos lavados. Franco come con los compañeros de trabajo y la casa está muy silenciosa; hasta se cuele algún que otro rayo de sol en la cocina. Me alegra haberlo traído aquí, se está muy a gusto. *Rossa*, la gata, viene a recibirnos y se restriega contra mis piernas mientras cuelgo mi abrigo y dejo el de Leo sobre un sillón. Lleno una olla de agua, la pongo al fuego y preparo mesa para dos

con los salvamanteles de paja y los platos de flores que usamos todos los días. Leo mira por la ventana que da al patio interior.

–Maria me ha dejado preparadas dos salsas. ¿Qué prefieres, *orecchiette* con tomate o *trofie* al pesto?

–Me da lo mismo –responde–, elige tú.

–Entonces pesto, que he comprado las *trofie* frescas. ¿Cómo está Antonia?

–Creo que bien.

–¿No la has visto esta mañana?

–He hablado con ella. De hecho, es de ella de quien quería hablarte. No te molesta que hablemos tú y yo a solas, ¿verdad? No lo hemos hecho nunca.

Sus palabras me alarman un poco, pero las ha pronunciado en un tono tan sosegado que no puede haber ocurrido nada malo. ¿Habrán discutido? Me parece difícil, porque no discuten nunca. Y, además, Leo no es la clase de hombre que se desfoga con la suegra.

Lo observo, tratando de disimular mi desconcierto.

–¿Qué ocurre?

–Nada que deba preocuparte, pero creo que ha llegado el momento de hablar. Voy a lavarme las manos –dice.

Choca con la mesa al salir de la cocina. La cocina es pequeña y él, muy grande. La botella del agua está a punto de caer, pero la atrapa al vuelo y se disculpa.

Qué torpe es este Leo. Parece haber recitado un discursito aprendido de memoria, repleto de frases que ya tenía pensado decirme. Pero tiene razón: él y Antonia llevan años juntos y la verdad es que Leo y yo nunca hemos hablado de verdad. Con Franco es distinto, pues nadie discute con él temas íntimos: siempre tiene la cabeza metida en los libros. Pero yo no me he esforzado jamás por acoger a Leo, por construir una relación con él.

Mientras termino de preparar la mesa, lo oigo abrir la puerta del cuarto del baño y los ruidos familiares de mi casa me tranquilizan. Echo el pesto en la sopera y preparo el colador en el fregadero. La puerta del cuarto de baño se ha abierto ya hace un rato, pero Leo no ha vuelto. Oigo un movimiento sordo en el corredor, como un ruido amortiguado. ¿Contra qué habrá chocado esta vez?

Mientras escurro la lechuga, Leo entra en la cocina con un libro entre las manos. Es la *Eneida*. Una antigua edición académica que conservo en la

librería del pasillo. Qué raro, justo antes de reunirme con él he estado pensando en la *Eneida*.

Se lo digo.

–¿Sabes que justo antes de que nos encontráramos estaba pensando en la *Eneida*?

–Me lo ha mencionado Antonia. Quería preguntarte por el duodécimo libro.

El duodécimo libro es el último, el que narra el duelo entre Eneas y Turno. Siempre me ha dado escalofríos.

El libro, gastado y polvoriento, permanece sobre la mesa junto a nosotros mientras comemos en silencio *trofie* al pesto. La débil luz del sol ya ha desaparecido y ha empezado a llover. Las gotas de lluvia rebotan en la mesa de plástico del balcón.

Quisiera ayudar a Leo a hablar, pero no sé cómo hacerlo. No puedo acosarlo a preguntas sobre Antonia, pero a mí no se me da bien hablar de temas triviales sólo para romper el hielo.

–Buenísimo –dice–, te felicito.

–El pesto lo ha hecho Maria. Es una receta simplificada, sólo hay que triturar la albahaca con los piñones y añadir queso parmesano y aceite. Yo no le pongo ni ajo, ni patatas ni judías verdes –respondo, mecánicamente.

La presencia de la *Eneida* sobre la mesa me incomoda. Podría ser el ejemplar que tenía yo cuando iba al instituto, o incluso podría ser de Maio. Lo único que traje de Ferrara son los libros.

Leo termina la pasta, coge la *Eneida* y busca el duodécimo libro.

–He encontrado una frase subrayada, te la leo –dice.

Y empieza a leer:

*Infelix crinis scindit Iturna solutos,
unguibus ora soror foedans et pectora pugnīs:
«Quid nunc te tua, Turne, potest germana iuvare?
Aut quid iam durae superat mihi?».*

Lee latín discretamente, debió de estudiarlo en su día.

–¿Por qué querías verme? –lo interrumpo.

No puede ser casualidad que haya leído precisamente esa frase.

Se quita las gafas y las limpia con un pañuelo. Se oye, muy cerca, el

estallido de un trueno. Llueve con fuerza.

–Antonia me ha hablado de tu hermano y quería decirte que lo lamento.

Vaya. Lo suponía. Y se lo digo.

–Suponía que se trataba de eso, pero...

No sé cómo decirle lo que quiero decir. Ni siquiera sé qué quiero decir. No sé hablar de esta historia.

–¿Qué pinto yo en todo esto, querías preguntar? –dice–. Siento la necesidad de proteger a Antonia, igual que ella siente la necesidad de protegerte a ti. Y estoy convencido de que tú también quieres protegerla a ella. Así que he pensado que tal vez nos sentiremos todos mejor si lo hablamos. Toni se ha ido a Ferrara, se marchó ayer. No te lo ha dicho porque tenía miedo de que te preocuparas, aunque en realidad no tienes nada de qué preocuparte: es tan prudente como testaruda. Se le ha metido en la cabeza que tiene que descubrir algo sobre la muerte de tu hermano. Ya sabes que le apasionan los misterios.

¿Antonia en Ferrara? No me gusta la idea. Siempre la he mantenido alejada de Ferrara. Ferrara es el pasado, es el lugar donde murieron todos. Antonia y Ada en Ferrara... no, no me gusta nada la idea. Y además, en su estado no debe cansarse, ni comer fuera ni estresarse...

Se lo digo a Leo.

–No me gusta en absoluto la idea de que Toni esté en Ferrara. ¿Dónde duerme?

–En un hotel del centro. Se la he presentado a un colega mío, el comisario D’Avalos. Si necesita algo, puede recurrir a él. Además, su mujer es médico.

–¿Y qué ha ido a hacer allí?

–Ya sabes lo curiosa y emprendedora que es. Si le cuentas de repente una historia como ésa... Tenía que meter la nariz, claro. Está convencida de que descubrirá algo.

–Sí, claro, después de treinta y cuatro años. No se puede volver al pasado.

–Tienes razón, pero ella quiere ver el lugar donde ocurrió todo. En el fondo, no deja de ser la ciudad de su madre y de sus abuelos. Está a cuatro pasos de aquí y no la conoce, no sabe nada. Es como si fuera un agujero negro, una omisión en su vida. Me ha pedido que la cubriera, pero no se me ha ocurrido cómo hacerlo si no es contándote la verdad.

Me apetece un cigarrillo, pero ya no compro tabaco nunca. Sólo fumo

algún que otro cigarrillo de vez en cuando, a escondidas. Oficialmente, no fumo desde que desapareció Maio. Cada vez llueve más fuerte.

–¿Tienes un cigarrillo? –le pregunto, aunque nunca lo he visto fumar.

–Aquí está –dice, mientras saca del bolsillo un paquete azul y un encendedor lila–. Los llevo encima a propósito.

–¿Para hacer hablar a los delincuentes?

–Más o menos –sonríe Leo.

Me enciende el cigarrillo. Me he levantado para coger un cenicero y, al sentarme de nuevo, abro la *Eneida*. Es mi libro del instituto, el que luego le pasé a Maio. Lo utilicé también para un examen en la universidad y lo leía a menudo después de la muerte de mi madre.

Leo ha dejado el punto de lectura, un cordel rojo, en la página que contiene la frase que ha leído antes.

–Te lo traduzco a lo bruto –le digo.

*Se mesa la infeliz Juturna los sueltos cabellos,
se hiere la hermana el rostro con las uñas y el pecho con los puños:
«¿Cómo puede ahora, Turno, ayudarte tu hermana?
¿Qué me queda, pobre de mí?».*

–¿La subrayaste tú? –pregunta Leo.

–No me acuerdo.

El año en que Maio se pinchaba yo no estudiaba la *Eneida*. Estaba en tercero de bachillerato y él en segundo. Y la *Eneida* se estudia en primero. A lo mejor yo había releído aquel pasaje por algún motivo, o lo había subrayado Maio. O Franco. A veces lo veo con la *Eneida* en las manos.

–Franco le ha dicho a Toni que te sientes culpable por no haber muerto con tu hermano.

–No hay que ser profesor universitario para darse cuenta de eso.

Ahora estamos observándonos abiertamente.

–¿Qué quieres hacer?

–¿Tú qué propones?

–Envíale un mensaje, dile que sabes que está en Ferrara y que no pasa nada. Como si se estuviera documentando para una de sus novelas policíacas. Si quiere preguntarte algo, lo hará, pero se sentirá más tranquila si no le preocupa tener que mentirte. Ya sabes que Antonia es incapaz.

–La quieres muchísimo, ¿verdad? Has venido a verme para ahorrarme el trabajo de tener que contarme una mentira.

Se lo digo en un tono más áspero de lo que pretendía, pero es que Leo no deja de observarme con una expresión sincera y tranquila. Vaya con el hombre honesto que ha elegido Antonia... Tan honesto, que hasta resulta irritante.

–¿Y tú qué vas a hacer? –le pregunto.

–Si tengo la sensación de que me necesita, la ayudaré, pero prefiero que se quite ella sola de la cabeza toda esta historia de Ferrara, antes de que nazca Ada.

–Creo que si se lo he contado, es por la misma razón. Tarde o temprano había que romper esta cadena –digo, mientras le sirvo el café.

No quisiera parecer crispada, aunque en realidad sí lo estoy un poco. Pienso de verdad que Leo tiene razón, pero me irrita un poco ese aire suyo de hombre sabio.

–He decidido pedir el certificado de defunción presunta para vender las casas de Ferrara –le confieso.

Es la primera persona a quien se lo cuento; ni siquiera Franco lo sabe.

–No sabía que aún tuvieras casas en Ferrara.

–La casa en la que vivíamos y otra en el campo. Toni aún no lo sabe, hace treinta años que no pongo los pies allí. Oye, Leo, ¿te importaría... mantenerme al corriente sobre Toni? Si me pongo nerviosa, ¿puedo llamarte? Me inquieta la idea de que esté sola en Ferrara.

–¿De qué tienes miedo?

–Exactamente no lo sé. De algo. ¿Tú irás a verla?

–Puede que esta noche.

De repente, se me ocurre una idea.

–Te doy las llaves de casa. No vive nadie desde entonces. Una agencia se ocupa de pasar un par de veces al año, para comprobar que las cañerías estén bien. Cuando se produjo el terremoto, me dijeron que habían caído unos cuantos escombros, pero que los daños no eran graves. Eso sí, creo que se ha convertido en un sitio un poco tétrico. Si Toni quiere ir a verla, puedes darle las llaves, pero será mejor que no entre sola.

–¿Y cómo es que no la has alquilado?

–No quería saber nada.

Las llaves de la casa de Ferrara están siempre en el bolsillo de una

chaqueta de ante que me ponía de joven y que sigue colgada en mi armario. Voy a buscarlas.

Hace años que no las toco, pero me resultan tan familiares como la cicatriz que tengo en la mano izquierda, la del corte que me hizo Maio cuando éramos niños con el columpio de hierro: siempre ha estado ahí, llevo toda la vida viéndola, igual que las llaves. Siempre han estado ahí. Nos las dieron cuando yo estaba en cuarto de primaria: las cosas que ves en la infancia se te quedan grabadas para siempre. Cuelgan de un llavero con una moneda de plata de cincuenta liras, ennegrecida. Me la regaló mi padre. Se las doy a Leo.

–*Via Vignatagliata*, 26, ¿te acordarás?

–También me acuerdo de esta moneda. Mi padre las coleccionaba.

–Y el mío –le contesto–. El próximo día te hablaré de él.

No sé por qué lo he dicho. Yo no hablo nunca de mi padre.

–¿Puedo hacerte una pregunta, Alma?

Leo me observa con su expresión atenta, sin juzgarme. Debe de ser muy buen policía: no tiene aspecto de alguien que quiere empapelarte, sino de alguien que quiere comprender.

–Sí.

–La noche en que le propusiste a tu hermano pincharos los dos... ¿por qué lo hiciste?

Esa pregunta no me la esperaba. Nadie me lo ha preguntado nunca, al menos tan directamente. Ni siquiera Franco. Guardo silencio.

–Pensé que podíamos probarlo –digo al fin– sin más... Que podíamos pincharnos una vez y ya está... para probarlo todo. Lo dije sin pensar, movida por un impulso. Habíamos visto una película muy rara, *El reportero*, luego habíamos fumado un canuto y habíamos salido para reunirnos con los amigos en la plaza, pero en la plaza no había nadie, sólo un chaval que se pinchaba. Acababan de empezar las vacaciones y nos sentíamos libres y audaces. No lo sé, Leo: ¿tú nunca has hecho nada sin un motivo?

–Sí, lo he hecho, pero tuve más suerte que tú.

–Entonces, piensas como yo: que la responsabilidad de lo ocurrido fue mía, ¿no?

Me observa con aire ausente, serio, y luego responde:

–En parte, lo fue.

–Eres la primera persona que lo entiende; o que lo admite, al menos.

Nos estrechamos la mano, en silencio. Como si quisiéramos sellar un

pacto, aunque no sé de qué pacto se trata.

Ha dejado de llover. Leo se agacha para acariciar a *Rossa*, que se le restriega contra las piernas, luego se pone el loden y sale de casa, ajustando la puerta tras él.

Antonia

Estoy llegando al hotel cuando noto en el bolsillo la vibración del teléfono.

Le he pedido a Luigi que no me acompañe en coche porque me apetecía caminar un poco, aunque ya esté oscureciendo. Ya empiezo a conocer las calles. Me ha dejado cerca de la cartuja, en *piazza* Ariostea, una enorme plaza rectangular con una columna en el centro de un parterre rodeada de una pista ovalada. Antes de irse, me ha indicado el camino para llegar a mi hotel: todo recto hasta llegar a *corso* Giovecca.

—Ése de allí arriba es el sumo poeta Ludovico Ariosto —ha dicho, señalando con el pulgar la estatua que se halla en lo alto de la columna— y en esa pista se celebra el último domingo de mayo el palio más antiguo del mundo.

—¿Más antiguo que el de Siena?

—Sí, sí —ha asentido, mientras ponía una marcha.

Luego se ha alejado sin volver a mirarme. Luigi D'Avalos tiene un problema con las despedidas: en el momento de saludar se distrae, parece estar pensando en otra cosa. Después de la tarde que hemos pasado juntos, en el mar primero y en el cementerio después —se ha presentado jadeando ante la tumba de mis abuelos con un ramo de claveles rojos—, me esperaba un saludo algo más cálido. Pero bueno, me alegra que no sea una persona previsible.

Siento alivio el ver el nombre de Leo en la pantalla del teléfono. Aún no he decidido qué le voy a decir a mi madre y temía que fuera ella.

—Por fin. Entonces, ¿vienes esta noche?

—Estaba a punto de salir, pero le acaban de disparar a un tipo en el barrio del Pilastro, no sé cuándo podré escaparme. Si no se me hace muy tarde, podría acercarme a dormir contigo, pero mañana por la mañana tendré que levantarme temprano. Tenemos una reunión en comisaría.

—Qué lástima, te esperaba... Pero mejor que no vayas arriba y abajo con el coche, que luego estarás muy cansado. ¿Te has tomado la pastilla para la tensión?

—Sí, me la he tomado. Escucha, todo arreglado con tu madre.

—¿En qué sentido?

—Le he dicho que estás en Ferrara y se lo ha tomado bien.

–No me lo creo.

–Sí, todo arreglado. Hemos hablado y lo ha entendido.

–Joder.

–¿Joder en el buen sentido o en el mal sentido?

–Joder en el buen sentido, hombre. Has roto un tabú. ¿Cómo lo has conseguido?

–Le he dicho la verdad.

–¿Y ella?

–En mi opinión, y desde el momento en que te lo contó todo, tu madre ya sabía que algo cambiaría. Y está dispuesta a aceptar esos cambios, por mucho miedo que le den.

–Te echo de menos.

–Y yo a ti. ¿Qué has descubierto hoy?

–Bastantes cosas. Parece que mi abuela tuvo una relación con el prefecto, puede que Maio fuera hijo suyo.

–¿Qué?

–Sí.

–¿No era hijo de tu abuelo?

–Parece que no.

Leo guarda silencio. Oigo el ruido de la patilla de sus gafas de oro al chocar contra el teléfono, señal inequívoca de que se las ha subido.

–¿Y entonces? –pregunta.

–Y entonces, al ser hijo del prefecto de la Policía, se investigó de forma exhaustiva. No encontraron nada, pero tu colega D’Avalos cree que aquella noche se tiró al Po.

–¿En serio?

–Sí, o que se cayó.

–¿Cómo es D’Avalos?

–Guapo, parece un actor.

–Vaya. ¿Y te gusta?

–Va un poco de estrella, lo sabe todo sobre los artistas ferrareses.

–¿Tengo que preocuparme?

–Creo que no.

–Menos mal. ¿Y ahora qué vas a hacer?

–Si no vienes esta noche, a lo mejor voy a ver la película que dan en el cine donde estuvo Maio justo antes de desaparecer.

–Habrán cambiado la cartelera.

–Qué gracioso. Pero sí, aquella noche daban *La profecía* y hoy, *La noche más oscura*.

–Ah, muy buena, nos gustó.

–¿Recuerdas cómo se llamaba la protagonista?

–Maya, creo.

–Muy bien. Es curioso, ¿no?

–¿Crees que significa algo?

–Lógicamente, no, pero en una de mis novelas policíacas quedaría bien.

–Si esta noche no voy, ¿nos vemos mañana por la noche?

–Mañana voy a cenar con Michela Valenti, la novia de Maio.

–¿Quién?

–La chica con la que salía Maio. La he conocido esta mañana, es un personaje. Trabaja como logopeda. Hemos quedado mañana por la noche, porque hoy sólo tenía una hora y no me ha contado casi nada, excepto lo de la aventura de mi abuela, que luego ha confirmado D’Avalos.

–Y dices poco... Has descubierto un montón de cosas en un solo día. Tengo que dejarte, que está pasando algo gordo. Me acaba de decir Innocenzi que ya son dos los muertos en el Pilastro... Te llamo luego. Que comas.

–Sí, sí... He descubierto el pastel de macarrones. Ya lo probarás. Tú, en cambio, no comas mucho. Luego me cuentas mejor la conversación con Alma.

–¿Le dirás lo del prefecto de la Policía?

–Tengo que pensármelo. Luego hablamos.

–Un beso.

–Otro para ti.

He llegado al hotel y estoy pensando que voy a llevarme un par de pastelillos de éstos a la habitación. Veo que el bar de enfrente del hotel está a punto de cerrar y entro rápidamente.

–¿Podría ponerme un par de pastelillos de macarrones para llevar? –le pregunto a la chica a la que Luigi se ha referido como Isabella.

Lleva los labios pintados de rojo y el pelo, muy oscuro, recogido en un peinado alto y elegante, sobre la cabeza. Luce un abrigo negro abrochado y largo hasta los pies y, mientras la camarera rubia barre el local, ella trajina cerca de la caja. Serán las ocho de la noche y el bar está vacío. No es un local de aperitivos.

–Puedo, pero luego ¿cómo lo haces? ¿Te los caliento yo? ¿Dónde te los vas a comer? –me pregunta, hablándome como si ya nos conociéramos.

–En mi habitación. Me alojo en el hotel de enfrente.

–Si no te los vas a comer enseguida, puedes pedirselo a ellos. El bar interior está abierto hasta las once y tienen microondas. Pueden prepararte un zumo natural, si quieres.

–Justo estaba pensando en que hoy no le he dado vitaminas a este de aquí – digo, mientras me señalo la barriga para corresponder a la familiaridad.

–¿No era una niña? –me pregunta, en un tono más risueño que sorprendido.

–En realidad, no. Es decir, yo creo que sí, pero no lo sé con seguridad.

–Entiendo –sonríe, como si estuviera pensando–. Entiendo que eres un poco excéntrica y a mí me gustan las personas excéntricas.

Me cae bien esta Isabella. Y me encanta su estilo: tiene un gusto bastante original. Debe de ser algo más joven que yo.

–Me han dicho que eres actriz.

–Es una ciudad pequeña, la gente chismorrea –bromea–. Digamos que lo intento, pero actualmente estoy en paro. –Luego añade–: ¿Qué haces esta noche?

Esa pregunta no me la esperaba.

–A lo mejor voy al cine más tarde. He visto que en el Apollo dan una peli que me gustaría volver a ver.

En realidad, lo que quiero es sentarme en el mismo cine en el que se sentó Maio antes de desaparecer, pero no me parece necesario dar tantas explicaciones. Por eso mismo, me quedo perpleja cuando Isabella responde:

–Si es por eso, Maio fue a la primera sesión de la tarde, no a la segunda de la noche.

¿Qué sabe ella de Maio?

–Perdona –añade–, he pensado que a lo mejor era por eso que querías ir... Mi madre me ha contado que esta mañana habéis ido a ver el cine Apollo... Eres Antonia, ¿no? Yo soy la hija de Michela, la mayor. La guapa y chalada.

Isabella hace un mohín con los labios y me tiende una mano para que se la estreche.

La hija de Michela. Vaya, ahora lo entiendo.

–¿Y cuándo te lo ha dicho?

–Esta tarde. De vez en cuando se pasa por aquí a tomar un *capuccino*, entre

paciente y paciente. Me ha dicho que escribes novelas policíacas y que mañana habéis quedado para cenar.

–¿Y cómo has sabido que era yo?

–Embarazada, unos treinta años, pelo largo... En Ferrara nos conocemos todos. Nadie come en el bar, excepto los turistas, y tú no tienes pinta de turista.

–De veintitrés semanas.

–¿Qué?

–Que estoy embarazada de veintitrés semanas. Eres la única, aquí en Ferrara, que se ha fijado en mi barriga. ¿Tu madre te ha hablado de Maio?

–Me ha contado que fue el primer chico al que besó, que murió hace más de treinta años, que tú eres su sobrina y que te pareces a él.

A mí no me ha dicho que me parezco a él. Sólo ha dicho que no me parezco a Alma. Pero sí me lo ha dicho Luigi D’Avalos, que ha visto las fotos. Se me olvida que soy sobrina de Maio: Michela se habrá emocionado al conocerme y se lo habrá contado a su hija. No tiene nada de raro.

Me pregunto si Luigi sabrá que Isabella es hija de Michela. Afirma que lo sabe todo, así que no puede no saberlo, pero... ¿por qué no me lo ha dicho cuando me ha contado que Isabella le ha explicado adónde me dirigía?

Isabella le grita a la camarera rubia que cierre bien la persiana metálica, que ella tiene que irse corriendo. Luego me toca un brazo.

–Perdona si he sido indiscreta... Me voy corriendo... Adiós.

Ya está en la calle cuando se vuelve de nuevo hacia mí.

–¿Te puedo pedir un favor muy grande? No le digas a mi madre que te he hablado de Maio.

Y luego se marcha corriendo por *corso* Giovecca. El abrigo negro revolotea tras ella y yo me quedo allí, con el paquete de los pasteles no pagados en la mano.

La camarera me hace un gesto con la escoba para que salga.

–Tranquila, tranquila, ya pagará mañana. La caja está cerrada –dice, con voz cansada.

Hace menos de treinta y seis horas que me encuentro en esta ciudad y ya me parece empezar a conocerla. Es más, me parece empezar a entender que no será fácil conocerla de verdad.

Mientras cierro los postigos de la ventana de mi habitación oigo el tono de

un mensaje y espero que sea Leo, que me dice que va a venir. Pero no, es mi madre.

«Me inquieta pensar que estás en Ferrara –escribe–, pero haces bien en seguir tu instinto. Buenas noches, pollito.»

Cuánto tiempo hacía que no me llamaba «pollito».

Mamá, cómo me gustaría que fueras feliz.

Desde que me hablaste de Maio, no puedo dejar de pensar en qué clase de persona serías si aquella historia no hubiese ocurrido. ¿Habrías tenido una hija a los veinte años con alguien como mi padre? Tal vez no. Lo cual significa que yo no habría nacido. No sé si daría la vida por tu felicidad, me alegra haber nacido.

Contesto.

«Gracias, mamá. Buenas noches. PS: Ferrara es preciosa.»

La respuesta que me llega dice así:

«Mañana va a hacer sol, ¿comemos en la muralla?».

¿Vienes? ¿En serio? No sé si alegrarme o preocuparme, pero entonces comprendo que el mensaje no es de Alma, sino de Michela. Ha cambiado de idea, así que no quedamos para cenar. Mejor, así puedo ver a Leo. Le escribo enseguida: «Estoy libre mañana por la noche. PS: Alma me ha enviado un sms tranquilizador. Eres un genio». ¿Cómo narices vivía la gente antes de los sms?

Estoy que me caigo, será por la excursión al mar. Me duermo pensando en los claveles rojos sobre el mármol blanco.

Alma

La tarde en que Maio se rompió un brazo estábamos los dos solos en *piazza* Ariosteia para probar los patines nuevos. Si le hubiéramos pedido a nuestro padre que nos dejara ir tan lejos, no nos lo habría permitido, pero mamá se fiaba de nosotros, especialmente de mí. Tenía once años.

Los patines eran muy rápidos, tenían unas ruedas especiales. Me habría gustado que nos hubieran enseñado a usarlos nuestro padre o nuestra madre, pero aquel mes nuestra madre trabajaba en el turno de tarde y nuestro padre no estaba. Había épocas en las que no se encontraba bien y nosotros sabíamos que no debíamos molestarlo, que era mejor que se quedase en el campo «para que lo curara el río», como él decía.

Nuestra casa del campo estaba justo debajo del dique: para llegar al agua, sólo había que subirlo y descender hacia el Po por una escalera. Mi padre había construido con el masovero una pequeña plataforma de madera y al atardecer pescaba con la red mediomundo. A veces iba a visitarlo algún conocido del pueblo de al lado y pescaban juntos. Los domingos, Maio y yo íbamos a observarlos: no los oíamos hablar, a no ser con la gata tricolor que subía a la plataforma a la espera de algún pez.

Aquella tarde habíamos corrido durante una hora por la pista ovalada que rodea la plaza y estábamos agotados. Yo patinaba despacio porque el polen de los álamos me hacía estornudar y Maio, desenfrenado, me adelantaba muy rápido. No me encontraba bien desde que me había levantado, fuese por la alergia o por un resfriado. Tuviéramos lo que tuviéramos, mi madre siempre minimizaba y no nos medicaba ni siquiera cuando teníamos fiebre, salvo cuando era muy alta. Acababa de proponerle a Maio que volviéramos a casa cuando mi hermano tropezó con una piedra y, al caer al suelo, se apoyó mal con una mano.

No gritó ni lloró.

–Me parece que me he hecho mucho daño –dijo, mientras iba a sentarse en un escalón y se sujetaba el codo.

Decidí llevarlo hasta la farmacia en la que trabajaba nuestra madre, pero tardamos muchísimo porque Maio caminaba muy despacio, sin decir ni una

palabra. Estaba preocupada y, sobre todo, me aterraba aquel repentino silencio.

Cuando entramos en la farmacia, mi madre salió enseguida de detrás del mostrador y se acercó a él. Se inclinó para observarlo: Maio estaba pálido y temblaba. Le conté que se había hecho daño en el brazo y ella le palpó la muñeca, como si ya lo supiera todo. Maio gritó.

El doctor Zamorani, el farmacéutico, le dijo que lo llevara al Sant'Anna para que le hicieran una radiografía y se produjo un momento de gran confusión, porque todos habían ido al trabajo en bicicleta, nadie tenía el coche y llamar a una ambulancia parecía un poco exagerado. También los clientes intervenían e iban dando su opinión. Se consultaban los unos a los otros y nadie parecía reparar en mí, que me sentía cada vez peor y le lanzaba miradas suplicantes a mi madre.

—Cogeremos un taxi aquí delante, en *piazza* Savonarola —dijo entonces mi madre.

Ni Maio ni yo habíamos cogido jamás un taxi. Ni siquiera sabíamos que hubiese taxis en Ferrara.

A Maio se le estaba hinchando el brazo, yo me sentía culpable y me enfadé con mi madre, que parecía no entenderlo. Daba la sensación de que yo no contaba para nada. Finalmente, sin embargo, pareció reparar en mi presencia:

—¿Tienes las llaves de casa, Alma? Ve y espéranos allí. Puede que tengan que ingresarlo, pero no es nada grave. ¿Te ves capaz de esperarnos en casa?

No me encontraba bien, no me veía capaz. Estaba inquieta por Maio y enfadada con ella, que nos había dejado ir solos y ahora me abandonaba. Sin embargo, no lo dije.

—Sí, sí, me voy a casa, mamá —respondí—. No te preocupes. Adiós, Maio.

Salieron apresuradamente, cogidos de la mano. Ninguno de los dos se volvió a mirarme.

Antonia

Hoy ha salido el sol de verdad, un sol inesperadamente primaveral en un cielo azul pálido salpicado de nubes blancas. He quedado con Michela a la una. He decidido que antes de que nos veamos empezaré a visitar la ciudad en lugar de volver al puente. Quiero comprender dónde estoy.

Estoy tomando el té en la sala de desayuno del hotel mientras trato de decidir si empiezo por el Palazzo dei Diamanti o el Palazzo Schifanoia –en la guía, son los sitios que tienen más estrellitas–, cuando se me ocurre que no tengo ni idea de dónde vivía mi madre. Ni siquiera sé en qué parte de la ciudad.

¿Será muy audaz por mi parte enviarle un mensaje para preguntárselo? Podría averiguarlo a través de Michela, pero prefiero hablar con Alma, para poner a prueba su verdadera disponibilidad para dejarme formar parte de esta historia.

«Buenos días –le escribo–, ¿hace sol por ahí? Esta mañana toca turismo y ya que estamos, ¿dónde vivíais?»

Antes de que Alma responda, me da tiempo de beber el último sorbo de té mientras leo un periódico llamado *La Nuova Ferrara* y le lanzo alguna que otra miradita al bebé holandés que está en la mesa de al lado, en brazos de su padre. La respuesta de Alma, cuando llega, es sorprendente.

«*Via Vignatagliata, 26. Leo tiene las llaves.*»

¿Que Leo tiene las llaves? Eso sí que no me lo esperaba. ¿Significa que la casa aún es nuestra? Leo no me ha dicho nada. Así... ¿estoy a punto de verla? La idea me entusiasma.

Le escribo.

«¿Tienes las llaves de la casa de mi madre y no me lo dices? ¡Tráelas esta noche!»

Me contesta enseguida.

«No hay luz, tendrás que esperar a mañana. Buenos días, detective.»

Jamás se me habría ocurrido pensar que aquella casa fuera aún nuestra; ni siquiera había oído hablar nunca de ella. Yo no aguanto hasta mañana por la mañana, tengo que verla enseguida, aunque sólo sea por fuera. Miro en los

mapas del iPad y descubro que *via Vignatagliata* está muy cerca del hotel, en el antiguo gueto judío, dentro de las murallas. A dos pasos, literalmente. Subo enseguida a mi habitación para coger el abrigo.

Isabella no está en el bar de enfrente y pienso rápidamente que prefiero esperar a que esté para entrar a pagar los dos pasteles de ayer: tengo que preguntarle algo.

Cojo la *via Bersaglieri del Po*, una calle pequeña y bonita repleta de tiendas. Da al lado opuesto de la plaza rectangular que ayer atravesé con Michela para ir al cine, pero yo giro a la izquierda por *via Contrari*. Qué nombre tan bonito. Según el mapa, *via Vignatagliata* es la primera calle a la derecha desde *via Contrari*.

Cada vez estoy más emocionada ante la idea de ver la casa en la que mi madre vivió durante veinte años: el hecho de que no me haya hablado nunca de esa casa aumenta aún más mi curiosidad. No sé qué esperar.

Para ser las nueve de la mañana de un miércoles laborable, no es que haya mucha gente por la calle. ¿A qué hora empieza a trabajar aquí todo el mundo? En Bolonia, tanta quietud sólo se ve los domingos a primera hora de la mañana.

Los ciclistas pedalean lentamente sobre los adoquines y, a medida que me acerco a la casa de Alma, todo se vuelve aún más tranquilo y silencioso, a pesar de que sólo estamos a dos pasos de la catedral, en pleno centro de la ciudad.

Via Vignatagliata es una calle estrecha entre casas antiguas de tres plantas. No se ven coches aparcados, ni tiendas, sólo una *trattoria* aún cerrada. Dos estrechas aceras, grises y planas, flanquean el gastado empedrado de adoquines. Las paredes de las casas están pintadas en tonos naturales que van del ocre al rojizo o al terracota. También es así en Bolonia, aunque aquí los tonos parecen bastante más apagados y la atmósfera es distinta. No da la sensación de estar paseando por el centro de una industrial ciudad emiliana, sino que me parece más bien estar dentro de una película o de un sueño. Como si hubiera retrocedido en el tiempo.

Hoy no me he puesto las botas con la suela de goma y mis pasos retumban en el silencio.

El 26 de *via Vignatagliata* lo ocupa una casa de tres plantas de color amarillento claro. Las tres ventanas pequeñas de la planta baja tienen rejas y las de las plantas superiores, los postigos cerrados.

El portal es grande. Está pintado de gris, coronado por una luneta y enmarcado por un friso de mármol blanco que le da un aire elegante a todo el edificio. Justo por debajo de las ventanas enrejadas, el muro exterior se ve desconchado y sucio, pero por dentro la casa no parece abandonada. Hay un timbre redondo de latón y, encima, se puede ver grabado el apellido de mi madre: «Sorani». Al leerlo, me da un vuelco el corazón.

Esta investigación en Ferrara no tiene nada que ver con las que habitualmente realizo para mis libros. Me afecta demasiado. Me doy cuenta de que estoy emocionada y confusa. No sería capaz de escribir esta historia, me faltaría lucidez. En el fondo, ¿qué he descubierto hasta ahora? Nada, a excepción de lo que me han contado de forma espontánea Luigi y Michela. Estoy descubriendo que es mucho más fácil inventar un misterio que resolverlo.

Me desabrocho el abrigo y me apoyo una mano en la barriga. Noto a Ada moverse y su presencia me tranquiliza: cuando se está esperando un hijo, una de las cosas más bonitas es que no se está nunca sola.

Pruebo a tocar el timbre, sólo para saber qué sonido tiene, pero no se oye ningún sonido. Ya me lo había advertido Leo, no hay luz.

Me apetece sentarme y echo un vistazo a mi alrededor para ver si hay algún bar, tal vez un poco escondido, pero no veo nada. Ni tiendas, ni bares ni transeúntes. Sólo la *trattoria* cerrada, un poco más allá.

A la ventana de la planta baja de la casa de enfrente, una casa idéntica a la de mi madre pero con la fachada de obra vista, se asoma una anciana. Más que asomarse, en realidad, se transparenta, pues las ventanas también están protegidas por rejas. Pero la veo perfectamente, a pocos pasos de mí.

Me observa fijamente y dice:

–*Chi 'an ghè nisun, bela.*

Habla con ese extraño acento que he empezado a reconocer desde que estoy en Ferrara: las *eles* dilatadas, las *eses* que suenan «eshes»... Un acento que no parece emiliano, sino véneto, más duro. Oigo, tras la anciana, un ladrido agudo y afónico, de perro pequeño.

Puede que la anciana se haya dado cuenta de que estoy embarazada, porque me pregunta:

–*Vot un bicer d'acqua?* ⁴

–Sí, gracias –respondo–. ¿Me dejaría pasar un momento? –le pregunto–. Necesito sentarme.

La mujer cierra la ventana sin responder. En realidad, no es que necesite sentarme, pero se me acaba de ocurrir que esta anciana señora, si ha vivido siempre aquí, debió de conocer a mi madre, a Maio y a mis abuelos.

El portal permanece cerrado durante tanto rato que empiezo a pensar que la mujer ha cambiado de idea, pero de repente se abre con un chasquido.

Entro en un vestíbulo pequeño y oscuro, con un techo bajo de vigas de madera y un suelo de cerámica antigua, gastada pero reluciente. Al fondo del recibidor aparece la mujer, que me hace una seña para que me acerque. El pelo blanco, perfectamente peinado, enmarca un hermoso rostro de pómulos altos. Aunque es muy anciana, conserva una figura grácil, esbelta. Lleva un vestido de color azul, de los que mi madre llama «camiseros» y unos elegantes zapatos también azules. Y va enojada: collar de perlas, broche antiguo, anillos... Justo delante de ella, un pomerano blanco me observa fijamente, con la cola tiesa.

Cuando llego junto a ella pregunta:

–*Capìsat al frarés?* ⁵

Intuyo el sentido de sus palabras, aunque mi madre jamás ha hablado en dialecto, y respondo:

–No mucho.

Me conduce por un oscuro pasillo que no tiene puertas ni ventanas, con suelo de grandes baldosas opacas, en tonos rojo y blanco, y llegamos a la habitación desde la que me ha hablado antes: una cocina oscura e inmaculada. El pomerano nos precede, ladrando, y ella de vez en cuando le dice *bascta*. Ese debe de ser su diálogo de todos los días: el perro ladra, ella responde *bascta*.

Esta habitación también es de techo bajo, con vigas de madera oscura. El suelo es de las mismas baldosas rojas y blancas, y las paredes del mismo amarillo que el pasillo. Los muebles de la cocina parecen nuevos, de reluciente madera oscura, con molduras de imitación antigua que contrastan con el fregadero, los fogones y la puerta del horno, todo de acero inoxidable. Sobre una gran alfombra descansa una mesa ovalada de madera, protegida por un tapete de color marfil hecho a ganchillo. Parece una vivienda acomodada, pero no el lugar en el que hace décadas vive una anciana, sino más bien una casa de alquiler reformada y recientemente amueblada.

No hay fotografías enmarcadas, ni libros, sólo un ejemplar del *Resto del Carlino* abandonado sobre un silloncito de terciopelo colocado junto a la

ventana. Seguramente estaba allí leyendo el periódico cuando me ha visto. Las gafas metálicas, sujetas a una cadenita, permanecen abiertas sobre la mesa.

Me indica por señas que me siente en una de las sillas tapizadas dispuestas alrededor de la mesa y me ofrece un vaso de agua. Más que una cocina, es un comedor con una pequeña cocina.

Se sienta frente a mí y me dice, en italiano pero con acento ferrarés, es decir, alargando las *e*s:

–¿Buscabas a alguien? Allí no vive nadie.

Luego sisea un *bascta* al pomerano, que insiste en ladrar medio afónico cada vez que ella acaba una frase.

Tengo la sensación de que con esta mujer no puedo recurrir a mi método de decir la verdad, que es mejor actuar con prudencia. Hay algo inquietante en esa forma suya de mantenerse erguida y observarme sin sonreír, con los labios apretados.

Me decanto por contar una verdad a medias.

–Estoy visitando Ferrara y mi madre me ha dicho que en esa casa vivía una familia a la que ella conocía. ¿Usted sabe quién vivía?

–Desde luego –es su respuesta. Y no añade nada más.

No parece hostil, sólo muy reservada, de pocas palabras.

–¿Los conocía bien? –insisto.

–Bastante bien –responde.

Y, de nuevo, se impone el silencio, interrumpido únicamente por los ladridos del pomerano y por los *bascta* de su dueña.

Intento pensar rápidamente en una forma de animarla a hablar, pero no se me ocurre nada. Esta mujer y el pomerano me fascinan, me hacen pensar en un mundo autosuficiente, sólido e inaccesible. En esta habitación, nada me ofrece un punto de partida y a ella no parece interesarle mi embarazo. Por lo general, las ancianas me hacen mil preguntas: «¿Para cuándo lo esperas? ¿Es el primero? ¿Qué nombre le vas a poner?». Ella, en cambio, guarda silencio. Me sorprende que me haya ofrecido agua.

–¿Y él? ¿Cómo se llama? –pregunto, mientras señalo el perrito, que ahora se ha sentado junto a su dueña y me observa con el hocico bajo.

Es más expresivo que ella. Hasta parece sonreír.

–Ella –responde–. Es hembra.

Sin embargo, no dice el nombre.

–Yo me llamo Antonia.

Bebo un sorbito de agua del vaso y me rozo la barriga, con la esperanza de que Ada me dé alguna idea. Mi anfitriona me observa la barriga, pero no suaviza la expresión. Abre mucho los ojos y, de repente, un intenso centelleo le cruza la mirada.

–Eres la hija de Alma –afirma, como si acabara de desenmascararme.

Sigue observándome la barriga, casi como si hubiera descubierto algo escandaloso.

¿Cómo lo ha deducido? Lo único que puedo hacer es decirle la verdad, al parecer.

–¿Me parezco a ella? –pregunto, con una media sonrisa.

–Para nada. Pero no entiendo cómo ibas a llevar el anillo de mi madre si no lo fueras.

¿El anillo de su madre? Este anillo era de mi abuela.

–En realidad, creo que este anillo era de la madre de mi madre.

–Era de mi madre –responde, con voz gélida–. Se lo dio a mi hermano. Y le pidió que se lo regalara a su hija cuando ésta se casara, pero en lugar de dárselo a su hija, se lo regaló a tu abuela.

Entonces, la madre del prefecto vivía delante de la casa de mis abuelos: ahora entiendo cómo se conocieron mi abuela y el prefecto. ¡Si hasta le regaló el anillo de su madre! Me siento un poco incómoda, pero hay tantas cosas que quiero preguntarle... Intento dar un pequeño rodeo.

–¿Siempre ha vivido aquí? Parece todo nuevo –me arriesgo.

–Acabo de reformar la cocina, que resultó dañada durante el terremoto. Y ya puestos, mi hijo ha querido que cambiara también el mobiliario –responde. Y luego, inesperadamente, añade–: He vivido aquí toda mi vida. Mis padres ya vivían aquí y mi marido y yo nos quedamos con ellos. Mi hermano pasaba todas las tardes a ver a nuestra madre cuando salía del trabajo. Se quedaba media hora, sentado con ella delante de esa ventana.

La perrita ladra cada vez que su dueña concluye una frase. Conmigo no lo hace, es sólo cuando oye la voz de su dueña, como si quisiera subrayar o apoyar lo que ella dice.

–*Bascta!* Estaban muy unidos. Mi madre se quedó embarazada de él cuando ya casi había llegado a la menopausia, a los cincuenta. Era el pequeño de casa –añade.

Me sorprende que una persona tan formal y reservada hable como si nada

de la menopausia de su madre, pero intuyo que todo lo que tiene que ver con su madre y con su hermano es para ella una fuente de conflicto.

–¿Dónde vive su hijo? –le pregunto.

–En Milán. Es juez –responde, alzando imperceptiblemente la barbilla.

–¿Tiene nietos?

–Sólo uno, pero no lo veo casi nunca; estudia en Londres.

–¿Y a la hija de su hermano? ¿Habla con ella?

–Son tres. Los otros dos nacieron en Roma, después de que se trasladaran allí. No hablo nunca con ellos. Ni con mi cuñada.

–¿Por qué? –le pregunto.

–Ellos no llaman y yo no llamo.

No parece enfadada ni triste, sólo distante. Autosuficiente. Ella y el pomerano, esta habitación, sus joyas...

–¿Cómo eran mi madre y su hermano de pequeños? –me aventuro a preguntar.

No espero que conteste, pero en cambio lo hace en un tono más amable.

–Siempre estaban juntos.

Lo ha dicho con un matiz de nostalgia, como si ella también deseara haber estado más unida a su hermano. ¿Sabrá que Maio era probablemente su sobrino? Algo me dice que no.

–Cuando mi abuelo se suicidó –decido preguntarle a bocajarro–, ¿qué pensó usted?

Tengo que ser más directa. Total, no tengo nada que perder. Más cauta que ahora no puede ser, excepto cuando habla de su hermano y de su madre. Seguramente, estaba celosa.

El pomerano la observa: es como si hubiera escuchado toda nuestra conversación y ahora sintiera curiosidad por saber cómo va a acabar.

La anciana se pone de pie, lleva el vaso al fregadero, como si quisiera darme a entender que la conversación ha terminado. Luego se vuelve lentamente hacia mí, antes de responder:

–Que los errores se pagan.

¿De qué está hablando? ¿Es una indirecta a la traición de mi abuela?

Sé que tendría que hacerle preguntas –«¿Qué errores?» y «¿De quién?»–, pero no me apetece. Lo único que quiero es marcharme de aquí.

–Podrías llamarlo Ariosto, si fuera niño.

Luigi D’Avalos está mezclando su zumo de naranja con zumo de medio limón y dos dedos de agua con gas.

–En Nápoles se toma así –le ha dicho a la camarera, que se ha derretido en una sonrisa.

Estamos sentados en el pequeño bar de mi hotel. Es mediodía.

Me ha llamado mientras yo regresaba de *via* Vignatagliata y debe de haber advertido algo en mi voz, porque ha insistido en que nos veamos antes de mi cita con Michela.

Se lo he contado todo: le he hablado del pomerano, de la mirada que le ha lanzado la vieja al anillo y de la frase sobre los errores que se pagan, pero no me ha parecido demasiado impresionado, como si ya lo supiera todo.

En realidad, no he descubierto gran cosa, aparte de la procedencia del anillo que llevo en el dedo y de la forma en que se conocieron mi abuela y el prefecto. Tendría que haberle preguntado a quién se refería con el comentario sobre los errores. Emma, la inspectora de mis novelas, lo habría hecho. Pero he tenido la sensación de que la hermana del prefecto estaba hablando de mi abuela y de su adulterio: un pensamiento feo, que ha querido ahuyentar sin concederle la menor dignidad.

–Estaba pensando en un nombre bonito de niño, que empezara con la «a», y de repente me he iluminado: ¿te gusta? A mí me parece notable.

–¿Ariosto? ¿Y si en el cole lo llaman Arrosto?⁶

–Como mucho, lo llamarán Ari. Precioso.

–Eres muy amable, Luigi, pero no creo que llame Ariosto a mi hijo.

–No digas eso, piénsatelo. A lo mejor cuando llegue el momento cambias de idea. ¿Él cómo quiere llamarlo?

–¿Quién?

–Tu marido, el comisario Capasso.

–No lo hemos hablado.

No voy a perder el tiempo repitiéndole que Leo no es mi marido. Total, es como si lo fuera.

–¿Estáis esperando un hijo y no habláis del nombre que le vais a poner?

–Ya te he dicho que creemos que será una niña y que la llamamos Ada en broma. A partir de ahí, no sé, ya lo pensaremos, pero no tiene que empezar forzosamente por «a». Sólo es un juego: Alma, Antonia y Ada. A lo mejor ni siquiera la llamamos Ada. Podríamos llamarla Borgia. ¿Te gusta, como nombre?

Luigi expulsa aire por la nariz y luego bebe un sorbo de zumo.

–¿Sabías que Isabella, la chica que trabaja aquí delante, es la hija de Michela Valenti, la chica que salía con mi tío Maio? –le digo.

–¿Ah, sí? ¿Estás segura?

Ahora parece mucho más interesado. Esa noticia, que a mí me parecía insignificante, despierta su curiosidad, a diferencia de mi encuentro de esta mañana.

–Pero si tú a Michela no la conoces, ¿por qué te sorprendes? –le pregunto.

–Conozco a Isabella –responde, sin añadir nada más.

Recuerdo la primera impresión que me causó este hombre, hace un par de días. Me pregunté entonces si era un seductor en serie. ¿Y si no me hubiera equivocado? No he reflexionado sobre lo que me dijo ayer en la playa. No he querido hacerlo, he decidido guardarlo en un cajón y dejarlo allí. Es el método de mi padre: «Lo que no entiendas, déjalo a un lado. Tarde o temprano lo entenderás».

No sé muy bien si es su atractivo lo que me afecta. ¿Tengo que crearme esa historia de que sólo se enamora de las buenas personas? ¿O será un rollo para ligar que va contando a todas las mujeres?

No me gusta pensar en estas cosas.

–Te estás preguntando si soy un donjuán, ¿verdad? Si lo intento con todas, Isabella incluida –sonríe.

Joder, sí, eso es precisamente lo que estaba pensando. Pero me da vergüenza admitirlo, prefiero no decir nada.

–Pues piénsalo –sigue sonriendo, con una expresión risueña. Luego me pregunta–: ¿Michela tiene unos rasgos vagamente orientales?

–Sí, ¿por qué?

–Porque acaba de entrar. Ve con ella. No me la presentes.

A saber por qué. Pero yo también lo prefiero así.

–Entonces, adiós –le digo.

Pero él ya está escribiendo algo en su teléfono.

Alma

Mientras explico Petrarca, me viene a la mente el verso de Pasolini que había copiado en la portada de la agenda escolar. «Angustia vivir un amor ya consumado. El alma deja de crecer», de *El llanto de la excavadora*. En el instituto nos habíamos deshecho rápidamente de Petrarca y habíamos dedicado meses enteros a Pasolini. Eran otros tiempos.

¿Cuánto tiempo hace que no me crece el alma?

Pienso en el matrimonio de mis padres, en mi madre que cuidaba a mi padre, que lo protegía, que no lo criticaba nunca. Y entonces me parece una mujer fuerte, como si su paciencia infinita la convirtiera en alguien indestructible. Pero su paciencia no salvó a nadie: ni a Maio ni a mi padre. Una Navidad estábamos los cuatro juntos y, al llegar la Navidad siguiente, yo estaba sola.

Detesto las instantáneas porque mienten. Las rompí casi todas, pero conservo una fotografía de nuestra última Navidad. Las fotos de familia no muestran los sentimientos reales: al mirarlas, vemos un árbol resplandeciente, un jersey rojo, una sonrisa que evoca una atmósfera íntima y alegre, y entonces nos invade la nostalgia. «Qué felices éramos», pensamos. Pero en nuestro hogar ya había entrado el mal.

Mi padre, el único que aún no sabía nada, había querido hacer una foto de los cuatro con el automático, delante del árbol que habíamos adornado una noche en que Maio rabiaba por salir, hasta el punto de que me había enfadado con él. Mi madre se daba cuenta de todo y yo lo lamentaba por ella. No era justo, no se lo merecía. Aunque Maio y yo ya estábamos en el instituto, aún conservábamos la tradición de decorar todos juntos el árbol el segundo domingo de diciembre.

Me había visto obligada a amenazar a Maio –que como siempre hubiera preferido salir– con contárselo todo a nuestro padre si lo hacía. No había salido, pero tampoco había participado. Con cara de fastidio, se había tumbado en el sofá, desde donde nos había observado mientras

desenvolvíamos las bolas y hacíamos los mismos comentarios de todos los años: «¿Te acuerdas de ésta? ¿Las luces funcionan? ¿Qué ponemos, la estrella o el ángel?».

Mi padre seguramente pensó que Maio ya era demasiado mayor para divertirse adornando el árbol: le pidió que pusiera un disco de villancicos de Bing Crosby y él obedeció a regañadientes. Después, sin embargo, cuando mamá insistió en que abriéramos un vino añejo, fuerte y espirituoso, pareció relajarse y hasta canturreó *Santa Claus Is Coming to Town* con voz de falsete, mientras se enrollaba una guirnalda plateada en torno al cuello, como si fuese una boa de plumas de avestruz. Aquel vino era una novedad en nuestro rito anual, que no incluía bebidas alcohólicas sino un trozo de *pandoro* al terminar de decorar el árbol. Con el tiempo, he comprendido su significado: mi madre temía que Maio sufriese por el síndrome de abstinencia al no poder pincharse aquella tarde y creía que el vino lo aliviaría. Yo, en cambio, no pensaba nunca en el sufrimiento de Maio, ni en su dependencia física: estaba demasiado enfadada, era demasiado egoísta e inexperta como para pensar en ello. No lo entendía. No era capaz de imaginarlo. Él tampoco me dijo nunca que se sintiera mal. Aquella noche, antes de acostarse, vino a mi habitación – cosa que llevaba mucho tiempo sin hacer– y se puso a curiosear entre mis libros.

–¿Qué buscas? –le pregunté yo.

Y él respondió:

–Nada, miro qué lees.

Tenía la sensación de que quería decirme algo, pero no lo ayudé a hacerlo. Cerré los postigos, encendí la luz de la mesilla y apagué la de la habitación.

–Yo me voy a dormir. Mañana tengo el examen de traducción.

Maio puso la cara de quien está a punto de vomitar. En septiembre había aprobado el examen de recuperación, no sé cómo, pero luego había dejado de estudiar casi por completo.

Se sentó en mi cama, con los codos apoyados en las rodillas y la cara en las manos. Sólo se le veían los ojos entre los dedos.

–Mamá quiere enviarme a un centro de desintoxicación. Yo no me veo capaz.

No le contesté. Me parecía imposible que aquello nos estuviese ocurriendo a nosotros. ¿Maio en un centro de desintoxicación? Era el fin. La angustia me atenazó el estómago.

–Voy al baño –le dije, mientras salía de la habitación.

En la instantánea del 25 de diciembre, tomada dos semanas después de aquella noche, mi padre está entre mi madre y yo, con los brazos apoyados en nuestros hombros. Se ha quitado las gafas y lleva el cárdigan rojo que mamá le había regalado en Nochebuena. Tiene la cabeza ligeramente inclinada, hacia el hombro, y parece satisfecho. Yo también había recibido un jersey rojo de trenzas, tejido por mi madre, y lo luzco con unos pantalones de pana. Miro a la cámara con una sonrisa cuya falsedad y tirantez recuerdo incluso hoy. Mi madre lleva un vestido verde precioso, que le había confeccionado la modista a partir de un patrón que ella misma había dibujado. Sonríe, pero tiene la frente arrugada. Le dolía el estómago ya desde la mañana y mi padre había dicho que la culpa era del vino espumoso que habíamos bebido la noche anterior, mientras abríamos los regalos.

–La próxima vez compro champán, ya basta de vino espumoso. ¡Los italianos no los saben hacer! –había decretado.

Lo repetía siempre, eso de que los italianos no saben hacer vino espumoso. Era xenófilo y le había regalado a mamá un reloj suizo y a nosotros zapatos ingleses de cordones, imposibles de encontrar en Ferrara. Aquel año, yo no le había comprado nada a Maio, ni él a mí, aunque en Navidad teníamos la costumbre de regalarnos libros o discos cuidadosamente seleccionados y acompañados de largas dedicatorias escritas en una jerga que sólo él y yo entendíamos. Mi madre había fingido no darse cuenta.

–Se hacen mayores, los Almaio –había dicho mi padre, con una sonrisa.

Años atrás, todos en casa se habían burlado de mí por haberle prohibido a Maio utilizar aquel nombre que él mismo había inventado. Me sorprendió, pues, que mi padre aún lo recordara.

En la fotografía, Maio viste de oscuro. A él, mamá no le había tejido un jersey rojo, sino una larga bufanda blanca. La lleva enrollada a la cabeza, como si fuera un turbante, y finge tocar un invisible *pungi*, es decir, un clarinete indio. Tiene los ojos muy abiertos, como si estuviera mirando fijamente a la serpiente a la cual intenta hipnotizar. Está pálido y guapísimo. Aquella fue su última fotografía, pero no sirvió en la investigación porque salía medio disfrazado. La he conservado y, sin embargo, no he conseguido volver a mirarla desde entonces.

Durante mi primera Navidad como huérfana, Franco me invitó al Diana, en *via Indipendenza*, uno de los restaurantes más tradicionales de Bolonia. Llevábamos juntos poco tiempo, pero Franco había decidido quedarse a pasar la Navidad conmigo en lugar de volver a Turín, a casa de su padre. Ya hacía dos semanas que me había instalado en su casa, el apartamento de *via Guerrazzi* donde aún vivimos.

El restaurante, para mi sorpresa, estaba repleto de acomodadas familias boloñesas. En Ferrara, a nadie se le habría ocurrido comer fuera el día de Navidad, a no ser a alguien tan desamparado como yo. Fue entonces cuando empecé a descubrir que los boloñeses son menos conservadores y más hedonistas que los ferrareses.

En aquella época, yo comía poquísimo, así que Franco me había obligado a probar los *tortellini* en caldo de pollo y el pavo relleno de castañas. Prácticamente me puso la comida en la boca, en uno de los pocos gestos paternales que yo le haya visto jamás.

Al principio, cuando me sentía celosa porque los estudios siempre parecían más importantes que yo, creía que con el tiempo se volvería más afectuoso. Era un hombre racional y equilibrado, y eso me gustaba, me daba seguridad, pero en el día a día sufría por la ausencia de espontaneidad. Soportaba sus modales comedidos, su irrefutable lógica. Nada parecía capaz de conmoverlo, salvo Antonia.

Entre nosotros, la pasión inicial había dado paso casi enseguida a una rutina de padres. A mí me irritaba su personalidad independiente en lo sentimental: independiente del padre anciano y viudo, que jamás se ponía en contacto con él a pesar de ser Franco hijo único; independiente de los amigos que en realidad no tenía, pues sólo eran colegas de la universidad de los cuales no sabía nada, ni siquiera cómo se llamaban sus hijos; y, sobre todo, independiente de mí.

Jamás he tenido la sensación de que me necesitara.

Al envejecer, no se ha vuelto más afectuoso, sólo más perezoso. Antes, ocupaba sus días con los libros y los estudios; ahora, con los libros, la prensa, la cama y la tele. Desde hace ya algunos años, se pasa los domingos por la mañana en la cama, leyendo la prensa, y casi todas las noches se queda frito delante de la tele. Era un profesor riguroso, discutíamos únicamente porque nunca quería hacer nada que no fuera leer o estudiar... y ahora es un viejo cansado que ya no tiene ganas de discutir.

Los hombres no mejoran al envejecer, es inútil hacerse ilusiones de que eso ocurra. Al contrario, empeoran. Se vuelven más cerrados, más perezosos y más puntillosos. O bien enloquecen, como mi padre.

Si mis alumnos supiesen en qué estoy pensando mientras les leo a Petrarca...

*Los que escucháis en rimas el desvelo
del suspirar que al corazón nutriera
al primer yerro de la edad primera,
cuando era en parte otro del que hoy suelo.*

Toda una vida explicando que para Petrarca el amor era una locura, un error de juventud, mientras que a mí, mi error de juventud me lo ha arrebatado para siempre.

Me sorprende deseando ver a Leo otra vez: nuestro encuentro me ha ayudado a superar la sensación de incomodidad que tenía cuando estaba con él. Empiezo a entender qué es lo que ve Toni en él y no es sólo un hombre de fiar. También Franco es un hombre de fiar, pero no es ni abierto ni curioso. Leo, en cambio, parece una persona realmente interesada en lo que dicen y piensan los demás.

Tal vez podría contarle toda la verdad.

Hablarle de los Vincent y de lo que hice con ellos durante aquellos últimos meses en Ferrara, antes de que muriese mi madre.

Aparte de a Franco, no se lo he contado nunca a nadie.

Antonia

Michela ha llegado en bicicleta y pregunta si puede dejarla en el patio del hotel.

–A la muralla mejor vamos a pie –dice, señalando mi barriga.

Echamos a andar por la calle que recorrí yo sola cuando volvía de *piazza* Ariosteia, después de haber estado en la cartuja con Luigi.

–He ido al cementerio a visitar a mis abuelos, ¿sabes? –le digo, al recordar que fue precisamente ella quien me lo propuso.

Hoy lleva un impermeable claro y, bajo sus vaqueros de pana lila, asoman botas de cuña. Debe de haberse fijado en mi mirada porque ignora la alusión al cementerio y dice:

–Si no llevo tacones, parezco una enana. Y ya que hablamos de apariencia, sé que has conocido a Isabella.

–Es muy agradable –respondo.

–Te ha hablado de Maio, ¿verdad? No puede evitarlo, tiene que hacer saber a todo el mundo que es muy lista, que no se le escapa nada.

Ni lo confirmo ni lo niego.

–Es simpática.

–Es una lianta –responde, molesta.

Cuando llegamos a *piazza* Ariosteia, Michela se detiene.

–Si seguimos por aquella callecita, llegamos en cinco minutos. Si no, tenemos que caminar por lo menos veinte minutos, pero subimos a la muralla por la Porta degli Angeli, que es por donde entraban y salían todos los personajes ilustres, duques, embajadores... ¿Te apetece caminar?

–Claro. Me encuentro bien, me gusta caminar.

–Va muy bien. Yo también caminaba mucho cuando estaba embarazada de los míos. ¿Bebes?

–¿Perdón? –pregunto.

–Que si bebes mucha agua. ¿Sabes que durante el embarazo el volumen sanguíneo aumenta más de la mitad? Te cuento un truco para saber si bebes lo suficiente: si el pipí es transparente, vas bien. Si es oscuro, tienes que beber más.

–Gracias, me fijaré –respondo.

Con Alma hablo poco de mi embarazo. Tal vez porque ella sólo tenía veinte años cuando me esperaba y ya no se acuerda de nada.

Recorremos una avenida ancha y espaciosa, bordeada por un parque. Unos metros más allá, nos encontramos frente al Palazzo dei Diamanti. Este palacio es como un imán, aparece en todas partes. Giramos a la derecha, sin embargo, y recorremos el último tramo de *corso* Ercole I d’Este, la que según Luigi es la calle más bonita del mundo. La verdad es que es espectacular.

–¿Se dice la muralla o las murallas? –le pregunto a Michela.

–Nosotros decimos la muralla porque en dialecto se usa en singular. Cuando yo era joven, veníamos a escondernos en el bosque. Ahora la gente viene a correr.

–¿Y Maio y tú os habíais... escondido en el bosque alguna vez?

–Muchas –responde alegremente.

Al final de *corso* Ercole I d’Este se encuentra una gran extensión de césped que conduce hacia los baluartes, rodeados de grandes plátanos, tilos y almeces. Es la hora de comer y son muchos los que han salido a correr, mientras otros pasean a sus perros, siempre atados. Es un lugar protegido, agradable: desde un lado se ve el campo abierto y, desde el otro, el verde urbano.

–Te voy a llevar a comer a mi restaurante favorito. Es una cabaña construida en los huertos de los Este. Huertos que tienen más de quinientos años. –De repente, se detiene–. ¿Has pasado la toxoplasmosis? ¿Puedes comer jamón?

–Mi madre tiene un gato, la he pasado –contesto.

Mientras caminamos, le pregunto por su familia, antes de empezar a hablar de Maio y de Alma.

–Y tus otros hijos, ¿cuántos años tienen?

–Marco dieciocho, Eleanora doce. Uno cada seis años.

–¿Le pusiste el nombre de Maio? –pregunto, sin poder evitarlo.

–A su padre no se le ha ocurrido nunca pensarlo, ahora no vayas a sugerírselo tú.

Lo ha dicho como si nos conociéramos de toda la vida, como si fuéramos dos adolescentes cómplices y traviesas.

–¿Es que me lo vas a presentar?

–Pues podría ser, es ginecólogo. Si decides ponerte de parto... –responde,

guiñándome el ojo.

Hemos descendido de los baluartes por un sendero más estrecho, de grava, flanqueado por altos setos. Un espectacular laberinto, casi desierto. Aparte del gorjeo de los pájaros, sólo se escucha el crujido amortiguado de alguna que otra bicicleta que nos adelanta muy despacio. Lo que Michela ha descrito como cabaña es, en realidad, una casita prefabricada de madera, rodeada de árboles y huertos, con un patio en el que se ven varias mesas con mantel de hule.

—¿Te apetece comer fuera? Hoy no hace nada de frío.

Nos sentamos en los bancos, una frente a la otra, y de la casita sale una mujer de ojos verdes, maquillados con *kajal*, que saluda a Michela en voz muy alta.

—¿Lo de siempre, Michi?

Ella también alarga las eles al hablar, como la señora Cantoni, la hermana del prefecto.

—A ver qué dice mi invitada —responde Michela, señalándome con el mentón.

—Jamón, salchichón y ensalada del huerto, ¿va bien? —dice, observándome con curiosidad—. Todo ecológico, productos de proximidad.

Le falta poquísimo para llamarme «extranjera»; es como si me estuviera radiografiando con esos ojos verdes.

—Perfecto, pero sin salchichón —respondo.

—Tiene que probar el salchichón con ajo de Ferrara —replica ella—. Si lo prefiere, no le pongo cebolletas en la ensalada.

—A la orden —digo, levantando ambas manos, aunque no entiendo muy bien la relación entre el salchichón y las cebolletas.

Michela y la otra mujer intercambian una mirada complacida. Cuando la dueña ya está entrando en la cabaña, se vuelve una vez más.

—Vino no, ¿verdad?

—No, gracias —respondemos al unísono.

Michela saca de su bolso el tabaco y el papel de fumar.

—Me lo preparo para luego. ¿Tú fumas?

—No.

—¿No has fumado nunca?

—Alguna calada de cría, pero me daba náuseas.

—A los dieciséis años, tu madre fumaba como un carretero.

–No la he visto nunca coger un cigarrillo. ¿Y Maio?

–También. A esa edad, fumábamos todos. Luego, cuando empezó a pincharse, Maio duplicó la cantidad de cigarrillos que fumaba al día, mientras que Alma lo dejó. Creo que le entró el terror de las dependencias. Hasta dejó de beber cerveza.

Puesto que ya ha sacado el tema, me atrevo a preguntarle enseguida lo que me urge.

–Ni siquiera la bebe ahora. Menos aún vino y licores fuertes, excepto en alguna ocasión especial. ¿Tú cuándo descubriste que Maio se pinchaba?

–Enseguida. Él acababa de volver de las vacaciones y estábamos locos por vernos. Me telefoneó para decirme que pasaba a buscarme, pero no lo hizo. Yo lo estuve esperando toda la tarde: ni se presentó ni me llamó. No era propio de él, así que me ofendí muchísimo. Al día siguiente lo llamé yo, a mediodía, y su madre me dijo que aún estaba durmiendo. A las dos de la tarde llamaron al timbre de casa: era él. Estábamos acabando de comer y mi padre se enfadó, pero mi madre le susurró: «Vamos, hombre, es Maio». Yo llevaba todo el verano hablando de él.

»Bajé corriendo. Con un palo, había dibujado en la grava del patio un corazón enorme y me estaba esperando de rodillas dentro del corazón, con el palo detrás de la nuca y los brazos apoyados en él. “Levanta, tonto”, le dije. Entonces él bajó los brazos, se puso de pie, salió del corazón y me abrazó. Luego nos sentamos en el muro, delante de casa, y él sacó el tabaco. “¿Quieres un piti?” Y, mientras me lo ofrecía, le vi la marca azul en la parte interior del codo. Lo comprendí enseguida y me entraron ganas de llorar. Él me acarició una mejilla. “No es nada, Michi, sólo una chorrada”, me dijo.

»Luego me lo contó todo. Se había pinchado la noche anterior. Mientras iba hacia mi casa, se había encontrado con Benetti y éste le había propuesto que lo acompañara a comprar mercancía en una calle de la periferia. “Y fui con él, Michi, como si Benetti tuviera una flauta mágica. Ni siquiera sé cómo explicártelo, fue una cagada. Como si fuera el tonto de Pinocho. Lo siento. He pensado mucho en ti este verano.” Y luego me besó.

Michela habla como si estuviera contando algo sucedido la noche anterior y consigue transmitirme su inquietud de adolescente. Debe de haber evocado miles de veces aquel encuentro con Maio, pero como algo hermoso, no como un recuerdo desagradable.

–Estaba coladísima por él –prosigue–, era distinto a todos. Era muy guapo:

alto, de piel aceitunada y pelo negro, como tú. A mí siempre me han gustado los hombres guapos. Tendrías que haber visto a mi marido de joven. Y Maio, además, era un chico abierto. No iba de pose, como todos los demás. Era diferente, se reía hasta de sí mismo. Era alegre y original; siempre estaba tramando algo. Nos quedamos una hora abrazados en aquel muro. Le dije enseguida que yo no quería salir con un yonqui y él pareció contento: «Tienes razón, Michi, pero yo no soy yonqui. Sólo lo he hecho dos veces». «Pues si lo vuelves a hacer, no salgo más contigo», le advertí. Se pinchó al sábado siguiente y luego al otro, y al otro, y luego empezó a pincharse todos los días, pero para entonces yo ya lo había dejado.

—¿Lo hablaste con Alma?

—Lo intenté, pero reaccionó muy mal. No le dirigió más la palabra y conmigo casi ni hablaba: era como si me hubiera metido en el mismo saco de la nueva vida de Maio, sólo porque de vez en cuando lo llamaba y salíamos juntos alguna que otra vez.

—Pero... ¿no erais muy amigas?

—Éramos muy amigos los tres, pero Alma se tomó la elección de Maio como una afrenta personal, como una traición inaceptable. Estaba rabiosa con él y también conmigo porque, a pesar de haberlo dejado, lo seguía viendo de vez en cuando.

—¿Y tú? ¿Cómo pudiste mostrarte tan firme? Si no eras más que una cría...

—¿Alma no te ha hablado de mi primo?

—¿Qué? No.

—Mi primo Massimo tenía tres años más que yo, vivía debajo de casa. Nos criamos juntos. Él también se pinchaba. En nuestra familia, fue una especie de tragedia. Massimo ya estaba en un centro de desintoxicación cuando Maio empezó a pincharse. Por tanto, yo ya tenía cierta experiencia con yonquis. Y sabía que lo peor que se puede hacer es compadecerse de ellos.

—Qué época tan trágica —se me escapa.

—Así eran aquellos años. Sólo se salvaba un poco el que se metía en política. Los demás se mataban con la droga o con otras estupideces.

—Lo siento —repito—. Pero cuando Maio desapareció, ¿Alma no acudió a ti?

—Creo que se avergonzaba. Después de la historia de mi primo, al que ella conocía bien, querer probar la heroína y encima proponérselo a Maio... fue una auténtica cagada.

Cagada, chorrada... Me da por pensar que Michela sigue hablando como si

fuera una adolescente.

–¿Y tú...? –empiezo, aunque no sé cómo acabar la frase–. Supongo que te sentiste mal después de todo lo que ocurrió.

–Lo que te cambia no es lo que te pasa en la vida, sino cómo lo vives. Yo... siempre he sido una persona positiva. Puede que sea superficial, sí, pero no me dejo destruir por los demás. Menos aún por las personas a las que amo.

–¿Y Alma sí?

–Alma... Alma era complicada. Muy inteligente. Yo no era tan inteligente como ella –dice, guiñándome un ojo.

La mesonera de los ojos verdes llega cargada con una gran ensalada de aspecto muy apetitoso y una bandeja rebosante de jamón y salchichón.

–El pan nos lo hace un panadero de Ostellato, es de masa madre –dice, volviéndose hacia mí.

Es delicioso, la verdad.

Me gustaría venir aquí con Leo. O con Luigi.

Sonrío.

Michela me mira: es una de esas personas que, cuando los demás sonríen, se ponen contentas.

–¿Cómo se llevaban Maio y Alma? –le pregunto.

Antes de responder, mastica un trozo de pan con salchichón.

–Eran como... gemelos. Siempre estaban juntos. Se adoraban. Pero era Alma quien lo decidía todo. Creo que fue ella quien le propuso que me besara en una fiesta, sólo porque yo le caía bien.

–¿Y tú no estabas celosa?

–Para nada, a mí Alma también me resultaba simpática. Me dejó un montón de libros muy buenos. Íbamos los tres juntos al cine, fumamos juntos nuestros primeros porros. Nos divertíamos mucho los tres. Tres es un buen número, cuando eres joven. La utopía de una sociedad ideal.

¿Cómo será tener a Michela de madre? Parece que sólo ve el lado bueno de las cosas.

–Dijiste que en casa de Alma y de Maio se respiraba una atmósfera extraña. ¿Podrías explicármelo mejor?

–No es que fuese extraña, sólo era distinta. Sus padres no eran socios ni de la Asociación de Comerciantes, ni del Marfisa, el club de tenis. Creo que ni siquiera tenían el abono del teatro municipal. Y, sin embargo, eran gente

acomodada, mucho más que mis padres. La madre era farmacéutica, el padre terrateniente. Tenían una casa muy bonita. Pero siempre estaban solos, no se relacionaban con nadie.

La ensalada es deliciosa, crujiente y muy gustosa, como si acabaran de recogerla. Huertos de quinientos años, ha dicho Michela.

–¿Café? ¿Postres? –nos pregunta la propietaria, al tiempo que retira los platos.

–Sólo dos cafés, Enoe, gracias –responde Michela. Luego, cuando Enoe entra de nuevo en la casita, añade en voz baja–: Aquí está todo riquísimo menos los postres, que son unas cosas muy duras de algarroba... Si quieres postre, lo tomamos en el bar de Isabella.

–¿Cómo es que Isabella conoce al comisario D’Avalos? –aprovecho para preguntar.

Se me ha quedado esa duda y Michela parece tan abierta –por usar el mismo adjetivo que ella ha utilizado para describir a Maio– que no me contengo.

–Ah, sí, antes he visto que estaba contigo –dice, sin responder.

–Entonces, ¿tú también lo conoces? Me habías dicho que no.

–«Guapo como un actor», me dijo Isabella, «y con pinta de poli». No podía ser otro.

–¿Cómo es que lo conoce? –insisto.

–¿No te lo ha dicho?

–No.

–Isabella tiene un novio idiota que se ha metido en líos y D’Avalos es el único que lo ayuda –responde, mientras enciende el cigarrillo.

–Oh, perdona, no pretendía...

–Tranquila, ya ves.

No me aclara de qué clase de líos se trata y tira la cerilla al suelo. Luego se agacha para recogerla.

Me da por pensar que en esta ciudad es muy complicado ser joven. Parece que todo el mundo tiene que pagar por algo.

Al volver, tomamos el camino corto y en cinco minutos, como Michela había dicho, salimos a la *piazza* Ariosteia. Caminamos en silencio, hasta que Michela dice:

–Haces muy bien en ocuparte de las cuentas pendientes en nombre de tu madre. Seguro que te lo agradece.

–En realidad, ella no quería que viniera. ¿Y tú? ¿Tienes muchas cuentas pendientes? –pregunto, en broma.

Ella me responde en el mismo tono.

–Nada interesante. Un par de historias de amor que no acabaron bien y un marido con el que me casé demasiado pronto, pero no hay mucho que contar, sé muy bien por qué me casé con él: era un tipo guapísimo. Ya te he dicho que soy superficial.

–¿Tú crees que Maio murió aquella noche? –le pregunto.

Aún no se lo había preguntado.

–Estoy convencida de que sí –contesta, sin mirarme.

–¿Y cómo es que no lo han encontrado nunca? ¿Tú qué opinas?

–No lo sé. A lo mejor se sintió mal y alguien escondió el cuerpo para no tener problemas.

–Pero a los otros dos sí los encontraron. ¿Crees que estaba con ellos?

–Es probable. Puede que aquella noche cayera al Po. O que se tirara.

Las mismas conclusiones que D’Avalos.

–Antes decías que en tu generación sólo se salvaba el que se metía en política. ¿Tú lo hiciste?

–Desde luego. Cuando Maio desapareció y Alma y yo dejamos de vernos, me inscribí en la FGCI, la organización juvenil del Partido Comunista, que a ella no la atraía en absoluto –dice, guiñándome el ojo.

Hemos llegado delante de mi hotel. Michela no dice nada más acerca de tomar un postre en el bar de Isabella. Me habría gustado verlas juntas, pero estoy demasiado cansada como para proponerlo yo.

–Gracias, has sido muy amable –me despido.

–Llámame si necesitas algo –responde– y acuérdate de que mi marido es ginecólogo. Ha engordado y cuando está en casa, se dedica a jugar con el ordenador, pero como ginecólogo es el mejor.

«Han matado a otro, no sabes la que se ha armado. Esta noche no puedo ir, lo siento. Te llamo luego, un beso.»

El mensaje de Leo me ha llegado mientras me estaba despidiendo de Michela, lo he oído sonar en el bolsillo del abrigo. De repente, tengo ante mí una tarde y una noche libres.

Lo primero que tengo que hacer es tenderme un rato. Y ordenar las ideas. Ha sido una mañana muy intensa, repleta de encuentros, y a mí no me gusta hacer demasiadas cosas a la vez. Necesito estar sola para poder pensar en la anciana Cantoni y en lo que me ha contado Michela. Y también tengo que decidir si le cuento a mi madre lo que he descubierto acerca de los orígenes de Maio. Me sorprende que Alma no me llame, pero en el fondo me conviene, porque aún no sé qué decirle.

«Puede que tu hermano no fuera hijo de tu padre», «El anillo de tu madre era un regalo de su amante»... No son noticias que se puedan soltar a la ligera. Y, sobre todo, no son cosas que se puedan hablar por teléfono. Por otro lado, ¿qué tiene todo eso que ver con la desaparición de Maio?

Vuelvo a mi habitación. Mientras subo a la primera planta, la recepcionista dice que me han «abierto el salón Bonaparte, en vista de que aún no se marcha». Había reservado la habitación sólo tres días, pero les he comunicado que me quedo hasta el domingo. No sé qué es el salón Bonaparte, pero si es gratis, mejor que mejor: necesito tumbarme en un sofá con los pies en alto.

Cuando entro en la habitación, veo que la puerta de madera clara que antes estaba cerrada con un candado de latón está ahora abierta de par en par. Me acerco y no puedo creer lo que ven mis ojos: el salón Bonaparte es una regia estancia, de paredes y techos pintados al fresco, decorada con una lámpara de cristal de Murano, un gran espejo de marco dorado, un sofá y dos sillones del siglo xix y una gigantesca alfombra persa. En un rincón veo una mesa redonda, de madera de cerezo, rodeada por cuatro sillas tapizadas en terciopelo. Junto a la pared, debajo de una de las ventanas, descansa un piano negro, de aspecto antiguo. El suelo es de antiguas baldosas de cerámica, gastadas por el paso del tiempo pero brillantadas con alguna cera cuyo

perfume percibo. En todas las paredes hay pinturas de personajes que, supongo, serán Napoleón y Josefina, retratados a solas o en pareja. Es un salón de unas dimensiones y una elegancia perfectas, magníficas. Parece más un museo que otra cosa y contrasta bruscamente con el televisor empotrado de mi habitación y las baldosas grises del cuarto de baño sin ventana.

Este hotel elegido al azar, sólo porque era barato y céntrico, ha resultado ser fascinante. A mí el lujo no me interesa, pero las cosas bonitas sí, y este salón es encantador. Me tumbo en el sofá, tapizado en una suntuosa tela dorada de rayas color salmón, y observo el techo, pintado al fresco con un trampantojo que representa una elaborada secuencia de frisos de mármol.

Pienso en todo lo que ha pasado durante las últimas horas. En Luigi, que ayuda al novio de Isabella porque está metido en un lío. ¿Qué habrá hecho?, me pregunto. En Leo, que no puede venir y, por tanto, me quedo sin ir mañana a ver la casa de *via Vignatagliata*. En Maio, súcubo de mi madre, o gregario al menos. En la abuela Francesca y en sus misterios. Noto a Ada, que se mueve bruscamente, reclamando tal vez un poco de paz. Me quedo dormida.

Alma

He telefonado a Leo desde el Departamento y le he propuesto que venga otra vez a comer a casa. Lo he llamado siguiendo un impulso, pero enseguida ha contestado que sí.

–Pero tendrás que perdonarme si no puedo quedarme mucho rato, tengo un problema en el trabajo.

En la prensa sólo se habla de los «crímenes del Pilastro» y supongo que ése es el problema en el trabajo. En los últimos tres días han muerto asesinadas tres personas con antecedentes penales, con una diferencia de pocas horas entre uno y otro crimen: un boloñés de unos cincuenta años y dos muchachos de Crotone. Para los más alarmistas, es «el regreso de la pesadilla de la banda Uno Bianca».

Durante los meses en que mi madre estaba muriéndose, yo salía con dos delincuentes. Es un recuerdo que hasta yo he desterrado y no quiero que Antonia lo sepa. Si mi madre hubiese hecho gilipolleces a los veinte años, yo no querría saberlo, ya me ha costado bastante admitir cómo empezó todo aquella maldita tarde de junio. Pero no podía omitirlo, si quería hablar de Maio.

La historia de los Vincent sería demasiado complicada de explicar y, por otro lado, sería inútil hacerlo. No me aportó nada, aparte de una sensación de peligro y placer.

Leo llama al timbre a la una y media, cuando el agua ya lleva tanto tiempo hirviendo en la olla que casi la mitad se ha evaporado.

–Perdona –dice, mientras se limpia los zapatos en el felpudo, sacude la cabeza y hace un gesto circular con la mano, como si quisiera decir «Ni te imaginas lo que está pasando».

–¿Los crímenes del Pilastro? –pregunto.

–Digámoslo así –responde.

–¿Tráfico de drogas?

–Tráfico de drogas, fabricación y distribución de billetes y documentos falsos, alijos robados, cheques robados...

–¿Quieres comer?

–Contaba con las *orecchiette* que me ofreciste ayer –responde.

Su tono familiar me hace feliz. Se acuerda del menú que le propuse ayer: qué poco hace falta para crear familiaridad, si los encuentros son sinceros. Y el nuestro lo fue.

–Siéntate a la mesa –le digo.

Leo se quita el loden con un movimiento inseguro, como si le doliese el hombro, y lo deja sobre el sillón del recibidor. Luego me hace un gesto, como si quisiera decir «¿Puedo ir a lavarme las manos?», y desaparece por el pasillo. Casi espero que regrese con otro libro de cuando yo era joven, por ejemplo *El gran Gatsby*, pero no, vuelve con las manos vacías y se queda de pie en mitad de la cocina, mientras yo cuelo la pasta y la mezclo con la salsa de tomate. Es alto, aunque la estatura no es lo primero que llama la atención en él, tal vez porque la barriga lo hace parecer más bajo. Tiene la piel dorada y pecosa. Cobrizo, sí. Ése es el color de Leo, tanto de la piel como del pelo: un cálido tono cobrizo.

Quién sabe si Ada será como él o si heredará el pelo negro azabache de Antonia. ¿Y si es un niño? ¿Y si se parece a Maio? Hasta ahora, he suscrito la broma de Antonia –que hable del bebé como si fuera una niña, a pesar de desconocer el sexo– precisamente por miedo de que se parezca a Maio.

Recuerdo muy bien a Maio de pequeño: en uno de mis primeros recuerdos, él tiene tres años y yo lo llevo en el triciclo. Luego, conservo las fotos de la escuela primaria. No me hace falta mirarlas, pues las tengo grabadas en la memoria: Maio siempre era el más delgado y el más gracioso de todos. Nuestra madre las conservaba en un álbum de cuero verde y no he sido capaz de tirarlas. Pero aún no estoy preparada para ver a un Maio en miniatura. Espero, pues, que llegue una pequeña Ada con las pecas de Leo.

Le agradezco que no me pregunte por qué he querido volver a verlo tan pronto, pues no sabría qué contestar. Pero no parece que tenga intención de preguntármelo. Siendo de Lecce, en Apulia, es probable que en su afectuosa familia sea costumbre ir a comer a casa de la suegra cuando la mujer está fuera.

–El parmesano no le pega, ¿verdad? Es que no tengo queso *pecorino* ni *ricotta* salada.

–No tengo ni idea. Soy un pullés anómalo. A lo largo de mi vida, he comido más *tagliatelle* que *orecchiette*.

Leo lleva diez años en Bolonia y, antes de eso, vivía en Roma. Es probable

que se marchara de Lecce antes que yo de Ferrara. Quién sabe cómo era Leo veinte años atrás. Se lo pregunto.

—¿Qué hacías veinte años atrás? ¿Dónde estabas?

Piensa durante unos segundos y luego contesta.

—Estudiaba Derecho en Roma. Estaba infelizmente enamorado de Cristina. Y gordo, más que ahora. Gordinflón, digamos. ¿Y tú?

—Liada, huérfana. Pero delgada.

Sonríe, se afloja la corbata, y mira a *Rossa*, que se ha subido a la silla de al lado para observarlo de cerca. Estoy a punto de hablarle de la época en que, mientras mi madre agonizaba, yo me dedicaba a frecuentar los mismos ambientes que él, aunque desde el lado de los malos. Sin embargo, se me adelanta.

—¿De dónde eran tus abuelos? ¿A qué se dedicaban? —pregunta, de repente.

Su pregunta me deja perpleja. Me gustaría preguntarle por qué quiere saberlo, pero él no me ha preguntado por qué lo he invitado a comer.

—¿Quieres creerte que no lo sé? Mis padres no hablaban nunca de su familia. No sé casi nada. Mi padre decía de vez en cuando que en su familia estaban todos locos por culpa del cáñamo que se cultivaba en Ferrara, o algo así, pero bromeaba. Era hijo único, sus padres murieron demasiado pronto. Sé que eran suyas las tierras de Ferrara, donde yo me crié. En cuanto a los padres de mi madre, ella era siciliana y él de Trieste; era militar, coronel de Aeronáutica.

—¿Y nunca has sentido curiosidad por saber más? —pregunta.

—¿Te parece extraño? —contesto.

No consigo responder si no es haciendo una pregunta. Es superior a mí.

—Un poco sí, la verdad.

—Mi familia era Maio. Y mi madre y mi padre. Éramos nosotros cuatro, siempre había sido así. Los cuatro solos. Y cuando ellos murieron, me quedé yo sola... Una superviviente. Durante muchísimos años, mis prioridades fueron sobrevivir y criar a Antonia, con Franco. Él tampoco tenía familia. Era como si fuéramos dos náufragos. Pero la verdad es que conocemos a muchos colegas como nosotros, sobre todo extranjeros: durante una época, Franco dio clases en Providence, en el Departamento de Historia. Me fui con él cuando Toni era muy jovencita. Supongo que te lo habrá contado, estuvimos allí dos años. En Estados Unidos no tienen esa obsesión con la genealogía que tenéis aquí en Italia. Como mucho, se remontan a una generación.

No quiero ser brusca con Leo, pero me doy cuenta de que lo estoy siendo y de que mis palabras tienen un tono sarcástico.

«Tu tono de profe capulla», como lo llama Franco.

Hasta he estado a punto de decirle algo desagradable sobre su afectuosa familia del sur. Suelo discutir bastante a menudo, pero discutir con Leo es lo último que me apetecería hacer hoy.

Está observándome fijamente. Se muestra firme, pero sonrío.

–*¿Tenéis?* ¿Es que no te sientes italiana?

No estoy acostumbrada a que me traten como está tratándome Leo.

–No sé lo que me siento. Sinceramente, ya es mucho que me sienta viva.

Agradezco que Leo no responda.

Me observa, luego se mete la mano en el bolsillo, saca el paquete de tabaco y me ofrece un cigarrillo.

–Ahora no, gracias.

Antonia

He soñado con Maio. Éramos niños y él era mi hermano. Escribía una palabra en los guijarros de los jardines Margherita de Bolonia, donde yo iba a jugar después del colegio. Sabía que era una palabra extranjera y la reconocía, pero creía ser demasiado pequeña como para entenderla.

Me duele el cuello, pues me he quedado dormida con la cabeza apoyada en el brazo rígido del sofá. Sin embargo, me quedo inmóvil, tratando de recordar letra a letra la palabra escrita en la grava. Ya se ha borrado. Cuando abro los ojos, otros cinco pares de ojos están observándome.

Napoleón y Josefina, retratados en todas las paredes, me miran con expresión enigmática. En el fresco que está sobre el piano, ella está de perfil y me escruta con un enorme ojo, profundo y alargado.

La piel de la cara y de los brazos es blanquísima, de una palidez lunar, pero tanto los ojos como el pelo son negros como el ébano. Igual que Maio y que yo. Josefina lleva una fina cinta de terciopelo en torno al cuello y el pelo, con la raya en medio, peinado hacia atrás. Luce un vestido drapeado, muy escotado y aún más claro que su piel. Puede que sea de muselina, o de ese algodón tan fino que llaman gasa. Creo que sería perfecto para mí, en lugar de estos pantalones con goma elástica en la cintura que llevo desde que me ha crecido la barriga: un vestido amplio, de cintura alta que ciñe el cuerpo justo debajo de los pechos. Me encantaría presentarme con un vestido así ante Leo, cuando venga a verme a Ferrara. Pero... ¿cuándo será eso? Ya llevo aquí tres días. Consulto la hora en el teléfono que he dejado sobre la mesita y me doy cuenta de que he dormido dos horas: son las cinco. Necesitamos un café, Ada.

Veo que Franco me ha llamado a las cuatro. Qué raro, si mi padre no llama jamás. Lo llamo yo, pero no contesta. Bebo un vaso de agua del grifo del baño, pero no es que tenga muy buen sabor. ¿Agua del Po? Me lavo la cara, me cepillo el pelo y contemplo, delante del armario, mi triste guardarropa: un jersey gris y otro negro. Quiero un vestido como el de Josefina, ahora mismo. Acabo de decidir que ha llegado la primavera.

Me visto, bajo y le entrego las llaves a la recepcionista, que me pregunta si

he «disfrutado del salón Bonaparte».

–Muchísimo –respondo–, gracias.

En la calle aún es de día y la temperatura es agradable. Podría pasar sin el abrigo, pero por lo menos necesito una chaqueta, o un sobretodo. Decido que me voy a comprar un vestido, un sobretodo y unos zapatos de chica.

Entro en el bar y veo a Isabella en la caja. Nada más verme, señala la vitrina.

–¿Pastel de macarrones?

Lleva un vestido color rubí y lápiz de labios del mismo color.

–No, gracias. Sólo un café. Y un consejo. En tu opinión, ¿dónde puedo encontrar un vestido estilo imperio y un sobretodo amplio? ¿Y qué zapatos podría ponerme con un vestido así?

No parece perpleja ante mi pregunta.

–Ahora te llevan el café a la mesa, siéntate que voy enseguida.

El local está repleto de ancianas que toman el té y de mamás con niños en cochecito, a los que dan de comer petisús y *cannoncini*.

Espero que Ada aprenda a caminar enseguida: el cochecito me parece un objeto muy incómodo y la verdad es que no me veo subiendo los escalones de los pórticos de Bolonia con un armatoste como ése. A mi niña la llevaré encima, como aquellas mujeres senegalesas a las que vi en el primer viaje que hice yo sola.

–Perdona, pero no puedo sentarme contigo, es la hora de la merienda y están todas como locas –dice, señalando a las clientas con la barbilla–. Ve a *via Contrari*: ¿sabes cuál es? Te metes por la calle de aquí al lado y es la última a la izquierda. Hay dos tiendas de estilo *vintage*: yo lo compro todo en la segunda, la más grande. Más o menos a la mitad de Bersaglieri del Po, encontrarás una tienda india, allí tienen vestidos largos. Y si te quedas hasta el lunes por la mañana, te acompaño al mercado de *piazza* Travaglio, hay un puesto de ropa americana de segunda mano, muy chula. Para los zapatos, date una vuelta por *via* Mazzini y San Romano. Con un vestido largo hasta los tobillos yo me pondría zapatos de punta con tacón cuadrado, tipo Mary Poppins, ¿sabes a qué me refiero? Pero tus botas también quedan bien.

Tal y como imaginaba, Isabella tiene las ideas clarísimas en lo que a vestuario se refiere. Y el café es excelente. Hoy me siento más lúcida y más dueña de la situación. He tardado un par de días en ambientarme, pero ahora ya estoy lista para investigar de verdad; sólo me falta el vestuario adecuado.

–Gracias. Tengo que pagar los dos pasteles de ayer. Creo que el lunes ya habré vuelto a Bolonia, pero hablamos. ¿Trabajas aquí todas las tardes?

–De lunes a viernes, pero te doy mi número de móvil. Los pasteles de macarrones los ha pagado esta mañana el comisario D’Avalos. Ha pasado por aquí y ha dicho que le apuntemos a él todos los pasteles de macarrones que pidas. Sólo los de macarrones.

No sé qué decir, pero Isabella no parece ver nada extraño en la iniciativa de D’Avalos.

–¿Sois amigos? –le pregunto.

–Es el mejor –responde con expresión seria, al tiempo que baja la cabeza. Hoy lleva el pelo suelto y me parece aún más guapa–. Me voy, que hay cola en la caja. Pásate luego para enseñarme lo que compres.

Isabella me recuerda a una chica de padre indio y madre escocesa que conocí cuando vivíamos en Estados Unidos. Yo tenía trece años y Tishani quince: me enseñó a pintarme los ojos, a ponerme un sari y a usar las miradas para coquetear con los chicos. Tenía una técnica infalible.

Bersaglieri del Po es la calle que he recorrido esta mañana para ir a la casa de mi madre. Paso por delante de la tienda de vestidos indios, pero son demasiado chillones para mi gusto. No debo permitir que se me escape la inspiración: es poco habitual que me entren ganas de irme de compras, pero cuando me entran, en un solo día compro ropa suficiente como para vestirme durante años. Siempre que esté tan inspirada como hoy, claro. Por lo general, esos ataques me dan cuando estoy enamorada. La última vez, fue cuando conocí a Leo.

Para nuestra primera cita, puse toda Bolonia patas arriba hasta encontrar unos pantalones elásticos de piel negra. Era una prenda incongruente, pero estaba convencida de que a él le iban a gustar.

«Estás espléndida», me dijo, cuando me presenté en el café en el que habíamos quedado para vernos con aquellos pantalones, una camisa blanca y sandalias de tacón alto. Desde entonces, siempre llevo vaqueros apretadísimos y oscuros, aunque últimamente he renunciado a los tacones. Sólo me los pongo en ocasiones especiales.

Ahora se ve más gente en la calle, pero todos, ya sean peatones o ciclistas, avanzan con lentitud mientras contemplan los escaparates. En la primera tienda de ropa *vintage* sólo encuentro unos cuantos vestidos y unas pocas chaquetas ceñidas, pero la segunda tiene dos escaparates muy bonitos en los

que se exhiben accesorios de buen gusto: bolsos de piel gastada de cocodrilo, fulares de Gucci y Hermès, bisutería y vestidos de los años cuarenta en adelante.

Nada más entrar, una dependienta muy maquillada me aborda y empieza a hablarme, tuteándome. Lleva un vestido estampado, de falda acampanada, zapatos de ante con plataforma, medias negras y un complicado peinado parecido al de Isabella. Es muy joven y, si bien no es una belleza, tampoco pasa desapercibida.

—Al estilo imperio original no llegamos, tendrías que ir a alguna tienda de vestuario para teatro, en Bolonia, quizá. Pero aquí tengo vestidos mucho mejores: son creaciones de una diseñadora española que reutiliza telas valiosas. Tienen la forma que tú dices, mira —añade, señalándome una barra de metal de la cual cuelgan diez o doce vestidos largos de color marfil.

Me pruebo varios y, con su ayuda, elijo uno que me llega casi al tobillo, de un tejido muy bonito que, sospecho, fue en otros tiempos una cortina. Mientras me cambio y decido llevármelo puesto, la dependienta me cuenta que se llama Betti, alaba mi barriguita dura, comenta mis rasgos físicos, que define como «contemporáneos», y sigue parlotando sobre un montón de cosas tan inútiles como agradables. Para completar mi transformación, necesito un sobretodo: Betti me propone un impermeable inglés tres cuartos, de hombre, sin cintura y «original de los años setenta». Tiene forma de huevo, ideal para mi barriga.

—¿Te recoges el pelo? —me pregunta—. Lo tienes muy largo y te queda precioso, pero con esta ropa yo me lo recogería. Y le añadiría una *pashmina* beige, que viste muchísimo y calienta.

«Viste muchísimo»... Me encanta esa jerga frívola y la charla sobre ropa, maquillaje y peinados: son temas de los que raramente he hablado, aparte de con Tishani. Tengo poquísimas amigas, tal vez ninguna. Lo mismo que Alma. Y Alma también es contraria a la moda. Siempre tiene cosas más importantes que hacer que elegir vestidos. Como es alta, tiene la suerte de que todo le queda bien. Yo no soy tan alta como ella y me siento guapa según el día. Cuando era pequeña, envidiaba a las compañeras de colegio que el sábado se iban de compras con su madre. Alma siempre me ha llevado a todas partes, pero nunca para frivolidades. Exposiciones, paseos, películas, viajes, museos... Alma no sabe qué es la levedad. No es que sea pesada, sólo es... intensa. Concentrada. Profunda. Siempre, sin tregua.

Betti no pronuncia la *e* al estilo ferrarés, así que le pregunto de dónde viene.

–Cesena, en Romagna. Está a cien kilómetros de aquí, pero es otro mundo. Ferrara es una ciudad extraña, aunque tienen una universidad muy buena. Estoy estudiando Derecho. Trabajo aquí tres tardes por semana. Yo quiero ser diseñadora, pero mi padre pretende que antes estudie una carrera, imagínate...

Y hace una mueca que me deja muy claro el interés con el que se toma los estudios.

–¿Por qué dices que Ferrara es una ciudad extraña?

–No te lo sé explicar. Puede que sean los ferrareses, que siempre te hacen sentir como si te estuvieran juzgando. Tú no eres ferraresa, ¿verdad?

–No, soy de Bolonia.

–¿Lo ves?

Estoy a punto de decir «¿Lo ves qué?», pero al final le pregunto si conoce a una tal Isabella que trabaja en un bar de *corso* Giovecca y se le ilumina el rostro.

–¡Claro! Ella también es distinta, aunque sea de aquí. Además, tiene un gusto increíble. Hasta hace seis meses compraba un montón de ropa, antes de que pillasen... –dice, pero se interrumpe.

Luego se muerde el labio inferior, como una niña.

Yo decido jugármela.

–Sí, a su novio, ya lo sé, tranquila que no has metido la pata. Por aquella historia... –añado, para después dejar que continúe ella.

–Perdona... Es que no sabía si erais amigas. Tengo tendencia a hablar demasiado... Es que Ricky es muy majo y me cuesta creer que ahora esté en Argione, pobrecillo...

Finjo saber qué es Argione y vuelvo a arriesgarme.

–Sí, es absurdo. Pero... ¿tú crees que...? –digo, para ver si me cuenta algo más.

Muerde el anzuelo de inmediato.

–Mira, en un año me habrá comprado ropa por valor de tres mil euros y siempre ha pagado en metálico. Nunca ha tratado de colarme billetes falsos. Y yo siempre compruebo con la máquina los de cincuenta. Para mí que es un error. Alguien se la ha jugado. Porque él es un buen tipo, muy generoso.

Vaya, vaya, billetes falsos. No me imagino a Isabella con uno que

trapichea con dinero falsificado.

Betti envuelve mi ropa vieja en papel de seda y mete el paquete en una bolsa grande de papel blanco. La *pashmina* ha sido una buena idea; es ligera y muy calentita.

–¿En metálico?

–¿Puedo pagar con tarjeta?

–Sí, sí. Es más, lo prefiero, así es más fácil hacer caja por la noche.

–Y no te encuentras billetes falsos –bromeo.

Mi penoso comentario la hace reír e insiste en regalarme unos pendientes amarillos de plástico, con forma de calavera.

–Para desdramatizar un poco tu nueva imagen –dice.

Le doy las gracias y me los guardo en el bolsillo.

Cuando salgo de la tienda, ya son las siete y ha oscurecido. El tráfico ha disminuido y se ha levantado una niebla ligera y blanca, pero no tengo frío, a pesar de que me he quitado el abrigo y me he puesto el impermeable nuevo. Bajo las medias llevo unos calcetines gruesos, pero la sensación del roce de la falda en las rodillas desnudas es tan inesperada como agradable. Me entran ganas de pasar por delante de la antigua casa de mi madre, que está aquí al lado. De verla por la noche.

Via Vignatagliata está débilmente iluminada por farolas de hierro forjado que, a través de la niebla, proyectan sobre el adoquinado una luz opaca y amarillenta. Parece que haya transcurrido muchísimo tiempo desde esta mañana, cuando he conocido a la señora Cantoni y a su perrita blanca. Ahora sí que me siento capaz de preguntarle a qué se refería con aquella frase sobre los errores que se pagan.

La luz de la cocina está encendida y me imagino a la anciana sentada en el sillón, con el perro a los pies. Estará viendo la tele, aunque no advierto el resplandor. Me entran ganas de llamar al timbre con cualquier excusa. Me acerco a la ventana y oigo música procedente del interior. Parece el vals de Shostakóvich, una melodía que siempre me ha gustado. La primera vez que lo escuché, en los créditos de *Eyes Wide Shut*, era el día de mi decimoctavo cumpleaños. Estábamos en un cinefórum y Alma me había indicado la película.

–Pero te desilusionará.

Tenía razón. La película no me había gustado, pero la banda sonora me había encantado.

Escucho el vals hasta el fin, mientras canturreo:
«Pappapparaparapapparaparapà». Cuando termina, oigo al pomerano que
ladra y a la anciana que le dice *bascta*.

Decido llamar al timbre.

Alma

Lo peor es la soledad. Excepto cuando Antonia era pequeña y Franco y yo nos contábamos todas sus aventuras, desde el momento en que Maio empezó a pincharse yo no he vuelto a experimentar la plenitud de compartir con nadie cada momento, cada día y cada acontecimiento. No he vuelto a sentir el frenesí de querer buscar a alguien sólo para hablar, para contárnoslo todo el uno al otro.

Franco tiene su vida ocupada por el estudio y las lecturas y Antonia se volvió independiente demasiado pronto. No me necesitan para definirse a sí mismos. Maio, Michela y yo, en cambio, nos necesitábamos unos a otros para saber quiénes éramos.

El mejor año fue el penúltimo, cuando estábamos siempre juntos los tres. En los cinefóruns, en las manifestaciones, en la habitación de Michela charlando durante horas... Nos sentíamos fuertes cuando estábamos juntos. Invencibles. Éramos jóvenes. Inteligentes, perfectos. Lo teníamos todo.

A Michela la conocimos en una fiesta de Laura Trentini, la única que invitaba a gente nueva a su casa, y no sólo a aquellos de su círculo más íntimo. El padre de Laura era un médico de renombre, vivían justo detrás de las murallas, en una casa que tenía estatuas en el jardín. Viajaban a menudo al extranjero y solían invitar a dormir a los amigos de sus cuatro hijos. La madre de Laura era francesa y tal vez por ese motivo formaban una familia más abierta.

Los ferrareses son distintos de los demás habitantes de Emilia Romagna. Lo comprendí cuando me fui a vivir a Bolonia y conocí a estudiantes procedentes de toda la región. Sólo los ferrareses son así. Y no he entendido nunca si esa tímida altanería es inseguridad o desconfianza. En Ferrara, todo está circunscrito, escondido. El castillo está rodeado por el foso, el centro histórico por la muralla, los parques son interiores y están rodeados de edificios. Hasta las cortinas de las ventanas, de color rojizo, parecen pensadas para confundirse con los muros de las casas y ocultar secretos.

Michela era compañera de clase del hermano pequeño de Laura, uno de los poquísimos chicos que en aquella época hacían el Magistrale.⁷ Fui yo quien

se fijó en ella: por su forma de reír y bailar, parecía estar divirtiéndose de verdad. Yo no solía divertirme nunca en las fiestas.

Así que lo que hacía era observar.

Se la señalé a Maio, él la sacó a bailar una lenta y se pasó toda la canción haciéndole cosquillas «para oírla reír».

Luego desaparecieron y no volví a verlos hasta la hora de marcharnos a casa: estaban sentados en el suelo, en el desván de la casa de Laura. Hablando, fumando y riendo.

En cuanto me vio, Michela se puso de pie y corrió a abrazarme.

—¡Tú eres Alma!

Salíamos en bicicleta a todas horas, hiciera el tiempo que hiciera. Si alguno de los tres tenía que hacer algún recado, quedábamos nada más terminar en el grifo que está delante de la catedral, para comentar nuestras cosas y ponernos al día. Teníamos que compartirlo todo, contárnoslo todo. Si estábamos los tres juntos, no necesitábamos nada más. Yo estudiaba más que ellos. Me reunía con ellos en casa de Michela, hacia las seis de la tarde, y me la encontraba a ella con la barbilla irritada de los besos y a él con marcas azules en el cuello. Pero en cuanto yo llegaba, ellos dejaban de ser una pareja y Maio y yo dejábamos de ser hermanos. Éramos los tres. Tres amigos inseparables.

Discutíamos constantemente, durante horas y horas: de cine, de libros, de política, de nosotros mismos...

«Nosotros mismos» era nuestro tema preferido.

Michela parecía débil, pero era indestructible. Sus padres tenían un bar y no estaban nunca, por eso íbamos siempre a su casa. Trabajaban como esclavos para pagar las deudas. La tía de Michela vivía justo debajo y estaban las dos muy unidas, hasta el punto de que Michela solía comer con ella y su complicada familia, siempre aquejada de un problema u otro: el marido era inválido y el hijo estaba en un centro de rehabilitación para toxicómanos, pero formaban una familia cálida, afectuosa y unida. Yo le decía a Michela que era como una pared de goma, que tenía una capacidad asombrosa para encajar golpes. Jamás se ofendía.

No he vuelto a tener amigos desde entonces.

No sé por qué.

Me lo he preguntado muchas veces y he llegado a la conclusión de que sólo puede ser culpa mía: soy un ser solitario que sufre la soledad.

Me resulta cómodo estar con mis alumnos: a ellos no se les permite aspirar a conseguir mi amistad y, de ese modo, lo que ocurre es que les doy más a ellos que al resto del mundo.

No he tenido amantes. Habría podido ser una manera de intimar con el prójimo. En cambio, y a excepción de aquellos meses locos que viví mientras mi madre agonizaba, no he estado con ningún hombre aparte de Franco.

Cuando Vincent me escribió para decirme que salía de la cárcel y que quería verme, fantaseé con la idea de retomar la relación con él y con su hermano, de llenar mi vida de sexo y encuentros clandestinos. Y lo que me impidió hacerlo no fue la madurez, sino el miedo. No de él, o de ellos, sino de mi yo de entonces.

Antonia

En cuanto suena el timbre, el pomerano empieza a ladrar y su dueña a decirle *bascta*. No se ha asomado a la ventana, pero la puerta se ha abierto con un chasquido, como esta mañana.

La veo abrir la puerta al fondo del vestíbulo. En lugar de zapatos de tacón, ahora lleva unas zapatillas, pero por lo demás va vestida exactamente igual. Impecable.

–Soy Antonia –digo–. La hija de Alma. ¿Puedo entrar un momento?

–Pasa –responde, para después darme la espalda y dirigirse a la cocina, precedida por la perrita que mueve alegremente la cola.

De noche, la cocina-comedor parece menos aséptica. Está iluminada por tres lámparas situadas en puntos estratégicos: sobre el sillón, sobre la mesa y en un rincón del suelo. La tele está apagada, pero tiene abierto un mueblecito con un bonito tocadiscos en el interior. Esta mañana no lo he visto. Los estantes del mueblecito están ocupados por decenas de vinilos perfectamente ordenados.

–Me gusta ese vals de Shostakóvich que estaba escuchando antes –comento.

–¿Eso es lo que has venido a decirme? –responde.

Advierto, sin embargo, un centelleo en sus ojos, como si estuviese burlándose de mí. Parece más relajada que esta mañana.

–¿Quieres un vaso de naranjada?

No bebo naranjada desde que iba a secundaria, pero acepto gustosamente. No me esperaba en absoluto tanta hospitalidad.

De un aparador, saca dos vasos altos de cristal verde, los coloca sobre una bandeja y los llena con una gigantesca botella de naranjada que guarda en la nevera.

–¿Patatas?

–Bueno...

Ha cambiado de actitud. ¿Será mi vestido nuevo? ¿Ha reflexionado sobre nuestro encuentro de esta mañana y se ha arrepentido de su brusquedad? ¿O

acaso se alegra de poder tomar un inesperado aperitivo en compañía de alguien?

Coge de un armario una gran bolsa de patatas y llena un cuenco azul que deja sobre la bandeja, junto a los vasos. Luego saca de un cajón dos servilletas bordadas y me ofrece una. El pomerano sigue atentamente con la cabeza todos sus movimientos.

—¿Cómo se llama? —pregunto de nuevo, señalando a la perrita con la barbilla.

—*Mina* —responde esta vez.

—Es una monada —comento, educadamente.

Temo que de un momento a otro recupere los modales de esta mañana, de manera que me muestro prudente al hablar. Me he hecho a la idea de que esta anciana aprueba los gestos comedidos, como los suyos. Bebo un sorbito de naranjada, como unas cuantas patatas y sonrío. Ella también sonrío, aunque débilmente.

Finalmente, me decido.

—¿Puedo preguntarle a qué errores se refería esta mañana, cuando hablaba de mi abuelo?

No parece sorprendida por la pregunta, pero guarda silencio durante unos instantes, como si estuviera buscando las palabras. Inclina un poco el delgado rostro y, finalmente, dice:

—Me refería a los errores que cometió antes de...

¿Los errores de mi abuelo Giacomo? Creía que se refería a la traición de su esposa. Ahora sí que me ha confundido.

Doy un paso atrás.

—¿Conocía bien a mis abuelos?

Está sentada justo delante de mí, con las finas piernas cruzadas. Sin duda, debió de ser muy guapa en su juventud, de una belleza distinta a la que estaba de moda en aquella época. Debió de ser alta y delgada. Una belleza aristocrática.

—Tu abuelo y yo íbamos juntos al colegio, tenemos la misma edad. A tu abuela la saludaba, pero no hablábamos nunca. Y después del asunto de mi hermano, le retiré el saludo.

Está sentada en la silla con la espalda erguida y, sin embargo, no parece tan rígida como esta mañana, sólo compuesta y elegante. Ahora podría

preguntarle a qué se refiere con eso del «asunto de su hermano», pero temo irritarla o distraerla de lo que me está contando.

En su mirada azul ya no percibo hostilidad.

–¿Cómo está tu madre? –pregunta.

Decido que ha llegado el momento de contar la verdad.

–No es que esté demasiado bien, aunque ella finja que sí. Lo he sabido hace muy poco, lo del suicidio de mi abuelo y la desaparición de Marco: jamás me lo había contado. Lo único que sabía es que estaban todos muertos. Pero ahora empiezo a entender muchas cosas, entre ellas por qué mi madre parece siempre tan meditabunda. He venido a Ferrara para intentar entender algo más. ¿Puedo preguntarle cómo se llama usted?

Ahora que le he contado la verdad, ya no puedo seguir pensando en ella como la vieja del pomerano, o la hermana del prefecto.

Me observa con amabilidad. O con magnanimidad, para ser más exactos. Me doy cuenta de que no consigo dejar de adornar las cosas que vivo como si las estuviese escribiendo. Ni siquiera en los momentos más significativos. Especialmente, en los momentos más significativos. Como si fuera una manera de protegerme, de enfriar la realidad. Puede que escribir me sirva precisamente para eso, para alejar la realidad y contenerla. Distanciarse para contar es útil para que lo que sucede no nos hiera ni asuste. Y esta mujer me asusta un poco.

Me parece, sin embargo, que ahora es ella quien tiene ganas de hablar, de dejarse llevar por los recuerdos.

–Me llamo Lia. Mi hermano se llamaba Giordano. Alma, tu madre, era una muchacha brillante, siempre con un libro entre las manos. A mi hijo Davide le gustaba mucho, pero ella lo ignoraba. Demasiado bobo para ella –dice, con una mirada risueña en los ojos.

–¿El juez? ¿Demasiado bobo?

Ahora sonrío abiertamente.

–Un poco sí que lo era. Practicaba esgrima, lanzaba banderas en el palio y cosas así. Tu madre, en cambio, era una intelectual.

–Ah, sí. Sigue siéndolo –comento.

–Él también hacía política, pero era más moderado. En una ocasión, me contó que durante una ocupación, tu madre soltó un discurso contra el conservadurismo del PCI que hizo temblar el instituto entero.

–Me la imagino.

Alma no soporta los aparatos y, precisamente por eso, nunca ha hecho carrera en la universidad, ni pasará jamás de ser profesora asociada, a pesar de todas las publicaciones. Mi padre, a la edad que tiene ahora mi madre, ya era profesor ordinario, pero él es más acomodaticio. Alma es una pelmaza.

Me la imagino a los diecisiete años, echando humo mientras se dirige al público y acusa a todo el mundo de ser rígido y obtuso. No es que esté equivocada, pero su manera de hacer las cosas no le ha servido para mucho, excepto para ser la primera en recluirse en el microcosmos que forman sus alumnos y el Departamento.

Lia parece muy serena, así que decido poner las cartas sobre la mesa.

—¿Querría decirme cuáles fueron esos errores de mi abuelo? Estoy intentando descubrir qué le ocurrió a Maio... A Marco, quiero decir. Y toda información puede serme útil.

—Ya sé que lo llamaban Maio. Vivían aquí delante. Cuando Davide era pequeño, jugaba con Alma y con Maio... *Bascta!* —le suelta a *Mina*, que ha empezado a ladrar. Luego prosigue, en voz algo más baja—: Giacomo tomó una decisión que, desde mi punto de vista, sólo podía dar malos frutos: se convirtió al catolicismo para casarse con Francesca.

Tras haber pronunciado esa frase, se pone en pie y regresa al aparador, de donde coge una bolsa de galletitas con la que llena el cuenco de la perrita. Parece incómoda. Yo también me siento así.

¿Mi abuelo era judío y se convirtió? ¿Es posible que mi madre no me lo haya contado nunca? Es imposible que no lo sepa, aunque sucediera antes de que ella hubiese nacido. Creo recordar que en alguna ocasión me había contado que sus padres no se tomaban la religión demasiado en serio. No es que fuesen ateos, como ella, pero casi. Ahora sí que no entiendo nada.

—¿Y tan grave es convertirse? Supongo que usted es judía. Disculpe mi ignorancia, la verdad es que la religión no es mi fuerte. Ni siquiera estoy bautizada...

—Soy judía, sí. Aunque no demasiado practicante. Sólo la Pascua, si viene mi hijo, porque yo sola... Mira, Antonia, tal vez no sea grave convertirse a otra religión para casarse en la iglesia con la mujer a la que se ama, si ella es muy religiosa y él no es practicante, pero si a uno le ha pasado lo que le pasó a Giacomo, entonces sí es grave.

—¿Puede decirme qué es lo que pasó?

Lia inclina la cabeza y la perrita hace lo mismo.

–Me cuesta creer que no lo sepas. Al fin y al cabo, eran tus bisabuelos.

–Dígame usted, por favor.

Mina ha enmudecido, como si percibiese la tensión que, de repente, se ha adueñado de la estancia. Lia Cantoni suspira y se pone en pie, como si se dispusiera a celebrar un ritual. Me mira y empieza a hablar muy despacio.

–Los padres de tu abuelo se encontraban entre las docenas de ferrareses que en el año 44 fueron arrestados, trasladados a Fossoli y luego enviados a los campos nazis. Tu bisabuelo, Amos, desapareció en Mauthausen; tu bisabuela, Anna, en Ravensbrück con su hija Rachele. Giacomo tenía por entonces diecinueve años y estaba en el campo, junto al Po, así que no lo encontraron y se salvó. Es cierto que él no tuvo la culpa, claro, pero si exterminan a tu familia, tienes que honrarla. No puedes dejar de hacerlo. Lamento haber tenido que contártelo yo.

Lia recoge de la mesa la bandeja con los dos vasos y la deja sobre la encimera de la cocina. Luego va a sentarse en el sillón, más lejos de mí que antes.

Ahora reina un gran silencio. Bajo la mirada hacia el suelo, hacia las baldosas blancas y rojas. Observo los delgadísimos tobillos de Lia, sus zapatillas de piel azul. Lia, su casa, su manera de hablar, su actitud... Todo es muy decoroso. Alzo la mirada y la dirijo hacia sus manos llenas de manchas de la vejez, hacia sus dedos nudosos y sus antiguos anillos... Tiene las manos cruzadas bajo el pecho, ahora. Podría ser mi abuela, pero mi abuela murió cuando tenía cincuenta años. Mis bisabuelos murieron en un campo de exterminio y yo no lo he sabido hasta hoy. Me gustaría hablar ahora mismo con Alma. Tantos muertos... Abuelos, bisabuelos, mi único tío. Y tenía otra tía, Rachele, de la que no había oído hablar jamás, la hermana de mi abuelo.

Necesito a Leo. Tengo que marcharme ahora mismo. No estaba preparada para esto.

Lia Cantoni tiene la mirada fija en el suelo, delante de mis zapatos.

Alma

Carlotta vive en Bolonia con su novio y está embarazada de cinco meses. Algo menos que Antonia, pero Carlotta sólo tiene veintitrés años. Es una de mis alumnas favoritas: inteligente pero desordenada, divertida y alegre. Ha venido a pedirme la tesis sobre Boccaccio.

–Yo también era muy joven cuando tuve a mi hija –le digo.

No sé por qué no he añadido que mi hija está embarazada, igual que ella.

Carlotta lleva un año de retraso y hace mil cosas, entre ellas cantar en un grupo. Con un discurso caótico y, a la vez, pormenorizado –cosa habitual en ella– me ha invitado a su boda.

–No puede faltar, profe. La ceremonia será en el Ayuntamiento de Rímini a las doce del mediodía, luego iremos a comer a la playa, a los baños de mi abuelo, aunque llueva. *Risotto* con galeras, parrillada de pescado y sorbete de vodka. Sin pastel. Luego música y baile.

–De acuerdo. ¿Cuándo? –le he preguntado, pensando que sería más bien hacia el verano.

–El domingo que viene.

Me he contenido y no le he preguntado por qué me lo ha pedido tan tarde, ni tampoco qué necesidad tiene de casarse. Le he dicho que iré. Necesito tener el domingo ocupado, pues la idea de que Antonia esté en Ferrara no me deja vivir. Durante el día, me distraigo con el trabajo, pero al caer la noche me invade la inquietud. No quiero llamarla. No quiero molestarla haciéndole saber cómo me siento. Temo perder la paciencia y decir algo inconveniente.

¿Para qué ha ido Antonia a Ferrara?

Cuando le hablé de Maio, ni se me ocurrió pensar que pudiese hacer algo así. No me atrevo a imaginármela en esas calles silenciosas, envuelta en la niebla. ¿Con quién se habrá encontrado? Me pregunto qué puede decirle Michela de mí y de la forma en que desaparecí de su vida. Y a saber si Leo finalmente ha ido a verla. Podría enviarle un mensaje. Me gustaría ayudarlo de alguna manera, ganarme su confianza. Pero... ¿qué puedo hacer?

–Venga con su marido –dice Carlotta.

Me parece complicado que Franco acepte ir a una boda de estudiantes en

Rímini, pero lo intentaré. Y si no, iré yo sola, como de costumbre.

–Pero el año que viene te licencias –respondo.

–Pues claro –promete. Y, de repente, me abraza.

Noto su barriguita redonda pegada a la mía. Antonia y yo no nos abrazamos mucho, supongo que ha salido a su padre. O a lo mejor soy yo, que desde que ha crecido ya no sé cómo comportarme cuando estoy con ella.

Cuando era pequeña, siempre la tenía en brazos. Luego, cuando nos marchamos a Estados Unidos, se transformó de golpe en una muchachita reservada y circunspecta. Si hiciera buen tiempo, podríamos ir juntas a la boda de Carlotta.

Antonia

Cuando salgo de casa de Lia Cantoni son poco más de las ocho, pero las calles de Ferrara ya están desiertas. Necesito caminar, así que doy un largo rodeo para volver al hotel y paso por delante de la catedral, del castillo y del Teatro Municipal. En *piazza* Savonarola, delante de un bar, un grupito de chavales beben cerveza. Se llaman unos a otros en voz alta. «*Sa vot?*»⁸, grita con cierta agresividad un muchacho de unos dieciséis años, de pelo rizado y anorak de plumas, a otro chaval rubio que lleva un anorak idéntico. Parecen borrachos y a punto de pegarse, pero los otros chavales que están con ellos se están riendo, como si no hubiera nada que temer.

A mitad de camino siento frío y me doy cuenta de que me he dejado en casa de Lia la bolsa con mi ropa, pero no vuelvo a buscarla.

El bar en el que trabaja Isabella está cerrado, así que entro en mi hotel y el portero del turno de noche me entrega la llave número uno al tiempo que me saluda con un gesto de la cabeza. Subo a pie la escalera, entro en mi habitación, me quito las botas y abro el minibar. Tengo que beber algo, Ada lo entenderá. En el minibar sólo encuentro dos botellas de agua mineral, dos cervezas, dos zumos de fruta y dos botellitas de Martini rojo. Me invento un cóctel a base de Martini rojo y zumo de piña y me tumbo en el sofá del salón. Los Bonaparte me observan desde las paredes, impasibles. Qué bien vivís allí arriba.

Llamo a Leo, que por suerte responde tras el primer tono.

–Justo estaba pensando en ti.

Cómo me gusta escuchar su voz.

–¿Vienes esta noche?

Dime que sí, te lo suplico.

–No puedo. Estoy intentando solucionar la situación en el Pilastro. ¿Has leído la que se ha armado?

–Te confieso que no.

Debe de haber notado la decepción en mi voz, aunque me esfuerzo por disimularla.

–¿Cómo estás? –me pregunta.

Pienso que si Leo no puede venir esta noche, será mejor que no le diga cómo estoy, porque entonces le fastidiará no poder venir, o vendrá aunque no pueda. Intento parecer más tranquila de lo que estoy y gano tiempo intentando hacerlo hablar a él.

—¿Qué es lo que está pasando? Cuéntame.

—Tres muertos, un ajuste de cuentas. Y la prensa insiste en publicar que Bolonia es la ciudad más peligrosa de Italia, después de Nápoles... En el fondo, no es más que una historia de tráfico de drogas, cheques falsificados y billetes falsos, pero está implicada gente muy peligrosa: un clan de calabreses que trabaja con criminales de aquí. En comisaría están muy nerviosos.

De repente, se me ocurre una idea.

—¿Sabes qué es Argione?

—El nombre de la calle en la que está la cárcel de Ferrara, ¿por qué?

—Hoy me han hablado de un tal Ricky que está en Argione por no sé qué historia de billetes falsos. ¿Podría tener alguna relación?

—¿Te lo ha dicho D'Avalos?

—No, la dependienta de una tienda.

Oigo ese ruido amortiguado que hace Leo con la garganta cuando algo le parece divertido.

—El dinero falso lo imprimen en Nápoles, pero los que controlan el tráfico son los calabreses. Tres muertos significa que alguien ha intentado joder a alguien. ¿Y tú? ¿Qué has descubierto hoy?

—Un montón de cosas, pero quisiera contártelas en persona. Si me quedo un poco más, ¿crees que podrías venir el viernes por la noche? ¿Y quedarte el sábado?

—Supongo que sí. Siempre que aquí se calmen las cosas.

—Entonces te lo cuento cuando nos veamos. Me he comprado un vestido, ¿sabes?

—Bien, me gusta tu lado frívolo...

—¿Leo?

—Dime.

—Nada, ¿has cenado?

—Aún no. ¿Y tú?

—Patatas fritas, naranjada y un Martini rojo.

—Vaya, una fiesta. Ada se habrá divertido. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Llamadas. Tengo que hablar con mi padre, que hoy me ha llamado, un

milagro. Y con mi madre. Aparte de un mensaje, no sé nada de ella desde el lunes.

–Hoy la he visto, a la hora de comer.

–¿Otra vez? ¿No habíais quedado ayer?

–Bueno, me ha invitado y he ido.

–¿Y qué te ha dicho?

–Hemos hablado en general, ya sabes, cosas de familia y eso. Te lo cuento cuando nos veamos.

–Me cuesta creer que hayas quedado con Alma, tú solo, dos días seguidos.

–Nos estamos haciendo amigos.

–Y yo me alegraría mucho, aunque...

–¿Qué?

–Nada.

–Va, dilo, ya sabes que puedes contarme lo que quieras. Tengo una capa de grasa de foca que me protege.

–Es que... no me gustaría que lo hiciera sólo porque yo no estoy... No quiero que te utilice sólo para aliviar su inquietud y que luego deje de verte cuando yo vuelva y te sientas mal. Alma no tiene amigos.

–Cariño, ya soy mayorcito y conozco a tu madre. ¿Crees que me sentiré mal si deja de llamarme? ¿Me tomas por un adolescente?

–Te quiero.

–Y yo a ti, Toni.

–Buenas noches. Te mando un mensaje antes de acostarme.

–De acuerdo. Dale recuerdos al profesor, si hablas con él.

–De acuerdo. Adiós.

Alma

Antonia no llama. ¿Cuándo volverá de Ferrara? Leo tiene razón, con ella es inútil imponerse, pero yo soy incapaz de quedarme sentada esperando. No tengo paciencia, no la he tenido nunca.

Me rozo la cara y recuerdo aquella Semana Santa en que Maio, Michela y yo nos íbamos de *camping* a la isla de Elba –nuestras primeras vacaciones juntos– y yo cogí la varicela y tuve que quedarme en casa.

Se fueron los dos solos y, en lugar de coger el tren, se marcharon en la Vespa blanca de Maio. No me llamaron ni una sola vez; en aquella época, no se hacían tantas llamadas interurbanas.

Una semana más tarde, cuando volvieron a casa quemados por el sol, empapados por la lluvia que los había sorprendido en los Apeninos y tan felices como enamorados, me encontraron repleta de las marcas que me había dejado en la piel de tanto rascarme. No había tenido paciencia para dejar que los granos se me secaran.

Aún me quedan algunas de aquellas cicatrices, aunque ya no se ven tanto: una en la barbilla, otra en la frente, dos justo encima de un pecho, tres en la barriga y unas cuantas en las piernas. Cuando Maio vio las marcas, dijo que tenía que unir las con un rotulador, como en aquel juego de la *Settimana Enigmistica* que hacíamos de pequeños. Recuerdo con cariño el momento en que él empezó a perseguirme, rotulador en mano, mientras Michela reía, pero también recuerdo el casi imperceptible ataque de celos que experimenté al pensar que sin mí pudieran haberse divertido más.

Como Michela, Antonia tiene su propia manera, discreta y decidida, de hacer lo que quiere. Cuando terminó el bachillerato, en lugar de matricularse en la universidad, decidió escribir novelas policíacas; intenté convencerla: que la hija de dos profesores universitarios, una joven con tanto talento como ella, renunciase a ampliar sus estudios para dedicarse a escribir novelas negras, me parecía un crimen.

No discutimos, pues es imposible discutir con ella, como ocurre con Franco. Se parecen mucho: eluden los conflictos, se alejan de ellos. La tercera vez que intenté hacerla entrar en razón, me comunicó con mucha

delicadeza que se iba a vivir sola. Que tenía pensando trabajar como camarera tres noches por semana en un bar gay de Bolonia, famoso por sus desenfundadas veladas musicales, y que dedicaría el resto del tiempo a escribir.

Había encontrado casa en la otra punta de la ciudad: dos habitaciones en una casita estilo Liberty con jardín. Una preciosidad, y con un alquiler ridículo.

Sabía que Antonia volvía a su casa a las cinco de la mañana y no podía hacer nada para impedirlo. Ya era mayor. Trabajaba, escribía y hacía, con la mayor naturalidad, lo que ella había decidido.

Su primera novela estaba ambientada en aquel mundo nocturno y transgresor. Después de que se la publicaran, cambió de trabajo y se puso a vender ropa para una empresa de Reggio Emilia. Después de tan sólo un año trabajando como comercial, ganaba más que Franco y que yo. Y al cabo de otro año, terminó su segunda novela, que trataba sobre el asesinato de un industrial del sector de las telas. Cuando se publicó, con más éxito que la primera, se despidió y empezó a documentarse para la siguiente novela, inspirada en un crimen real sucedido en Bolonia. Fue entonces cuando conoció a Leo, el comisario Leonardo Capasso.

Ahora que lo conozco un poco mejor, empiezo a entender a Antonia. Leo es inteligente y posee la concreción que nos falta a Franco y a mí, pero lo que lo convierte en alguien fascinante es ese contraste entre su calma y su imprevisibilidad. Me gustaría de verdad hacer algo por él, sorprenderlo. No dejo de pensar en ello desde que estuvo aquí y se me ha ocurrido una idea. Vincent me ha escrito varias veces para decirme que vive en Bolonia y que le gustaría verme. Jamás le he contestado, pero ahora podría llamarlo. Él y su hermano son calabreses, tal vez sepan algo sobre los crímenes del Pilastro que pueda resultarle útil a Leo. Desde que se me ha ocurrido esa idea, no pienso en otra cosa.

Antonia

–Papá, soy Antonia, ¿me has llamado?

En el salón Bonaparte, que se ha convertido en mi casa ferraresa, no hay ningún aparato electrónico, aparte de mi teléfono móvil. Casi me incomoda utilizarlo aquí.

Sentada en el sofá, con los pies sobre la mesita de centro, les sostengo la mirada a Napoleón y a Josefina. El cóctel que he inventado me ha relajado. Me he hecho una foto con el teléfono para mandársela a Leo: con mi vestido nuevo, ya no desentono tanto aquí dentro.

–¿Cómo estás?

–Muy bien, ¿y tú? ¿Qué querías?

–Quería saber cómo estás, cómo te va en Ferrara. ¿Tan raro te parece?

–Pues un poco sí, creo que tú nunca me has llamado.

No recuerdo que Franco me haya llamado jamás para preguntarme cómo estoy. Y menos aún que me lo haya preguntado alguna vez en persona.

–Qué exagerada, pareces tu madre. Te he llamado un montón de veces, también la semana pasada.

–En realidad, te llamé yo para saber a qué hora habíamos quedado. Pero no pasa nada. Dime.

Por lo general, no me quejo de mi padre. Ni con mi padre. Nos une una relación de afecto, amistad y respeto. Fue él quien me enseñó a ser independiente. Y también me enseñó que es lícito serlo.

–Ay, señor. Nada, sólo quería saber cómo estás en Ferrara, qué haces, qué has descubierto. ¿Es que ya no eres mi Penteselea? –farfulla, fingiendo enfadarse.

Pero él no se enfada nunca.

–Tu Penteselea no acabó precisamente bien. ¿No podría ser Bradamante, por ejemplo? ¿No descienden de ella los Este, o sea, los que cortan el bacalao aquí en Ferrara?

–Serás megalómana. ¿Qué tienes tú que ver con Bradamante...? No me parece que te hayamos prohibido casarte con tu Ruggero –bromea.

–Primero, no me he casado con él; segundo, no es que tú y mamá hayáis

recibido con los brazos abiertos a mi Ruggero, ya que hablamos del tema...

No sé por qué me he puesto seria de repente. Es una noche rara. Esta habitación es rara. Como si estuviera suspendida en el tiempo. En el lugar donde nada importa y, por tanto, todo importa.

–Pero bueno... ¿es el día de las reivindicaciones? ¿Es ése el efecto que te producen los dominios de los Este? Bueno, vale, serás mi Bradamante. En cuanto a tu Ruggero... ten paciencia... Para dos personas como tu madre y yo ha sido un poco... inesperado lo de emparentarse con un poli. Cuando éramos jóvenes, nos enfrentábamos a ellos. Pero a mí Leo me cae bien, supongo que ya te has dado cuenta.

–Más o menos... ¿Sabes que ahora también le cae bien a mamá? Se han visto ya dos veces, no sé si te lo ha dicho.

–No nos hemos visto mucho estos días, sólo por la mañana. Y sabes que yo por la mañana...

–Eres mudo, sí, ya lo sé. Han quedado para comer, ayer y hoy.

–¿Ves como socializamos con Ruggero?

–¿Papá?

–Dime...

–Me acaban de contar una cosa que me cuesta mucho creer. No me creo que mamá no lo sepa, ni tampoco que lo sepa y no me lo haya contado jamás.

–¿Sobre su hermano?

–Sobre Maio es poco lo que estoy descubriendo. No, es otra cosa, de hace mucho tiempo.

–Cuenta, ánimo.

Respiro hondo. El único defecto de este magnífico salón es que se oyen los coches que pasan por la calle.

–¿Tú sabías... que los abuelos paternos de mamá... murieron en los campos nazis?

–¿Qué?

Franco no se altera nunca, pero parece atónito.

–¿No lo sabías?

–Por supuesto que no. ¿Quién te lo ha dicho? Ni siquiera Alma lo sabe, estoy seguro.

Mi padre nunca está seguro de nada, así que su certidumbre me deja perpleja.

–Me lo ha dicho hoy una vecina suya. Una anciana que vive delante de su

casa, que iba al colegio con el abuelo Giacomo. Judía como él.

–Por lo que Alma me ha contado, su padre era ateo. Celebraba la Navidad para que su mujer estuviera contenta y todo eso. ¿Cómo sabes que lo que te ha contado esa vecina es cierto? ¿Y si fuese una fantasía, un error o una mentira...?

–No creo. Tú no la conoces, es una persona muy lúcida, me ha parecido sincera. Estoy convencida de que es verdad. Me ha contado que Giacomo se convirtió al catolicismo para casarse en la iglesia con la abuela. Y también ha comentado que no es una decisión aceptable, si tu familia ha muerto en un campo de concentración.

Franco guarda silencio. No me gusta contarle todo esto por teléfono, pero es la única persona a la cual puedo contárselo hoy. Con mi madre tengo que hablar de este tema en persona, para entender por qué no me lo ha contado.

–Es imposible que no lo sepa, papá. Si eres la nieta de dos personas asesinadas por los nazis, no puedes no saberlo en una ciudad como Ferrara. Por mucho que su padre no se lo hubiese contado jamás. ¿Cuántos judíos ferrareses consiguieron volver de los campos de concentración? ¿Cincuenta? ¿Cien? Aunque fueran doscientos, ¿crees que si tu abuelo ha muerto en un campo de exterminio no llegas a enterarte nunca? Se celebra todos los años el día de conmemoración en memoria de las víctimas del holocausto, hay estudios, ceremonias...

–Tienes razón, es muy raro. A menos que...

–¿Qué?

–Alma era joven en los años setenta, los años de la política. Era una época de revolución, no de conmemoraciones. Y era jovencísima cuando se marchó para siempre de Ferrara. En mi opinión, es posible que no llegara a enterarse si sus padres habían decidido no contárselo.

–Mañana intentaré documentarme.

–Si vas a la biblioteca, encontrarás todo lo que necesitas: el número de deportados y de fallecidos. En Ferrara también hay un museo judío, estuve una vez. Y he leído que no hace mucho abrieron el Museo Nacional de la Shoá, o algo así. También podrías ir allí.

–Muy bien, profesor, lo haré. Aunque de todas maneras puedo encontrarlo todo en internet.

–Todo todo lo dudo, cariño.

–Puede que no todo, pero más rápidamente seguro que sí. Papá...

–Dime, Antonia.

No estoy acostumbrada a desfogarme con mi padre, pero es que tampoco me había encontrado jamás en una situación así.

–¿Por qué ha habido tantas muertes trágicas en nuestra familia? Los abuelos... ahora también los bisabuelos... Me impresiona un poco.

Tristeza sería la palabra justa, pero no quiero decirle a mi padre que estoy triste.

–Me lo imagino... No haber sabido nada hasta ahora y descubrirlo así, de repente... Puedo entender que estés alterada, pero las muertes trágicas son el tejido de la historia. Piensa en la *Eneida*...

No, la *Eneida* no. Ahora no.

–No quiero pensar en la *Eneida* y menos aún en el *Orlando furioso*. No conozco a nadie que tenga una historia familiar como la nuestra. Hasta tú eres una especie de...

–¿De qué?

–De expatriado, no lo sé... De prófugo. Jamás he conocido a nadie de tu familia, aparte de aquellos primos tuyos de Turín.

–Te aseguro que murieron todos de aburridísimas enfermedades, si eso te tranquiliza. Tienes un padre anciano e hijo único: con eso basta para diezmar la parentela y cargarse el árbol genealógico.

–Papá...

–Dime.

–¿De verdad te parece normal descubrir a los treinta años que tienes un abuelo suicida y un tío desaparecido, aparte de dos bisabuelos y una tía abuela muertos en un campo de exterminio?

–¿He dicho yo que me parezca normal? No, no lo he dicho.

–Se llamaban Anna y Amos. Y Rachele. Le voy a cambiar el nombre a Ada, ya basta de tanta «a».

–Tienes razón, llámala Bradamante.

–¿Tú también?

–¿Qué?

–Que he conocido aquí a un tipo que me ha propuesto llamarlo Ariosto, si es niño.

–Simpático. ¿Quién es?

–Un comisario de policía. Napolitano.

–¿Otro comisario? Estás obsesionada.

Esta vez también ha conseguido cambiar de tema y hacerme reír.

—¿Cómo es que siempre consigues desdramatizarlo todo?

—Hace treinta años que vivo con el drama en persona, no puedo evitarlo.

Ah, no. Ésta no se la dejo pasar.

—Aparte de que los dramas que ha vivido son reales, creo yo, viviendo con alguien como tú le entran ganas de dramatizar a cualquiera, perdona que te lo diga. Ya sabes que yo también tiendo a minimizar, como tú, pero estás exagerando...

—Te lo he dicho, hoy es el día de las reivindicaciones. Mira, me lo voy a apuntar en el calendario.

—¿Lo ves? O bromeas, o racionalizas o te las das de sabiondo. No tienes otra modalidad.

Silencio. Puede que haya dado en el clavo.

—¿De qué clase de modalidad estamos hablando, Antonia?

—Silencio... emotividad... empatía... Creo que mamá se siente sola.

Esta vez guarda un silencio algo más largo. Y luego empieza a hablar con el mismo tono de siempre.

—Hago lo que puedo, Antonia. Intento estar ahí cuando hace falta. Entiendo que esta noche estás dolida y asustada, pero... ¿de qué sirve que te diga «pobrecilla» o que intente consolarte? Me parece que racionalizar, o bromear, es la única forma de conseguir que te sientas mejor. ¿Tú qué querías que hiciera? ¿Qué necesitas?

—No lo sé, papá. Creo que querría llorar. Y abrazarte. Y ahora... ¿qué hacemos con mamá? No puedo contarle esta historia por teléfono. Eso por no decir que ni siquiera yo entiendo todo esto... Quería descubrir si Maio aún estaba vivo, o cómo murió, y de repente, mira lo que me encuentro... ¡Y espera, que aún no te lo he contado todo!

—¿Es que hay más?

—Sí, y te parecerá muy melodramático.

—Cuéntamelo, a ver.

—Parece que Maio no era hijo de su padre Giacomo, sino de un amante que la abuela Francesca tuvo hace muchos años. Una relación que terminó antes de que Maio naciese. Con el prefecto de la Policía, su vecino. El hermano de la señora a la que he conocido hoy.

Franco guarda silencio.

—¿No dices nada? —añado.

–Me da miedo lo que vayas a pensar, diga lo que diga. Y además... Sí, me he quedado sin palabras. ¿Estás segura?

–¿Quieres la bibliografía? Tres fuentes diversas.

–¿Quiénes son?

–La vecina de casa, la tía muerta de una amiga de mamá y el comisario napolitano. Y a él se lo ha contado el anterior comisario, a quien se lo confesó el mismísimo prefecto.

–¿Un prefecto judío?

–Eso parece.

–¿En qué época?

–¡No lo sé, papá! Mañana hago los deberes y te los envío para que me los corrijas, ¿vale?

Cuando se pone a interrogarme, resulta irritante.

–¿Ves como meto la pata cada vez que hablo? Ahora ya sabes por qué no te llamo: por teléfono sueno mucho más pedante de lo que soy en realidad. Pero entiendo que se trata de una situación excepcional. Y que estás un poco alterada. Pobrecilla.

«Pobrecilla.» Ahora ha conseguido hacerme reír. Nunca he visto a mi padre perder el control, ni tampoco lo he visto jamás alterado. Pase lo que pase, él conserva la calma, se hace el gracioso. Es fantástico cuando no se es su hija ni su esposa. Sobre todo su esposa, porque a mí mi padre me gusta así, menos esta noche. Pero es una noche excepcional, como él mismo dice. Y el Martini rojo es bastante más fuerte de lo que creía, sobre todo con el estómago vacío.

–¿Tú crees que mamá lo sabe? El origen de su hermano, quiero decir, y lo de su familia.

–No creo que se haya hecho jamás preguntas sobre el pasado remoto. Le bastaba con el presente, que ya era muy angustioso. Todas sus preguntas y todos sus tormentos giran en torno a lo que sucedió el año en que desapareció Maio. Fue tan gordo y tan rápido lo que sucedió... que para ella es como si todo lo anterior no tuviese importancia. Como si no tuviera nada que ver con ella. Siempre he tenido esa sensación.

–Vaya, una sensación: entonces, eres humano.

Mi padre guarda silencio durante unos instantes. Cuando empieza a hablar de nuevo, lo hace con voz más profunda. Si no fuera porque lo conozco, diría que se siente turbado.

–Antonia, dejé embarazada a una alumna mía tres meses después de haberla conocido. Una muchacha atormentada por un pasado trágico. ¿Te parece una decisión racional?

–Pues la verdad es que no.

–Entonces, ¿te imaginas cuánto la amaba?

Me emociona oírlo hablar así. Y me entran ganas de bromear, exactamente como hace él, para controlar las emociones que ahora mismo me invaden.

–Pues la verdad es que sí. Es decir, no, no me lo imagino. Pero lo entiendo, ahora que me lo has contado. No lo había pensado nunca. Tal vez porque hasta ahora no sabía lo que había ocurrido. Papá... ¡estamos hablando de amor, de sentimientos! ¿Te das cuenta? ¡Qué escándalo!

–Mala persona, mira que ponerte a bromear en un momento tan intenso... a quién habrás salido –dice, con una risita socarrona.

Está orgulloso de mí, lo sé. Le enorgullece que yo sepa cómo tratar con él. Que sea como él.

–Una cosa más, papá.

–Dime, Antonia.

–¿Aún la quieres?

Jamás se me había ocurrido pensar que algún día le haría esa pregunta a mi padre. Oigo una sirena, de ambulancia o de policía, que se acerca. La voz de mi padre, sin embargo, me llega clara y profunda.

–La quiero siempre.

Alma

Al mar íbamos en agosto. Pasábamos el mes en una casita blanca de dos plantas, con barbacoa en un jardín invadido por las piñas y la pinaza.

Nuestros padres decían que la casa era barata porque estaba lejos de las tiendas y cerca de una laguna de agua dulce infestada de mosquitos, justo detrás de las dunas de la playa libre, pero que la habrían elegido igualmente, aunque fuese más cara, precisamente por su ubicación. A muchos ferrareses les daba miedo vivir en aquella zona remota de los baños, casi a las puertas de una gran pineda, pero no a nosotros, que estábamos acostumbrados a la casa bajo el dique del río, aún más aislada.

Maio y yo teníamos libertad para corretear por donde quisiéramos, pero acabábamos haciendo siempre lo mismo: playa, interminables baños, fútbol, helados y pistas para canicas que trazábamos con los otros niños. Volvíamos a casa a la hora de comer, nos abandonábamos a largas siestas o a leer revistas con las persianas bajadas, y luego volvíamos a la playa hasta que se ponía el sol.

Un sábado, nuestra madre preparó ensalada de arroz, huevos cocidos y melocotones rellenos de pasta de almendras amargas, y propuso que saliéramos a comer a la pineda. Mi padre metió en el cesto dos mantas escocesas, un mantel, tres botellas de agua y un enorme cuchillo para cortar la sandía. A Maio le encargó llevar la sandía y, a mí, los platos y las servilletas de papel.

Salimos de casa en bicicleta, uno detrás de otro, tratando de evitar los baches y las raíces de los árboles para que no se nos cayeran las bolsas y los cestos que llevábamos colgados del manillar, y nos dirigimos al sendero que cruzaba la inmensa y silvestre pineda que partía de nuestra casa y llegaba hasta Rávena. Estaba completamente desierta.

Nada más pasar el lago, dejamos las bicicletas apoyadas en un pino, sin atarlas, y nos adentramos en aquel laberinto de árboles y arbustos de enebro y alheña, en busca de un lugar donde comer. Sólo se percibía el trino de los pinzones, el croar de las ranas en el lago y el perfume del verano: un perfume de sol que calienta la resina de los pinos. Elegir el lugar donde instalarnos fue

una difícil tarea, fuente de interminables discusiones entre mi padre y yo. A Maio y a mi madre les daba igual, pero yo quería un sitio a la sombra, sin hormigueros, sin demasiadas ramitas y piñas que hubiera que apartar, y que además no estuviera lejos de las dunas ni del mar, pero tampoco del lago.

Después de comer, nos echamos a descansar, cada uno con la cabeza apoyada en la barriga del otro, formando una especie de cuadrado. Nuestro padre empezó a contarnos el argumento de una novela policíaca que estaba leyendo. Mamá trató de adivinar quién era el asesino, mientras él gritaba «No me lo digas, no me lo digas». Nosotros reíamos.

Luego, Maio y yo los dejamos charlando y nos fuimos a recoger piñones. La cáscara marrón y cubierta de polvillo nos ensuciaba las manos y la cara. La mayoría los metíamos en una bolsa, pero algunos los abríamos allí mismo con una piedra y nos los comíamos. Eran deliciosos.

Habíamos llegado a los alrededores del lago cuando, de repente, llegó corriendo por el sendero un niño en traje de baño y chancletas, gordito y sudoroso. Era más alto que nosotros, pero en la barriga se le formaban dos michelines de grasa. Jadeando, y con un acento que nos pareció romano, nos preguntó si habíamos visto al puercoespín. Le respondimos que no y decidimos seguirlo. Hablaba de una forma ridícula y era distinto a todos los otros chicos que conocíamos de la playa. Nos contó que estaba de vacaciones con sus padres y con un grupo de amigos en un *camping* cercano. Sabíamos que había un *camping*, pero no habíamos entrado nunca ni conocíamos a nadie que pasase allí las vacaciones. El niño se llamaba Valerio y tenía trece años, como yo, uno más que Maio.

Nos dijo que al atardecer los niños del *camping* habían quedado para jugar un partido de fútbol en la playa libre y nos preguntó si queríamos ir. A Maio le encantaba jugar a fútbol y me miró. Le dije que iríamos. No encontramos el puercoespín, pero Valerio se conformó con la garceta blanca que vimos en la orilla del lago y con un gran arrendajo posado en el tronco caído de un pino.

Al volver al claro, encontramos a nuestros padres durmiendo abrazados. Cuando se despertaron, no les contamos nuestro encuentro con Valerio. No teníamos motivos para escondérselo, pero nos gustaba tener secretos.

A la hora acordada, seguí a Maio hacia nuestra cita en las dunas. Aunque no estaba muy lejos de nuestra casa, no íbamos nunca a aquella parte de la playa, no porque según decían la frecuentaran homosexuales y nudistas, sino

porque estábamos acostumbrados a nuestros baños, con el fútbolín, la red de vóley-playa, una máquina de discos que a Maio le encantaba y algunos niños a los que ya conocíamos de otros años.

En la playa había por lo menos una docena de chavales: un grupito de chicos de diversas edades, entre ellos tres niños de unos siete y ocho años, y dos chicas. Maio se presentó con la mayor naturalidad a los compañeros de equipo y yo presencié el partido tumbada en la arena. Maio corría y sus compañeros lo animaban al grito de «a Ma'». Marcó tres veces en un partido de muchísimos goles. En un momento determinado, las dos chicas se me acercaron y la mayor, que hablaba con el mismo acento que Valerio y tenía mucho más pecho que yo, me preguntó si aquel chico tan guapo, refiriéndose a Maio, era mi novio. Instintivamente, le dije que sí.

La chica miró a su amiga, intercambiaron una sonrisa y se quedaron sentadas, trazando dibujos en la arena con el dedo. Al poco, se pusieron en pie y se despidieron. Terminado el partido, Maio fue a bañarse con los otros chicos del equipo y luego, a pesar de estar mojado, se tumbó boca abajo en la arena, junto a mí. Estaba muy rojo y jadeaba. Se había divertido mucho, se le veía feliz.

—¿Te has aburrido mucho?

Le contesté que no y él, rebozado en arena, se tendió de espaldas.

—¡Eso sí que son melones! —exclamó.

—¿Las pelotas de fútbol? —pregunté, sin entender.

Él se tumbó de lado, se apoyó en un codo y miró por encima de mi hombro.

—¿Qué dices, tonta? Los de la chica que hablaba antes contigo. ¿Qué te ha dicho?

En lugar de hacerme reír, su frase me turbó. Era la primera vez que demostraba interés por una chica.

—¡Yo qué sé! —respondí—. Tengo hambre, vámonos a casa.

Antonia

Tengo que recuperar la bolsa que me dejé ayer en casa de Lia. Es mediodía, una hora poco oportuna, aunque nunca la he visto cocinar. Me arriesgo.

Esta mañana, al abrir la ventana, la niebla era tan espesa que ni siquiera conseguía distinguir la fachada de ladrillo de la iglesia de los Teatinos. Ahora, sin embargo, luce un sol velado. Estoy empezando a comprender que el sol y la niebla están estrechamente relacionados. ¿Cómo es posible que en Bolonia, que está sólo a sesenta kilómetros de aquí, casi nunca haya niebla? ¿Será porque está cerca de las colinas?

Via Vignatagliata está desierta incluso a estas horas. De la ventana cerrada de Lia no me llega música alguna, ni tampoco ladridos. Llamo al timbre y espero, mientras contemplo fijamente el portal de la casa en la que crecí mi madre. Trato de imaginármela saliendo de esa puerta, con Maio, para ir al colegio. De niña, Alma debía de ser prodigiosa e insoportable.

Pasa una anciana en bicicleta y se vuelve a mirarme. Por un momento, parece a punto de decir algo, pero luego sigue su camino. En esta ciudad van en bici a cualquier edad y también con cualquier tiempo.

El portal no se abre. Vuelvo a llamar, con más insistencia. Esta vez Lia no está en casa, o bien no quiere abrir. Decido marcharme y volver a intentarlo más tarde. No tengo planes para hoy, lo cual es perfecto. Me gusta disponer de mi tiempo sobre la marcha. Improvisar, seguir las emociones y los instintos... Siempre ocurren cosas interesantes cuando nos dejamos llevar. Ahora, por ejemplo, me gustaría escribir. Desde que le entregué a mi desquiciado editor la cuarta aventura de la inspectora Emma Alberici, me encuentro en esa tierra de nadie entre la historia terminada y la que me propongo empezar. Podría ambientarla en Ferrara, pero ahora estoy demasiado ocupada con la historia que estoy viviendo. Vivir y escribir son alternativas para mí. O se vive o se escribe. Cada cosa a su tiempo.

Me dirijo hacia la plaza y un poco más adelante, en el cruce con *via Contrari*, las veo: Lia y *Mina*. Se dirigen hacia mí, erguidas y elegantes. Lia lleva un espléndido abrigo de pelo de camello y un pañuelo lila de seda en torno al cuello; *Mina*, un minúsculo jersey rojo carmín que destaca sobre su

pelo blanco. Me acerco a ellas: Lia sonríe y *Mina* sacude la cola, como si ambas se alegraran de verme.

– Ven as a buscar la bolsa? Te la queríamos llevar nosotras, pero no sabemos dónde te hospedas... –dice, cuando llego junto a ella.

Sonrío al oírla hablar en plural. A estas alturas, yo también pienso así en ellas: Lia y *Mina*.

–Estoy muy cerca de aquí, en *corso Giovecca*.  Molesto, a estas horas? Tendrán que comer...

Lia hace un gesto con la mano, como si quisiera decir que comer es la última de sus preocupaciones.

– Vamos a tomar algo a aquella pastelería? –propone, mientras señala un café que est  justo en el cruce.

–S , encantada –respondo.

Nos sentamos a una mesita de la terraza, sobre una tarima de madera que se eleva por encima del empedrado de adoquines. Esta calle es algo más larga que *via Vignatagliata* y también algo más transitada. Las bicicletas circulan en todos los sentidos y veo a varios ciclistas, mujeres sobre todo, pasar rápidamente con una especie de cuerno de pan que asoma del cesto de la bici. Lia sigue mi mirada y me lo explica.

–Es la *coppia*, el pan t pico de Ferrara.

Hoy tampoco es que haga frío, pero voy demasiado ligera para esta época del año. Me he puesto unos leotardos debajo del vestido, pero el impermeable no me abriga demasiado, a pesar de la *pashmina*. Lia debe de haberse dado cuenta, porque me dice:

–Vamos dentro, si tienes frío.

–Me gusta estar aquí. Tomar  un t  bien caliente.

–Yo también –asiente.

Mina se ha sentado entre las dos, debajo de la mesa. Lia ha atado la correa a una pata de la silla.

–Aunque no hace falta –ha precisado.

Un camarero sale a tomar nota. Es calvo y luce un bigote negro.

– La señorita tomar  algo? –le pregunta a Lia, mientras señala a *Mina* con una especie de inclinación de cabeza.

Se conocen. Claro, Lia ha vivido aquí al lado toda su vida. Lo raro sería que no se conocieran.

–Un platillo con agua, Ares, gracias.

¿Ares? ¿Qué clase de nombre es ése? Luego Ares se vuelve hacia mí.

—¿Y la señora?

Desde que estoy embarazada, me llaman «señora», pero aún no me he acostumbrado.

—Tomaremos dos tazas de té bien caliente y... ¿tienen pastel dulce de macarrones? —pregunto.

—Desde luego —responde Ares—. ¿Usted también, profesora?

—¿Por qué no? —responde Lia.

¿Profesora?

—¿De qué daba clase? —le pregunto.

—Latín —responde ella.

Yo habría dicho matemáticas.

—Estupendo —digo, por decir algo.

Me mira como si no comprendiese el significado del adjetivo «estupendo», aunque a lo mejor es que no ve bien. Hoy no lleva las gafas y su mirada parece menos límpida.

Cada vez que nos encontramos, Lia se muestra algo más amable conmigo. Tal vez le guste mi compañía, o tal vez soy yo, que me estoy acostumbrando a sus ásperos modales.

El camarero de nombre raro nos trae una tetera blanca con dos tazas y los pastelillos dulces. Lia empieza a cortar el suyo con cuchillo y tenedor y yo, que hasta ahora me los había comido con las manos, la imito. Por lo menos, así evitaré quemarme con el relleno de humeante bechamel, como me ocurre siempre.

—Delicioso —suspiro—. Cuando me vaya, no sé qué voy a hacer. En Bolonia no tienen ni idea de lo que son estos pastelillos. Ada nacerá con el antojo de pastel de macarrones.

Lia no dice nada. No pregunta quién es Ada.

Comemos en silencio y bebemos una taza de té.

—¿Se lo puedo dar? —pregunto, indicando un trocito de masa quebrada en mi plato, que *Mina* ya está observando.

—Excepcionalmente —responde Lia.

Mina está satisfecha. Tiene un hocico muy gracioso, parece que esté sonriendo. Decido preguntarle a Lia lo que quiero saber: a malas, no me contestará y punto.

—Lia... mire... como ya le he dicho, intento averiguar algo sobre la

desaparición de mi tío Maio. Usted... ¿cree que puede tener algo que ver con la relación entre su hermano y mi abuela?

En contra de lo que yo temía, mis palabras no parecen molestarla. Deja la taza sobre el platillo, se seca los labios con una servilleta de papel y responde.

–¿Relación? No tuvieron ninguna relación.

¿Cómo? Si me lo ha dicho ella. No puedo confesarle lo que me contó Luigi, pero recuerdo que ella también mencionó la cuestión.

–Disculpe... pero usted me dijo que este anillo –digo, y levanto la mano para mostrarle el zafiro que llevo en el anular derecho– era de su madre. Que su hermano se lo había regalado a mi abuela. Que usted y mi abuela ni siquiera se saludaban por culpa de aquella incómoda situación.

Lia bebe otro sorbito de té y se inclina para acariciarle la cabecita a *Mina*.

–Te estás portando muy bien –le dice, quizá porque hoy no ladra.

Luego me mira.

–Mi hermano estaba enamorado de tu abuela Francesca, pero ella nunca aceptó su... cortejo. Le fue siempre fiel a su esposo.

Mina sacude la cola y contempla el platillo de Lia, en el cual aún queda medio pastelillo.

–Cuando tu abuelo Giacomo se casó con Francesca fue, como ya te he contado, un escándalo en nuestra comunidad, debido a su conversión. Nadie volvió a hablar con él. Se quedaron... solos. Mi hermano y tu abuela se conocieron una noche en que mi madre se encontraba mal y él fue a pedirle un medicamento que necesitaba. Tu abuela fue muy amable: abrió la farmacia en plena noche, se desvivió por ayudar. A partir de aquel día, hablaban de vez en cuando. En un momento determinado, sin embargo, mi hermano... perdió la cabeza por ella. Me lo contó él mismo. Me dijo que entendía por qué tu abuelo Giacomo se había convertido al catolicismo para poder casarse con ella. Que él habría hecho lo mismo, porque era una mujer extraordinaria. Tuvimos una fuerte discusión. Para entonces, mi madre ya había fallecido y él estaba a punto de trasladarse a Roma... Se marchó precisamente por tu tía. Para no verla más.

Pero... ¿cómo es posible? ¿Y entonces? ¿La tía de Michela? Y, sobre todo... ¿Luigi? Me contó que fue el prefecto quien le dijo al responsable de la investigación que Maio era hijo suyo. Lia, mientras, sigue hablando.

–Corrieron muchos rumores por la ciudad. Hay quien dice que eran

amantes, pero Giordano me aseguró que era mentira. Que él lo habría querido, que habría dejado a su esposa por ella, pero Francesca era fiel a su esposo, a pesar de que éste sufría depresiones y era un hombre muy... complicado. Creo que ella también estaba un poco enamorada de Giordano, pero no lo aceptó nunca. Cuando Maio desapareció, en cambio...

Guarda silencio durante algunos segundos.

—¿Qué?

—Francesca se puso en contacto con él. Lo sé porque me pidió a mí su número de teléfono en Roma, tres días después de la desaparición de Maio. De repente parecía tan... frágil. Se presentó una mañana muy temprano. Yo había leído en el periódico la noticia de la desaparición de Maio. Le di el número de teléfono de Giordano sin preguntarle nada y él llegó al día siguiente. Se quedó una semana en mi casa. Creo que hasta dio a entender a sus colegas que Maio era hijo suyo, para que lo buscasen con mayor motivación. Habría hecho cualquier cosa por ella.

Lia habla sin mirarme. Está observando fijamente a *Mina*, que le devuelve la mirada, inmóvil.

Ahora entiendo los rumores... Fue el mismo Cantoni quien dio a entender que eran amantes. Por tanto, Alma y Maio no son hijos de padres distintos.

—Mi hermano no dejó nunca de amarla —prosigue Lia—. Cuando Giacomo se suicidó, él vino inmediatamente a Ferrara. Era el mes de julio y estaba de vacaciones con su familia, pero alguien le informó y se presentó aquí. Durmió en mi casa durante aquellos días. Estaba muy alterado y trató de ayudarla con las cuestiones prácticas: los bancos, el funeral... Me dijo que Francesca era la mujer de su vida y que no soportaba la idea de dejarla sola en aquella situación, con un hijo desaparecido y el suicidio de su esposo... Supongo que esperaba que con el tiempo ella... pero entonces Francesca descubrió que estaba enferma. Giordano venía todas las semanas a Ferrara para verla. Creo que le regaló el anillo la última vez que se vieron en el hospital, antes de morir ella. ¿Lo sabes, no, que se fue en apenas dos meses? Su hija parecía un fantasma en aquella época. Vivía sola y la veía entrar y salir a horas intempestivas con rufianes de aspecto siniestro. Creo que Giordano la protegía desde lejos. Que informó a la Policía y a los Carabinieri para que la vigilaran y evitaran que se metiera en líos demasiados gordos...

Pobre Alma. Qué sola debió de sentirse. *Mina* sigue sin ladrar durante todo el relato y, por suerte, Lia no me pregunta nada.

–Lamento no haber sido más amable con tu abuela. Nadie lo fue, la dejamos sola. Tardé tiempo en comprenderlo. A ella... se la había juzgado como resultado de la decisión de Giacomo. Y la historia de Giordano tampoco la ayudó. Lo peor es que ella no tenía la culpa, de ninguna de las dos cosas. Me duele no haber ayudado a Alma en aquellos meses. Tendría que haberlo hecho. Era apenas una niña y estaba sola. Tendría que haberme ocupado de ella. Yo aún era joven, por entonces, y vivía justo enfrente. Giordano me lo pidió, pero me negué.

Me mira con una expresión indescifrable en sus ojos opacos. Su rostro parece sereno. Como si estuviera por encima de todo, lejos de todo.

–Pero no siento remordimientos porque no sirven para nada –añade, mientras hace un gesto con las manos abiertas y se encoge ligeramente de espaldas–. Esto no –dice en voz algo más alta, volviéndose hacia *Mina* y tapando con su servilleta de papel los restos del pastel de macarrones–. Los lácteos le sientan mal –dice, como si quisiera explicar su negativa–. Y esto, aparte de lechecillas y trufa, lleva nata, mantequilla, bechamel... por eso es tan bueno.

Luego se pone de pie, se agacha con un gesto ágil para recoger la correa y, por último, se vuelve hacia mí, que sigo sentada.

–Te llevo a ver una cosa, aquí al lado.

–Vamos –digo.

Aunque se ha vuelto más amable, Lia me sigue intimidando. Es tan educada y elegante, parece tan segura de sí misma... No me ha vuelto a hablar en dialecto desde que le dije que no lo entendía. Y me entristece, porque la hacía más humana.

Veo que en la mano izquierda lleva, sujeto por la cinta, un paquetito envuelto en papel de la pastelería en la que trabaja Isabella. Estoy a punto de preguntarle qué contiene, cuando anuncia:

–Hemos llegado.

Sólo hemos recorrido unas decenas de metros.

–¿Dónde estamos? –pregunto.

–En *via* Mazzini, que antes era *via* dei Sabbioni. La calle principal del gueto. Allí... –me indica, señalando en dirección a la catedral– estaba la verja de entrada y en el cruce con *via* Scienze, la de salida. Cinco verjas en total.

No sé qué decir. No sé nada sobre los judíos.

–Aquí están las sinagogas y el museo, pero están cerrados desde el

terremoto –dice, mientras me señala el portal de una casa de ladrillo visto–. Y... ¿ves aquella lápida?

Junto a la puerta de madera, enmarcada por un friso de mármol, hay dos lápidas de mármol blanco. Una de ellas, la más grande, tiene grabada una lista de nombres.

Hago un gesto de asentimiento. Sí, la veo. Y me da miedo intuir qué significan esos nombres.

–Son los nombres de los deportados. ¿Has leído el relato de Bassani?

¿Ella también? Aquí todos me hablan de Bassani, tendré que leerlo a la fuerza.

–Todavía no –respondo.

–Lo leerás –dice Lia en tono condescendiente, como si quisiera disculparme. Luego añade–: También están los nombres de tus bisabuelos y de tu tía, ¿ves?

Contemplo la lápida. Una larga lista de nombres en orden alfabético, que empieza con «Ancona, Guglielmo» y termina con «Zevi, Emma».

Leo.

A mitad de la segunda columna, los veo.

«Rotstein, Giorgio», «Rotstein, Wanda» y, luego, «Sorani, Amos», «Sorani, Anna», «Sorani, Rachele».

–¿Sabe dónde están enterrados? –le pregunto.

Lia suspira muy despacio y me observa como si yo fuese una niña que exige mucha paciencia.

–No volvieron nunca, Antonia.

Alma

Las semillas nos las había dado, ya germinadas, un compañero de colegio que las cultivaba en el balcón y, durante las vacaciones de Semana Santa, las plantamos en un campo cercano al Po.

Durante las siguientes semanas, a nuestros padres les extrañó que de repente nos hubieran entrado ganas de ir con ellos al campo los domingos. Pero teníamos que supervisar el crecimiento de nuestras plantas, regarlas y fertilizarlas con aceite de neem. Fue fascinante verlas crecer, desde unos pocos centímetros hasta casi dos metros de altura. Dejamos de fertilizar dos semanas antes de la cosecha, para que no olieran a estiércol, y un domingo de septiembre las recogimos. Algo debimos de hacer mal durante el proceso de secado, porque las plantas se enmohecieron, pero finalmente conseguimos extraer unos cuantos gramos de marihuana que guardamos en una bolsita de plástico, envueltos en papel de aluminio. Los escondimos en un baúl del desván para que nuestros padres no notaran el olor. Tampoco hubieran sabido de qué era el olor, pero lo divertido de nuestros trapicheos eran que fueran secretos.

Discutimos con Michela sobre dónde debíamos fumarnos el primer porro de nuestra propia marihuana: tenía que ser un sitio especial, pues queríamos celebrar una especie de ritual.

La idea se le ocurrió a Maio. Estábamos en casa de Michela, en su habitación. Las clases habían empezado hacía muy poco y ella estaba hojeando los libros nuevos sobre la alfombra, mientras yo leía a Tagore y Maio, medio tumbado en la cama, intentaba encordar la guitarra.

–En el cementerio judío –dijo, tras lo cual hizo vibrar un sonido grave y profundo.

–¿Qué? –respondí yo.

–¡Genial! –dijo Michela, que había captado la idea.

Yo observé a Maio, fascinada.

En aquella época, el cementerio judío era para nosotros uno de los lugares más sugerentes, inquietantes y misteriosos de Ferrara. En todas las pandillas había alguien que se jactaba de haber entrado de noche, saltando no se sabe

cómo un muro que medía casi tres metros de alto y estaba coronado por cristales de botella. Nosotros no habíamos estado nunca allí, ni siquiera de día, pero sabíamos que era un lugar muy grande y poco vigilado en el que resultaba fácil esconderse.

Decidimos ir al día siguiente, por la tarde, y quedamos delante de la entrada, en *via delle Vigne*. Maio había guardado un poco de hierba en una cajita de hojalata que tenía una rana dibujada, Michela llevaba el papel de fumar y yo un encendedor de plata. El ritual tenía sus reglas: todos debíamos contribuir con algo. Maio y yo no habíamos estado jamás en un cementerio, ni siquiera en la vecina cartuja. No teníamos parientes en Ferrara: los de mi madre eran la mitad de Sicilia y la mitad de Trieste y, en cuanto a los de mi padre, ni siquiera sabíamos dónde estaban enterrados. No se lo habíamos preguntado nunca.

Michela, en cambio, nos dijo que tenía abuelos y tíos enterrados en la cartuja, el cementerio de los católicos.

Encontramos la verja cerrada. En un letrero, se informaba de que el cementerio judío cerraba a las cuatro y media de la tarde en invierno y a las seis en verano. Estábamos en octubre y hacía mucho calor, pero obviamente ya había entrado en vigor el horario de invierno. Decidimos, pues, volver al día siguiente justo después de comer. Aquella pequeña complicación nos había animado aún más, pues cargar por media ciudad con la cajita de hojalata llena de hierba nos parecía una arriesgada aventura.

Al día siguiente hacía aún más calor, era una jornada radiante. El cielo azul estaba completamente despejado, a excepción de unas pocas e imponentes nubes blancas.

Mientras esperábamos a Michela, nos dedicamos a admirar la enorme verja, enmarcada por un arco de granito, en el que podía verse una inscripción en hebreo, y dos columnas con la estrella de seis puntas grabada. Todo lo que sabíamos de los judíos se reducía al *Diario* de Anna Frank y a la historia que habíamos estudiado en secundaria, pero sabíamos que aquella era la estrella de David.

Maio me dijo entonces que en casa teníamos un candelabro en el que aparecía aquella misma estrella.

—¿Sabes que en el *Libro tibetano de los muertos* aparece una estrella de seis puntas con la esvástica en el centro? —me dijo.

A su modo, como gran fan de John Lennon que era, Maio sentía

fascinación por el budismo. Desde que había descubierto que Lennon había escrito la canción *Tomorrow Never Knows* inspirándose en aquel libro, Maio lo había convertido en una especie de texto de culto. «Ante la duda, apaga la mente, relájate y déjate llevar por la corriente» era una de sus frases favoritas.

Cuando vimos aparecer a Michela, al final de la calle, Maio echó a correr hacia ella. Atamos su bici y las nuestras a un poste de hierro que estaba junto a la entrada y en el cual podía leerse un cartel en el que se pedía a los visitantes que llamaran al timbre para avisar a la guardiana.

La mujer que nos abrió tenía el pelo rubio y rizado, y unos grandes ojos azules muy maquillados. Llevaba una chaqueta muy ceñida de color rojo. Nos observó un instante con su mirada de ojos claros, nos condujo a un vestíbulo cuyo suelo era de gravilla y señaló a Maio.

–Los hombres deben llevar la cabeza cubierta –dijo.

Maio, instintivamente, se tocó la cabeza.

–Ponte una de éstas y firmad el registro antes de entrar –añadió la mujer, para después dar media vuelta y desaparecer.

No había estado con nosotros ni un minuto, pero su presencia nos había impresionado. Entramos entonces en una minúscula salita y allí, sobre un pequeño escritorio, vimos el registro, un cesto lleno de gorros y horquillas y una cubeta para los donativos. De las paredes colgaban fotografías de árboles durante las cuatro estaciones y un poema escrito a máquina que llevaba por título *El saber*. Maio lo leyó en voz alta, declamando: «Saben, sabemos que no se puede volver a estas estaciones que nos engañan con flores nuevas hojas nuevas. Saben, sabemos que el sueño sin sueños bajo la nieve silenciosa o el reluciente verde es nuestro destino menos cruel».

–Qué alegre –comentó Michela, en voz baja. Y luego, señalando el registro, añadió–: ¿Qué hacemos?

Dadas nuestras intenciones, no era cuestión de escribir nuestros verdaderos nombres. ¿Y si nos descubrían? ¿Y si alguien nos veía fumar?

En el pasillo, un letrero advertía lo siguiente: «Se recuerda a los turistas que deseen visitar el cementerio hebreo que se encuentran en un lugar santo y, por tanto, deben observar un comportamiento correcto y respetuoso».

No necesitábamos un cartel, ni tampoco experiencia en cementerios, para saber que fumar un porro en aquel lugar se consideraría sin duda un gesto irrespetuoso, por mucho que nosotros no tuviéramos intención de desacralizar nada, ni en lo estético ni en lo espiritual: sólo buscábamos un escenario

suggerente, especial, y aquél lo era. El aire transgresor de nuestra aventura le daba más emoción al acontecimiento que queríamos celebrar, pero no era nuestro objetivo.

–Primero lo visitamos y luego firmamos –dije–. Y así nos lo vamos pensando.

Ayudamos a Maio a colocarse la *kippah* en la cabeza con una horquilla y nos adentramos en el gran jardín desierto. La guardiana se había esfumado. Pasamos ante un pequeño mausoleo de mármol blanco, decorado con águilas de bronce, y nos dirigimos hacia el fondo del recinto. Caminábamos sin rumbo, asombrados por la inmensidad de aquel lugar y por su aspecto antiguo y silvestre. Al fondo del recinto se hallaba un majestuoso portal de mármol, con una inscripción en hebreo y una estrella de David. Al otro lado del portal, se extendía un recinto aún más grande y silvestre que el anterior, flanqueado por árboles gigantescos: encinas, álamos, hayas, castaños... Parecía un parque abandonado, más que un cementerio, hasta que encontramos grupos de antiguas lápidas en el suelo, ennegrecidas por el paso del tiempo. La mayoría estaban rotas y las inscripciones medio borradas por la abundancia de líquenes. Tras cruzar otro pasaje, entramos en lo que parecía una parte aún más remota del cementerio, delimitada por antiguos muros más allá de los cuales se divisaban los baluartes que tan bien conocíamos.

–Por aquí es por donde entra la gente de noche –observó Maio.

–Yo paso, gracias –dijo Michela.

Caminábamos despacio, tratando de leer las inscripciones de las deterioradas lápidas.

–Pero este cementerio es mucho más bonito que el nuestro –dijo Michela–. Más elegante. Nada de flores ni fotografías, sólo nombres.

–Un sitio precioso –asintió Maio–, mágico. No me molestaría que me enterraran aquí.

Michela y yo nos lo quedamos mirando, luego nos observamos la una a la otra y, por último, nos echamos a reír.

–Mejor elige dónde quieres que fumemos el porro.

Maio empezó a buscar a su alrededor, desapareciendo tras los matorrales y explorando los rincones ocultos. Mientras Michela y yo leíamos los nombres de varios niños en un grupo de lápidas relativamente recientes, Maio desapareció.

Intentamos llamarlo sin levantar mucho la voz, pero no contestaba.

Finalmente, Michela lo encontró en un pequeño claro en el que árboles, grandes fragmentos de lápidas y matorrales parecían fundirse en una inextricable maraña. Se había sentado con la espalda apoyada en un tronco macizo, había preparado un filtro con un trocito de cartón y se lo había puesto sobre la oreja.

–Os estaba esperando.

–¿Seguro que queremos fumar aquí? –preguntó Michela.

–¿Tienes miedo de faltar el respeto a los muertos? –dijo Maio, burlándose de ella.

–Se lo dedicaremos a ellos –propuse–. La primera hierba que hemos cultivado. Como una especie de ofrenda.

Maio pegó dos papeles de fumar y luego los llenó de marihuana pura. Después enrolló el porro y me lo pasó al tiempo que me hacía un gesto con la cabeza. Yo lo encendí con el mechero de plata de nuestro padre.

Di tres largas caladas y se lo pasé a Michela. El cementerio parecía abandonado; lo único que se oía era el gorjeo de los pajarillos. Vimos una urraca blanca y negra, un par de mirlos y varios petirrojos. Michela dio otras tres caladas y le pasó el porro a Maio. Aquella hierba no olía demasiado bien, tal vez aún estuviera húmeda.

Lo terminamos en silencio.

Cuando nos pusimos de pie, noté una especie de zumbido en los oídos. Me daba vueltas la cabeza. Nos abrimos paso por un estrecho sendero que discurría paralelo a una antigua pared de ladrillo rojo, en la cual se veían varios nichos de lápida blanca. Nos íbamos deteniendo ante cada una de ellas durante un tiempo que parecía infinito. Leíamos los nombres y las inscripciones que no estaban en hebreo y calculábamos la edad de los difuntos al morir. Muchos habían muerto en la Primera Guerra Mundial, pero también había muchos niños, viudas jóvenes, oficiales...

–Aquí descansa en paz Arturo Cavalieri, cuya repentina muerte a los treinta y siete años sumió en la mayor tristeza a su hermano y a sus queridos amigos –leyó Maio. Luego se volvió y me miró–: Tiene que ser bonito morir a los treinta y siete, antes de ser viejo.

Hice una mueca, sacudiendo la cabeza de un lado a otro y arrugando la nariz. Michela fingió que lo estrangulaba.

–Ya veo lo mucho que nos quieres...

Tuve la sensación de que el canto de los pájaros había aumentado de

volumen, hasta resultar casi ensordecedor.

Michela permaneció en silencio, observándonos con una sonrisa distante. Habíamos llegado ya a la salida y, aunque ninguno de los tres lo comentó, esperábamos no encontrarnos de nuevo a la guardiana. Nos sentíamos descompuestos y teníamos la sensación de que el mundo entero sabía lo que habíamos hecho. Tras llegar al vestíbulo sin haber visto a nadie, nos detuvimos delante del registro, en cuyas páginas se solicitaba fecha, firma, lugar de procedencia y profesión. Dado que nadie nos había visto fumar, escribí mi verdadero nombre, y lo mismo hicieron Michela y Maio. En la casilla en la que se solicitaba la profesión, escribí «profesora» y Maio, «músico». Michela no escribió nada.

Salimos, cerrando la verja a nuestra espalda, y nos deslumbró la luz reflejada en el empedrado blanco de la calle. La belleza misteriosa y antigua de aquel lugar había empañado la importancia de nuestro rito. Todos lo pensábamos, pero fue Maio quien lo dijo.

–Este sitio te coloca incluso sin fumar. –Y, luego, añadió–: Tiene que ser bonito ser judío.

Acompañamos a Michela, aunque en realidad estábamos más cerca de nuestra casa. Ella cogió unas galletas de chocolate de la cocina y nos fuimos a comerlas sobre la alfombra de su habitación.

Luego nos tumbamos y nos quedamos allí, contemplando el techo. De vez en cuando, alguno de los tres decía algo y los otros dos reían durante largo rato. Y así pasamos el resto de la tarde, hasta que llegó la hora de volver a casa. Ya en la puerta, Maio le dio a Michela un largo beso con lengua. Yo, que por lo general apartaba la vista, me los quedé mirando como si estuviera viendo una película.

Volvimos por una avenida flanqueada por dos hileras de tilos, pedaleando muy despacio. En la puerta de casa, antes de entrar, Maio me señaló con el dedo índice y dijo:

–Sumió en la mayor tristeza a su hermano y...

–¡... a sus queridos amigos! –respondí al instante.

–¡Muy bien! –me felicitó, al tiempo que abría la puerta.

Por el ruido de platos, supimos que mamá estaba poniendo la mesa. Nada más oírnos entrar, resonó su melodioso «Aal-maa-Maa-ioo».

Antonia

Hoy por fin veré a Leo. Me ha dicho que llega desde Roma con el tren de las 19.50 y que viene al hotel, pero quiero ir a recogerlo a la estación.

No veo la hora de que llegue, pero al mismo tiempo temo que su llegada pueda romper el hechizo: me siento celosa de esta ciudad como de un amor recién empezado. Es increíble que hasta ahora haya vivido sin conocerla siquiera.

Tan cerca de Bolonia y, al mismo tiempo, increíblemente lejos, y tan distinta de todos los lugares en los que he estado. De una belleza melancólica y circunspecta, solitaria. Repleta de secretos relacionados con mi familia. Hasta hace apenas unos días, no sabía nada; ahora, en cambio, tengo la sensación de que todo gira en torno a sus silenciosas calles de reluciente adoquinado.

Ayer, sin embargo, era Bolonia la ciudad que ocupaba las portadas: la prensa pregona a los cuatro vientos que Bolonia, la ciudad más docta de Italia, se está convirtiendo en una de las más peligrosas. A Leo le trae sin cuidado la prensa, pero esta mañana le ha tocado ir a Roma, al ministerio.

—Tengo que reunirme con el jefe de la Policía a las once. Si vuelvo a coger el tren después de comer, llegaré más o menos a la hora de cenar —me ha dicho por teléfono.

El ritmo de los días de Leo, pase lo que pase, lo marcan siempre las comidas. Desde que lo conozco, no lo he visto nunca saltarse una comida.

He cogido el autobús a las siete y media, delante de la iglesia de los Teatinos y he llegado con tiempo de sobra. Ha tardado sólo siete minutos en traerme a la estación, por una avenida que, pasado el castillo, se vuelve anónima y moderna, a excepción de un imponente edificio fascista, tal vez una antigua escuela. Se me ocurre entonces que no sé dónde estudiaron Alma y Maio. Hicieron el Liceo clásico, pero no sé dónde.

Se lo preguntaré a Michela. No hemos vuelto a hablar desde el paseo por las murallas, pero quiero llamarla cuando Leo se marche. No me ha dicho hasta cuándo se queda. Por teléfono, le he contado todo lo que he descubierto, menos la historia de mis bisabuelos. Quiero entrar con él en casa

de mi madre, presentarle a Lia Cantoni. Enseñarle la lápida de *via Mazzini*. Puede que quedemos con Michela y con su marido, la verdad es que siento curiosidad por conocer al padre de Isabella. Y a lo mejor Leo quiere llamar a Luigi: también será curioso verlos a los dos juntos.

La estación es un edificio bajo y alargado de los años cincuenta, en ladrillo rojo. Al llegar no me pareció tan soso, supongo que porque no sabía cuánta belleza me esperaba en la ciudad.

Entre los parterres resecos y la marquesina que está frente a la plaza, la estación desprende el mismo aire desolado de todas las estaciones. El único detalle alegre es un enorme aparcamiento para bicis. Decenas, centenares de bicicletas alineadas en círculos concéntricos a la derecha de la plaza, como si todos los viajeros llegasen en bicicleta a la estación. El interior es aún más soso: desde el letrero del bar, hasta el desorden de la terminal de salidas y de las pocas tiendas... Parece un lugar que ha intentado, sin éxito, cambiar de aspecto y que no acaba de encontrarse a gusto.

Dos muchachos de color hacen cola frente a la única taquilla abierta. Unos cuantos extranjeros más, de origen eslavo probablemente, beben cerveza sentados en las sillas de una sala de espera pertrechada en un corredor. La estación está casi desierta, como si a esta hora ya nadie cogiera el tren.

Bajo los escalones de un corto paso subterráneo y subo a la vía por la que ha de llegar Leo. Me siento en un banco de gélido mármol junto a dos muchachas nigerianas que parlotean muy deprisa en un idioma incomprensible. En su conversación capto tres veces la palabra Padua. Deben de estar esperando el tren que va a Padua, el mismo en el que llegará Leo.

Esta noche no hay niebla, así que me he puesto mi ropa nueva: vestido claro, impermeable y *pashmina*. Me he recogido el pelo al estilo Isabella, en lo alto de la cabeza. He estado a punto de ponerme los pendientes en forma de calavera, pero al final he optado por dejarme los pendientes tribales que llevo siempre, esos aros de coco negro que Leo llama «mis joyas de punki». Las calaveras amarillas habrían sido demasiado incluso para él.

Hace cinco días, bajé del tren en este mismo andén.

Pienso en todo lo que he descubierto desde que llegué: muy poco sobre la desaparición de Maio, mucho sobre mi familia y sobre por qué una historia tan lejana en el tiempo ha convertido a mi madre en lo que es.

También he descubierto que, como investigadora, no soy nada del otro mundo. Una cosa es inventarse investigaciones, imaginar tramas y

personajes, escribirlos... Y otra cosa investigar de verdad. Creo que no estoy capacitada. Ahora ya sé qué responder cuando me pregunten si la protagonista de mis novelas policíacas, la inspectora Emma Alberici, soy yo: «Ella es mucho mejor, yo no sería capaz de hacer su trabajo».

Las muchachas nigerianas se ponen de pie, riendo, y se echan a la espalda dos bolsos gigantescos, mientras el tren se detiene con un chirrido ensordecedor. Estoy emocionada, como si llevara semanas sin ver a Leo.

«Estación de Ferrara», anuncia una voz que no pronuncia bien la erre.

Se abren las puertas y bajan apresuradamente grupos de jóvenes que probablemente estudian en la Universidad de Bolonia. Son, sobre todo, chicas, idénticas a las que veo cuando voy a casa de mis padres: mismo peinado, mismas zapatillas deportivas de tela, mismos vaqueros.

Leo es el último en bajar y lo hace lentamente. Viste el traje marrón y la corbata de estampado escocés que yo le compré. En una mano lleva un maletín de piel y en la otra, doblado sobre el brazo, un impermeable. Él también ha renunciado al abrigo.

Parece cansado.

Nada más verme, despliega una de sus maravillosas sonrisas.

Leo tiene el rostro como uno de esos bustos de mármol: clásico, viril... Colores de normando y rasgos de antiguo romano. Si hiciera abdominales de vez en cuando, parecería una estatua magnífica, con ese pecho tan ancho y esas piernas torneadas que ha heredado de su padre. He visto fotos de él, era un hombre muy guapo. Tenía el pelo cobrizo, igual que Leo. Murió hace ya diez años, pero la madre de Leo habla de él a menudo, con entusiasmo: era médico, le apasionaba la historia, pintaba, cocinaba pescado, jugaba a ajedrez y padecía del corazón. Sé más de él que de mi propio abuelo.

Leo también es guapo. De una belleza antigua, que no advierte quien se detiene en la barriga, en las gafas o en la tonsura del centro de la cabeza.

Me quedo inmóvil, de pie, esperándolo. Cuando llega justo delante de mí, deja el maletín en el banco, me apoya las manos en los hombros y me aparta un poco.

–Ferrara te sienta bien –me dice. Nos abrazamos y me acaricia la barriga–. ¿Cómo está la pequeñaja?

–Bien, creo, aunque la tengo un poco abandonada.

Con Leo me gusta fingirme más desenvuelta de lo que en realidad soy: él se da cuenta y me sigue el juego. Leo, por su parte, interpreta el papel de

hombre sentimental del sur que secunda en todo a la joven independiente del norte. En realidad, los dos sabemos muy bien quiénes somos y lo importantes que somos el uno para el otro.

Bajamos la escalera del paso subterráneo cogidos de la mano. Una vez fuera de la estación, Leo echa un vistazo a su alrededor.

–No digas nada: Ferrara no es así –lo interrumpo.

–¿Ya has perdido la cabeza? –responde.

–Sí, completamente. ¿Quieres ir ya a cenar o prefieres pasar antes por el hotel?

–¿Qué clase de pregunta es ésa? A cenar, claro.

Cogemos el único taxi de la parada y le doy al taxista la dirección del restaurante que me recomendó Luigi, aquel en el que preparan pastel de macarrones.

–*Corso Ercole I d’Este*, al final.

Nos sentamos muy juntos en el asiento trasero del coche: yo le apoyo la cabeza en el hombro y él me aprieta la palma de la mano. Por su respiración, percibo el cansancio y la tensión de estos últimos días.

Cuando pasamos ante el castillo iluminado, antes de girar hacia *corso Ercole I d’Este*, Leo tuerce los labios en una mueca apreciativa, como si lo que está viendo fuese obra mía.

–Admirable –asiente.

El restaurante está al final de la calle y es, de hecho, el único establecimiento de la avenida. Las únicas indicaciones son una mortecina luz amarilla y un letrero de hierro forjado.

Entramos y un educado señor vestido con chaqueta de mezclilla y corbata de punto nos coge las chaquetas, al tiempo que entorna los ojos y sonrío discretamente, como si fuésemos clientes habituales con los que no hace falta perder el tiempo en formalidades. Nos lleva hasta un porche que tiene aspecto de no haber cambiado en absoluto desde hace décadas.

Nos sentamos y, finalmente, Leo se afloja la corbata y me besa en los labios. Sin embargo, se levanta enseguida.

–Voy a lavarme las manos –dice–, que desde esta mañana sólo frecuento trenes y ministerios.

Ya puede llegar el fin del mundo, que Leo no se sentará jamás a la mesa sin lavarse antes las manos. Una frase recurrente de Leo: «Mi padre siempre

decía: “Haced lo que queráis en la vida, pero lavaos siempre las manos antes de comer”».

Mientras está en el lavabo, aprovecho para echar un vistazo a mi alrededor. A pesar de que es viernes por la noche, sólo hay otra mesa ocupada, también por una pareja. La chica es guapa, su compañero no. Y tampoco parece muy simpático. Está mirando algo en su teléfono, con cara de aburrimiento, mientras ella le habla en voz baja, en tono dulce y algo afligido.

Leo vuelve y se sienta a mi lado. Me pregunto qué imagen damos nosotros dos a los demás: una joven embarazada y un hombre maduro y pelirrojo. Yo parezco más joven de lo que soy y él, más viejo de lo que es. No sería la primera vez que nos toman por padre e hija, aunque Leo sólo me lleve diez años.

El *maître* con chaqueta de mezclilla nos ofrece el menú, pero yo lo rechazo con un gesto. Ya he decidido:

–Pastel de macarrones para los dos.

–Estupendo –asiente el hombre–. ¿Vino? ¿Puedo proponerles un Fontana tinto del Bosco Eliceo? Ligeramente espumoso, de producción local.

–Perfecto –responde Leo.

Mientras el hombre se aleja y le hace una seña al camarero, Leo se quita las gafas y dedica un buen rato a limpiarlas con la servilleta. Me acaricia una mano y suspira profundamente.

–¿Cansado?

–Un poco. Y tengo algo que decirte.

–Dime.

Se pone las gafas y echa un vistazo a su alrededor. Luego inclina la cabeza hacia mí y, observándome con unos ojos que centellean tras las gafas, dice:

–Llevo todo el día dándole vueltas y creo que ya lo he entendido.

¿Qué habrá entendido? ¿Quién se esconde tras los crímenes del Pilastro?

–¿Has entendido qué está pasando en Bolonia? –le pregunto.

–¿Bolonia? ¡No, qué dices! Creo que he entendido lo que le ocurrió a Maio.

Alma

El bar en el que me ha citado Vincent me recuerda al local de *via* Carlo Mayr donde nos conocimos, hace más de treinta años. Desprende el mismo olor a bebidas alcohólicas caducadas y a humo rancio, por mucho que ahora –a diferencia de entonces– no se pueda fumar en los bares. Cuando lo he llamado, no le he conocido la voz, pero él ha adivinado enseguida que era yo y me ha dado la dirección de una calle de Bolonia en la que nunca he estado.

Durante el periodo que mi madre pasó en el hospital, yo no iba nunca a hacer la compra. A ella le decía que sí, que cocinaba, que comía mucha fruta y verdura, pero en realidad en casa no tenía nada, ni siquiera leche. Desayunaba un *capuccino* en el bar y para comer, si es que comía, compraba un bocadillo en cualquier lado.

Así conocí a Vincent.

Una noche –llevaba todo el día sin probar bocado–, salí en bicicleta pasadas las once, bajo una fina lluvia. Hice el recorrido por los mismos locales de siempre, en busca de algo que comer, pero estaban todos cerrados. Ciertas noches, Ferrara es una ciudad desierta.

Llegué, atraída por una luz, a uno de esos bares en los que las personas de bien no entran nunca. Dejé la bicicleta fuera, atada, entré con la cabeza gacha y pedí un sándwich de jamón y queso y una Coca-Cola. El camarero me sirvió sin decir ni una palabra. En el bar sólo había hombres que jugaban a cartas o que permanecían sentados fumando y bebiendo.

Al pedir la cuenta, el camarero señaló a un chico que estaba apoyado en la barra y dijo:

–Invita él. Todo lo que tomes, ha dicho. Para siempre.

Era mayor que yo, aparentaba por lo menos veinticinco años. Tenía las patillas y el pelo –liso y largo hasta la nuca– oscuros. Un chico muy guapo, de piel ambarina, vestido con una cazadora marrón de piel.

–Gracias –le dije, al tiempo que levantaba la Coca-Cola a modo de brindis. Luego me abroché la chaqueta, para marcharme.

–Te acompaño, por aquí corre mala gente –dijo él.

Y me sonrió, dejando al descubierto unos dientes blanquísimos, perfectos.

Hicimos el amor en el sofá. Luego en el cuarto de baño, bajo la ducha. Luego en mi cama. A las tres de la madrugada, Vincent –por el camino me había contado que era calabrés y que su nombre era Vincenzo, «pero todo el mundo me llama Vincent»– preparó un plato de pasta con una salsa de tomate riquísima, elaborada con una lata de tomates enteros pelados que yo ni siquiera sabía que tenía. Luego dormimos hasta tarde.

Nada más marcharse él, a las tres de la tarde, me fui al hospital.

–Hoy tienes mejor cara –dijo mi madre al verme–, ¿qué has comido?

Ella, sin embargo, no estaba mejor. Es más, estaba cada vez peor.

Vincent volvió aquella noche con una botella de whisky y me enseñó a beberlo. Empezó a venir todas las noches. Me enseñó a preparar la salsa de tomate con cebolla, para cocinar una pasta como Dios manda. Hacíamos el amor, comíamos pasta y veíamos la tele.

Era bueno conmigo.

Me acariciaba la espalda, el pelo, las piernas.

–Eres tan guapa –me decía–. Y eres mía.

Hasta entonces, yo había hecho el amor sólo un par de veces, el año anterior. Con un compañero de clase, Roberto. Era inteligente y amable; tenía la piel suave, casi transparente. Sabía que estaba loco por mí y yo ya me había cansado de ser virgen. Pero la tercera vez le dije que no, que mejor lo dejábamos. Y él respondió educadamente que sí, que mejor lo dejábamos. Me regaló *Viaje al fin de la noche*, de Céline, un libro que no me gustó en absoluto.

Maio aún vivía, pero su dependencia de la droga ya lo había distanciado de mí. Ya casi ni hablábamos. Un día, antes de salir de casa, se asomó a mi habitación y me dijo, con unos ojos muy abiertos:

–Puedes aspirar a algo mejor que Roberto Triglia, ¿sabes?

Y luego había hecho el gesto de abrir y cerrar la boca, como los peces.

No creía que supiera lo mío con Roberto –que, por cierto, se apellidaba Traglia–, pues suponía que estaba demasiado ocupado traficando, merodeando y buscando dinero. Su comentario me gustó, pero no quise

demostrárselo y fingí indiferencia. Aún estaba demasiado enfadada con él por su traición.

No sabía qué hacía Vincent para ganarse la vida, hasta que una noche me enseñó una pistola y me preguntó si podía guardársela en casa sólo durante un día. Hasta aquel momento, yo nunca había visto ninguna pistola, pero aún me aterrorizaba el recuerdo de la escopeta de mi padre. Le dije que no, que prefería no hacerlo. Discutimos y se marchó.

Vincent era mi analgésico, mi amigo, mi amante, la única persona que me ayudaba a soportar el dolor por lo que le estaba sucediendo a mi madre y por todo lo demás. Lo necesitaba físicamente, necesitaba su presencia. Sin él, me sentía mal.

Una hora después, fui a buscarlo a su bar y lo encontré jugando a cartas con otros dos tipos. Me los presentó.

—Éste es Paolino y éste es mi hermano Gigi —dijo. Luego, al oído, añadió—: Si no quieres guardar la pistola, al menos pasa esta noche con Gigi. Demuéstrame que eres mía.

Acepté. Su hermano era mayor que él y aún más guapo. Se parecía a Tony Musante, un actor que nos gustaba mucho a Maio y a mí.

Fuimos a mi casa. Gigi era rápido y me gustó sentirme como una puta. La puta de Vincent y Gigi, un juego interesante.

A Vincent lo arrestaron tres días después.

Yo había ido a clase a Bolonia —tras la Maturità, me había matriculado en la Facultad de Letras— y luego directamente al hospital. Regresé tarde y me encontré a Gigi delante de la puerta de casa, fumando un cigarrillo.

—Vincent está en la trena, pero no pasa nada, saldrá pronto. Te manda recuerdos. Ahora yo me ocuparé de ti —me comunicó.

Gigi bebía champán, en lugar de whisky, y yo bebía con él. A diferencia del whisky, el champán me gustó de inmediato, no tuve que acostumbrarme a beberlo.

Lo traía ya frío, no sé de dónde, y en cuanto llegaba nos bebíamos un primer vaso en las copas de cristal de mi madre, antes de hacer el amor. Salíamos a cenar a menudo a un restaurante caro al que yo no había ido nunca y cuya existencia, a las afueras de la ciudad, ni siquiera conocía.

De vez en cuando me daba dinero para que se lo guardara, o algún cheque. Yo lo guardaba todo en el baúl del desván, en un sobre, siempre sin mirarlo. Me acompañaba a casa antes de ir a perpetrar algún atraco en Bolonia, Rímni

o Padua. Él y Vincent se dedicaban a organizar atracos y otros asuntos, ya lo había entendido. Pero me divertía con ellos. Me gustaban las emociones fuertes, porque me ayudaban a no pensar.

Una tarde llegué al hospital de Bolonia y cuando entré en el pabellón en el que estaba ingresada mi madre, vi venir hacia mí a uno de sus médicos acompañado por la jefa de sala, una enfermera véneta de nombre Fernanda que no me caía precisamente bien. Caminaban muy deprisa y lo comprendí al instante. Había muerto aquella misma mañana, sola. Me sentí la persona más desgraciada y más infame del mundo.

Al funeral asistieron muchas personas: clientes de la farmacia, conocidos, vecinos de la calle... Pero yo no reconocí a nadie. Un amigo de mi madre, que se llamaba Giordano y era de Roma, permaneció a mi lado todo el rato. Me movía como si fuera un robot, saludaba a todo el mundo sin ver a nadie. Lloraba sin darme cuenta y sin sollozar, como si las lágrimas fueran cera que se funde. De vez en cuando, alguien me ofrecía un pañuelo y yo lo miraba como si no comprendiese para qué servía.

Antes de marcharse, Giordano me dijo que si quería ir a estudiar a Roma, él me ayudaría a matricularme en la universidad y a buscar casa.

–Gracias, pero ya me he matriculado en Bolonia –le respondí–, me traslado allí.

Ni siquiera lo había pensado hasta ese momento, pero al decirlo me convencí de que era precisamente eso lo que tenía que hacer. Aquella noche, después del funeral, volví sola a casa. Había recibido muchas invitaciones, incluso de Roberto y de mi ex profesor de italiano, pero a todos les respondí que ya tenía otro compromiso. Por un momento, sentí la tentación de irme con Michela, que había acudido al funeral acompañada de su tía y me había preguntado si quería ir a dormir a su casa. Pero al final le dije que no también a ella.

Aquella noche, Gigi llamó al timbre, pero yo tenía las luces apagadas y me quedé inmóvil. Me pasé la noche sollozando en la cama de mi madre.

Por la mañana, metí en una bolsa los libros para el examen que estaba preparando, un poco de ropa y dinero. Cerré la puerta con tres vueltas de llave y me fui en bici a la estación. Até la bici y tapé el sillín con una bolsa de plástico para protegerlo de la lluvia.

Ya en Bolonia, dormí en un albergue durante una semana. Luego alquilé una habitación en un piso compartido con tres estudiantes pulleses, dos chicos y una chica. En diciembre conocí a Franco y me fui a vivir con él.

No volví a Ferrara hasta un año más tarde.

Cuando llegué a la estación, la bici ya no estaba. Me la habían robado. Jamás he vuelto a comprarme otra.

Fue Franco quien le dio una nueva dimensión a mis sentimientos de culpa hacia los Vincent, como yo los llamaba. En mis recuerdos, Vincent y Gigi se habían convertido en una misma persona.

Se lo conté durante una de aquellas primeras noches en que los enamorados no duermen y se lo cuentan todo. Poquísimas noches así, en nuestro caso.

Él se echó a reír, mientras se enroscaba entre los dedos mechones de mi pelo, y dijo que Eros y Tánatos son buenos amigos y que, cuanto más cercana se siente la muerte, más se aprecia la llama del pecado, la pulsión de vida. Me habló de un compañero de clase de Turín, que era anatomopatólogo. «El mayor fornicador que ha existido jamás», dijo. Fue así como empecé a amarlo.

Este bar huele verdaderamente mal. Si Vincent no llega en los próximos diez minutos, me largo.

Antonia

–Comamos primero –digo.

Mientras Leo me comunicaba que cree haber entendido lo que le ocurrió a Maio, han llegado nuestros platos, con su humeante pastel y su aroma a trufa.

He sentido la necesidad de interrumpirlo. ¿Es porque me cuesta creer que Leo haya descubierto algo de verdad o porque tengo miedo de saberlo? ¿O es sólo porque quiero disfrutar hasta el último bocado del auténtico pastel de macarrones?

Me vuelve a la mente lo que me dijo Michela cuando hablaba de Alma: «Yo soy superficial. No era tan inteligente como ella». Me pregunto si mi madre sería capaz de comer, en un momento como éste. Puede que yo también sea superficial, pero... ¿cómo puede Leo haber comprendido lo que le pasó a Maio si ni siquiera yo, que llevo aquí cinco días, tengo la más remota idea? La hipótesis más verosímil es la que ha formulado Luigi: aquella noche, Maio estaba en el coche aparcado junto al dique del Po con los dos chavales de Massafiscaglia, y cayó –o se tiró– al río. Cuando se lo conté a Leo, no hizo ningún comentario. ¿Ha investigado por otro lado? ¿Qué puede haber descubierto desde Bolonia, con todos los problemas que están teniendo estos días?

Seré superficial, sí, pero la frase de Leo me ha inquietado y ahora no consigo disfrutar de mi pastel: me he comido la mitad, pero ya no me entra. Demasiada bechamel. O demasiada emoción.

Noto el corazón desbocado y me acaricio la barriga. Me da miedo que Leo haya encontrado pruebas de la muerte de Maio: sería típico de él salirme ahora con un golpe de efecto así. Que Luigi suponga su muerte no me parece algo irremediable, pero Leo es el mejor de todos. Si él dice haber comprendido algo, es difícil que se equivoque.

No parece sorprenderle que yo no quiera saber de inmediato qué ha descubierto. Ha devorado su trozo de pastel y ahora está contemplando la mitad que yo no me he comido, abandonada en el plato. En ese momento, le suena el móvil.

El tipo de aspecto antipático se gira hacia nosotros. Estará pensando que

somos unos paletos por dejar el móvil encendido en un restaurante, pero ni se imagina que Leo es el comisario de Policía de una ciudad que ahora mismo se encuentra en estado de emergencia. Si lo llaman a esta hora, es por trabajo, seguro.

Efectivamente, es Innocenzi.

Oigo a Leo decir:

—¿Cuándo? —Y, luego—: Envía a alguien a buscarme a Ferrara, *corso* Ercole I d'Este. Estoy en el restaurante del final de la calle, el único que hay. Hasta ahora.

Luego se guarda el teléfono en el bolsillo, me mira y dice:

—Otro muerto. Tengo que volver de inmediato.

Intento no mostrar mi desilusión, pero no lo consigo.

—Si no has visto nada en Ferrara. Qué lastima —suspiro.

—Te he visto a ti. Y estás guapísima vestida de emperatriz —contesta, acariciándome la barbilla.

Él, en cambio, tiene ojeras, bolsas bajo los ojos como cuando duerme poco, y una mancha en la corbata. Y ha comido vorazmente: cuando Leo come demasiado, sé que está estresado.

—¿Estás preocupado?

—Hemos vivido situaciones peores, pero el muchacho al que acaban de asesinar tenía veinte años y era de Bolonia. No tenía antecedentes. Y también ha resultado herido un peatón. Ahora es cuando todo el mundo empieza a ponerse nervioso.

Apoya una mano en la mía, abandonada junto al plato.

—Me entristece no quedarme contigo esta noche —dice.

Y a mí también me entristece, muchísimo. Pero tengo que saber lo de Maio antes de que se vaya. Crece en mí la inquietud de que no tenga tiempo de contármelo, de que me deje así.

—Háblame de Maio, entonces. ¿Qué es lo que has entendido? Tenemos poco tiempo.

No es la primera vez que Leo tiene que marcharse de repente, pero jamás había sucedido en un momento como éste. Quizá porque nunca se ha dado un momento como éste entre nosotros.

—Tenemos... —dice, mientras consulta su reloj de muñeca— más de media hora. ¿Puedo pedir ese postre rojo y negro? *Zuppa inglese*, ¿no? —dice Leo, mientras señala el carrito de los postres.

¿Lo hace a propósito porque antes he preferido comerme el pastel a escuchar lo que tenía que contarme acerca de Maio? De vez en cuando, le veo a Leo un lado orgulloso que, indefectiblemente, me sorprende.

–Pide la *zuppa inglese*. Y dime qué has descubierto, por favor.

Leo le hace un gesto al *maître* y le muestra en el carrito de los postres el dulce al que le ha echado el ojo. Se quita las gafas y se frota los ojos. Lo veo apoyarse en el respaldo, como hace cuando estira las piernas por debajo de la mesa. Pero enseguida se yergue, vuelve a ponerse las gafas y me observa fijamente. Es su mirada de poli.

–En el tren, he estado reflexionando sobre todo lo que me has contado. Y he estado investigando un poco en internet. Bueno, en los pocos tramos en los que había conexión.

–¿Y? –le pregunto.

Estoy impaciente. Y estamos perdiendo tiempo, parece que lo haga a propósito.

Sonríe.

De repente, ya no parece cansado, sino que tiene un aire risueño, lúcido y despierto. Yo, en cambio, estoy cada vez más inquieta. Este sitio, que hasta ahora me parecía íntimo y agradable, se me antoja ahora repleto de sombras. Ya se ha marchado todo el mundo y eso que no son ni las nueve de la noche.

Hasta el *maître* con chaqueta de mezclilla ha desaparecido.

–Me has dicho que estaba influenciado por el carácter de tu madre – empieza a decir.

–Más o menos, sí, según lo que me ha contado Michela.

–Conociendo a tu madre, me inclino a creerlo –comenta.

–Pero... –digo, dispuesta a protestar. Sin embargo, dejo que continúe–: De acuerdo, sigue...

–Sabes que tu madre me cae bien –dice, acariciándome la mano con la izquierda, mientras empuña la cucharilla con la derecha, a la espera de que llegue la *zuppa inglese*–. Es tan inteligente –prosigue–. Pero es una mujer dominante, carismática. Y, por ese motivo, sus alumnos la adoran. Contigo puede que se haya reprimido, pero Alma es un poco... manipuladora. Tu padre es de las pocas personas que pueden resistir ante ella porque practica la resistencia pasiva. Y por eso siguen juntos, después de treinta años...

–Desde que nos conocemos, nunca me habías dicho nada parecido – empiezo.

No me esperaba ese meticuloso análisis del carácter de mi madre.

–Porque no se ha presentado la ocasión ni el motivo. Eres bastante independiente. No me malinterpretes, tu madre se merece la atención que recibe de todo el mundo. Tiene una gran personalidad. Y un pasado... cualquier otra persona se habría hundido, estaría destrozada. Ella, en cambio, es una luchadora. Ha encontrado la forma de alimentarse de sus sentimientos de culpa, de extraer de ellos la fuerza. Es una persona que lucha día tras día con sus demonios. Y no pierde nunca.

Me impresiona la sensibilidad de Leo. Ni siquiera yo habría sabido describir tan bien a Alma.

–Pero... ¿qué tiene todo eso que ver con la desaparición de Maio?

El camarero nos ha traído dos raciones de *zuppa inglese* y Leo, tras haber devorado la suya en tres bocados, ataca la mía, que yo ni siquiera he conseguido probar.

–Cuando fui a comer a casa de tu madre, me enseñó una fotografía. Una instantánea de la última Navidad que pasaron juntos, hecha poco antes de que Maio desapareciese. ¿La has visto?

–No he visto jamás ni una sola foto de Maio. No me he atrevido a pedírselo.

Cuántas cosas han pasado en tan sólo cinco días. Por ejemplo, que Alma le enseñe a Leo una foto cuya existencia yo ni siquiera conocía. No estoy celosa, sino perpleja, por mucho que conozca el talento de Leo para hacer hablar a la gente.

–En la foto, tu abuelo abraza a Alma y a tu abuela delante del árbol de Navidad. Tu abuela era una mujer muy guapa, pero parece estar sufriendo. Alma tiene la misma mirada profunda que ahora. Podría pasar por la típica foto navideña, de no ser por Maio. En esa foto parece... un duende. Permanece completamente ajeno a la escena y, al mismo tiempo, es el protagonista. Lleva una bufanda blanca enrollada en la cabeza, como si fuera un turbante, y finge tocar el clarinete. Como los encantadores de serpientes, ¿sabes? Tiene un aire extravagante, divertido. Como si no estuviera dentro de la fotografía, sino al lado de quien la mira, burlándose de ese carácter sagrado y empalagoso de la Navidad. Impacta, sobre todo si piensas que es la última fotografía de un muchacho que poco después desapareció como por arte de magia. La retórica del momento, la Navidad, el árbol, los adornos... se queda

en nada ante esa pose de Maio, sin duda improvisada. Tenía que mostrarse creativo y soñador, como te dijo su novia.

–¿Y?

–¿Cómo es posible que Leo, a partir de una fotografía, haya comprendido lo que le ocurrió a Maio?

–Enseguida voy. ¿Quieres un poco de vino?

Un poquito de vino no me iría mal esta noche.

–Media copita, gracias.

–Así me gusta, yo también –dice, al tiempo que se llena la copa hasta el borde–. Alma te ha contado lo que hicieron aquella tarde antes de... antes de la noche en que se pincharon, ¿no?

–Sí, habían ido al cine a ver una película de Antonioni.

–Muy bien. ¿Y recuerdas qué película había visto Maio el día que desapareció?

–Sí, Leo, te lo dije yo: *La profecía*, una película de terror. Pero... ¿qué tiene todo eso que ver?

Me parece oír una sirena a lo lejos. Será el coche que viene a buscarlo. Y él que aún no me ha contado nada. Estoy cada vez más nerviosa.

–¿Sabes de qué va *La profecía*, Toni?

Leo me aprieta la mano y me mira a los ojos.

–No, no lo sé.

–De un cambio de identidad. Un niño que nace muerto es sustituido por otro cuya madre ha muerto durante el parto –dice, con vehemencia.

–Ah. ¿Y?

–¿Y sabes de qué iba la película de Antonioni que Alma y Maio fueron a ver aquella tarde?

–No me acuerdo. Quería volver a verla, pero aún no he tenido tiempo.

–De un periodista que encuentra el cadáver de un hombre que se parece a él, escenifica su falsa muerte y adopta la identidad del difunto. Otro cambio de identidad.

Empiezo a ver adónde quiere ir a parar Leo. Y se me ha desbocado el corazón.

–¿Tú crees que Maio... cambió de identidad? –susurro.

Leo suspira y consulta su reloj.

–He oído un coche. Creo que ya han llegado.

–Leo, contesta. ¿Crees que Maio cambió de identidad?

Se pone en pie y coge la maleta y el impermeable en el preciso instante en que entra un agente de paisano al que ya he visto en otras ocasiones pero cuyo nombre no recuerdo. Leo le hace un gesto para decirle que va enseguida y luego se vuelve hacia mí.

–Vamos, te acompaño al hotel.

–Leo, ¡contéstame, por favor!

Yo también me pongo en pie.

Aunque lo que me ha dicho Leo no sea más que una deducción, estoy convencida de que tiene razón. De que tal vez ha comprendido lo que pasó de verdad. Estoy segura de que tiene razón, lo noto en la piel y en el estómago. Lo noto como se notan las cosas verdaderas, con una intensidad definitiva.

La verdad llega con una fuerza misteriosa, la reconocemos antes incluso de tener pruebas. Porque tiene su propia voz.

Pero quiero escucharla de labios de Leo.

Y él lo dice, esta vez sin sonreír.

–Sí, Toni. Creo que Maio está vivo.

Sentada con Leo en el asiento posterior del coche policial, ya no me apetece enseñarle el Palazzo dei Diamanti, ni la perspectiva de la plaza que se ve desde el castillo. Sólo tenemos unos minutos. Llevo tanto esperándolo... y ya se marcha.

–¿Tú qué harías ahora? –le pregunto.

Intuyo que tiene razón respecto a Maio, pero no será fácil demostrarlo. Me coge la mano con fuerza.

–Habría con las personas que los conocían.

Hemos llegado. Leo rodea el coche para abrirme la puerta, me ayuda a bajar y me besa en los labios.

–Esta noche quería dormir contigo.

–Yo también quería dormir contigo.

Nos abrazamos junto a la puerta abierta del coche, apretados y un poco torpes porque nuestras barrigas se empujan la una a la otra.

Veo las luces en la torre del castillo. Se ha levantado un viento ligero: es la primera vez, desde que estoy aquí. Ferrara ya empezaba a parecerme la ciudad sin viento, el lugar en el que nada se mueve.

–Te llamo.

Me da un último beso en los labios y me acaricia el rostro. Luego sube de nuevo al coche, junto al conductor, pero enseguida baja la ventanilla y se asoma para llamarme. Me acerco y lo veo rebuscar en los bolsillos. Saca un juego de llaves y me lo da.

–Son las llaves de la casa de Alma. Espero poder volver mañana para entrar juntos.

Me quedo en la acera mientras el coche se aleja. Las miro: tres llaves gastadas en un llavero de cadena unido a una antigua moneda de plata. Las llaves de Alma. Las aprieto, con el puño cerrado, y luego me las guardo en el bolsillo.

No son más que las nueve y media y no me apetece volver a la habitación. Por primera vez, me duele la parte baja de la espalda, como a las mujeres embarazadas, pero no tengo intención de ir a tumbarme con los pies en alto. Todavía no.

Es una noche extraña, no sólo por el viento y porque ha resultado muy distinta a como yo la imaginaba. Estoy sola una vez más, enfrentándome al misterio de Maio y de Ferrara, aunque ahora me parece más accesible, más cercano. Creo que la intuición de Leo refleja lo que he sabido desde el primer momento: que Maio está vivo.

Elijo una calle al azar, en dirección al centro, para caminar un rato.

En *piazza Savonarola* me encuentro con el habitual grupito de jóvenes que beben cerveza y hablan a gritos. Yo también me tomaría una cervecita, si tuviera compañía. Me acuerdo en ese momento de que Isabella, la hija de Michela, me ha dado su número de móvil. Me pregunto si sabrá algo de Maio. ¿Las madres les hablan a sus hijas adultas de su primer amor? Alma no me ha hablado nunca de esas cosas, pero Michela es distinta. ¿Te hablaré de mi novio mexicano cuando seas mayor, Ada?

El primer muchacho al que besé fue un estudiante mucho mayor que yo, cuando vivíamos en Estados Unidos. Yo no mentía jamás a mis padres, pero tampoco les contaba nada. Era una muchachita reservada, silenciosa. Justo estudiaba Historia y tenía veinte años. Íbamos al muelle a ver la marea y nos besábamos bajo un frío glacial. Alma no se enteró jamás de la existencia de Justo, porque ella sólo ve lo que quiere ver.

No estoy muy segura de que Michela me lo haya contado todo. Cuanto más lo pienso, más extraño me parece que no me haya preguntado por Alma: si tan amigas eran, debería haber demostrado algo más de interés por ella. En cambio, sólo me ha preguntado en una ocasión, la primera vez que nos vimos, y con un vago «¿Cómo está?». Al mostrarse tan solícita conmigo, parece como si quisiera mantener a Alma al margen, como si nuestra relación espontánea y amistosa excluyera en la práctica a su vieja amiga. Pero cuando me dijo que he hecho bien en venir a Ferrara, que los nudos del pasado hay que deshacerlos, tuve la sensación de que quería comunicarme algo. O de que me escondía algo. Había algo que desentonaba en su frase, algo que no era propio de ella. No era la Michela directa y radiante que hasta ese momento había visto.

Y, ahora que lo pienso, ha sido Michela quien me ha distraído de Maio al contarme, nada más llegar yo a Ferrara, la historia de la supuesta infidelidad de mi abuela.

Aquí estoy, justo delante de la catedral. Veo grupitos de chavales

desperdigados por toda la plaza, pero el grifo está libre. Apoyo en él la espalda para sacar del bolso el móvil y llamar a Isabella.

–¿Puedes beber?

Isabella me lleva a una mesa cuadrada, próxima a la librería.

Todo el mundo me pregunta si puedo beber.

–Un vasito de vino o de cerveza con las comidas.

–Entonces, comamos algo.

Me esperaba en la barra del bar, vestida con un abrigo del mismo tono rojo que el esmalte de uñas que lleva. Debe de ser un personaje conocido en Ferrara: Isabella, la actriz.

–Es que ya he comido. Bueno, casi. Media ración de pastel de macarrones. Y he bebido medio vasito de vino.

–Entonces pedimos otra media ración de pastel y medio vaso de vino, así lo arreglamos. Si estás embarazada, tienes que comer.

–No hago otra cosa, pero vale. ¿Tú también comes?

–Picaré algo, sí. Si no me hubieras llamado, me saltaba la cena. Ivo, ¿nos pones una ración de pastel en dos trozos y un cuarto de vino blanco del bueno? ¿Aún tienes aquel *prosecco* sin filtrar?

Isabella le canturrea el pedido al dueño del bar en el que me ha citado: un sótano grande, bajo en algunos puntos, repleto de libros, botellas y sofás, muy cerca de donde vivían Alma y Maio. Para llegar hasta aquí, he pasado por delante de su casa. En la ventana de Lia había luz, pero no se oía ruido: ninguna nota musical, ningún *bascta*. Les he mandado a ella y a *Mina* un silencioso saludo mientras corría bajo la lluvia a mi cita. El viento ha traído una tormenta y los ciclistas me pasaban muy cerca, equipados con impermeables o haciendo equilibrios para sujetar sus paraguas.

Bajo el abrigo, Isabella lleva un sencillo jersey negro y unas mallas ceñidas, como las que me pongo yo, pero ella las combina con unas botas negras de tacón alto y fino. Es esbelta, pálida, de una belleza irregular que no se olvida.

–¿Vives cerca de aquí? –le pregunto.

–Justo encima. Con Ricky, mi novio. Pero ahora no está.

Ah, sí, Ricky. El de los billetes falsos. No está porque está en la cárcel, pero si ella no me lo dice, tendré que fingir que no lo sé. Tengo que

permanecer atenta: mi prioridad, ahora mismo, es hacerla hablar de Michela y de Maio. ¿Qué haría Emma Alberici?

–¿Cuánto tiempo hace que no vives con tus padres? –le pregunto.

–Seis años. Estudié Arte Dramático en Roma. Volví aquí para estar con Ricky: él estudia Derecho.

Rezo para que Isabella no se fije en mi mirada perpleja. No me esperaba que Ricky estudiase en la universidad. Y, encima, Derecho. Sin embargo, se da cuenta, aunque atribuye mi perplejidad a otro motivo.

–Sólo es un año más joven que yo. Nos conocimos en el tren justamente cuando venía a matricularse en la Universidad de Ferrara, hace tres años. Aquí la Facultad de Derecho es muy buena. En Roma no estaba a gusto.

–¿Y tú estás bien aquí? –le pregunto.

–Ahora que Ricky no está, no. He pasado fuera muchos años. Mis amigas del colegio llevan una vida completamente distinta a la mía. Pero como base de operaciones, entre un trabajo y otro, Ferrara no está mal. Cuando no me sale ninguna obra, un amigo de mi padre me deja trabajar en su cafetería de *corso Ercole I d'Este*. Con el teatro no se gana mucho, la verdad.

Me resisto a la tentación de preguntarle dónde está Ricky. ¿Cómo podía, si era estudiante, regalarle vestidos que cuestan miles de euros? Pero no es eso lo que me interesa, ahora lo que tengo que averiguar es si Michela me ha mentido sobre Maio.

–Tu madre se alegrará de que hayas vuelto, ¿no?

–No. No es de esa clase de madres. Es más, dice que la he cagado.

Reconozco el lenguaje de Michela, pero finjo sorpresa.

–¿Y qué clase de madre es?

–Bueno, ya la has visto. Se lo monta muy bien. No ha renunciado nunca a los viajes de formación, ni a participar en congresos por toda Europa. Es muy buena en su trabajo y colabora con profesores importantes. De haber vivido en una ciudad menos tranquila, no habría podido hacerlo, con tres hijos. Aquí están mis abuelos y mi padre, que a las seis de la tarde ya está en casa. Mi hermana aún es pequeña, estudia secundaria. Mi hermano tiene el examen de *Maturità* este año. Pero si mi madre se tiene que ir, se va.

–¿Te hubiera gustado que estuviera más presente?

–Me habría gustado y me gustaría que, en vista de lo bien que se le da a ella ir a su bola, me dejara un poquito en paz también a mí.

Aprieta los labios. Se pone nerviosa al hablar de su madre. Tengo que

acosarla un poco. Le sirvo vino. En lugar del cuarto de vino que hemos pedido, el camarero nos ha traído una botella de espumoso rosado.

–Invita la casa –ha dicho, acariciando a Isabella con la mirada.

–Ha sido muy amable, el camarero –comento.

–Somos vecinos. No es de Ferrara, aunque lleva aquí toda la vida. Los ferrareses de pura cepa, los que frecuentan el Marfisa, no son tan amables.

–¿Me recuerdas qué era el Marfisa? –le pregunto.

–El club de tenis de *corso* Giovecca. Allí también jugaban Bassani y Antonioni.

–Ah. ¿Y ellos eran auténticos ferrareses?

–Para nada. Se sentían excluidos. Huyeron a Roma.

–Pero... ¿aquí alguien se siente ferrarés? No hago más que conocer a gente que los critica.

Menos Lia Cantoni, pienso, aunque no lo digo.

–Contigo ni se molestarían en hablar, por eso no los encuentras.

–¿Por qué?

–Pelo demasiado largo, pendientes tribales, sola, embarazada... Venga ya. Los descolocarías, porque la diferencia les da pánico.

–Tu madre no me dado esa sensación. Al contrario, se ha mostrado muy abierta conmigo.

–Mi madre no es ferraresa, ¿no te lo ha contado? Mis abuelos tenían un bar al otro lado del Po. Vénetos y pobres, cargados de deudas. Ella era la lista de la familia, estudió, se casó con un médico y ya está, vida solucionada.

–Bien por ella –insisto.

–Sí, sí, claro, bien por ella.

Isabella está a punto de explotar y decido jugar con las cartas descubiertas. Sé que le cuesta mentir, como a mí.

–En tu opinión, ¿por qué me ha dicho Michela que Maio está muerto? Nunca se encontró el cuerpo. Yo creo que está vivo. Y que sigue en contacto con ella –le suelto, de repente.

Isabella levanta de golpe la cabeza, pues la había inclinado hacia el plato mientras jugueteaba con el tenedor. La miro a los ojos y los baja, también de golpe.

–No puedo decirte nada –susurra. Un segundo más tarde, rectifica–: No sé nada.

Pero ya me lo ha dicho todo.

Alma

En el sueño, no soy yo. Soy Michela y me veo desde fuera.

Cuando mamá llama, corremos hacia ella.

Es como si lo estuviera viendo todo desde arriba.

Los veo subir a todos juntos al desván: mi madre, mi padre y nosotros, los dos hijos.

Maio y Michela aparentan unos diez años, mientras que mis padres son muy altos y tienen que agachar la cabeza para pasar por la puerta del desván. Al entrar, echan un vistazo a su alrededor. Hay poca luz.

Maio señala el baúl rojo, aquel en el que mamá guardaba los juguetes de cuando éramos pequeños; está abierto y, desde arriba, veo que está vacío.

Maio y Michela lo señalan, como si estuvieran buscando algo.

Mi padre le pasa un brazo por los hombros a mi madre; mi madre le coge la mano a Michela y Michela le aprieta el codo a Maio. Me siento sola, excluida de ese contacto.

Yo los veo a ellos, pero ellos no me ven a mí.

Sé que están todos en peligro, que les va a pasar algo cruel y terrible.

Una agresión. Una explosión.

Un asesinato.

Tengo miedo.

Quiero gritar, pero no me sale la voz y ellos no me oyen.

El desván es húmedo y oscuro, y sé que también está lleno de arañas, aunque no las vea.

Mi padre se asoma al baúl rojo y hace un gesto, como si quisiera enseñarles algo. Los demás se acercan para mirar.

En ese momento, Michela y Maio empiezan a encogerse, más y más, muy deprisa, hasta que se transforman en grandes arañas, trepan por la pared del baúl y se meten dentro.

Mis padres, cogidos de la mano, los observan con cariño.

Una vez que están dentro, mi padre cierra el baúl, sonrío y mira a mi madre.

Ella también sonrío y le devuelve una mirada de aprobación.

Noto un dolor muy intenso en la espalda.
Sé que van a morir todos.
Ahora.

Antonia

–Hola, Antonia. Mira, no te preocupes, no es nada grave, pero Alma ha tenido un accidente en el Pilastro hace una hora. Estamos en el Sant’Orsola. Será mejor que vuelvas en cuanto puedas.

La voz de mi padre es cálida, serena. La mía, en cambio, es un grito ahogado.

–¿En el Pilastro? Pero... ¿qué dices?

He contestado al teléfono mientras cruzaba la plaza de la catedral y unos cuantos chavales se vuelven a mirarme. Si el que está al otro lado de la línea no fuera mi padre, pensaría que se trata de una broma. Leo acaba de marcharse después de decirme que habían atropellado a un peatón en el Pilastro. ¿Y ahora también Alma?

Estaba volviendo al hotel, después de que Isabella se haya despedido precipitadamente, confirmando así mis sospechas sobre Michela. Estaba pensando en cómo enfrentarme a ella cuando ha sonado el teléfono.

–Tú tranquila, que no pasa nada.

–Sí que pasa, papá. Llego enseguida.

Por teléfono, mi padre no me ha contado nada más. He llamado a Leo, que ya estaba viniendo a recogerme: es absurdo, pero parece que el peatón atropellado tras el tiroteo en el Pilastro es mi madre. No me puedo creer que sea verdad, pero nadie me gastaría una broma así.

Hemos hecho el trayecto en coche hasta el Sant’Orsola cogidos de la mano, sin decir palabra. De vez en cuando, nos mirábamos a la cara, incrédulos, y luego seguíamos contemplando la carretera oscura y las luces de los coches que íbamos adelantando. Como en un sueño.

Franco está sentado en un pasillo de paredes color avellana. No es verdad que el accidente no haya sido grave: la están operando. Leo y Franco se dan la mano, Leo le da una palmada en el hombro. Mi padre está pálido. No me pareció tan delgado cuando nos vimos en el Diana, hace unos pocos días. Hace una eternidad.

Ninguno de los tres sabe qué decir.

Por lo que hemos conseguido entender, Alma pasaba cerca del bar en el

que han matado a un joven de veinte años. Un bar frecuentado por hampones. Al parecer, el asesino la ha atropellado cuando huía en moto. En el Pilastro. En la periferia. Que yo sepa, Alma jamás había puesto allí los pies.

Lo que está ocurriendo no tiene sentido.

Leo y Franco están preocupados por ella y por mí, pero yo me encuentro bien, sólo estoy atónita.

Siento a Ada moverse, como un poderoso aleteo.

A estas alturas, ya es del tamaño de una muñeca pequeña. Treinta centímetros, de la cabeza al coxis. He visto la imagen en un libro de consejos para embarazadas: duerme con las piernas en alto y las rodillas ligeramente flexionadas, ingiere alimentos ricos en fibra, bebe mucho. Descansa al menos una hora durante el día.

Lo que está ocurriendo no tiene sentido.

Ha salido del quirófano poco antes de la una de la madrugada, pero sólo la he vislumbrado de lejos. He visto su negra melena, las manos blancas. Estaba intubada. Inmóvil.

Nos han asegurado que su vida no corre peligro.

Leo habla en voz baja por teléfono y, de vez en cuando, se acerca y me aprieta un hombro o una mano, me da un beso en los labios o en la cabeza.

Están interrogando a todos los que estaban en el bar. Ya sé que Leo no tendría que estar aquí ahora mismo, sino en comisaría. Le he repetido ya un montón de veces que se vaya, que estoy bien.

Ahora soy yo la que propone que nos marchemos, sino aquí no se mueve nadie. Y según la doctora, una mujer rubia muy maquillada, permanecerá sedada unas cuantas horas. Hasta mañana por la noche, al menos.

–Su madre es una mujer muy afortunada –ha comentado.

Es la primera vez en mi vida que oigo esa frase referida a Alma.

Llevo a mi padre a casa y me quedo a dormir con él. Total, Leo tampoco va a volver esta noche. Nos acompaña hasta el portal con el coche patrulla. No hablamos, pero los dos estamos pensando en lo que publicaría la prensa si se descubriera que la transeúnte atropellada tras el tiroteo en el Pilastro es, en realidad, la suegra del comisario Capasso. Por suerte, no estamos casados, así que a lo mejor no lo descubren. Leo baja también del coche, me da un beso y abraza a Franco. Sonríe al ver a los perroflautas que acampan día y noche al lado de la casa de mis padres.

Franco no. Esta noche no sonrío.

Subimos lentamente la escalera. Nada más abrir la puerta, *Rossa* viene a recibirnos. Franco se dirige al cuarto de baño, sin quitarse siquiera el impermeable: llena de croquetitas el plato de *Rossa* y le abre el grifo del agua. Alma la ha acostumbrado a beber el agua fresca del grifo y *Rossa* ya no quiere beber de ningún otro sitio. Cuando vivía aquí, no era completamente consciente de lo pequeña que es esta casa. Y oscura, y medio asfixiada en un caos de libros. Me sentía encarcelada y no entendía por qué. Era mi casa, había crecido aquí, pero no veía la hora de marcharme.

Franco va a la cocina, llena una olla de agua y enciende el fuego.

–¿Qué haces? –le pregunto, mientras me quito las botas y el impermeable.

El suelo está helado. Hace frío y aún llevo el vestido que me he puesto para ir a cenar con Leo. Ni siquiera he pasado por el hotel, lo he dejado todo en Ferrara.

–No sé si preparar una pasta, un té o una bolsa de agua caliente. Tu madre es la única persona del mundo capaz de hacerme perder la cabeza.

Ya está mejor. Al menos bromea. Regresar a su casa es lo único que le ha devuelto la normalidad.

–¿Tienes un jersey grueso y unos calcetines de lana? –le pregunto–. Estoy helada.

–¿Míos o de tu madre? –pregunta.

–Ya voy yo a ver.

Entro en la habitación de Alma. Está desordenada, como siempre. Desde que me fui a vivir sola, ella y Franco duermen en habitaciones separadas. La de Alma ha sido invadida por los libros, que se acumulan en todas las superficies: mesitas, escritorio, estanterías... La cama de matrimonio está hecha, pero las almohadas están una encima de la otra, junto al cabecero, como si se hubiera tumbado a leer un rato antes de salir. Antes de ir al Pilastro, a hacer Dios sabe qué.

Veo varios jerséis, camisetas y calcetines gruesos tirados sobre un sillón. La ropa de estar por casa. Justo lo que estaba buscando. Me quito el vestido y me pongo los calcetines gruesos, unos pantalones y un jersey. Los pantalones me van largos y el jersey me ciñe la barriga, pero son calentitos y cómodos. Esta noche duermo vestida así.

Son más de las dos. Voy a lavarme las manos y me reúno con Franco en la cocina. Ha preparado manzanilla. Veo dos tazas sobre la mesa, junto a una caja de pastas de té.

–¿Quieres leche? –me pregunta–. ¿Un buen tazón de leche caliente con miel?

Cuando era pequeña, mi madre me lo preparaba antes de acostarme. Siempre comía muy poco durante la cena y luego, a la hora de irme a la cama, me entraba hambre.

–Éstas no son horas de comer –decía Franco.

–Bueno, pero no se va a ir a la cama muerta de hambre, sólo le preparo un poco de leche caliente.

La leche caliente era una excusa para mojar galletas, lo sabíamos

perfectamente las dos. Los tres, de hecho.

–Sí, creo que sí –respondo.

Estoy agotada, confusa y perpleja, pero nunca me había sentido tan dueña de mí misma. En silencio, nos comemos todas las galletas de la caja: yo mojadas en la leche y él, en la manzanilla.

Luego nos abrazamos.

–Vamos a dormir, papá.

–Sí, será lo mejor.

Esta noche nada de citas de la *Eneida*. Jamás había visto así a mi padre.

Lo veo entrar en la que en otros tiempos fue mi habitación, seguido de *Rossa*, y yo me meto en la cama de mi madre. Percibo su olor en las sábanas, un perfume francés que huele a nardos. Es uno de sus pocos gestos coquetos.

No puedo pensar en nada que no sea Ada. Deseo que esta historia termine de una vez para poder ocuparme sólo de ella. Hoy he entrado en la vigesimocuarta semana.

–Ya debes de pensar ochocientos gramos. Te estás haciendo mayor –la saludo, antes de sucumbir al agotamiento.

Cuando me despierto, tardo un poco en comprender dónde estoy.

Reina un gran silencio, interrumpido únicamente por el tictac de un reloj invisible. En esta casa, no sólo utilizan aún los relojes de cuerda, sino que además los esconden en los cajones.

Tanteo la mesita de noche en busca de mi móvil, pero encuentro el de mi madre: salió sin teléfono. Tal vez no tenía pensado estar fuera mucho rato, o tal vez se le olvidara cogerlo. Está apagado y no me sé el PIN. Si lo supiera, lo encendería para intentar comprender adónde se dirigía, o si había recibido alguna llamada antes de salir.

Tengo dos mensajes en mi teléfono. Uno de las siete de esta mañana, de Leo. «Detenido el asesino, un pez pequeño. Voy a dormir tres horitas. He llamado al hospital, todo bien pero la mantendrán sedada hasta esta noche o mañana. Te quiero.» El otro es de Luigi y sólo dice: «Acabo de saberlo, si necesitas ayuda aquí estoy».

¿Cómo narices lo ha sabido?

Bueno, claro, es poli. Lo sabe todo.

Me levanto porque se me está escapando el pipí. Ada ya está despierta y da patadas. Mi padre está en la cocina, vestido con traje y corbata, listo para salir. Sobre la mesa ha dejado su cafetera y una taza.

–Buenos días, ¿adónde vas?

–Al Sant’Orsola. He hecho café. ¿Cómo estás?

–Leo me ha dicho que mamá no se despertará antes de esta noche.

–Prefiero ir, de todos modos. Me llevaré un libro. ¿Puedo dejarte aquí sola?

–Tengo que ir a Ferrara a buscar mis cosas, ayer lo dejé todo allí. Volveré antes de la hora de cenar.

–¿Y cómo vas?

–En tren. Tarda menos de una hora, pero si quieres me quedo aquí contigo.

–¿A velar a la muerta? No hace falta, cariño, llevo toda la vida ventilándome a tu madre yo solo.

–Ya veo que estás mejor.

Parece haberse recobrado, aunque es la primera vez que lo oigo decir

«ventilándome».

–He recibido un mensaje de Leo, dice que ya han arrestado al hombre que disparó. ¿Qué hacía mamá delante de aquel bar, papá?

–Puede que hubiera quedado allí con algún estudiante, o con alguna amiga... No tengo ni idea.

–Espera un momento antes de marcharte, tengo que ir a hacer pipí. Tomemos un café juntos. ¿Tienes agua fuera de la nevera?

–Sólo la del grifo. Ve, te espero.

Cuando vuelvo, Franco se ha sentado a la mesa de la cocina, ha servido el café y dos vasos de agua y está leyendo las noticias de Bolonia en el periódico.

–¿Qué dicen?

–Sólo el nombre. Y: «Atropellada una profesora de cincuenta y un años que pasaba por delante del lugar en el que fue asesinado el joven de San Lazzaro, que no tenía antecedentes penales. Su pronóstico es reservado».

–Sabes que no puede ser una casualidad, papá.

–¿Por qué no?

–Venga ya. Leo es el responsable de la investigación más importante de los últimos diez años, todos los periódicos hablan de los tres crímenes del Pilastro, un barrio en el que Alma no conoce a nadie y donde jamás ha puesto los pies... ¿y ella pasa casualmente por delante del bar en el que justo en ese momento están asesinando al cuarto?

–No se me ocurre ninguna otra explicación. ¿Tú qué piensas?

–Estoy confusa, pero no puede ser casualidad.

–Ya nos lo contará cuando se encuentre mejor.

–Este café está malísimo.

–Normalmente lo hace tu madre... Antonia, yo me marchó. Me quedaré más tranquilo si la veo.

–Llámame en cuanto te digan algo. Por cierto, ¿sabes el PIN de su teléfono?

–No.

–Se lo dejó en casa.

–Suele hacerlo. Y yo también.

–Pues ahora llévatelo.

–Antonia...

–Dime.

–¿Estás bien?

–Muy bien.

–Ya lo veo. En eso eres igual que tu madre.

–¿En qué sentido?

–Tu madre se angustia cuando se trata de un problema existencial, pero cuando se produce una emergencia concreta, se convierte en una amazona.

–Sinceramente, de joven...

Me interrumpe.

–Cualquier otra persona se hubiera vuelto loca si le hubiera pasado todo lo que le pasó a ella. Pero ella consiguió salir adelante, a pesar de los traumas. Y ya sabes que las amazonas se cortaban los senos para combatir... Así que ellas también tenían la costumbre de autolesionarse. Bueno, me voy.

–Una cosa...

–¿Qué?

–¿Sabes lo que pienso? En mi opinión, no es que Alma no se quiera a sí misma, es que no sabe demostrárselo.

Franco sonrío, se abrocha el impermeable y se dirige a la puerta. Luego se vuelve a mirarme.

–Adiós, Bradamante.

Si cojo el Regional rápido, llegaré a Ferrara a mediodía y tendré tiempo de recoger mis cosas y volver antes de esta noche. No sé cuándo podré regresar a Ferrara, así que es mejor que hable cuanto antes con Michela. Franco tiene razón, hoy me siento como una guerrera. Si Michela sabe algo, hoy me lo va a decir.

Me vuelvo a poner el vestido claro y las botas y abro el armario de Alma. Tiene pantalones negros, blusas, su anorak azul, una chaqueta de ante que nunca se ha puesto pero que lleva toda la vida colgada en este armario y un abrigo nuevo de pelo de camello. Me pondré el abrigo, parece muy calentito. Es ancho y largo, como a mí me gusta, y queda muy bien con mi *pashmina*.

Me guardo en el bolsillo las llaves de la casa de *via Vignatagliata*, que había dejado en el impermeable. Bradamente ya está lista. Ada da vueltas como un pez de colores. Si Maio está vivo, lo encontraré. Debo hacerlo.

Llamo a Michela desde el taxi. Responde al cuarto timbrado.

–Soy Antonia, ¿llamo en mal momento?

–Estoy mezclando una crema, espera que cambio de mano. ¿Cómo estás?

–Bien, pero me gustaría verte hoy porque luego me voy. Y no sé cuándo volveré. ¿Tienes tiempo para un café después de comer?

La oigo vacilar, pero sólo un segundo.

–Hoy comemos tarde, mi hija llega del cole a las dos. ¿A las tres te va bien?

–Perfecto. ¿En mi hotel?

–Nos vemos a las tres. Te dejo, que se me pega la crema.

Llegaré a Ferrara a las doce. Media hora para recoger mis cosas y pagar el hotel. Y luego... ¿qué hago hasta las tres? Podría llamar a Luigi. Podría contarle mis sospechas sobre Maio. O no. ¿Qué dirá, sobre mi madre?

Lo llamo. No, le escribo. «Llego a mediodía con el Regional, a las tres he quedado y luego vuelvo a Bolonia. Si quieres nos vemos para despedirnos.»

Ya está. Enviado.

Responde enseguida.

«Te recojo en la estación.»

En el fondo, es lo que esperaba.

El sábado, el Regional rápido va prácticamente vacío, no como el lunes pasado. Puedo apoyar las botas en el asiento de enfrente. Si pongo debajo un periódico, nadie se atreverá a reñir a una mujer embarazada.

Veo desfilar la llanura padana al otro lado de la ventana, con sus caseríos que asoman entre la niebla, sus hileras de álamos, los campos helados... Hoy no parece que esté llegando la primavera. La niebla es ligera pero densa, baja, lechosa como el cielo blanco. Una sola parada: San Pietro in Casale. No me había fijado en esta parada la otra vez. Qué distinta era la persona que el lunes por la mañana cogió este mismo tren, a esta misma hora, en dirección a un lugar del que no recordaba más que la tumba de los Nanetti. Ahora me parece estar volviendo a casa.

Estoy preocupada por Alma, pero siento, con más fuerza que nunca, que le debo algo: descubrir qué le ocurrió a su hermano.

Cuando llegue a Ferrara, me gustaría saludar a Lia. Y a Isabella. ¿Por qué esta sensación de inminente despedida? Aún tengo que comprender tantas cosas... Leo me ha llamado cuando estaba a punto de llegar. No se ha sorprendido cuando le he dicho que estaba de camino a Ferrara. Ha utilizado las mismas palabras en las que yo estaba pensando, «un trabajo que terminar».

Me ha dicho que está a punto de ordenar una serie de arrestos, que el pez pequeño ha cantado. Espera que no haya más muertos, porque «con cuatro en seis días ya tenemos bastante».

No le he preguntado qué hacía Alma en el Pilastro, según él. Total, ya sé que no piensa en otra cosa.

Poco a poco. Cuando se despierte, lo sabremos.

En realidad, ya no tengo prisa por saberlo, pues experimento una sensación nueva, como si estuviese llegando a la conclusión de una historia.

Vigesimocuarta semana, pesas ochocientos gramos y yo seis kilos más: esta mañana, al mirarme en el espejo, he tenido la sensación de que la barriga se me ha puesto más ancha. Ya va siendo hora de que me ocupe de Ada.

Luigi no está en el andén.

Salgo de la estación mientras empieza a llover y veo el coche rojo de su mujer, el coche con el que fuimos a la playa. Es él. Está leyendo un libro.

Cuando llamo a la ventanilla, me mira durante un momento como si no me reconociese. No nos hemos vuelto a ver desde que cambié los pantalones negros y el abrigo gris por mi vestido de emperatriz. El abrigo de pelo de

camello de Alma es suntuoso. Calentito, ligero... Es como llevar puesta una nube.

–Sube –me dice con un gesto, sin bajar del coche.

A pesar de que llueve, la estación ha sido invadida por las bicicletas igual que ayer. Fue ayer por la tarde cuando vine aquí a buscar a Leo.

Me abre la puerta y me observa durante un largo instante. Su mirada despierta algo que no quiero sentir.

–¿Cómo está tu madre? –dice, sin dejar de mirarme.

–Bien, nos han dicho. Aún está sedada, pero fuera de peligro.

–¿Cuánto tiempo tienes?

–¿Qué estabas leyendo? –digo, cambiando de tema.

–Un escritor ferrarés, lo he encontrado en la biblioteca. Gianfranco Rossi.

–¿Cómo se titula?

–*Los amigos de la oscuridad.*

–¿Es bueno?

–Buenísimo.

–¿De qué habla?

–Son cuentos ambientados en Ferrara.

–No lo conozco.

–Y no eres la única. Murió en el 2000, un día antes que Bassani, pero nadie le prestó atención.

Cojo el libro. Es pequeño, rojo, de una editorial que no conozco.

–A mí también me publica una editorial así, que no conoce nadie –digo.

Pone el coche en marcha. Tiene un limpiaparabrisas defectuoso que produce un chirrido rítmico. Abro el libro al azar y un título me impacta: *Un lugar, no un lugar cualquiera.*

Leo en voz alta:

–«Un lugar de auténtico silencio, de árboles, hierba, animales; un lugar de donde no sentirse obligado a huir; un lugar en el que vivir signifique ser uno mismo, libremente, instintivamente, salvajemente, con una alegría infinita que poco a poco se va transformando en el placer de una melancolía solitaria e inexpresada». Qué bonito –comento.

Luigi circula por una calle de casas bajas. Está lloviendo fuerte.

–Tengo tiempo, ¿adónde vamos?

–¿Adónde te gustaría ir? –contesta.

No lo sé. No sé adónde me gustaría ir con Luigi. A un lugar, no un lugar

cualquiera. Quería ver tantas cosas en Ferrara, pero ahora ya es tarde.

–Vayamos adonde podamos hablar –digo.

Salimos de la ciudad. Reconozco la carretera, es la misma que cogió para llevarme al Po, al lugar en el que apareció el Golf de los dos chavales de Massafiscaglia, el coche en el que Luigi cree que también iba Maio.

Cuando llegamos al puente, sin embargo, no se detiene en el claro rodeado de cañas de bambú, sino que cruza el Po. Qué ancho y amenazador me parece. Lleno de corrientes, remolinos y ramas. Tan fangoso y turbio que da miedo. Esta vez veo el tren que pasa por el puente de al lado y que hace temblar el nuestro. Hoy no hay niebla. La lluvia lo limpia todo.

Una vez pasado el puente, Luigi gira a la izquierda y se adentra por un sendero que lleva a una barcaza, en el río. Parece un bar o un restaurante. O una cabaña de pesca, no sé.

Sólo veo un coche.

Bajamos y corremos bajo la lluvia hacia la entrada, salpicándonos de barro. Es un restaurante grande, desierto, poco acogedor.

–Fuera tienen una terraza. En verano es muy bonito cenar junto al río, aunque luego los mosquitos se te comen a ti –dice Luigi.

–Entonces, tenemos suerte de que no sea verano.

Nos sentamos en una mesa, cerca del ventanal que da al río. De cerca, da aún más miedo.

No hay nadie y hace frío.

–Están retirando las barcas. Si sigue lloviendo tan fuerte, hay riesgo de crecida –observa Luigi. Y, luego, añade–: Esta mañana he vuelto a hablar con Porta, el subinspector. Le he pedido que me contara algo más de aquella época. Y me ha dicho algo sobre tu madre.

–¿El qué?

–¿Seguro que quieres saberlo?

–Por supuesto.

–Cuando a tu abuela la ingresaron en el hospital, tu madre se quedó sola y empezó a frecuentar a ciertos delincuentes de un bar con bastante mala fama, en *via Carlo Mayr*. Según parece, salía con dos hermanos.

–¿Dos?

–Eso me ha contado Porta. En la Jefatura tenían órdenes de Cantoni de protegerla, de no perderla de vista. Los hermanos eran dos calabreses que se dedicaban a preparar atracos.

–Tal vez quisiera averiguar algo sobre Maio.

–Tal vez. Pero parece que estaba muy unida especialmente a uno de ellos, que fue detenido precisamente en aquella época. Y entonces empezó a salir con el otro. Dice Porta que eran tipos peligrosos. Los dos hermanos vivían juntos en una casa por la que pasaban armas y drogas.

No sé qué pensar. ¿Cómo debía de ser Alma a los dieciocho años, con un hermano que acababa de desaparecer, un padre que se había suicidado y una madre agonizando en el hospital? Ni siquiera me atrevo a imaginar cómo debía de sentirse.

–La llamaron a comisaría, hablaron con ella, intentaron hacerle entender que podía meterse en muchos líos. Según Porta, ella hacía todo lo que le pedía el tipo que estaba en la cárcel, incluido acostarse con su hermano. Y puede que otras cosas.

–¿Por ejemplo?

–No lo sé, pero cuando se frecuentan esos círculos, es inevitable verse implicado. Si tu familia es vegetariana, comes verdura.

–No necesariamente. En el caso de Alma.

Llega un hombre con la cara roja y unas entradas considerables. Calza botas de pescador y se apoya en nuestra mesa.

–Buenos días, comisario –le dice a Luigi–. *Vist' che zurnadina?*

–Buenos días, Otello. ¿Nos traes dos cafés?

–*Be' mo com', subit'*⁹ –dice Otello, que luego se dirige a la barra.

–Los sábados por la noche cocinan anguila –me informa Luigi.

–No veo el momento de no probarla –bromeo.

–En verano se está bien –insiste.

–Sí, sí.

No habrá un verano para nosotros, lo sabemos perfectamente los dos.

–¿Crees que la historia de los calabreses tiene algo que ver con lo que sucedió ayer tarde? –pregunto, para ahuyentar otros pensamientos.

–No es imposible –responde. Y añade–: ¿Qué te propones hacer ahora por Maio?

No quiero hablarle de mis sospechas. Todavía no.

–En realidad, ¿qué haces tú en Ferrara? –le pregunto.

Ya hace tiempo que quiero saber qué hace en Ferrara alguien como él.

–En la Policía, siempre nos mandan una temporadita al norte. Y a Rossana le gustaba este hospital, pero no nos quedaremos aquí toda la vida.

–¿Adónde te gustaría ir?

–No lo sé. No tiene importancia. Delincuentes los hay en todas partes.

–¿Hay muchos policías como tú? –le pregunto.

–¿Guapos como yo? –dice, con un centelleo pícaro en los ojos.

–Intelectuales como tú. Nunca he conocido a ninguno.

–No basta con leer cuatro libros para ser un intelectual. Pero no, la verdad es que no hay muchos. ¿A Leo le gusta leer?

–Género policíaco. Biografías. Ensayos. Nunca novela romántica. Dice que es mejor la vida.

–Nadie es perfecto –sonríe Luigi.

Acerca una mano, como si quisiera tocarme la cara, pero luego interrumpe el gesto, retira la mano y se la mete en el bolsillo.

–Tengo un trabajo que terminar –le digo–. ¿Me llevas al hotel?

–¿No quieres tomarte el café?

–Estará asqueroso, a juzgar por el local.

–Sí, está asqueroso, pero nos lo tenemos que beber. Si no, Otello se ofende.

–¿Sois amigos? –le pregunto.

–Nos ayuda a recuperar los cadáveres que se quedan atrapados en el dique, aquí al lado. ¿Quieres comer algo? –pregunta.

–Pues creo que no.

El pescador de cadáveres nos trae los cafés. Luigi vierte dos cucharaditas de azúcar en mi taza, sonriendo y mirándome a los ojos, antes de empujar la taza hacia mí.

–Bebe.

La verdad es que este café no está tan asqueroso.

Miro a Luigi.

Me mira.

No hace falta decir nada.

Guardo el portátil en la mochila y me despido uno a uno de los inquilinos del salón Bonaparte. Ahora me doy cuenta de que no están sólo Napoleón y Josefina, hay por lo menos otros dos personajes. Me gustaría habérselos presentado a Leo. Llevo en el bolsillo las llaves de la casa de *via Vignatagliata*, pero ahora mismo no me siento con fuerzas de ir allí. Ahora lo más importante es convencer a Michela para que me cuente toda la verdad.

Bajo a recepción a esperarla. He decidido dejarle creer que Alma está muy grave: seguramente habrá leído el periódico y, si no lo ha hecho, se lo enseñaré yo. Le diré que si sabe algo de Maio, éste es el momento de contármelo.

No me gusta mentir, pero hoy es un día excepcional. Y, además, no voy a mentir, voy a interpretar el papel de Emma Alberici, inspectora, detective, mi *alter ego*. O a lo mejor yo soy su *alter ego* humano y desquiciado. Aunque ella sea mejor que yo, hoy puedo conseguirlo, debo conseguirlo. Tengo un trabajo que terminar y me queda poco tiempo.

Michela entra en recepción a las tres en punto, con una llave en la mano.

—¿Quieres atar la bici en el patio? —le pregunto.

—Perfecto —dice, y se acerca a darme un beso en la mejilla.

Es la primera vez que lo hace. Hoy lleva una parka verde, forrada de pelo blanco, parecida sin duda a las que Alma y ella debían de llevar cuando iban al instituto. He visto que se han puesto de moda otra vez. Vista por detrás, parece una jovencita.

Ha dejado de llover.

—¿Quieres ir a ver la tumba de Lucrecia Borgia? —propono.

No, no quiero verla, sólo quiero hablar con ella. Sin embargo, acepto.

Echamos a andar por *corso Giovecca*, en dirección opuesta al castillo, y poco después Michela gira por una calle que no he recorrido nunca.

Parece cansada.

—Está en el monasterio del Corpus Domini, donde viven las monjas clarisas. Ya verás qué bonito.

No quiero ir al monasterio de las clarisas, necesito hablar ahora mismo.

Estamos pasando por delante de la verja de un jardín rodeado de altos muros de ladrillo rojo.

—¿Qué es esto?

—El parque Pareschi, ¿quieres verlo?

—Sí.

Los bancos están mojados. El parque es pequeño, resguardado, sugerente. Los árboles son altísimos, parecen tener cientos de años. Grandes magnolias de hojas gruesas y lustrosas, castaños de Indias, encinas, olmos, alerces, abetos... Aquí crecen toda clase de árboles. Bajo una marquesina de tejas de cerámica, delante de un columpio y un tobogán de hierro, hay un banco que parece seco.

—¿Podemos sentarnos un momento? —le pregunto.

Michela me mira la barriga.

—Sí, claro.

Tras un breve silencio, durante el cual parecer estar decidiendo si hablar o no, dice:

—He leído lo de Alma, lo siento muchísimo.

No respondo.

—¿Cómo está? —me pregunta.

Se ha quedado de pie, delante de mí. Ya no sonrío.

El parque es silencioso. Los juegos infantiles están empapados. No hay nadie aquí, aparte de nosotras. Quién sabe por qué serán tan altos los muros de este jardín. Michela, con las manos en los bolsillos, aparta las hojas mojadas con la punta del pie.

—Está muy mal —miento—. Nos han dicho que tal vez no salga adelante.

No pensaba que fuese tan fácil. Es como recitar. Noto crecer la angustia dentro de mí, como si lo que acabo de decir fuese cierto. Me tiembla la voz.

Michela se agacha delante de mí, mantiene el equilibrio sobre los tacones y me coge las manos.

—Lo siento muchísimo.

Tiene las manos —pequeñas y amarillentas— heladas. La miro a los ojos.

—¿Sabes por qué he venido hoy aquí? —prosigue—. Sé que Maio está vivo. Dime dónde está, cómo puedo contactar con él. Mañana podría ser tarde.

Se pone en pie muy despacio, apoyando las palmas de las manos en las rodillas. Suspira. Baja el mentón. Es increíble lo fácil que resulta mentir cuando se tiene un trabajo que hacer.

Michela se sienta junto a mí, rebusca en su bolsa, coge el tabaco y el papel de fumar y se prepara rápidamente un cigarrillo. Lo enciende. Expulsa el humo hacia el otro lado. Me mira sin mirarme de verdad, concentrándose en un punto entre mis dos ojos.

–Murió hace diez años.

–¿Sabes por qué en esta calle no hay puertas, a excepción de la del monasterio? –susurra Michela.

Estamos sentadas la una junto a la otra en el último banco de madera de una pequeña iglesia.

Mientras Michela me confesaba que Maio murió hace tan sólo diez años, ha empezado a llover fuerte otra vez. Hemos huido del jardín. Me ha llevado corriendo por una extraña calle adoquinada, flanqueada por antiguos muros de ladrillo rojo. Hemos cruzado un portillo y, de repente, estábamos dentro de una pequeña iglesia. Ahora entiendo por qué la calle me parecía extraña: porque no tiene puertas ni casas, sólo estos muros altísimos.

Michela habla en voz baja.

–Durante la Edad Media, en esta calle se celebraban duelos. Santa Caterina Vegri, que vivía en el monasterio, mandó abrir una puerta en la parte posterior de la iglesia para que la gente dejara de venir aquí a matarse. No se atreverían a hacerlo delante de la puerta de una iglesia. En la sala de al lado se encuentra el coro de las clarisas y allí está enterrada Lucrecia Borgia.

–Michela, te lo suplico, tengo que regresar a Bolonia para estar con Alma. Tienes que contármelo todo. ¿Cómo es posible que muriera hace sólo diez años? ¿Y antes? ¿Lo viste? ¿Dónde desapareció? –la acoso.

–Me telefoneó a casa, una noche. Estaba viendo la tele, yo sola. Mis padres tenían un bar y no volvían nunca a casa antes de medianoche. Había pasado un año desde su desaparición. Reconocí de inmediato su voz, aunque no se oía bien: me dijo que no me asustara, que estaba vivo y que vivía en Madrid.

La palidez de Michela ha adquirido ahora una tonalidad cenicienta. Habla sin mirarme a la cara, con la vista clavada en el altar. Habla muy despacio, en tono monocorde y, de forma espontánea, le respondo de la misma manera. Parece que estemos rezando.

–¿Y tú qué le dijiste? –le pregunto.

–Sentí el impulso de tirar al suelo el auricular, como si al otro lado de la línea hubiera un fantasma. Estaba convencida de que había muerto. Pero justo en ese momento dijo: «No soy un fantasma, Michela. Soy yo, de verdad». Me puse a llorar. Hablamos poco, porque llamaba desde casa de no sé quién. Me

preguntó por sus padres y tuve que decirle que habían muerto y que Alma se había ido. No pareció sorprendido. Me suplicó que no le dijese a nadie que estaba vivo y prometió que volvería a llamarme al día siguiente. Lo hizo. Esta vez lo oía mejor. Dijo que me escribiría y que me lo contaría todo, que volvería a llamar. Era muy importante que nadie supiese que estaba vivo, porque no podía volver bajo ningún concepto. Si hubiera vuelto, habría empezado a pincharse otra vez. Dijo que sólo confiaba en mí.

—¿Y tú has conseguido no contárselo a nadie durante todos estos años? —susurro.

—Sí... aunque Isabella, no sé cómo, lo descubrió hace unos años. Tal vez leyera una de nuestras cartas. Nunca me ha preguntado nada, pero una vez hizo una alusión que yo fingí no captar. Yo sé guardar un secreto. O eso creía, al menos.

Michela me observa con expresión preocupada, como si le diera miedo lo que yo pueda hacer ahora con esa información. Me doy cuenta de lo difícil que debe de haber sido para ella romper su pacto con Maio.

—¿Cómo pudiste no contárselo a Alma? Era su hermana. Se había quedado sola.

—Maio me pidió que no lo hiciera.

—¿Os visteis?

—Sólo una vez, en Madrid. Pero nos escribíamos.

—¿Y cómo estaba?

—Bien. Trabajaba con un experto en efectos especiales español, que se había trasladado a Hollywood. De vez en cuando se iba a Los Ángeles a trabajar con él. Durante los últimos años, tuvo una compañera, Flor, que vivía en Fuerteventura y Maio pasaba mucho tiempo allí. Fue Flor la que me comunicó su muerte.

—¿Y Alma? ¿No le interesaba? ¿Cómo consiguió desaparecer?

Me doy cuenta de que he levantado la voz. Michela se vuelve a mirarme.

—No hablábamos casi nunca de eso —responde en un susurro, al tiempo que me hace un gesto con la mano para que baje la voz.

—¿Que no hablabais casi nunca de eso? ¿No erais tan amigos los tres? ¿No le interesaba su hermana? ¿Y a ti? —insisto, en el mismo tono.

Michela parece impacientarse.

—Antonia, Maio no era como los demás. Él era... distinto a todos. Era libre.

Baja la voz, si no quieres que venga la hermana. Podríamos decirle que queremos ver la tumba de Lucrecia Borgia.

–No puedo, Michela, tengo que regresar enseguida a Bolonia para estar con Alma. Ahora cuéntame cómo murió y cómo consiguió desaparecer.

–Murió de un infarto, yo lo supe por Flor meses después. No sabían que estuviera enfermo del corazón.

–¿Y tú cómo sabes que es verdad, que no se trata de otra mentira?

–No tenía motivos para hacerme creer que estaba muerto veinte años después de haber reaparecido. Sabía que yo jamás lo hubiera traicionado.

–¿Cómo consiguió desaparecer aquella noche?

–No lo hablamos nunca, pero lo escribió en una carta. Si quieres te la dejo leer, la he conservado.

–¿Cuándo? Yo tengo que volver corriendo para estar con Alma.

–Voy a casa, la escaneo y te la envío por correo electrónico. ¡Más no puedo hacer, Antonia!

Me pongo en pie y la miro a los ojos. Ella me devuelve una mirada firme.

–Envíamela en cuanto puedas –digo, mientras le apoyo una mano en el hombro y se lo aprieto.

Noto sus huesos marcados, huesos elásticos y delicados. Huesos de pajarillo.

Tengo que volver corriendo. Alma podría despertarse en cualquier momento. ¿Cómo voy a contarle lo de Maio?

Ha dejado de llover, pero la calle sigue desierta y silenciosa. Pienso en los hombres que se retaban a un duelo entre estos muros, hace setecientos años. En santa Caterina, que decidió abrir una puerta en la parte posterior de la iglesia. En Maio, que telefona desde Madrid y descubre que su familia ya no existe.

No se celebra un duelo ante la puerta de una iglesia. Ni se abandona a una hermana que se ha quedado huérfana.

Si me doy prisa, puedo coger el tren de Bolonia que sale a las cinco.

Hace una hora que estoy sentada en el pasillo de paredes color avellana, esperando a que mi madre se despierte al otro lado del cristal.

He mirado diez veces el correo en el teléfono, para ver si Michela me ha enviado la carta de Maio. Aún no lo ha hecho. Pero he releído el último correo que le envié a Leo. Le contaba lo que Lia Cantoni me había revelado. Reflexiono sobre lo mucho que me desconcertó aquella frase de que los errores se pagan cuando creía que se refería a la traición de mi abuela: cuando Lia me aclaró que no había existido ninguna traición y que, en realidad, la frase se refería a la conversión de Giacomo, no comprendí todo lo que implicaba. Esta historia también tiene que ver conmigo.

El misterio de Maio y su epílogo no me convencen. ¿Y si se tratara de otra mentira? ¿Y si aún estuviese vivo? ¿Y si hubiese escenificado una nueva desaparición para no arriesgarse a que el único testigo –Michela– lo traicionase tarde o temprano? En cambio, las consecuencias que las vicisitudes de mis abuelos tuvieron en la familia de mi madre me parecen, ahora, evidentes. Tengo que volver a hablar con Lia. Ya casi es hora de cenar, pero desde que he descubierto lo poco que Lia se preocupa por las comidas, ya no me preocupa molestarla. Y, en efecto, responde al primer timbrazo.

De fondo oigo música de piano, pero no distingo qué es. Por teléfono, Lia parece mucho más joven. Y está muy informada.

–¿Antonia? Gracias por llamar. ¿Cómo está Alma? He leído en el *Carlino* que la han atropellado –me pregunta, con su acento lleno de erres y eles alargadas.

–Estoy en el hospital, esperando a que se despierte. Aún está sedada, pero la operación fue bien, está fuera de peligro.

He salido a la escalera de incendios para no molestar a nadie. Me llega, procedente del jardín, el olor de los pinos mojados. También en Bolonia ha llovido durante todo el día. No hay niebla y en el perfume del aire se intuye ya la llegada de la primavera. Un joven enfermero que lleva auriculares sin cable y un anorak rojo encima de la bata blanca, fuma apoyado en la barandilla. Me saluda con una mano y sigue fumando y escuchando música, al tiempo que mueve la cabeza.

–Menos mal. Estaba preocupada por ella y por ti –está diciendo Lia.

–¿Por mí? –respondo, algo insegura.

–Esperas un hijo, los disgustos no son buenos. –Entonces, se había dado cuenta. No me había dicho nada–. ¿Creías que no lo había notado? No he dicho nada porque no quería que me tomaras por una de esas viejas entrometidas...

–De usted puedo pensar cualquier cosa excepto que sea una vieja entrometida, más bien lo contrario –le respondo impulsivamente.

Desde que han atropellado a Alma, me parezco aún más a mi Emma Alberici. Emma es directa y precisa. Es una mujer que no teme a nada y que no se limita a observar los problemas y a hablar de ellos, sino que los afronta y los resuelve. Siempre he deseado ser como ella.

–¿Qué es lo contrario de entrometida? –responde.

No sé si lo dice en serio o me está tomando el pelo.

–Reservada. Sólo quería decirle que he comprendido por fin qué quería decir con aquella frase sobre los errores que se pagan. Cree que mi abuelo se suicidó porque... en fin, dígame usted. Vuélvamelo a explicar.

Oigo a Lia aclararse la voz y decirle *bascta* entre dientes a *Mina*, aunque en realidad ni siquiera la he oído ladrar.

–Ni siquiera yo lo había comprendido del todo hasta que tú me lo preguntaste. Durante muchos años, pensé que Giacomo había tomado una decisión equivocada, pero jamás se me había ocurrido pensar que él hubiera sido el primero en pagar las consecuencias. Todos los supervivientes de los *lager* se sentían culpables, así que imagínate cómo debía de sentirse él, que ni siquiera había llegado, que se había salvado por casualidad. Debía de sentirse muy mal para querer ahorrarles aquel legado a sus hijos. Todos lo juzgamos... demasiado a la ligera –dice Lia.

Estoy impresionada. ¿Cuántos años tiene esta mujer? ¿Casi noventa? Y aún es capaz de iniciar un debate. Cuando la conocí, me pareció completamente distinta.

–De entre nosotros, nadie se preguntó por qué tu abuelo estaba tan deprimido. Y, sin embargo, no era difícil entenderlo. No había conseguido salir adelante, a pesar de haberse casado y haber tenido hijos –prosigue. Luego añade–: Fueron muchos los supervivientes que se suicidaron, piensa en Primo Levi. Los verdaderos supervivientes no son los que consiguieron salir de los campos, sino sus hijos. Los supervivientes son como... muertos

vivientes. Nosotros lo sabemos, aunque no lo digamos. Giacomo era peor que un superviviente. Era un hombre que mantenía el equilibrio al borde de un barranco. Y cuando Maio desapareció, se precipitó al vacío.

Las palabras de Lia confirman lo que ya había intuido: nadie podía comprender, excepto su mujer, lo que Giacomo había pasado.

Mientras la escucho, veo que el enfermero del anorak rojo se ha quitado los auriculares y me mira como si estuviera esperando a que terminase la llamada. Lo observo con aire interrogante y él levanta un dedo y hace un gesto con la mano, como si quisiera decir: «Tengo que hablar con usted, pero tranquila, cuando acabe». Luego se gira y apaga el cigarrillo en el borde de la barandilla. Lo veo envolver la colilla en un pañuelo de papel y guardárselo en el bolsillo.

–Iré a verla después de... O puede que antes, con Alma –empiezo a despedirme de Lia.

No consigo decir «después del parto». No sé por qué.

–Me hará mucha ilusión –se anima–. Dale recuerdos de mi parte cuando se despierte. Dile... No, nada. Dale recuerdos y ya está. Adiós, Antonia, gracias por llamar –repite.

Oigo ladrar a *Mina*.

–Gracias a usted, Lia.

Cuando se da cuenta de que he terminado la llamada, el enfermero se vuelve. Es joven, tiene el pelo rizado y negro, la nariz y la barbilla pronunciadas y habla con acento del sur.

–Usted es la hija de la profesora, ¿verdad? –pregunta, con aire alegre y satisfecho.

–Soy la hija de la mujer a la que atropellaron ayer, sí.

–Me lo parecía, bueno, en realidad lo sabía. En fin, sólo quería decirle que todas las flores las hemos llevado a la Virgen de la capilla grande, pero los otros regalos se los hemos guardado en la sala de enfermería –dice, en el tono jovial de quien está dando una buena noticia.

Por mi expresión perpleja, deduce que no sé de qué me está hablando y se explica.

–Esta mañana han venido muchos estudiantes a ver a su madre. Les hemos dicho que no podía recibir visitas y lo han dejado todo para cuando se despierte. Las flores se marchitarán, es una lástima, pero también había un limonero en maceta. Ése aguanta, el calor le va bien.

–Ah... Gracias, no lo había entendido... Gracias.

–Ya ve –dice. Parece realmente satisfecho–. Nunca había visto tantos chavales visitando a alguien en Reanimación. Su madre debe de ser muy buena profesora. También hay un elefante de peluche. La chica ha dicho que era una elefanta, como ella.

–¿Mi madre?

–Lo ha dicho la chica que lo ha traído, una elefanta. Pero era muy amable. Se llamaba... Carlotta, o Camilla, algo así. ¡Como usted! –dice, iluminándose de repente–. Ella también esperaba un hijo. Y también le han traído peladillas, una cestita llena, porque si no lo he entendido mal alguien se ha casado o se casará en breve. Se las hemos guardado.

–Quédeselas usted, por favor.

–Pero pruebe al menos una, ¡son amarillas! Nunca había visto peladillas amarillas. La espero, la sala está al final del pasillo a la izquierda. Y traiga a su abuelo.

Mi abuelo, es decir, mi padre, se asoma en ese momento a la puerta de la escalera de incendios.

–Alma se está despertando.

Alma

Sabíamos que nuestro padre era frágil, pero jamás habíamos dudado de su amor... hasta aquella noche.

Nos habíamos sentado a la mesa nada más volver a casa, a las ocho. Nuestra madre había preparado *cappelletti* en caldo y Maio lo sorbía fingiendo succionarlo de la cuchara. Sabíamos perfectamente que el caldo se bebe sin hacer ruido y la broma de Maio, que por lo general divertía a mi padre, en esta ocasión parecía dejarlo indiferente.

También nuestra madre se mostraba taciturna. Tal vez estuviera cansada o tal vez fuera que nuestros sentidos, alterados por la marihuana, nos hacían percibir aquel silencio como algo insólito e insostenible.

Supongo que Maio empezó a hablar para llenar aquel silencio imaginario.

–Hoy hemos ido con Michela al cementerio de *via delle Vigne*. Es un sitio increíble, ¿cómo es que nunca nos habíais llevado cuando éramos pequeños? –empezó a contar de repente, al tiempo que lanzaba a nuestra madre la mirada propia de quien espera ser alabado por una encomiable iniciativa.

En lugar de sonreír y burlarse con dulzura de él, como cada vez que Maio se jactaba de una empresa supuestamente meritoria, mamá miró de reojo a nuestro padre. Papá levantó de golpe la cabeza y dejó caer la cuchara en el caldo, salpicando el mantel blanco con bordado de ranúnculos amarillos.

–¿Qué habéis hecho? –dijo entre dientes.

Pensamos que alguien nos había visto fumar en el cementerio y se lo había contado todo.

Maio y yo intercambiamos una mirada.

Aún estábamos bajo los efectos de la maría y el corazón nos latía desbocado como cuando está sucediendo algo espantoso.

–¿Qué tiene de malo ir al cementerio hebreo? –respondió Maio, sorprendido y dolido, mientras miraba a mamá.

Nuestro padre había dejado de comer y observaba a Maio con una mirada indescifrable y remota, como si acabaran de atizarle un puñetazo y se hubiera quedado aturdido. Nos convencimos entonces de que alguien nos había visto

y delatado, y comprendí entonces que Maio había decidido marcarse un farol y contraatacar.

—¿Qué tiene de malo? —repitió, en tono ofendido—. ¿Somos una familia antisemita y no lo sabíamos?

—¿He dicho yo que tenga algo de malo? —gritó nuestro padre, mientras empujaba la silla hacia atrás y se ponía en pie con una violencia que nos aterrorizó.

Sucedió todo en apenas unos segundos, pero nos conmocionó. Mamá también se puso en pie y le apoyó una mano en el brazo.

—Giacomo... no...

Él, sin embargo, gritaba cada vez más fuerte y descargaba el puño sobre la mesa, haciendo saltar platos y vasos.

—¿Es que he dicho yo que tenga algo de malo? ¿Eh? ¿Eh? ¿He dicho yo que tenga algo de malo?

Ya no pude contenerme. Maio seguía sentado, tan asustado como incrédulo. Sabía que, al igual que yo, estaba imaginando todos los desastres posibles: habían descubierto nuestra cosecha junto al Po, el alijo que guardábamos en el baúl del desván, la profanación de aquella tarde... Y, sin embargo, aquella reacción nos parecía muy exagerada. No estábamos dispuestos a admitir nada, eso jamás. No era justo tratarnos de aquella manera, nuestro padre se había vuelto loco. Lo estábamos pensando los dos, pero yo lo dije. De pie, con las manos aferradas al borde de la mesa, mientras me brotaban de los ojos lágrimas tan incontenibles como cargadas de rabia, grité:

—Papá, ¿es que te has vuelto loco?

Al escuchar aquellas palabras, Maio alzó el mentón y, con aire desafiante, dijo en voz baja:

—Eso no es ninguna novedad...

Mi padre extendió entonces el brazo derecho y le dio una bofetada en plena cara. Mi madre se interpuso entre ambos y se colocó delante de Maio, al tiempo que unía las manos en un gesto de plegaria dirigido a mi padre. Él cogió la sopera, nuestra antigua y preciosa sopera ovalada de porcelana blanca y gastados bordes de oro, y la arrojó al suelo. Se rompió en cuatro trozos y el caldo hirviente se desparramó por el suelo de cerámica, hasta llegar a la alfombra. Lo vi colarse en los intersticios de las baldosas; observé los *cappelletti*, que parecían caracoles; la tapa resquebrajada; mi madre

descompuesta; Maio con la marca roja de los dedos en la cara... Aquello no podía estar sucediendo de verdad. Nosotros no éramos una familia violenta, no podíamos habernos vuelto violentos de repente. Si aquello estaba pasando, tenía que ser culpa nuestra.

Permanecimos inmóviles durante un instante, como cuando se pulsa el botón de pausa en una película: mamá abrazada a Maio, mi padre de pie con los puños apretados, yo con la mirada clavada en el suelo...

La imagen posterior la recuerdo borrosa y confusa. Nuestro padre dio dos pasos hacia Maio y dijo, con voz quebrada:

–Perdóname.

Luego se fue corriendo arriba. Mi madre, aún al lado de Maio, le acariciaba la cabeza como si fuera un niño. Yo me fui a la cocina en busca de un cubo y un trapo para recoger la pasta y secar el suelo.

No volvimos a hablar nunca de lo sucedido.

Al día siguiente, cuando nos levantamos para ir al instituto, quisimos pensar que habíamos exagerado la escena por culpa de la maría, que aquella escena no había sido en realidad tan brutal como nos había parecido. Nos quedó, sin embargo, la sensación –cada vez más triste, a medida que iba pasando el tiempo y el recuerdo se deshilachaba– de que habíamos hecho algo malo que, al mismo tiempo, había provocado una reacción injusta y desproporcionada.

Aquella noche, nuestro padre no vino a cenar y mamá nos dijo que se había quedado en el campo para solucionar algunos temas agrícolas. Había preparado una pizza marinera y tuve la sensación de que nos escrutaba. Papá regresó al día siguiente, más cariñoso que de costumbre, y lo hizo cargado de uva, miel, flores y huevos frescos. Nos contó que la gata tricolor había tenido tres gatitos, uno blanco, uno naranja y uno negro.

–Una maravilla. Quería traerte el naranja, Alma, sé lo mucho que te gustan. ¿Te gustaría tener un gatito naranja?

–No, papá, mejor que se quede con sus hermanos –respondí, con la mirada baja.

Maio desapareció exactamente un año y tres meses después.

Antonia

Se está bien en casa de mis padres, reina un silencio muy acogedor. De joven, hui en cuanto pude en busca de luz y espacios vacíos. Demasiados libros apilados, cartas, revistas... Demasiados objetos por todas partes.

Las dos habitaciones, pequeñas, están una delante de la otra en un estrecho corredor. Si bien mis padres se esforzaban por no invadir mi intimidad, convivir con la energía tenebrosa de Alma en un espacio tan reducido a veces me impedía respirar.

El cielo no se ve bien desde ninguna ventana, excepto la de la cocina. Esta noche, además, se ve la luna: una luna pequeña en forma de hoz que ha salido tras la lluvia, acompañada de un par de estrellas. La lámpara que ilumina la mesita apoyada en la pared proyecta un cono de cálida luz. Aquí se está mejor de noche que de día.

Aún conservan la cocina de gas de cuando yo era pequeña, de esmalte blanco y cuatro fogones. El hervidor de té de Alma descansa sobre el fogón más grande y la cafetera de Franco, sobre el más pequeño. *Rossa* nos ha recibido enfadada y con la cola tiesa. Ahora se está frotando contra las patas de la mesa, junto a mis pies. Esta gata no maúlla nunca, no recuerdo haberle escuchado jamás la voz.

Esta noche, Leo se nos ha unido para tomar leche con galletas. He decidido volver a quedarme a dormir aquí. Franco está bien, pero me he dado cuenta de que tengo un padre anciano y necesito estar cerca de él, tal vez más que él de mí.

Para mí, Franco tiene el mismo pelo blanco y la misma barba blanca de siempre. Desde que tengo uso de razón, aparenta setenta años, pero estos días tengo la sensación de que ha encanecido más. Se calienta las manos con la taza, como si tuviese frío, sentado en la misma silla de madera en la que lo he visto todas las mañanas, durante veinte años, hojear el periódico mientras bebe, mudo y muy tieso, un larguísimo café. La imponente mole de Leo, agotado a la cabecera de la mesa, ocupa el centro de la estancia. Una mole demasiado grande para una cocina tan pequeña. Ha terminado la caja de galletas de nata mojándolas en la leche caliente y ahora echa la silla hacia

atrás y consulta su reloj. Me va a decir que vuelve a la comisaría: ya sé lo mucho que le gusta trabajar de noche.

Sin embargo, se dirige a Franco:

–Cuando Antonia era pequeña, ¿qué le contasteis de Maio?

¿Por qué no me lo pregunta a mí? No entiendo qué tiene eso que ver, ahora, pero siento curiosidad por conocer la respuesta de mi padre. Alma me había dejado creer que su hermano había muerto de leucemia.

–Antonia había visto una película en la que un muchacho moría de cáncer e imaginó, supongo, que su tío había muerto de la misma manera. Alma jamás le ha mentado –responde Franco–, sólo omitió ciertas cosas para protegerla.

Intento recordar la película que supuestamente vi, pero no me viene a la cabeza ni la peli ni tampoco recuerdo que Alma me hablara de su hermano. Sin embargo, sí recuerdo muy bien la incomodidad y la tensión cuando alguien le preguntaba por sus padres: yo era pequeña, pero sabía –siempre lo he sabido– que aquellas conversaciones le provocaban sufrimiento. Y cuando eso sucedía, yo sufría con ella. Los niños no soportan el dolor de los padres: tengo que recordarlo cuando nazca Ada.

–¿Y tú no le has preguntado nunca por sus abuelos? ¿No sabías que Sorani es un apellido judío? –prosigue Leo.

Ya casi es medianoche. Estamos cansados, pero Leo tiene una manera de hablar tan serena que la conversación no parece lo que en realidad es: un interrogatorio, aunque sea en familia.

A mi padre no le molestan las preguntas, al contrario: parece sentir tanta curiosidad como yo.

–Soy una persona discreta, Leo –le responde con una leve sonrisa–. O tal vez sólo muy aburrida –añade, al tiempo que cruza las piernas–. Dejaba que ella me contase lo que quería y cuando quería. Estaba a su lado si me necesitaba. Por lo demás, no hice preguntas. ¿Tú cómo sabes que es un apellido judío?

–Así se llamaba también un compañero mío de secundaria. Sus padres eran muy observantes. Éramos amigos, incluso fui a su Bar mitzvah. No eran de Lecce: el padre era veneciano y se dedicaba a la banca –dice Leo–. Fue él quien me explicó por qué mi amigo Davide no comía sobrasada ni salchicha.

A diferencia de Franco, Leo siente curiosidad. Le interesa todo el mundo,

nadie lo aburre. Franco y Alma, en cambio, se muestran selectivos, por no decir misántropos, excepto en el trabajo.

Intervengo para explicarles mejor a los dos lo que Lia me contó de Giacomo y de su familia deportada. Franco y Leo me escuchan con atención, pero si Leo tiene la misma mirada encendida que cuando está tratando de reconstruir un rompecabezas, Franco parece derrotado. Sé que está intentando separar la información que yo estoy transmitiendo de las emociones que experimenta, si es que experimenta algo, pues necesita conservar la lucidez en todo momento.

–Yo me retiro –dice Franco, poniéndose en pie de repente–. Perdonadme.

–Yo también tengo que irme –anuncia Leo, al tiempo que arrastra la silla por el suelo y busca su impermeable con la mirada–. Ya tendremos tiempo de seguir hablando.

–Pues nos vamos todos –digo yo, bostezando.

Me doy cuenta de que mi padre está agotado. Yo también.

Cuando Alma se ha despertado, hace unas pocas horas, ha permanecido en silencio diez interminables minutos. Miraba a su alrededor, con el ceño fruncido, sin mover la cabeza. Sólo giraba los ojos, como si estuviera paralizada. Finalmente, con una voz desconocida, ronca y grave, ha preguntado si se estaba muriendo.

Franco le ha contestado con dulzura.

–Si te estuvieses muriendo, creo que no hablarías con esa voz de hombre.

Justo entonces, Alma se ha vuelto hacia mí y me ha mirado como si quisiera decir «Yo aquí muriéndome y él se hace el gracioso». No ha dicho nada, pero le ha cogido la mano a Franco, se la ha apretado y le ha dedicado una sonrisa cansada. Había vuelto, era ella otra vez.

Franco se ha inclinado hacia ella.

–No tienes nada grave, en principio –le ha susurrado–. Te ha atropellado una moto. ¿Lo recuerdas?

Alma ha asentido.

–¿Qué hacías tú en el Pilastro, mamá?

No he podido evitar preguntárselo.

–Estoy cansada –ha dicho, con la misma voz espantosa de antes.

Luego ha cerrado los ojos y, al poco, se ha quedado dormida otra vez. Franco y yo nos hemos quedado allí, mirándola. Estaba pálida, pero tenía las

manos tibias y respiraba con regularidad. En un determinado momento, ha empezado a roncar muy bajito.

La doctora le ha dicho a Leo que Alma tendrá que quedarse unos cuantos días en observación, pero que la operación ha ido muy bien.

–El domingo que viene está en casa, ya veréis –ha dicho Leo, mientras nos llevaba a casa.

Tumbada en la cama de Alma, aspiro su perfume de nardos. Estoy cansadísima. Esta noche, Ada no para de moverse y de darme patadas. Noto la barriga dura. Sé que estos últimos días he comido mal, que no he bebido ni descansado lo suficiente. El lunes tengo visita y no quiero que la ginecóloga me riña porque me he cansado demasiado. Me había recomendado que evitara los alimentos grasos y salados... No sé qué pensaría del pastel de macarrones.

No le he dicho nada a Leo, pero antes de irme a Ferrara, la doctora Marchetti me dijo que tal vez tenga que tomar un fármaco para prevenir las contracciones. Un miorrelajante uterino. A partir de mañana, me dedicaré sólo a la barriga.

Beberé mucha agua, comeré fruta y verdura y pasaré al menos una hora al día con las piernas en alto.

Antes de apagar la luz de la mesita repleta de libros amontonados, compruebo por última vez el correo en mi teléfono y encuentro la carta de Maio.

Está escrita a máquina. Dos folios repletos de palabras tachadas con hileras de x y vueltas a escribir a continuación.

No está fechada.

Querida Michi:

¿recuerdas aquel verso de Tomorrow Never Knows de John Lennon, el que te cantaba siempre? Es lo que me ha pasado: apagué la mente y me dejé llevar por la corriente.

Me desperté rodeado de niebla junto a dos chicos a los que acababa de **xxxxxxx** conocer: Sandro y Renato. Nos habíamos pinchado en el coche, junto al Po. Yo tenía poca mercancía, pero aun así fue un viaje precioso.

Lo último que recuerdo de ellos es la voz de Sandro: decía que oía el ruido del tren en el puente que estaba al lado del nuestro. Luego me quedé dormido y cuando **xxxxxx** me desperté los vi a los dos durmiendo.

Estaba oscuro, no sabía qué hora era. Toqué a Renato y le cayó la cabeza hacia delante. Me giré y **xxxxxx** moví a Sandro, lo llamé, pero estaba inmóvil y rígido. Comprendí que estaban muertos y pensé que me echarían la culpa a mí. Tuve miedo.

Salí del coche y eché a andar por la carretera. No había nadie, sólo niebla, pero oí el ruido del tren que pasaba por el otro puente, como había dicho Sandro.

Con Alma jugábamos en **xxxxxxx** aquel puente, antes de conocerte. Una especie de desafío, a ver quién era el último en apartarse de las vías antes de que llegase el tren. Lo había leído en no sé qué libro de bandas de chicos y quería probarlo. Era divertido. Luego había dicho que basta, que ya no debíamos hacerlo más, **xxxxx** era peligroso.

Me dirigí hacia el puente grande y miré hacia abajo. No se veía el río, sólo un agujero negro que me atraía. Y el ruido, como un **xxxxxx** remolino frío.

Pensé que si saltaba la barandilla y me dejaba caer, todo acabaría enseguida, pero me quedé apoyado en el parapeto. Alma tenía razón, era un idiota.

Luego, de repente, vi una luz cercana y oí el ruido de un motor. Se acercaba un camión; si me tiraba delante, el conductor ni siquiera me vería. Ahora que Alma le había xxxxxx xxxxxx xxxx xxxxxx dicho a papá que me pinchaba, no podía volver a la casa. No quería ir a la cárcel ni a un centro de desintoxicación. ¿Tú te imaginas a Maio encerrado, Michi?

Pensé en mi madre cuando nos llamaba: Almaa-Maioo. Parecía un cántico.

Pensé en Alma, que decía: ¿de qué huyes? Y luego pensé en ti, cuando ríes.

Levanté ambas manos y di un paso hacia el camión. No me atropelló; al contrario, lo que hizo fue pararse.

El conductor se xxxxxx inclinó sobre el asiento, abrió la puerta y me observó con la cabeza ladeada, como si quisiera comprender qué era yo, si un hombre, un crío o un animal.

Y, finalmente, dijo: «Come».

Come.

Ven.

En alemán, o en inglés, no lo sé. xxxxxxxxxxx. Pero lo entendí. Ven.

Y subí al camión.

xxxxxxxxxxx Me seguía observando. Era joven, de pelo abundante y oscuro.

Cerré la puerta y él no me preguntó nada, ni dónde vas ni quién eres. Se giró de nuevo y emprendió la marcha.

Ahora me llamo Osman, Osman Kaya, y soy turco: renacido en el camión de mi hermano Asil Kaya. Vivo en Madrid, pero he pasado avalan dos meses en Berlín con xxxxxxxxxxx la familia de Asil.

Asil me contó que aquella noche no tenía que cruzar el puente, pero que había salido de la autopista debido a la niebla y me había encontrado. Me hizo tenderme en la litera de la cabina y cruzamos dos fronteras sin que nadie me viese.

Asil dice que nuestro destino era encontrarnos, que yo estaba enfermo y él me curó, que xxxxxxxxxxx eso es lo que hacen los hermanos.

Cuando me levanté de la cama, en xxxxxxxx Kreuzberg, después de tres días de dolores por el síndrome de abstinencia, su mujer Eren me preparó una dolma de verduras y arroz. Estaba deliciosa.

Entre gestos y cuatro palabras en inglés, me explicó que había sido Osman quien me había llevado hasta Asil.

Osman había muerto el 24 de noviembre de cuatro años antes, en el terremoto de Caldiran. Todos los **XXXXXXXXXX** habitantes de su aldea habían desaparecido.

Osman tenía unos diecisiete años, como yo. Asil me dio su pasaporte y dijo que era yo, su hermano, que había vuelto. Sólo tuve que cambiar la foto del pasaporte, pero fue fácil: en Kreuzberg se hace de todo.

Asil me regaló una **XXXXXXX** vida, me dijo que lo hacía por Osman. Hoy es él mi hermano.

No me siento culpable, Michi. Habrían muerto igualmente. Mi madre estaba enferma, mi padre nunca estuvo bien. Yo sé aceptar lo que **XXXXXXXXXX** llega y a mí me llegó Asil: el pasado no cuenta.

Podría haber muerto de sobredosis con Renato y Sandro, podría haberme ahogado en el Po o podría haber muerto atropellado por el camión. Pero estoy vivo, libre de la heroína, de Ferrara y de todo.

También de Alma.

No le digas que estoy vivo.

Se sentiría de nuevo traicionada y **XXXXXXXXXXXXXX** sería aún peor. Siempre encontraba un motivo para estar mal y sentirse el centro del mundo, ya lo sabes. Aunque el que estuviera mal fuera yo. Creía que todo **XXXXXXXXXXXXXX** dependía de ella. Sólo había una cosa que no soportaba: que no la amaran. Si supiera que estoy vivo y que no me he puesto en contacto, pensaría que no les quería y eso no es cierto: no puedo volver y tú, que de verdad me quieres, lo sabes. Marco Sorani ha muerto.

Lo siento mucho,¹⁰ como dicen aquí. Lo lamento.

Siempre te querré, Michi.

O.

Me acaricia la rodilla por encima de la sábana y, por suerte, sonrío. Tener un hijo con un policía tiene sus ventajas, entre ellas que Leo ha visto cosas bastante peores que una pérdida de sangre.

–Sólo tengo que hacer reposo un par de semanas.

Se burla de mí.

–Ayer por la mañana, cuando llegué, no te hacías tanto la chulilla.

No ha sido culpa de la carta de Maio, ni del cansancio, ni de lo que he comido: las causas de la placenta previa se desconocen y no tengo nada que ver con los considerados factores de riesgo: no tengo cesáreas previas ni soy múltipara. Tampoco tengo una edad avanzada.

Ahora ya lo sé todo acerca de la placenta previa, sobre todo que es poco frecuente y que afecta a una de cada doscientas mujeres, pero cuando me desperté en la cama de mi madre y vi la sangre, temí por Ada.

Llamé a mi padre: «Papáa». Y luego grité: «Francooo».

No contestó.

Llamé a Leo por teléfono. Me salía el contestador, tanto en el móvil como en casa. Supuse que se había acostado muy tarde.

–Hace sólo tres horas –admitió más tarde.

Eran las ocho de la mañana. Fue una suerte que ni siquiera la doctora Marchetti me respondiera al teléfono, porque sin duda me habría dicho que llamara a una ambulancia. Yo, en cambio, busqué un taxi y creo que hice bien: media hora más tarde, la ecografía que me hicieron en urgencias reveló, sin dramas ni sirenas, que Ada estaba bien.

No quiero minimizar, como sostiene Leo: ayer por la mañana tuve miedo. Me puse nerviosa y sigo estándolo. Me siento culpable, pero sólo un poco. Según Franco, que llegó antes que Leo, no tengo por qué sentirme culpable. La culpa ha sido de la placenta, no mía.

La placenta previa cubre por completo la abertura del cuello uterino.

–Imagínese un pollo bien cerrado en una de esas bolsas para congelar –me dijo la ecógrafa.

Dejé, tanto en el contestador de Leo como en el de Franco, el mensaje más tranquilizador que se me ocurrió: «Estoy en el Sant’Orsola, no con Alma,

sino dos plantas más arriba, en Obstetricia. He tenido pérdidas, pero tanto Ada como yo estamos bien. Sí, ya lo sé, más que una familia esto parece un matadero».

La primera vez que fui a casa de Leo, donde ahora vivimos juntos, me fijé en que –por suerte– no tenía nada en común con la de mis padres a excepción de una cosa: el contestador automático en el teléfono de casa.

–Ya nadie lo usa, es de viejos –le comenté, señalándolo.

–Lo dejo por mi madre. Así cuando me llama desde Lecce y no me encuentra, habla sola un rato y se entretiene –me respondió Leo.

Cuando conocí a su madre, comprendí lo que había querido decir.

Mis padres aseguran que lo conservan para filtrar las llamadas de trabajo, aunque en realidad a ellos les sirve como instrumento de defensa ante el mundo. Ayer por la mañana, el contestador automático le resultó útil a todo el mundo. Leo escuchó el mensaje nada más despertarse, aunque tenía el móvil sin batería. Y si Franco, que había salido sin teléfono a comprar galletas y el periódico, hubiese vuelto a casa y hubiese encontrado sangre en la cama, a saber el susto que se habría llevado, teniendo en cuenta lo racional que es.

–Pero cuando he escuchado la broma sobre el matadero, he comprendido que no tenía por qué preocuparme –dijo.

Si supiese lo poco que en aquel momento me apetecía bromear...

Pero ya es demasiado tarde para criticar a mi padre, o su método. Es mejor usarlo cuando resulta cómodo. Y de vez en cuando pasa. Si cuarenta y ocho horas después de que operen a tu madre acabas en el mismo hospital, dos plantas más arriba, desdramatizar con una broma es útil. Al menos de cara a los demás.

No sé cómo estoy, la verdad es que no quiero pensarlo. A veces es mejor no saber cómo estamos.

Sé que Ada está bien, que voy a tener que hacer reposo y que tal vez sea necesario adelantar la fecha de parto y programar una cesárea.

Por hoy, es suficiente.

Lo que importa es el presente, escribía Maio. Y hoy es verdad. Hoy sólo importa Ada.

Alma

El último verano, nuestro padre nos regaló una de aquellas barquitas viejas que usan los pescadores en los valles del Po. La había encontrado volcada y desfondada en un cañaveral y la había llevado a arreglar para regalárnosla.

La teníamos en una franja de arena, en el río, y justo antes del atardecer, cuando el bochorno disminuía y el aire se volvía respirable, descendíamos del dique por una escalerilla de peldaños medio podridos, entre las cañas de bambú y las matas de sauce blanco. Íbamos calzados con botas de pescador para protegernos de los mosquitos, más que del barro. Cogíamos la barca y la empujábamos hacia el agua. Maio remaba y yo me quedaba mirándolo. Otras veces nos dejábamos arrastrar por la corriente, estirados en la barca con una mano por encima de la borda para rozar el agua. Sólo había un sitio para remar, incómodo y estrecho, pero habíamos colocado un colchón hinchable en el fondo de la barca, y allí era donde yo me tendía o sentaba. Nos llevábamos tabaco y un cubo con botellas de agua.

Nos quedábamos en la barca hasta que oscurecía. A veces hablábamos o cantábamos, pero por lo general nos quedábamos en silencio y nos íbamos señalando los pájaros que veíamos: gaviotas cabecinegras, espátulas, garcetas o garzas reales. El camino del dique estaba desierto como el río, sólo pasaba algún que otro perro solitario y, en una ocasión, tres hombres a caballo que nos saludaron con la mano.

Entre los canales interiores, buscábamos prados y bosques anegados, y estanques de agua dulce cubiertos de nenúfares blancos. Uno de nuestros destinos preferidos era una jungla anegadiza de fresnos, álamos blancos y alisos negros: un mosaico de hierba, agua y ramas.

Escuchábamos el chapoteo de los remos en el agua, el zumbido de los insectos y el trino de los pajarillos. Aspirábamos un perfume que nunca jamás he vuelto a oler: el olor del río que se acerca a la desembocadura, donde se mezclan el agua dulce y el agua salada.

A medida que el sol iba bajando, los colores del agua y de los árboles resplandecían primero y se oscurecían después. De vez en cuando, comentábamos que no veíamos el momento de abandonar aquel funeral junto

al río para reunirnos en la playa con nuestros amigos, pero no lo pensábamos de verdad: en realidad, disfrutábamos de cada instante de aquellas vacaciones pausadas y conocidas en el lugar que de pequeños más adorábamos.

Cuando éramos niños, había un juego que nos gustaba especialmente: fingíamos que estábamos en una balsa y huíamos por el Po como había hecho Huckleberry Finn por el Misisipí. Habíamos construido una con tablones de madera torcidos y la guardábamos en aquella franja de arena junto al dique, que era como nuestra playa. Nunca la metíamos en el agua: nos limitábamos a subir y a fingir que viajábamos, que pescábamos y que nos defendíamos de los bandidos: yo era Huck y Maio era su amigo Jim, el joven esclavo negro.

Jamás lo dijo ninguno de los dos, pero aquel último año, cuando empezamos a navegar después de años soñando con hacerlo algún día, fue Maio quien se convirtió en Huckleberry Finn y no yo. Era él quien decidía las rutas, quien remaba en los canales interiores, quien organizaba las excursiones en los prados y los bosques anegadizos. Yo me dejaba llevar.

El último día de julio, la noche antes de marcharnos de vacaciones a la playa, decidimos ir hasta los valles en los que anidaban las colonias de flamencos. Habíamos ido en coche de pequeños, con nuestros padres, pero nunca por vía fluvial.

Llegamos al atardecer, cuando el cielo rojo se reflejaba en el agua. Dejamos la barca en tierra firme y trepamos por el dique para observar mejor a las docenas de flamencos de color rosa que se extendían por el agua del valle como una gigantesca mancha de sangre.

Y nos quedamos allí observándolos, señalando aquellos que, debido a un efecto óptico, parecían de verdad tener una única pata, hasta que algunas de aquellas aves, tras una breve carrera justo por encima del agua, emprendieron el vuelo y se alejaron como lanzas voladoras, con el largo cuello extendido hacia delante y las patas hacia atrás.

Con la barbilla levantada, seguimos con la mirada la formación en V hasta que desaparecieron todos. Luego volvimos a la barca y a nuestro embarcadero.

—¿Qué habéis estado haciendo? —nos preguntó nuestro padre cuando, aquella noche, llegamos tarde a cenar, sudorosos y llenos de picaduras de mosquito.

—Ser felices —contestó Maio tras él, levantando la cabeza con una mirada

que pretendía ser sarcástica y mostrando los caninos en una especie de mueca que le daba cierto aire de vampiro.

–Muy bien, hijos míos, me alegro muchísimo –respondió mi padre.

Y mi madre sonrió.

UN AÑO MÁS TARDE

Alma

He empezado por quitar los libros de los estantes bajos, luego he cambiado de sitio los que se amontonaban en el suelo, he tirado revistas viejas y le he quitado el polvo a las librerías. Hace años que no lo hacía; en realidad, puede que no lo haya hecho nunca, pero ahora que Giuseppe ha empezado a gatear y a romper todas las páginas que quedan a su alcance, no me ha quedado más remedio que ponerme manos a la obra.

Le gusta el ruido del papel al rasgarse.

Raaaaas. Raaaaas. Cada vez que rasgo un papel, se ríe.

Algunas tardes, Antonia me lo deja y se va a escribir a la biblioteca de la Facultad de Letras, que queda muy cerca de casa. Empezó ya hace tres meses, dice que está «metida en una historia», pero se hace la misteriosa y no sabemos nada. «No está ambientada en Ferrara», se ha dignado a puntualizar.

Haga el tiempo que haga, Giuseppe y yo salimos después de merendar. Vamos a los jardines Margherita y nos paramos debajo de un gingko biloba. Arranco una hoja y se la doy: él la coge por el tallo y se la queda mirando un buen rato, con la frente arrugada y los ojos muy abiertos. Las hojas de arce o de abedul no le interesan tanto como las del gingko biloba, ya lo he probado.

Si llueve, nos sentamos en un bar. Le gusta estar en brazos y mirar a su alrededor, como una comadre. Puesto que es pelirrojo, todo el mundo lo mira y le dice algo: lo saludan, le cogen la manita, le sonrían... Él es muy sociable, se ríe, devuelve las sonrisas... Sonríe mucho a todo el mundo, hasta a los aburridos, los desaliñados y los feos.

Una tarde entramos en un bar frecuentado por jugadores de billar y me acordé del sitio al que íbamos Maio y yo las mañanas de invierno en las que decidíamos saltarnos el instituto: un bar de mala muerte, en la periferia, donde estábamos seguros de no encontrar a ningún conocido de nuestros padres.

Nos sentábamos en la mesa que estaba junto al ventanal, con nuestros libros, cuadernos y chaquetones, y esperábamos a que llegase Michela. La veíamos surgir de la niebla con su bicicleta pintada de azul y detenerse delante de un poste para atarla con dos vueltas de cadena.

Maio salía corriendo a ayudarla, vestido sólo con el jersey, aunque hiciera tanto frío que los dedos se nos congelaban dentro de los guantes peruanos que llevábamos los tres. Michela era bajita y, para besar a Maio, tenía que ponerse de puntillas mientras me saludaba a mí con una mano a la espalda. Desde el otro lado del ventanal, yo contestaba a su saludo alzando un puño cerrado, en un gesto de victoria. Lo habíamos conseguido. Otro día robado al instituto, otra larga mañana de horas húmedas y neblinosas en las que no podíamos movernos de aquel lugar que nos parecía clandestino pero nuestro, al fin y al cabo: un refugio, un territorio en el que no se aplicaban las reglas de los adultos, sino sólo nuestra voluntad de estar juntos.

Después de entrar en calor con un *capuccino*, Michela y yo estudiábamos, o comentábamos las frases que habíamos subrayado en las páginas de las novelas que estuviéramos leyendo. Maio, mientras, jugaba a la máquina del millón o charlaba con los ancianos que se instalaban en el bar. Luego venía a sentarse con nosotras y empezábamos a hablar y a fumar cigarrillos. Las nuestras eran discusiones interminables, acaloradas, exaltadas, acompañadas de carcajadas, miradas y pequeños empujones que en realidad eran caricias.

No hablábamos de lo que haríamos de mayores, sólo hablábamos de nosotros, de quiénes éramos y de lo que nos habíamos prometido. Lo más importante era existir los unos para los otros y pasar juntos el mayor tiempo posible. Así era como queríamos vivir siempre: los tres juntos, en un mundo al otro lado del ventanal.

He vuelto a notar en la boca el sabor del *capuccino* mezclado con el olor de los cigarrillos y de la niebla, y he experimentado una inesperada sensación física, como cuando algo –una imagen, un tono de voz, un detalle en un cuerpo– da ganas de hacer el amor.

Desde entonces, no he vuelto a beber un *capuccino*. Ni a fumar.

–Total, tampoco se puede fumar en los bares, ¿lo sabías? –le digo a Giuseppe, mientras muevo el dedo índice delante de su naricita, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda.

Él lo sigue con la mirada y se ríe a carcajadas.

La noche en que Antonia me preguntó si me creía capaz de perdonarlos, le respondí enseguida que sí. Luego entendí que se refería a mis padres, no a Maio y a Michela. No rectifiqué mi respuesta. No me gustaría que Antonia

creyese que tiene una madre tan infantil que sigue discutiendo con sus padres treinta años después de que éstos hayan muerto, pero no es fácil perdonar a un padre que se suicida, ni siquiera cuando descubres de dónde le viene la herida. Y tampoco a una madre que lo sabía todo y no hizo nada excepto morir.

Era muy dulce mi madre. Tanto, que aún no puedo pensar en ella.

Franco insiste en llamarlo Giuseppe Giacomo, su nombre completo. Y él observa satisfecho a su abuelo, con la boca entreabierta. Cuando volvemos a casa y lo dejo en su trona, junto al sillón, la gata *Rossa* se tiende a sus pies. Están tan guapos los dos juntos que, en Navidad, Antonia mandó un correo a sus amigos para felicitarles las fiestas y adjuntó la foto.

Me preguntó si yo también quería una foto para enviar a mis amigos, pero enseguida se corrigió.

–Ay, perdona, si tú no tienes amigos.

Desde que nació Giuseppe, me trata con menos cautela, pero aún no he entendido si es porque estamos más unidas o más distanciadas. La veo más contenta, aunque también más silenciosa y expeditiva. Probablemente, es sólo que está muy cansada y ocupada. Giuseppe fue prematuro y no pudo darle el pecho. Antonia ha dedicado los primeros meses de vida de su hijo a pesarlo, cambiarlo, esterilizar biberones, preparar leche en polvo, calentarla y darle un biberón cada tres horas, día y noche. Los mismos rituales de obligado cumplimiento que a mí me salvaron la vida.

Giuseppe es el nombre del padre de Leo, pero la idea de ponérselo al bebé fue de Antonia.

Franco y yo esperábamos fuera del quirófano. Leo apareció entonces con el hatillo entre los brazos y dijo:

–Vuestra hija quiere llamarlo Giuseppe, yo no tengo nada que ver.

Franco y yo nos acercamos: dos ojos redondos y líquidos nos observaban desde el hiperurano. Me acordé del día en que nació Antonia, sin pelo, con la cara muy roja y los ojos cerrados.

–¿Y si lo llamáramos Giuseppe Giacomo, como mi padre? –propuse.

Aún no puedo perdonarlo, pero puedo transmitir un fragmento de la identidad que me ha arrebatado. Su nombre. El nombre del patriarca de Israel.

Cuando me desperté después del accidente, no comprendía qué había

ocurrido. Luego me acordé de todo: dónde había ido y por qué. Franco me cogía la mano y tuve la sensación de que le brillaban los ojos.

Fue entonces cuando pensé que me estaba muriendo, pero lo que yo quería era vivir: por el bebé de Toni, por ella y por mí misma. Por los ojos de Franco.

Como la primera vez que hablamos, en un bar situado bajo los pórticos de *via Zamboni*, al lado de la universidad.

–Usted asiste a mis clases, ¿verdad? ¿Le parezco aburrido? –me preguntó entonces.

Y me miró con esos mismos ojos.

Antonia

Pippo, Peppo, Pippi... Leo lo llama de mil maneras distintas, excepto por su nombre. Yo, en cambio, lo llamo Giuseppe. Un pequeño Buda pelirrojo necesita un nombre digno.

Está durmiendo en su cunita naranja: la verdad es que, cuando elegí esa cunita, no me esperaba que tuviera el pelo de ese color. Su padre tiene el pelo cobrizo; Giuseppe, en cambio, lo tiene de un tono naranja zanahoria. Y es una preciosidad: redondito y suave. Ya sé que se despertará desperezándose y sonriendo, que nunca está de mal humor.

–Dale tiempo –dice Leo–. Ya verás cuando vaya al cole.

La mañana en que me ingresaron en el Sant’Orsola, a Alma la acababan de trasladar de Reanimación a una habitación. Permaneció allí una semana; a mí, en cambio, me dieron el alta enseguida después de hacerme prometer que me iba inmediatamente a la cama. No nos vimos. La verdad es que hubiera sido un encuentro bastante absurdo: madre e hija ingresadas en el mismo hospital, separadas por dos plantas, una atropellada por una motocicleta y la otra con la placenta defectuosa. La llamé nada más instalarme en la cama: Franco había conseguido hacerla reír con la imagen del pollo bien cerrado en la bolsa de congelar.

–Toni, no te conviertas en una Sorani tú también. Los Zampa no somatizan, recuerda –bromeó.

Franco tiene razón cuando dice que mamá se muestra fuerte ante los problemas concretos.

«Mi cama es una barquita.» Y me pasé un mes en esa barquita, lo cual me permitió releer a Stevenson, pero también pensar.

Alma le contó a Leo lo que había sucedido en el Pilastro. Es un poco absurdo, pero yo lo creo, y Leo también. Él sabe si alguien está mintiendo. Alma quería encontrarse con Vincent, su novio delincuente de la época de Ferrara. Tenía su número y también sabía que vivía en Bolonia, porque él le había escrito desde la cárcel.

Nunca había intentado ponerse en contacto con él hasta aquel día, cuando se le ocurrió la idea de ayudar a Leo en las investigaciones sobre la

organización de los calabreses. Una idea a caballo entre la generosidad y la megalomanía. Típica de Alma y, precisamente por eso, me lo creo.

Vincent la había citado en aquel bar, pero no se había presentado. Al cabo de un rato, ella había salido para volver a casa. Y, precisamente en aquel momento, se había producido el tiroteo y el asesino había emprendido la huida en la moto que, a la postre, había atropellado a Alma.

Leo ha averiguado que, en realidad, Vincent sí estaba en el bar. Pero ha cambiado tanto que Alma no lo reconoció. Cuando le enseñé la foto que me había dado Leo, en la que aparece un tipo de rostro lozano y un tanto hinchado, Alma apartó la mirada.

–No puede ser él –dijo. Y luego, en voz baja, añadió–: Bueno, tal vez los ojos...

Vincent no tuvo nada que ver con el tiroteo. Estaba sentado en una mesa, solo, observándola a escondidas. El asesino declaró haber esperado a que «aquella mujer se marchase para cargarme al tío al que me tenía que cargar». Era tan estúpido y estaba tan colocado que, después de esperar media hora a que Alma se marchase, acabó atropellándola con la moto.

Vincent estaba en libertad por pura casualidad, pues según dice Leo, en los últimos treinta años ha pasado más tiempo dentro que fuera. No sabemos por qué no se dio a conocer ante Alma: tal vez no tuviera valor para mostrarse tan envejecido o probablemente no quiso inmiscuirse. Leo está convencido de que ésa podría ser la explicación.

–En mi opinión, quería dinero, pero cuando comprendió lo que estaba a punto de ocurrir, temió que le cayeran otros veinte años.

Alma parece avergonzada por haber buscado a Vincent, así que evito sacar el tema.

Hemos hablado poco de lo que descubrí en Ferrara.

Los tres primeros meses, no hice más que pensar en Giuseppe.

Ahora he empezado otra vez a escribir.

Una muchacha se suicida. Es guapa e inteligente, lo tiene todo: su padre no cree que se trate de un suicidio y empieza a investigar quién puede haberla asesinado. La inspectora Emma Alberici descubre, en cambio, que la chica se ha quitado realmente la vida, quizá por aburrimiento, pero decide no contárselo al padre para no incrementar aún más su sufrimiento.

«Se parece a una novela de Martin Amis que leí hace ya unos cuantos años», me escribió Luigi cuando le conté el argumento en un correo.

El correo era mi respuesta al mensaje en el que me felicitaba por el nacimiento de Giuseppe y me comunicaba que se trasladaban a Palermo a finales de año.

«Rossana está contenta y yo también. Un poco de sol y mucho trabajo. Ya estoy harto del sopor de Ferrara. Te alegrará saber que Riccardo, el novio de Isabella, ha sido totalmente absuelto y se van a vivir a Roma.»

Luigi no escribe como habla. A diferencia de Leo, tiene un estilo muy formal. Leo no lee novelas pero escribe como a mí me gusta: igual que habla. El correo electrónico de Luigi terminaba con un poema de Giorgio Bassani que yo no había leído nunca.

«He pensado en cómo habría podido terminar tu investigación si Maio hubiera sido el personaje de uno de tus libros. Los he leído todos y me han gustado, aunque la verdad es que no suelo leer novelas policíacas. Pero las tuyas no son novelas de detectives, yo las definiría más bien como *thrillers* existenciales. En mi opinión, tú habrías querido que terminara como en este poema de Giorgio Bassani.»

*De verdad, amigos, que no sabría decir
a través de qué alejadas calles he conseguido por fin volver después de tanto tiempo.
Sólo os diré que me dejé guiar en la oscuridad por alguien que en silencio me había
cogido de la
mano.*

Luigi no sabe cuánta razón tiene. El poema es precioso y, en una novela, Maio habría tenido que volver, inexorablemente. Pero él no sabe lo que he descubierto: Leo y yo hemos decidido no contárselo. Leo y yo lo hemos decidido todo juntos, excepto en el caso de Alma. Él no estaba de acuerdo conmigo.

Después de que naciera Giuseppe, les escribí tanto a Lia como a Michela: «Giuseppe Giacomo ya ha nacido. Estamos bien. Iremos a visitaros cuando no haga tanto calor».

Pero no hemos ido.

Tal vez cuando camine lo lleve al cementerio a ver la tumba de los Nanetti.

Alma no quiere venir: se lo he propuesto, pero dice que no. Había fantaseado con la idea de que fuéramos las dos juntas a ver la casa de *via Vignatagliata*, pero ahora ya sé que no regresará nunca entre aquellos fantasmas. Y ya ni siquiera yo quiero hacerlo.

Lia envió una postal del Castello Estense en la que había escrito un «Felicidades» de pomposa caligrafía.

Michela, en cambio, llamó por teléfono.

Le agradecí el gesto, pero por su voz vacilante comprendí su temor de que yo se lo hubiera contado a Alma.

La tranquilicé.

Le dije de inmediato que por fin comprendía su elección y que yo también había decidido no decirle a Alma que Maio había muerto tan sólo diez años atrás.

—Me pasé un mes en la cama antes de que naciera Giuseppe y tuve tiempo de sobra para reflexionar. Comprendo que en ciertas ocasiones hace falta más valor para no decir la verdad que para decirla —le expliqué—. Es más, creo que lo he comprendido gracias a ti. Si Alma descubriese ahora que hace treinta años que se siente culpable de una tragedia que nunca se produjo, todo tendría aún menos sentido.

Me pareció oír el suspiro de alivio de Michela.

—La cuestión es que no se puede decidir por los demás —dijo—. En los libros quizá sí, pero en la vida no. Era una historia entre ellos, entre Maio y Alma.

Mientras Michela hablaba, pensaba que no es cierto, que aquella historia era también mía, pero no dije nada y nos despedimos apresuradamente.

Si vuelvo a Ferrara, no iré a verla, porque no es agradable sentirse obligado a recordar. Los secretos te hacen más fuerte, pero también te vuelven más solitario. Hacen sufrir, sobre todo, a quien los carga.

Miro a Giuseppe, que abre y cierra una mano: es la señal de que se está despertando.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a muchas personas y, especialmente, a Gian Mario Anselmi, Francesco Bianconi, Vasco Brondi, Severino Cesari (a quien dedico este libro, junto a Antonella Lattanzi), Renata Colorni, Elena Faccani, Antonio Franchini, Giulia Ichino, Antonella Lattanzi, Nicola Manzoni, Yahis Martari, Raul Montanari, Gianluca Neri, Monica Pavani, Marilena Rossi, Roberto Roversi, Roberto Saviano, Giovanni Tesio, Susanna Tosatti y Alessandra Vaccari.

Gracias también a mis amigos librereros Aldo, Augusta, Elia y Fabio, a los que he atormentado con mis pruebas de cubierta.

Amigos y parientes, no os doy las gracias uno a uno porque ya sabéis lo mucho que me ayudan vuestras críticas. Pero las de Emilia, Ludovico y Luca son insuperables.

Título de la edición original: L'amore che ti meriti

Edición en formato digital: enero de 2017

© Arnoldo Mondadori Editore S.p.A, Milano, 2014

© de la traducción, Montse Triviño González, 2017

© de esta edición, Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán, 2017

Todos los derechos reservados

Imagen de la cubierta: © Nilufer Barin / Arcangel Images

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Av. del Príncep d' Astúries, 20. 3º B. Barcelona, 08012 (España).
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

- ¹ Equivalente italiano del examen de Selectividad. (*N. de la T.*)
- ² Baños Faro, Ancla, Arena dorada, Brújula y Coral, respectivamente. (*N. de la T.*)
- ³ Nanetti: literalmente, «enanitos». (*N. de la T.*)
- ⁴ *Chi 'an ghè nisun, bela*: «Aquí no vive nadie, guapa»; *Vot un bicer d'acqua?* «¿Quieres un vaso de agua?», en dialecto ferrarés. (*N. de la T.*)
- ⁵ «¿Entiendes el ferrarés?», en dialecto ferrarés. (*N. de la T.*)
- ⁶ *Arrosto*: literalmente, «asado», como en asado de carne, etc. (*N. de la T.*)
- ⁷ Rama del bachillerato en la que se estudiaban materias relacionadas con la psicología, las ciencias sociales y la pedagogía. Hoy en día se conoce como Liceo Psicopedagógico. (*N. de la T.*)
- ⁸ «¿Qué quieres?» o «¿Qué te pasa?», en dialecto ferrarés. (*N. de la T.*)
- ⁹ *Vist' che zurnadina?*: «Vaya tiempesito, ¿eh?»; *Be' mo com', subit'*: «Cómo no, enseguida», en dialecto ferrarés. (*N. de la T.*)
- ¹⁰ En español en el original. (*N. de la T.*)